

BERNHARD SCHLINK

El regreso



se

De niño, Peter Debauer pasa las vacaciones de verano en Suiza con sus abuelos. Mientras ellos editan unas novelitas populares para ganarse la vida, Peter se sienta a leer. En los años cincuenta el papel está muy caro y los abuelos le regalan algunos pliegos de las pruebas que corrigen para que aproveche el dorso, pero le prohíben leer el anverso. Peter desobedece y lee el texto escrito en las hojas: son los fragmentos de la odisea de un soldado alemán que regresa a casa tras su cautiverio en Siberia. Cuando su mujer le abre la puerta, lleva un niño en brazos y a su lado hay un desconocido. Años después, tropezará de nuevo con esa historia y querrá conocer el final. La indagación se convertirá en la búsqueda del autor de la novela, un hombre que ha establecido una relación muy particular con los horrores del siglo xx, y le conducirá también a vivir su propia odisea: la búsqueda de sus orígenes, de la mujer a la que ama y, finalmente, su propio regreso.

OceanofPDF.com



Bernhard Schlink

El regreso

ePub r1.0

Café mañanero 04-05-2022

OceanofPDF.com

Título original: *Die Heimkehr*
Bernhard Schlink, 2007
Traducción: Rosa Pilar Blanco

Editor digital: Café mañanero
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

epublibre

no Venio
Aniversario



ás libros, más libres





PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

1

En mi infancia pasaba las vacaciones con los abuelos, en Suiza. Mi madre me llevaba a la estación, me metía en el tren, donde con un poco de suerte podía sentarme, y, tras un viaje de seis horas, llegaba al andén en el que me esperaba el abuelo. Si tenía mala suerte, me veía obligado a hacer transbordo en la frontera. En una ocasión me vi en un tren equivocado, llorando, hasta que un amable revisor enjugó mis lágrimas y unas estaciones después me depositó en otro convoy confiándome al correspondiente revisor, que a su vez me entregó al siguiente, de manera que alcancé mi destino gracias a una cadena de revisores.

Los viajes en tren, con el desfile de paisajes y pueblos, la protección del compartimiento y la independencia, me entusiasmaban. Tenía billete y pasaporte, provisiones y lectura, no necesitaba a nadie ni tenía que obedecer a nadie. En los trenes suizos echaba de menos los compartimientos. A cambio, todos los asientos eran de ventana o de pasillo, y no tenía que preocuparme de quedar apretujado en medio de un compartimiento. Además, la madera clara de los asientos suizos era más bonita que el plástico pardo rojizo de los alemanes; los vagones grisáceos, la inscripción en tres idiomas «SBB — CFF — FFS» y el escudo con la cruz blanca en campo rojo eran más refinados que el verde sucio con las iniciales «DB». Yo me sentía orgulloso de ser medio suizo, aunque la sordidez de los trenes alemanes me resultaba tan familiar como la de la ciudad donde mi madre y yo residíamos y la de las personas con las que vivíamos.

La estación de la gran ciudad emplazada a orillas del lago en la que finalizaba mi viaje era una estación término. Me bastaba recorrer el andén para encontrar al abuelo: alto, fuerte, de ojos oscuros, bigote blanco y espeso, calvo, con una americana de lino claro, sombrero de paja y bastón,

irradiaba seguridad. Para mí siguió siendo alto incluso cuando lo sobrepasé, y fuerte cuando necesitó el apoyo del bastón. Yo ya iba a la universidad, cuando él aún me cogía a veces de la mano al andar. Su gesto me confundía, pero no me incomodaba.

Los abuelos vivían a orillas del lago, unos pueblos más allá, y cuando hacía buen tiempo el abuelo y yo tomábamos el barco en lugar del tren. Mi preferido era un vapor de ruedas enorme y antiguo, en cuyo centro se veía trabajar a las bielas y émbolos de bronce y acero de la máquina, brillantes de aceite. Contaba con numerosas cubiertas, abiertas y cerradas. Nosotros, en la cubierta de proa abierta, respirábamos el viento y veíamos aparecer y desaparecer en la orilla las ciudades pequeñas, las gaviotas describiendo círculos alrededor del barco, los veleros alardeando en el lago con las velas henchidas, y a los esquiadores acuáticos ejecutando sus piruetas. A veces atisbábamos los Alpes detrás de las montañas, y el abuelo llamaba a las cumbres por su nombre. Siempre me parecía portentoso que la senda luminosa que el sol proyecta en el agua, con un resplandor tranquilo en el centro que se deshace en fragmentos danzarines en los bordes, viajase con el barco. Estoy seguro de que el abuelo me explicó que se trataba de un efecto óptico. A pesar de todo, hoy me sigue pareciendo un milagro. La senda luminosa comienza precisamente donde yo estoy.

2

En el verano en que yo contaba ocho años, mi madre no disponía de dinero para mi billete. Pero, no sé cómo, encontró a un camionero que se ofreció a llevarme hasta la frontera, donde me entregaría a otro camionero que me dejaría en casa de los abuelos.

La cita era en la estación de mercancías. Mi madre tenía cosas que hacer y no pudo quedarse; tras dejarme con la maleta en la entrada, me encareció que no me moviera del sitio. Yo, de pie, contemplaba atemorizado los camiones que se acercaban y los seguía con la vista, aliviado y decepcionado. Eran más grandes, atronadores y pestilentes de lo que había percibido hasta entonces. Eran monstruos.

No sé cuánto se prolongó la espera. Aún no tenía reloj. Al cabo de un rato me senté en la maleta y en varias ocasiones me levanté de un salto cuando parecía que un camión aminoraba la marcha como si quisiera pararse. Por fin uno se detuvo, el conductor me izó a la cabina junto con mi maleta y el copiloto me pasó a la litera situada tras el asiento del conductor. Tenía que mantener la boca cerrada, no asomar la cabeza por encima del borde de la cama y dormir. Era de día, pero tampoco logré conciliar el sueño al oscurecer. Al principio el conductor o el copiloto se volvían de vez en cuando y me reñían si mi cabeza asomaba por encima del borde de la cama. Después se olvidaron de mí y miré hacia el exterior.

Mi campo visual era reducido, pero me permitió contemplar la puesta de sol por la ventanilla lateral situada junto al copiloto. De la conversación entre conductor y copiloto sólo entendí frases sueltas sobre estadounidenses, franceses, suministros y pagos. Casi me arrulló el ruido que resonaba con regularidad, esas sacudidas amortiguadas y regulares al transitar el camión por las grandes planchas que componían por entonces el

revestimiento de la autopista. Pero ésta terminó pronto y proseguimos el viaje por carreteras de montaña deplorables en las que el conductor no podía esquivar los baches y tenía que cambiar de marcha continuamente. Fue un viaje inquieto a través de la noche.

El camión se detenía una y otra vez, aparecían rostros en las ventanillas laterales, el conductor y el copiloto descendían, abrían el portón trasero y apilaban la carga sobre la plataforma. Algunas paradas eran fábricas y almacenes con lámparas luminosas y voces ruidosas; otras, oscuras gasolineras, aparcamientos y carreteras comarcales. Quizás conductor y copiloto compaginaron además el cumplimiento de sus obligaciones con la ejecución de sus propios negocios, el contrabando o el estraperlo, y por ello tardaron más de lo previsto.

En cualquier caso llegamos a la frontera demasiado tarde, el otro camión ya había partido y yo pasé unas horas al amanecer sentado en la plaza de una ciudad cuyo nombre he olvidado. Alrededor de la plaza se alzaban una iglesia y unas cuantas casas nuevas y otras sin tejado y con las ventanas sin cristales. Con las primeras luces del alba empezó a llegar gente y montaron un mercado; traían sacos, cajas y cestas en grandes carretas planas de dos ruedas entre cuyas varas se habían uncido con un lazo encima de los hombros. Durante toda la noche yo había tenido miedo del capitán y del timonel del camión, de un ataque pirata, de tener que ir al servicio. Ahora me invadía el mismo temor a que alguien se fijase en mí, alguien que luego dispondría de mí, como antes me había aterrado que nadie se fijase y se ocupara de mí.

Cuando el sol calentaba tanto que ya empezaba a encontrarme mal, sentado en aquel banco sin sombra del que no me atrevía a moverme, se paró delante de mí, al lado de la acera, un coche con la capota bajada. El conductor se quedó sentado, la acompañante bajó, cargó mi maleta en el maletero y me señaló el asiento trasero. Ya fuese el tamaño del coche, la indumentaria llamativa del conductor y de su acompañante, la seguridad y despreocupación de sus ademanes o el hecho de que, apenas cruzada la frontera, ya en Suiza, me compraran el primer helado de mi vida..., durante mucho tiempo, cuando oía hablar o leía algo sobre la gente rica, me los imaginaba a ellos. ¿Eran contrabandistas o estraperlistas, como los

camioneros? También ellos me infundieron sospechas a pesar de que ambos jóvenes me trataron con simpatía, como a un hermano pequeño, y a la hora de comer me dejaron en casa de los abuelos.

OceanofPDF.com

3

La casa en la que residían mis abuelos había sido diseñada por un arquitecto que había corrido mundo. Tejado muy saliente, sustentado por estribos artísticamente tallados, mirador altanero en la primera planta y balcón adornado con gárgolas en la segunda, ventanas con arcos de medio punto ensamblados piedra con piedra: la casa era quinta colonial, castillo español y monasterio románico. Pero todo armonizaba.

Además el jardín le confería unidad: dos altos abetos a la izquierda, un gran manzano a la derecha, delante de la casa un viejo y espeso seto de boj y el lado derecho de la casa cubierto de parra virgen. El jardín era amplio; entre la calle y la casa había un prado, a la derecha de la vivienda se veían bancales de verduras, tomates y judías verdes, arbustos de frambuesas y groselleros, una zarzamora y un montón de estiércol; a la izquierda, un ancho sendero de gravilla conducía a la parte trasera de la casa, a la entrada enmarcada por dos hortensias. La gravilla crujía a cada paso, y cuando el abuelo y yo llegábamos a la entrada, la abuela, que nos había oído llegar, abría la puerta.

Desde los veranos en casa de mis abuelos, el crujido de la gravilla, el zumbido de las abejas, el ruido de la azada o del rastrillo durante las labores hortícolas... son sonidos estivales. Igual que el olor amargo del boj calentado por el sol y el pútrido del estiércol son olores estivales, y el silencio de las primeras horas de la tarde, no roto por los gritos de ningún niño, ni por los ladridos de ningún perro, ni siquiera por el soplo de la brisa, es silencio estival. La calle en la que vivíamos mi madre y yo tenía mucho tráfico; cuando pasaba el tranvía o un camión, los cristales tintineaban, y cuando funcionaban las máquinas que demolían y reconstruían los edificios vecinos destruidos por las bombas, el suelo temblaba. En casa de los

abuelos apenas había tráfico, ni frente a la vivienda ni en el pueblo. Cuando pasaba un carro tirado por caballos, mi abuelo me mandaba a recoger la pala y el cubo y con la mayor tranquilidad del mundo seguíamos al vehículo para recoger las bostas y agregarlas al montón de estiércol.

El pueblo tenía estación de ferrocarril, embarcadero, unas cuantas tiendas y dos o tres mesones, uno de los cuales no servía alcohol, y al que los abuelos me llevaban a comer a veces en verano. Cada dos días el abuelo salía a la compra y hacía la ronda: de la lechería y venta de quesos a la panadería, a la tienda de ultramarinos de la cooperativa, en ocasiones a la farmacia o al zapatero. Vestía su americana de lino clara y una gorra también de lino clara, en el bolsillo de la americana guardaba un cuadernito que la abuela cosía usando papel en blanco que encontraba aquí y allá y en el que anotaba los encargos, y empuñaba en una mano su bastón mientras con la otra me sujetaba a mí. Yo cargaba con la vieja bolsa de cuero que, como comprábamos cada dos días, nunca iba tan repleta como para que me costase trabajo acarrearla.

¿Me llevaba el abuelo a la compra cada dos días para darme una alegría? Me gustaba hacer la compra: el olor del queso Apenzeller y del Greyerzer en la lechería y quesería, el aroma del pan reciente en la panadería, la abundancia de mercancías en la tienda de ultramarinos. Era mucho más bonito que la tiendecita a la que me enviaba mi madre porque en ella le fiaban.

Después de la compra íbamos al lago, a echar pan duro a los cisnes y los patos y a contemplar los barcos que pasaban, atracaban o zarpaban. También allí reinaba la calma. Las olas chocaban con suave chapoteo contra el muro de la orilla..., otro sonido estival.

Pero además estaban los ruidos vespertinos y los nocturnos. Yo permanecía levantado hasta el canto del mirlo. Una vez acostado, no oía coches ni voces, pero sí dar la hora al reloj de la torre de la iglesia y el paso cada treinta minutos del tren en el tramo entre la casa y el lago. Primero la campana de la estación emplazada lago arriba indicaba la salida del convoy; pocos minutos después pasaba el tren, y unos minutos más tarde la estación situada lago abajo señalizaba su partida. Esta estación estaba mucho más lejos que la otra, por lo que sólo oía débilmente el segundo toque de

campana. Media hora después llegaba el tren que viajaba lago arriba y los sonidos se repetían en orden inverso. El último tren salía poco después de medianoche. Luego reinaba un silencio total, sólo roto por el rumor ocasional del viento en los árboles o de la lluvia sobre la gravilla.

OceanofPDF.com

4

Cuando estaba acostado nunca oía pasos en la gravilla. Por las noches mis abuelos no salían ni recibían visitas. Después de pasar varios veranos con ellos, comprendí que por la noche trabajaban.

Al principio nunca me detuve a pensar de qué vivían. Era obvio que no se ganaban el sustento igual que mi madre, que salía de casa por la mañana y regresaba a última hora de la tarde. También tenía claro que gran parte de lo que se servía en la mesa había crecido en su huerto. Sabía incluso lo que es la jubilación, pero nunca oí lamentarse de su pensión a los abuelos como hacían otros ancianos en la tienda o en el portal de nuestra casa, por lo que tampoco me los imaginaba jubilados. Jamás me planteé ni por lo más remoto su situación económica.

A su muerte, mi abuelo dejó unas memorias. Gracias a ellas descubrí de dónde procedía, qué había hecho y de qué había vivido. Durante nuestros paseos y excursiones le complacía contarme cosas, pero apenas hablaba de sí mismo. Y sin embargo tenía mucho que contar.

De Estados Unidos, por ejemplo. En la década de 1890, tras un corrimiento de tierras que asoló su casa y su jardín, su padre, harto de la vida en el pueblo, emigró a Estados Unidos con su mujer y sus cuatro hijos, al igual que hicieron otros muchos habitantes del lugar. Los niños tenían que convertirse en buenos estadounidenses. Tren a Basilea, barco a Colonia y a continuación tren, barco y coche a Hamburgo, Nueva York, Knoxville y Handsborough... Sus memorias informan de la conclusión de la grandiosa catedral de Colonia, de la vastedad de las landas de Luneburgo, del mar tranquilo y proceloso, del recibimiento de la Estatua de la Libertad y de encuentros con parientes, ya prósperos ya fracasados, que habían emigrado antes a Estados Unidos. En Handsborough fallecieron dos hermanos de mi

abuelo y un pariente duro de corazón no permitió que fueran enterrados en su cementerio, sino al lado. Por fin entendí la fotografía del dormitorio de los abuelos que mostraba dos tumbas humildes, jalonadas con tablas, delante de un pequeño y bonito cementerio con reja de hierro forjado y puerta de piedra. Los emigrantes salieron adelante, pero no fueron felices. Sentían nostalgia, enfermedad ésta que puede ser letal. Los recuerdos del abuelo informan de la asiduidad con que en la iglesia del pueblo se leía y se anotaba en el registro parroquial que fulano de tal había muerto de nostalgia en Wisconsin, o en Tennessee, o en Oregon. Cinco años después de la partida de los emigrantes, seis en total, cuatro de ellos regresaron a la patria con las enormes maletas que les había fabricado el carpintero del pueblo.

Mi abuelo también habría podido hablar de Italia y de Francia. Tras aprender el oficio de tejedor e hilador, trabajó durante varios años en Turín y París, y sus memorias revelan el enorme interés con que visitó los monumentos y conoció los países y a sus gentes: el parco salario, las viviendas miserables y las supersticiones de los obreros y obreras del Piamonte, y el conflicto entre catolicismo y laicismo y el fortalecimiento del nacionalismo en Francia. Sus recuerdos desvelan asimismo cuánto lo atormentó la nostalgia. Asumió la dirección de una fábrica de hilaturas suiza, se casó y formó una familia, compró una casa en suelo suizo... Al fin ya no vivía a contracorriente de la propia naturaleza, sino en armonía con ella.

Cuando en vísperas de la Primera Guerra Mundial pasó a dirigir una fábrica de hilaturas alemana no tuvo que abandonar la patria. Se convirtió en un trabajador fronterizo, hasta que con la inflación de la posguerra su sueldo perdió valor en Alemania y no digamos en Suiza. Nada más cobrarlo, intentaba gastarlo en cosas de valor perdurable, y hoy aún conservo una de las pesadas mantas de lana que compró en gran número a una remonta alemana tras su cierre, unas mantas de hecho indestructibles. Pero las mantas de caballos no alimentan a una mujer, que precisa estar sana y fuerte, quedarse encinta y parir, y en consecuencia el abuelo volvió a hacerse cargo de la dirección de una fábrica de hilaturas suiza.

Pero se mantuvo fiel a los alemanes. Siempre lo conmovió el destino de los alemanes en el extranjero, quizás porque pensaba que ellos debían de

estar tan enfermos de nostalgia como él. Cuando la abuela cocinaba, él le echaba una mano y entre sus obligaciones figuraba la de llevar a la puerta de casa el escurridor esférico de metal con la ensalada lavada y mojada, y sacudirlo hasta que ésta se secase. A menudo tardaba tanto en volver que la abuela me mandaba a buscarlo. Entonces lo encontraba delante de la puerta de casa mirando absorto las gotas que había esparcido sobre las losas de piedra de la entrada.

—¿Qué te pasa, abuelo?

Las gotas le recordaban a los alemanes dispersos por el mundo.

Por fin, después de que los abuelos sobreviviesen a la Primera Guerra Mundial, la gripe y la inflación, y de que el abuelo desempeñase con éxito la dirección de la fábrica de hilaturas suiza e inscribiera y vendiera ventajosamente dos patentes, llegó el hijo. A partir de ese momento aparece pegada una fotografía de vez en cuando en las memorias: mi padre con un sombrero de papel en la cabeza y un caballo de madera entre las piernas, la familia a la mesa en el cenador, mi padre con traje y corbata el primer día de instituto, la familia con bicicletas, todos con un pie en el suelo y otro en el pedal como si estuvieran a punto de partir. También había fotografías sueltas: mi abuelo de colegial, marido joven, jubilado y pocos años antes de su muerte. Siempre con mirada seria, apesadumbrada, perdida, como si no viese a nadie. En la última foto su cuello delgado por la edad, con la piel surcada de arrugas, asoma por el ancho cuello de la camisa igual que la cabeza de una tortuga por el caparazón; su mirada se ha vuelto medrosa y el alma parece dispuesta a ocultarse detrás de una obstinada timidez. Una vez me contó que durante toda su vida sufrió dolores de cabeza, desde la sien izquierda hasta el codo, pasando por encima de la oreja izquierda, «igual que la pluma de un sombrero». Jamás me habló de depresiones, y seguramente ni siquiera sabía que tristeza, desamparo y temor pueden constituir un diagnóstico que tiene un nombre... ¿Quién lo sabía por entonces? Sólo en raras ocasiones había llegado al punto de no levantarse, no ir a trabajar y no hacer nada en todo el día.

Se jubiló a los cincuenta y cinco años. Se había ganado el pan trabajando en las hilaturas, pero su pasión era la historia, la sociedad, la política. Junto con unos amigos compró un periódico y se convirtió en el

director. Pero, con su postura sobre la neutralidad suiza, el periódico se oponía a la opinión pública y sus escasos recursos financieros le impidieron hacer frente a la competencia. La empresa les dio a él y a sus amigos más preocupaciones que alegrías y al cabo de unos años se vieron obligados a cerrar. De todos modos la actividad como director había puesto al abuelo en contacto con editores y su último trabajo, ejecutado noche tras noche junto con la abuela, consistía en editar una colección titulada «Novelas amenas y entretenidas».

OceanofPDF.com

5

El abuelo vivía su amor por la historia en los libros que leía y en los caminos que recorría conmigo. No había paseo, excursión, marcha, como él solía decir, en los que no me refiriese acontecimientos de la historia de Suiza y de Alemania, sobre todo de la historia militar. Guardaba en la memoria un tesoro inagotable de planos de batallas que pergeñaba en el suelo con el bastón: Morgarten, Sempach, Sankt Jakob an der Birs, Grandson, Murten, Nancy, Marignano, Rossbach, Leuthen, Zorndorf, Waterloo, Königgrätz, Sedan, Tannenberg y muchas otras que he olvidado. Además poseía el don de ser un narrador animado y sugestivo.

Yo no me cansaba de escuchar la historia de mis batallas favoritas. La de Morgarten, por ejemplo. El duque Leopoldo conduce a la flor y nata de la caballería austríaca como si fuese una partida de caza; quiere lograr una victoria fácil, derrotar en toda regla a los confederados suizos, supuestamente desarmados e indefensos, y hacer un rápido botín. Pero los confederados, aguerridos y preparados para el combate, saben que luchan por la libertad, por la casa, por su hogar, por su mujer, por sus hijos. Saben también por dónde avanzará Leopoldo. El caballero Von Hünenberg, buen vecino y amigo de los confederados, ha lanzado una flecha a su campamento con un pergamino que contiene una advertencia. Aguardan, pues, en las alturas al ejército austríaco, que tiene que pasar entre el lago Ägeri y el monte Morgarten. Cuando el ejército se apiña y agolpa en la estrecha carretera, los confederados echan a rodar peñascos y troncos de árbol que tiran a algunos soldados al lago, después acometen con ímpetu y aniquilan al resto. Los caballeros, que pretendían huir, fueron arrastrados a la húmeda tumba por sus pesadas armaduras.

La valentía de los confederados me impresionaba. Al mismo tiempo el flechazo del caballero Von Hünenberg me daba que pensar. ¿No era una traición? Y la traición ¿no empañaba la hazaña de los confederados?

El abuelo asintió con un gesto.

—Eso mismo preguntó tu padre.

—¿Y?

—El caballero era libre. No tenía obligación de ayudar a los austríacos, sino que también podía tomar partido por los suizos o por nadie.

—Pero no luchó al lado de los suizos. Actuó a escondidas.

—Si hubiera luchado con los suizos, no habría podido ayudarlos. Cuando uno sólo puede obrar correctamente a escondidas, esa clandestinidad no vuelve incorrecta su acción.

Quise averiguar qué había sido del caballero Von Hünenberg, pero mi abuelo lo ignoraba.

La batalla de Sempach. Los austríacos confían de nuevo en sus pesadas armaduras, menospreciando una vez más la destreza y el valor en el combate de los pastores y campesinos. Cierto que hasta el mediodía los confederados, atacando en cuña, no consiguen romper el frente erizado de lanzas de los austríacos. Pero es el día más caluroso del año y el sol hace arder las corazas de los caballeros, que cada vez son más pesadas. Cuando Arnold Winkelried agarra tantas lanzas como puede, se abalanza y las entierra bajo su cuerpo, los austríacos están demasiado extenuados para oponer resistencia a la irrupción de los confederados. De nuevo sufren una aplastante derrota.

Al principio sólo me asombraba que Arnold Winkelried, en su acción heroica, hubiese sido capaz de pronunciar esta larga frase:

—Confederados, quiero abrir camino a la libertad. ¡Cuidad de mi mujer y de mis hijos!

Pero mi abuelo no cejó en su intento hasta que comprendí que los austríacos perdieron porque no sacaron ninguna lección del desastre de Morgarten.

—Menospreciar a los suizos, las pesadas armaduras, las adversidades de la naturaleza, esta vez no del agua, sino del sol..., nadie puede evitar

cometer errores, pero tampoco se puede tropezar dos veces en la misma piedra.

Una vez comprendida esta lección, vino la siguiente.

—No sólo hay que aprender de los reveses que sufres, sino también de los que infliges.

Habló de los ingleses, que en la guerra de los Cien Años ganaron batalla tras batalla a los franceses con sus largos arcos, pero no supieron reaccionar cuando los franceses construyeron arcos idénticos y los utilizaron con éxito.

Batalla de Sankt Jakob an der Birs. Ya el nombre de los enemigos de los confederados infundía pavor: los mercenarios de Armagnac. Mi abuelo describió el ejército de treinta mil hombres: mercenarios de Francia, España e Inglaterra, al final de la guerra de los Cien Años duchos en el combate, pero también corrompidos por el pillaje y la crueldad. El rey francés ya no los necesita y de buen grado los pone a disposición de los austríacos en su lucha contra los confederados, liderados por el delfín, que codicia la corona. Tienen frente a ellos a mil quinientos confederados, que, enviados no a atacar, sino a la descubierta, son sin embargo atraídos de escaramuza en escaramuza hasta que acaban enfrentándose a todo el ejército de los de Armagnac. Tras retirarse al hospicio de Sankt Jakob, resisten hasta el anochecer y hasta el último hombre. Los de Armagnac vencen, pero sufren pérdidas tan elevadas que pierden las ganas de luchar y conciertan la paz.

—¿Qué lección se aprende de ello?

El abuelo rió.

—Que hasta en las locuras hay que jugarse el todo por el todo. Y a veces es lo correcto.

OceanofPDF.com

6

Había otro ámbito del que mi abuelo contaba una historia tras otra: el de los errores judiciales. También aquí tenía yo historias predilectas que le obligaba a relatarme una y otra vez. También aquí manteníamos conversaciones en torno a la moral de las historias. Eran difíciles. Pues a pesar de que es la injusticia lo que caracteriza a los errores judiciales, los más célebres comportan a menudo un significado histórico que trasciende la acción injusta y a veces incluso transforma el efecto de la injusticia en un efecto justo.

Proceso del conde Von Schmettau contra el molinero Arnold. El molinero niega el pago del arriendo al conde porque el gobernador le ha desviado el agua para instalar un criadero de carpas; el conde, pues, lo denuncia. El conde gana en primera, segunda y última instancia ante el tribunal imperial de Berlín. El molinero escribe a Federico el Grande, quien, sospechando encubrimiento, cohecho y prevaricación, ordena que los jueces sean encarcelados, el gobernador destituido, el criadero de carpas cegado y el fallo contra el molinero revocado. Eso fue una arbitrariedad y una injusticia, pues el molino tenía agua de sobra, el arrendamiento habría podido ser pagado, y el molinero era simplemente un pillo. Pero el hecho cimentó el prestigio de Federico como rey justo y de Prusia como un Estado en el que todos eran iguales ante la ley: el débil y el fuerte, el pobre y el rico.

En la historia del proceso contra la doncella de Orleans el efecto de injusticia no se transforma en un efecto de justicia, pero sí consigue un beneficio que de otro modo difícilmente se habría obtenido. A los dieciséis años, Juana, la hermosa campesina, llega a la corte de Carlos, que es demasiado débil para vencer a los ingleses y hacerse coronar en Reims rey

de los franceses. Francia está a punto de caer bajo el dominio inglés. El milagro hace que Juana conduzca al ejército francés a la batalla y a la victoria, que conquiste Orleans, que haga posible la coronación de Carlos como rey de Francia y que marche sobre París, donde es apresada y vendida a los ingleses. El rey, que acaso habría podido liberarla, no mueve un dedo. La pertinaz joven es torturada y violada, condenada a muerte por magia y brujería por el obispo Pierre Couchon y quemada viva. Pero el proceso y la condena la convierten en mártir de Francia, en símbolo de su liberación, y veinte años después los ingleses son expulsados. Al igual que sin el molinero Arnold no habría existido el Estado de derecho en Prusia, sin Juana no habría acontecido la liberación de Francia.

Había sin embargo una historia atroz, y, de hecho, poco conocida. En 1846 Mennon Elkner, la bella hija de un sastre protestante de Nancy, se enamora de Eugen Duirwiel, hijo del verdugo católico, y es correspondida. El verdugo, que se entera del amor de los jóvenes por una vecina del sastre, se niega a autorizar la boda y arranca por la fuerza a Mennon una declaración de renuncia a Eugen. Ella está desesperada por partida doble: ha perdido a su amado y está embarazada. Entierra en el jardín a los dos niños muertos que trae al mundo. La vecina la espía una vez más; Mennon es detenida, acusada del doble infanticidio, y condenada a muerte. Ya se intuye lo que se avecina. Pero será todavía peor. Eugen ha heredado de su padre el cargo de verdugo y llega al patíbulo para efectuar su primera ejecución, de la que sólo sabe que el reo es una doble infanticida. Al reconocer a Mennon, palidece, le dan vahídos, sus rodillas flaquean y le tiemblan las manos. Exhortado por su padre, que está a su lado, y apremiado por los magistrados, golpea dos veces, hiere a Mennon en el mentón y en el hombro, arroja la espada, y no quiere ni puede continuar. Sin embargo, la ejecución ha de cumplirse y el honor de la familia de verdugos quedar a salvo. El padre, fuera de sí, se abalanza sobre Mennon con el cuchillo para terminar la obra de su hijo. Cada cuchillada aumenta la indignación de la multitud de espectadores, que asalta el patíbulo.

La abuela que, cuando yo se lo pedía, recitaba poemas sobre las batallas de Lützen y Hochstädt, sobre el molinero Arnold y Juana de Arco, sabía asimismo de memoria un sencillo poema anónimo sobre el destino de la

hermosa Mennon. Cuando el abuelo llegaba con la historia al momento de la revuelta de la multitud, se interrumpía.

—Pregúntale a tu abuela. Ella cuenta el final mucho mejor que yo.

Ya no recuerdo el poema entero. Las dos últimas estrofas eran más o menos así:

Y a los verdugos atacan a pedradas,
entre tormentos se acercan a la muerte.
Mas de Mennon, ¿cómo cambiar la suerte?
¿Vive aún, a Dios dirige sus miradas!
Al hospital la llevan; ¿hay esperanza?:
sola muere en su lecho, y sin tardanza.
Cinco muertos cuenta ya la cruel historia,
y aunque empezó como amor verdadero,
sangre será, no amor, en la memoria.
¿Quién que la ve no se estremece entero?
Que los muertos, allí donde hoy residen,
se den la mano, y el rencor olviden.

OceanofPDF.com

7

Sólo a través de la poesía la abuela entraba en contacto con las guerras, batallas, hazañas heroicas, procesos y sentencias a las que era aficionado el abuelo. Consideraba la guerra un juego estúpido, muy estúpido, de hombres que todavía no estaban maduros para abandonarlo y que quizás nunca lo estarían. Disculpaba la pasión bélica del abuelo porque se había aliado con ella en su lucha contra el alcohol, que ella consideraba un azote casi tan malo como la guerra, y a favor del derecho al sufragio femenino, y respetaba siempre la visión de las cosas de su esposa y su mentalidad diferente, pacífica, femenina.

A lo mejor en esencia fue el respeto lo que había propiciado ese matrimonio y lo mantenía unido. Un verano, cuando el abuelo trabajaba en Italia, su madre acudió a visitarlo para recordarle que ya era hora de fundar una familia, y le habló de las jóvenes que probablemente no le rechazarían si las cortejaba. También le habló de su prima, con la que había tropezado en un entierro y que le había gustado mucho. El verano siguiente el abuelo visitó a sus padres, ayudó a recolectar el heno y emprendió excursiones solitarias a los castillos del país, impulsado por su interés por la historia, hasta que su madre le exigió que le hiciese una visita a su tía. Allí se encontró a la prima que no había vuelto a ver desde la infancia. Una fotografía de esa época muestra a una mujer joven de cabellos oscuros y espesos, mirada atenta, orgullosa, boca de labios turgentes que auguran sensualidad y al mismo tiempo se contraen como si la hermosa mujer estuviera a punto de echar a reír alegremente. Uno se pregunta dónde tenían los ojos los jóvenes de la zona y por qué la prima esperó a su primo, cuyo pelo ya raleaba. Éste describe en sus memorias una breve conversación junto a la ventana, en la que «le sorprendieron sus inteligentes ideas, que

ella manifestó con voz serena y firme y modales sin embargo modestos a su primo, un chico con inequívoca tendencia a la arrogancia». Después intercambiaron algunas cartas, «ya no recuerdo lo que nos escribimos», la petición de mano se hizo y se aceptó por escrito, al cabo de un año se prometieron y uno después se celebró la boda.

Ignoro si el matrimonio fue feliz. Tampoco sé si intentar averiguar si fueron felices en su matrimonio tiene sentido y si los abuelos se plantearon esta cuestión. Ellos vivieron la vida juntos, en lo bueno y en lo malo, se respetaron y confiaron el uno en el otro. Yo nunca los vi discutir en serio, pero sí con mucha frecuencia chincharse, bromear y reír. Se gustaban mutuamente y les complacía exhibirse juntos, ella con el hombre elegante en que se convirtió mi abuelo en la vejez, él con la hermosa mujer que ella siguió siendo hasta la senectud. Pero una sombra se interponía siempre entre ambos. Todo estaba tamizado: su felicidad de estar juntos, sus bromas y risas, sus conversaciones sobre los asuntos mundanos. La prematura muerte de mi padre había arrojado una sombra sobre su vida que jamás se desvanecería.

No lo comprendí hasta que leí las memorias del abuelo. A veces los abuelos mencionaban a mi padre con tantos detalles y tanta naturalidad que jamás me embargó la sensación de que quisieran esconderme información. Me enteré de las historias del abuelo que habían sido las favoritas de mi padre, de que coleccionaba sellos, cantaba en el coro, jugaba al balonmano, dibujaba y pintaba, había leído mucho, era miope, fue un buen alumno y un estudiante de derecho muy aplicado y no hizo el servicio militar. En el cuarto de estar colgaba una foto suya. Mostraba a un joven esbelto con un traje de pantalón bombacho de espiguilla delante de una pared, el brazo derecho apoyado en una cornisa y las pantorrillas cruzadas. La postura era relajada, pero la mirada a través de las gafas traslucía impaciencia, como si el joven esperase próximos acontecimientos para, si no valían la pena, dedicarse rápidamente a otra cosa. Vislumbré en su rostro inteligencia, decisión y una pizca de arrogancia, pero quizás sólo porque me apetecía poseer yo mismo esas cualidades. Teníamos los ojos parecidos, rasgados, uno más que otro.

Eso me bastaba. Mi madre no hablaba de mi padre y tampoco había colgado o colocado ninguna foto suya. Yo había oído decir a los abuelos que él había estado en la guerra con la Cruz Roja suiza y que había perdido la vida. Muerto en combate, caído, desaparecido..., de niño escuché tantas veces estas fórmulas inapelables, que durante mucho tiempo me parecieron losas sepulcrales inamovibles. Los retratos de hombres uniformados que veía en casa de compañeros de colegio, a veces con un crespón negro en el marco de plata, me desagradaban tanto como las pequeñas fotos de los muertos que en algunos países se colocan encima de las tumbas. Como si no se dejase descansar a los muertos y se los obligase a salir a la luz, como si incluso muertos se les exigiese que guardasen la compostura. Si ése era el modo en que las viudas recordaban a sus maridos fallecidos, prefería que mi madre renunciase al recuerdo visible.

Pero por muerto y lejano que estuviera mi padre, una cosa nos unía. La abuela me contó en cierta ocasión que a mi padre le gustaba la poesía y que uno de sus poemas preferidos había sido «John Maynard» de Theodor Fontane. Aquella misma noche me lo aprendí de memoria. Eso le gustó y durante años ella me señaló otros poemas que le habían gustado a mi padre y que yo abordaba en el acto. A lo mejor a mi abuela, que se sabía de memoria numerosos poemas, tan sólo le gustaba que yo aprendiera poesías por la noche.

8

Una vez despejada la mesa de la cena, fregados los cacharros y regadas las flores del jardín, los abuelos se ponían a trabajar corrigiendo las «Novelas amenas y entretenidas». Sentados a la mesa, tiraban de la lámpara hacia abajo y leían y corregían los manuscritos, las largas galeradas y las pruebas de imprenta con las páginas ajustadas al formato de los ejemplares. A veces también escribían; ellos insistían en que cada número incluyera al final un breve epílogo instructivo y formativo, y caso de no existir ellos mismos lo escribían: sobre la importancia de lavarse los dientes, la lucha contra los ronquidos, la cría de abejas, la evolución del servicio de correos, la regulación del río Linth hecha por Konrad Escher, los últimos días de Ulrich von Hutten. También retocaban las novelas si un pasaje les parecía torpe, inverosímil, indecente o se les ocurría una idea mejor. El editor les dejaba campo libre.

Cuando ya no me obligaron a acostarme después del canto del mirlo, me permitieron sentarme a la mesa con ellos. La luz de la lámpara baja, la mesa iluminada, alrededor la habitación oscura... El ambiente me gustaba y me sentía seguro en él. Yo leía, aprendía un poema o escribía una carta a mi madre o una anotación en el diario de las vacaciones. Cuando interrumpía la labor de los abuelos con alguna pregunta, siempre recibía una respuesta amable. Sin embargo, preguntar me intimidaba: la concentración de los abuelos era perceptible, los comentarios que intercambiaban, escuetos, y mis preguntas se me antojaban de una locuacidad excesiva. Así que leía, estudiaba y escribía en silencio. A veces alzaba la cabeza con suma cautela para que ellos no se percatasen, y los miraba: al abuelo, cuyos ojos oscuros escudriñaban la tarea que tenía ante sí, pero también se perdían a lo lejos, y a la abuela, que lo hacía todo con facilidad, leía sonriendo y escribía y

corregía con mano ágil y rápida. Y eso que el trabajo debió de resultarle más duro que a él, pues mientras que al abuelo sólo le gustaban los libros de historia y mantenía una relación práctica, desapasionada, con las novelas que supervisaban, ella amaba la literatura, tanto la narrativa como la poesía, poseía una intuición certera para captar la calidad literaria y esa dedicación a textos banales debió de hacerla sufrir.

A mí no me permitían leerlos. Alguna que otra vez, oyéndolos hablar de una novela, me picaba la curiosidad. Me decían que no debía leerla; sobre ese tema había una novela o un cuento mejor de Conrad Ferdinand Meyer o de Gottfried Keller o de cualquier otro clásico. La abuela se levantaba y me traía ese libro mejor.

Cuando me daban los ejemplares sobrantes de las pruebas de imprenta para emborronar, me encarecían con absoluta seriedad que no los leyera. Habrían preferido no dármelos. Pero el papel era caro y mi madre ganaba poco dinero. Así que durante gran parte de mis años escolares utilicé el dorso de aquellas hojas para escribir lo que no tenía que presentar al maestro en el cuaderno: vocablos latinos, ingleses y griegos, deberes de aritmética y geometría, borradores de composiciones, redacciones y descripciones de cuadros, capitales, ríos y montañas, fechas y notas para compañeros y compañeras de clase sentados unos pupitres más allá. Las pruebas de imprenta eran de papel resistente y tenían casi un centímetro de grosor; cuando arrancaba las páginas escritas, se tornaban más y más finas, pero las grapas aún mantenían unido el fajo restante. Me gustaban aquellos blocs gruesos de papel resistente. Y como era un buen chico, durante años obedecí y no leí la otra cara de las páginas.

9

Durante los primeros veranos los abuelos, creyendo que llevaba con ellos una vida demasiado solitaria, intentaron ponerme en contacto con niños de mi edad. Conocían a los vecinos y, tras hablar con varias familias, consiguieron que me invitasen a fiestas de cumpleaños, excursiones y visitas a la piscina. Yo me daba cuenta de que habían conseguido las invitaciones a base de amor y paciencia, y no me atrevía a rechazarlas. Pero en cuanto el acontecimiento había transcurrido, me alegraba de regresar a casa de mis abuelos.

A menudo no entendía el dialecto que hablaban los niños, ni comprendía sus alusiones. Su sistema educativo, sus actividades escolares y de ocio, su organización social eran radicalmente distintas a las mías. Mientras que ellos no regresaban hasta las cuatro o las cinco de la tarde del colegio o de las actividades extraescolares de deporte, canto en el coro, teatro, después del colegio, yo me quedaba junto a mis compañeros de juegos abandonado a mí mismo tarde tras tarde. Formábamos bandas y librábamos guerras inofensivas. Pero no me habían preparado para los corteses juegos de sociedad de los niños suizos.

También en la piscina la manera de comportarse era distinta de la que yo conocía. Nadie se peleaba dentro del agua; a nadie lo tiraban al agua; a nadie lo hundían debajo del agua. Niñas y niños jugaban juntos al waterpolo, rápido y limpio, y en pie de igualdad. La piscina era una construcción de madera que, partiendo de la orilla, se adentraba en el lago; los que no sabían nadar podían moverse en una especie de parrilla hecha de tablas delgadas, de veinte metros de largo por veinte de ancho, colocada sobre pilotes y rodeada, por tres de sus lados, por casetas y pasarelas. En la parte menos honda, la profundidad era de un metro, pero descendía hasta

alcanzar el metro setenta; en el cuarto lado, el que se abría al lago, bastaba con pasar por debajo de una soga para seguir nadando. Recuerdo una vez en que impresioné a los niños suizos: por pura desesperación social, me subí al techo de la caseta más apartada de la orilla y me tiré al lago.

Si nos hubiéramos visto con más asiduidad, quizás aquellos chicos se habrían convertido en compañeros y amigos. Pero poco después de mi llegada a casa de los abuelos los niños suizos partían de vacaciones o ya se habían ido, y no regresaban hasta poco antes de mi marcha. A un chico y a mí nos unía el interés por la conquista de los Polos. ¿Cook era un estafador y Peary un diletante? Y Scott, ¿fue un gran hombre o más bien un insensato? ¿O las dos cosas a la vez? Y Amundsen, ¿era sólo un tipo ambicioso, o creía que tenía una misión por cumplir? También el padre de aquel chico parecía haberse encariñado conmigo.

—Tienes los ojos de tu padre —me espetó la primera vez que nos vimos.

Lo dijo con una sonrisa amistosa y triste que me confundió más que el propio comentario. Pero a pesar de los buenos propósitos del chico y míos, nuestro intercambio epistolar no se llevó a cabo.

Así pues, las vacaciones continuaron sin compañeros de juegos de la misma edad. Con los sempiternos paseos junto al lago, marchas por un desfiladero, alrededor de una laguna y por las montañas con vistas al lago y los Alpes. Con las repetidas excursiones al castillo de Rapperswil, a la isla de Ufenau, a la catedral, a los museos y a la Kunsthalle. La monotonía de las marchas y las excursiones formaba parte de las vacaciones, igual que el trabajo en el jardín. Recoger manzanas, bayas, lechugas y hortalizas, entrecavar las remolachas, arrancar las malas hierbas, cortar flores marchitas, podar el seto, segar la hierba, apilar el estiércol, llenar las regaderas y regar..., al igual que estos trabajos se repetían con naturalidad, también la repetición de las otras actividades me parecía natural. Las sempiternas veladas en la mesa bajo la lámpara formaban parte asimismo del ritmo natural de las vacaciones.

En mi recuerdo las vacaciones son una época de respiración tranquila y profunda. Son el augurio de una vida de equilibrio, de una vida de reiteraciones, en la que sucede siempre lo mismo con ligeras variaciones.

Una vida junto al agua, cuyas olas llegan rodando de manera regular, una detrás de otra, y ninguna es idéntica a la anterior.

OceanofPDF.com

10

Hubo un verano que fue distinto a los demás: aquel en que tuve una compañera de juegos. Una niña de un pueblecito del Tesino pasaba las vacaciones con su tía abuela en la casa vecina. Las cosas no le iban bien. La tía abuela, enfermiza y con dificultades para caminar, se había imaginado que su sobrina nieta le leería en voz alta, haría solitarios con ella y bordaría con ella. A la sobrina nieta, en cambio, lo que más le interesaba era la idea de la gran ciudad vecina. Además, la tía abuela apenas sabía italiano y la sobrina nieta apenas hablaba alemán.

Sin embargo, Lucia poseía el don de superar las barreras idiomáticas. Cuando me habló en italiano a través de la valla y yo le contesté en alemán que no la entendía, ella prosiguió su cháchara, como si yo hubiera desentrañado la conversación iniciada por ella. Luego enmudeció y esperó, hasta que yo dije algo sobre el colegio, donde estudiaba latín, y luego siguió hablando. Me miraba con expresión radiante, tan esperanzada y animosa que yo también seguía hablando; conté lo que se me ocurrió y finalmente intenté formar palabras italianas a partir de los vocablos latinos que había aprendido en dos años. Ella reía y yo la secundaba.

Entonces llegó el abuelo, le habló en italiano y ella le contestó con una mezcolanza de palabras, risas, exclamaciones de júbilo, la pura felicidad. Sus mejillas ardían, sus ojos oscuros brillaban, y cuando sacudía la cabeza al reír, sus rizados cabellos castaños se agitaban. Me acometía una sensación desconocida para mí y de la que ignoraba hasta el nombre, pero me daba cuenta de su poderío. El instante precioso que habíamos pasado juntos perdió su valor. Lucia lo había traicionado, yo había hecho el ridículo. Más tarde he experimentado con más intensidad el tormento de los

celos. Pero nunca me he sentido tan expuesto y tan desamparado como esa primera vez.

Se me pasó. En las actividades de ese verano, en las que Lucia nos acompañaba al abuelo y a mí, ella siempre me hizo saber que nos pertenecíamos uno al otro, por mucho que ella y el abuelo flirteasen en italiano.

—Os ha hechizado a los dos —decía la abuela sonriendo cuando el abuelo y yo nos acicalábamos para salir con Lucia. En el viaje en barco a la isla de Ufenau nos acompañó la abuela, como todos los años; a ella le gustaba Conrad Ferdinand Meyer, se sabía de memoria centenares de pareados de su poema «Los últimos días de Hutten» y en la isla celebró su conocimiento del poeta, del poema y de la poesía en general. También a ella la fascinó Lucia, por su capacidad de admirarse, su familiaridad, su alegría. Durante el viaje de regreso, sentados Lucia y yo delante de ellos, el abuelo tomó la mano de la abuela, el único gesto de ternura que vi entre ellos. Hoy me pregunto si habrían deseado en vano tener una hija o incluso si habrían perdido una. Por entonces yo era sencillamente feliz; habíamos pasado un hermoso día en la isla, el anochecer en el lago era bello, los abuelos se amaban y nos amaban, y Lucia me había cogido la mano.

¿La amé? Yo sabía tan poco del amor como de los celos. Esperaba con impaciencia a Lucia, sentía nostalgia de ella y decepción cuando queríamos vernos pero no podíamos; me sentía feliz cuando ella lo era, y desdichado cuando ella se sentía desdichada y sobre todo cuando se enfadaba. Su enfado podía avivarse en cuestión de segundos. Si algo le salía mal, si no nos entendíamos, o si no me mostraba con ella tan atento como esperaba. A menudo su enfado me parecía injusto, pero discutir de justicia era lingüísticamente imposible, a pesar de que yo había convertido correctamente >*iustitia* en >*giustizia*. De todos modos creo que a Lucia no le interesaba debatir sobre la justicia. Aprendí a tomarme su alegría y su enfado como el tiempo que hace, con el que tampoco se puede discutir, sino aceptarlo con alegría o tristeza.

Disponíamos de muy poco tiempo para nosotros solos. Lucia tenía que hacer solitarios y bordar con su tía abuela, hacerle masajes en la cabeza y en los pies, y escucharla.

—Ya que no me entiende, al menos que me escuche —decía la tía abuela a mi abuela, que pedía en vano comprensión para Lucia. Ésta deseaba unirse al abuelo y a mí, tanto en los paseos, marchas y excursiones como en el trabajo del jardín. Una vez participó incluso en la recogida de bostas de caballo. A veces nos sentábamos en la casita que habíamos construido en el manzano con ayuda del abuelo. Pero, como siempre, la construcción había sido mejor que el juego en la casa terminada, y además nuestro problema lingüístico disminuía cuando estábamos activos. Al final de las vacaciones no intercambiamos nuestras direcciones. ¿Para qué?

Yo tampoco tenía la menor noción de la belleza. La vivacidad de Lucia, su amabilidad, su espontaneidad, sus rizos bailarines, sus ojos, su mirada, su boca, su risa sonora y desbordante, bulliciosa, su gracia, su solemnidad, sus lágrimas..., todo era uno y yo no podía dividirlo en carácter, comportamiento y apariencia.

El hoyuelo de Lucia ejercía sobre mí una fascinación especial. Era sorprendente que en la zona de la frente situada encima del extremo interior de la ceja izquierda, siempre tan tersa, pudiese surgir de repente un hoyuelo. Era un hoyuelo de perplejidad, de timidez, de desilusión y de tristeza. Me conmovía porque me hablaba cuando Lucia no podía o no quería hablar conmigo. Aparecía aunque ella estuviese malhumorada y me alegraba por desdichado que me hiciera su enfado y por deseoso que estuviera de no aumentarlo con algún signo de alegría.

Cuando unos años más tarde me enamoré de una compañera de clase, ya sabía algo de la belleza, del amor y de los celos, y mis vivencias desplazaron por completo la experiencia indefinible con Lucia. Tenía la sensación de que me enamoraba por primera vez y me olvidé incluso del regalo de despedida de Lucia.

La mañana del día anterior a su partida ella visitó en el jardín a los abuelos y a mí y nos ayudó un poco, igual que en otras ocasiones. Se despidió del jardín y de los abuelos; tenía que pasar el día con su tía abuela, y a la mañana siguiente sólo tendría tiempo para una breve despedida. Cuando la acompañé a su casa, me señaló una puerta que a través de unos escalones comunicaba el jardín con un sótano.

—Ven a las seis, abriré la puerta.

Era la puerta del lavadero. Cuando la hube abierto lo justo para deslizarme dentro y cerrarla inmediatamente, vi el gran caldero de cobre para hacer la colada, tinas, cubos, tabla de lavar y pala para golpear las prendas, y olí el aroma fresco de la ropa lavada. De las cuerdas tensas colgaban sábanas blancas. Las dos ventanas eran grandes, pero sus rejas completamente cubiertas de parras no dejaban pasar demasiada luz. Todo estaba envuelto en una penumbra verde.

Lucia me esperaba al otro lado de la estancia, con el dedo delante de los labios. Yo no dije nada ni me moví. Nos miramos. Ella se agachó y, cogiendo con ambas manos el borde de su falda, lo levantó y me mostró su sexo. Alzó la cabeza, desafiante, y yo entendí: me desabroché el cinturón y los botones del pantalón corto, los deslicé por mis piernas junto con los calzoncillos y me incorporé. Mi sexo aún no se había excitado nunca y tampoco lo hizo entonces. A diferencia de Lucia yo no tenía aún vello púbico. Pero mi rostro ardía y mi corazón palpitaba y un deseo se adueñó por entero de mí, aunque no sabía hacia dónde se dirigía.

Durante un momento permanecimos inmóviles frente a frente. Después Lucia sonrió, soltó la mano derecha de la falda y se me acercó. Con la izquierda seguía sujetándose la falda, exhibiendo parte del vientre desnudo, del muslo y del sexo, y yo no acertaba a decidir si debía mirar aquello o su cara, en la que vislumbraba algo tan parecido y excitante como su desnudez. Cuando estuvo a mi lado, me agarró la cabeza con la mano derecha, apretó brevemente su boca contra la mía y dejó que mi cuerpo sintiera el palpito del suyo. Después se volvió y, antes de que yo volviera en mí, desapareció por la otra puerta en el interior de la casa. Aún la oí correr por el pasillo, subir las escaleras y abrir y cerrar otra puerta.

11

¿Fue entonces cuando comencé a leer los dorsos prohibidos de los originales para la imprenta? ¿La novela que había vivido con Lucia había despertado mi ansia de leer novelas? ¿O eso no sucedió hasta más tarde debido simplemente al aburrimiento? ¿Durante una tediosa clase escolar? ¿Haciendo los deberes con desgana? ¿En el transcurso de un viaje en tren en el que no tenía otra lectura? Al cumplir los trece años, mi madre y yo nos mudamos a un pueblo donde había comprado una casita y yo tenía que coger el tren cada día para ir al colegio.

La primera novela que leí trataba de un soldado alemán que había huido del cautiverio ruso sorteando numerosos peligros en el retorno a la patria. Sus peligros y aventuras los olvidé pronto. Pero no su regreso. Él consigue llegar a Alemania, encuentra la ciudad en la que vive su mujer, el edificio, la vivienda. Llama al timbre, se abre la puerta y aparece su mujer, tan hermosa y tan joven como él la había recordado durante los largos años de guerra y de cautiverio. No, más bella aún si cabe, y si acaso un poco más mayor, pero ha madurado, se ha hecho una mujer, es más femenina. Sin embargo ella no lo mira con alegría, sino con horror, como si fuera un fantasma, y en brazos sostiene a una niña pequeña, de menos de dos años de edad, mientras otra, más mayor, se arrima a ella y mira avergonzada por detrás de su delantal. A su lado, rodeándole los hombros con el brazo, hay un hombre.

¿Luchan los dos hombres por la mujer? ¿Se conocían ya o es la primera vez que se ven? El que rodea a la mujer con su brazo, ¿la engañó diciéndole que el otro había caído? ¿O se hizo pasar incluso por el otro, vuelto ya de la guerra o del cautiverio? ¿Se enamoró la mujer simplemente de él dejándose llevar por una nueva felicidad? ¿O lo aceptó sin amor, por pura necesidad,

porque sin él no hubiese resistido la huida ni habría podido emprender un nuevo comienzo? ¿Porque necesitaba un hombre que cuidase de ella y de su primera hija? Su primera hija, que desde luego no es hija del nuevo marido, sino del primero, que está ante ella andrajoso, incrédulo, desesperado.

No me enteré. Ya había utilizado el bloc de papel impreso de las pruebas y había arrancado y tirado las primeras páginas. Las primeras páginas que había utilizado... eran las últimas páginas de la novela.

OceanofPDF.com

12

Esperaba leer el final de la novela al verano siguiente. Había tirado las últimas páginas, pero conservaba la primera con el autor y el título. Sabía que los abuelos guardaban en el dormitorio la colección completa, que ocupaba todos los estantes de una librería alta y estrecha.

Pensé que la búsqueda no sería laboriosa. Las pruebas de imprenta no llevaban los números con los que se publicaban los volúmenes y que servían para ordenarlos en la librería, pero puesto que me las habían dado el último verano y aparecían dos volúmenes al mes, esperaba encontrar la novela entre los veinticuatro últimos números. Pero no fue así. Como sabía que los abuelos cambiaban a veces los títulos, busqué también por autor, y, al fracasar también este intento, los creí capaces de cambiar incluso los nombres de los autores, y busqué por el comienzo de la novela. Pero no hallé el título, ni el autor, ni el principio de la novela. Amplié la búsqueda a volúmenes anteriores y saqué y abrí un número tras otro, en vano. Sin embargo, no examiné los alrededor de cuatrocientos libros que había. Tras una primera semana soleada, llovió hasta el final de las vacaciones. Los abuelos ya no trabajaban en el jardín y yo ya no podía subir con cualquier pretexto a su dormitorio para reanudar mi búsqueda.

Al verano siguiente había olvidado la novela. Fue la última vez que pasé todas las vacaciones con mis abuelos. Mis amigos y amigas viajaban juntos o se iban de intercambio a Inglaterra o Francia. A mí me habían preguntado si me apetecía participar en un viaje en bicicleta. No pude permitírmelo. Desde hacía medio año repartía periódicos y aunque no estaba mal lo que ganaba, necesitaba el dinero. Tenía que pagarme la ropa y los libros; con la compra de la casa, mi madre estaba asfixiada.

Me decepcionó no poder emprender el viaje con los demás. Al mismo tiempo me alegraba pasar las vacaciones con los abuelos. Mi madre se empeñaba en seguir considerándome un niño y en aleccionarme continuamente, y eso me irritaba. Con los abuelos disfrutaba porque me trataban como a un niño que puede ser como es, y al mismo tiempo me tomaban en serio y me querían. Me gustaba despertar en mi cama debajo de *La niña de la lagartija* de Stückelberg, ayudar a la abuela en la cocina y pedirle mientras tanto que me recitara un poema, traer al abuelo a la cocina de vuelta de los alemanes dispersos por el mundo y sentarme de noche con ellos en torno a la mesa iluminada. Me gustaba el olor de la colonia de la abuela en el cuarto de baño, el cáñamo africano del despacho del abuelo, la vajilla con florecitas rojas en el borde, los cubiertos con mango de marfil, la enorme quesera. Me gustaban los silencios del verano, los ruidos del verano y sus olores.

Lo viví todo con mucha intensidad. Muchos de los recuerdos que conservo de la casa y del jardín, del pueblo, del lago y del paisaje son de ese último verano.

Mientras estudiaba en la universidad mis visitas a los abuelos eran breves: un par de días en Navidad, y un par más al final del semestre de verano o al comienzo del semestre de invierno. Yo enviaba al abuelo los trabajos que pensaba podrían interesarle. Él escribía sin demora una carta elogiosa; las críticas, que eran abundantes, las reservaba para nuestro siguiente encuentro. Me guardaba recortes de periódico que hablaban de los alemanes de Silesia, Transilvania y Kazajstán, a los que según él yo no dedicaba suficiente atención. Una vez al semestre llegaba un paquetito con un fajo de recortes de periódico, trozos de manzana que la abuela había secado para mí y un billete de cinco marcos.

13

El invierno antes de mi examen de fin de carrera me aterraba no estar bien preparado e intenté suprimir la visita navideña. Pero mis abuelos me escribieron diciendo que tenía que ir. No hacía falta que me quedase muchos días, pero tenía que ir. Con urgencia.

Ellos siempre habían mantenido su casa ordenada. En esa última visita el orden era opresivo. Los abuelos se habían desprendido de todo lo que no necesitaban imperiosamente y que en su opinión tampoco me interesaría a mí, su único nieto. Se negaban a ir al asilo de ancianos. Querían conservar la casa. Pero se preparaban para la muerte y no deseaban tener a su alrededor nada superfluo o innecesario.

Me llevaron de habitación en habitación, preguntándome qué quería. Faltaban ya algunos objetos familiares, y los armarios y estanterías estaban medio vacíos. Yo quería conservarlo todo porque estaba unido a mis recuerdos, y todo lo que los abuelos conservasen por mí los mantendría vivos. Pero con la misma serenidad con que se preparaban para morir me explicaron que sólo debía llevarme unas pocas cosas. Durante mi etapa de estudiante universitario y opositor no dispondría de una vivienda espaciosa ni podría permitirme el lujo de alquilar un guardamuebles. Sólo podía llevarme lo que cupiera en una habitación. ¿El escritorio y la butaca del abuelo tal vez? ¿Sus libros de historia y los libros de Gotthelf, Keller y Meyer de la abuela? ¿La fotografía de la fábrica de hilaturas dirigida por el abuelo? Un nudo en la garganta me impedía hablar y asentía a todo con la cabeza.

Las «Novelas amenas y entretenidas» continuaban allí. Pero ni los abuelos me las sugirieron ni yo se las pedí. Seguro que me las habrían regalado. También habría podido confesar que un día, desobedeciendo su

advertencia, había leído la novela del soldado que vuelve a casa y luego muchas otras. Ellos, después de haber dejado la redacción de las novelas y de que concluyera la colección, se enorgullecían de sus obras, que el responsable de edición de la editorial Kiosk AG de Berna había alabado siempre como las mejores de su género. Además, su serenidad ante la muerte les infundía una curiosa vitalidad. En esos días navideños con mis abuelos estuve muchas veces al borde del llanto, ellos no.

Cuando partí, el abuelo me llevó, como siempre, a la estación de la gran ciudad. Como siempre, buscó el vagón y el compartimiento correctos, el vagón en el centro del tren, porque en caso de choque era un lugar muy seguro, y el compartimiento con una dama de edad madura a la que me presentó como su nieto que volvía a casa y pidió que por favor me echase un vistazo. Como siempre, no consintió que tras el abrazo de despedida le acompañase al andén. Asomado a la ventanilla, lo vi bajar del tren y caminar por el andén. Al llegar al final, se volvió, me saludó con la mano y yo le devolví el saludo.

Pocas semanas más tarde los abuelos fueron atropellados por un coche. Cuando regresaban a casa tras hacer la compra en el pueblo, un conductor borracho invadió la acera. La abuela murió antes de que llegara la ambulancia; el abuelo falleció en el hospital, poco después de medianoche, pero yo decidí que en la lápida común figuraría la misma fecha de fallecimiento para ambos.

Segunda parte

OceanofPDF.com

1

Aún conservo el escritorio y la butaca del abuelo. También los libros de ambos y la foto de la fábrica de hilaturas. Escritorio y butaca hallaron acomodo primero en mi habitación en casa de mi madre, después en mi primera vivienda propia, una estancia con cocina estadounidense, ducha y vistas a la estación de ferrocarril, más tarde en el piso de uno de los edificios caducos de antes de la guerra típicos de aquella época, de techos altos, estuco y puertas de dos hojas, al que mi novia y yo nos mudamos cuando nació su hijo. Tras nuestra separación, me marché y guardé el escritorio y la butaca en un almacén junto con el resto de mis pertenencias.

Tenía que irme. Huir de mi bella, malhumorada e infiel novia, de su hijo llorón y revoltoso, escapar de la ciudad en la que había crecido, asistido al colegio y a la universidad y en la que los recuerdos acechaban por doquier. Haciendo acopio de todo mi valor, renuncié a mi plaza de asistente sin tener una nueva, vendí las obligaciones suizas que había heredado de los abuelos, y me fui.

En realidad la renuncia no fue muy valiente. Tras finalizar el doctorado, dediqué seis años a preparar una habilitación para obtener una cátedra, pero nunca la acabé. Sabía desde hacía mucho tiempo que no lo haría, pero me negaba a reconocerlo. El tema «El beneficio de la justicia», un tema del abuelo sobre el que había infinidad de lecturas e ideas interesantes. Mis pensamientos, sin embargo, no eran sistemáticos, sino que se mostraban erráticos y anecdóticos, pensamientos del abuelo sobre el tema del abuelo. Yo ansiaba demostrar que la justicia sólo es beneficiosa cuando sus exigencias se desarrollan teóricamente y se ponen en práctica sin atender a la utilidad social. >*Fiat iustitia, pereat mundus*; creía que ése debía ser de hecho el lema de la justicia, y si el mundo opinaba que obedecer las

exigencias de la justicia lo conducía al ocaso, entonces era libre de negar esa obediencia y asumir las consecuencias, pero la justicia no estaba obligada a mitigar el rigor de sus exigencias.

Reuní ejemplos y más ejemplos, desde casos del abuelo y los procesos espectaculares de Freisler y Hilde Benjamin hasta las decisiones del Tribunal Constitucional Federal que no pretendían imponer derecho y justicia, sino conciliar y pacificar o ser útiles socialmente de cualquier otro modo. No cabía duda: Federico el Grande, el obispo Pierre Couchon, Freisler, Hilde Benjamin y los jueces del Tribunal Constitucional Federal albergaban diferentes ideas de la justicia. No obstante, me creía capaz de demostrar que en sus juicios políticos todos sabían que no sólo servían a la justicia, entendieran lo que entendiesen por semejante vocablo, sino a otros fines. Unos fines tan dispares como sus ideas sobre la justicia: el bien de la Iglesia o del rey, la lucha racial o de clases o la paz política. Sin embargo, coincidían en que para ellos eran más importantes que la justicia, bajo cuyo signo debían desarrollarse los procedimientos y adoptarse las decisiones.

De acuerdo. Mas ¿cómo debía yo sistematizar, ponderar y calcular los perjuicios que eso causó y los beneficios que proporcionó a veces, los beneficios y perjuicios para la justicia y para la sociedad, los beneficios y los perjuicios a corto y a largo plazo? Al final no estaba harto del tema ni del material, pero sí de mis pensamientos, que eran incapaces de construir el sistema pertinente. Estaba harto de tanta palabrería, de las palabras que leía, pensaba y escribía. No sólo quería huir de mi novia, de su hijo y de la ciudad, sino también de todas aquellas palabras.

En realidad tampoco mi forma de irme fue especialmente valerosa. Yo deseaba pasar unos meses en Estados Unidos y aunque nunca había estado solo tanto tiempo ni tan lejos, conocía en Nueva York y en San Francisco gente en cuya casa podía vivir, y confiaba en encontrar quizás parientes en Knoxville y Handsborough, las escalas en el trayecto de la Costa Este a la Costa Oeste. ¿Qué podía pasarme?

Sin embargo, los días anteriores a la partida me sentí físicamente mal. No es que temiera que se cayera el avión o descarrilara el tren. Me hubiera parecido bien que el viaje encontrara un rápido final con el avión precipitándose en el Atlántico. Tenía miedo al extranjero, que de pronto me

parecía desmesurado y ominoso, y a la pérdida de lo conocido y acostumbrado, que de pronto se me antojaba tan acertado, adecuado y favorable para mí. Sentía la nostalgia del abuelo antes siquiera de haber partido. Estuve a punto de preguntar a mi novia si podíamos anular la separación y dejarlo todo como estaba. En cambio, la nostalgia me respetó durante el viaje.

Al sur de San Francisco encontré el paraíso. Una zona con jardines floridos, prados y unos cuantos edificios bajos, protegida de la calle por un bosque, que descendía hacia el Pacífico formando terrazas rocosas, soleada, cálida y rebosante del olor del mar y de las flores. Los edificios albergaban un restaurante, zonas comunes y habitaciones para unos sesenta huéspedes. En las zonas comunes o en los prados enseñaban yoga, taichí, meditación, respiración y masaje. En las sesiones de terapia de grupo, cuyos nombres y métodos se pierden en mi memoria, los dóciles aprendían a exaltarse, y los iracundos y vociferantes a comportarse con suavidad y no alzar la voz. En una de las terrazas rocosas, manantiales sulfurosos calientes vertían sus aguas en piletas artificiales en las que podías tumbarte toda la noche, con las estrellas en lo alto y el rumor del mar en los oídos. Al cabo de un momento los pensamientos se ralentizaban hasta cesar por completo y hasta los sueños desaparecían. La mente había alcanzado el reposo.

Si no hubiera sido demasiado caro, me habría dejado subyugar y me habría quedado, una semana, un mes, un año más. Al cabo de tres semanas, cuando me había gastado la mitad del dinero, oí hablar de un instituto de San Francisco que en tres meses te formaba como masajista. El masaje... De todas las experiencias en el paraíso era la que más me había impresionado. No me figuraba que el contacto silencioso, pero sin implicaciones sexuales ni eróticas, pudiera ser tan profundo, que el contacto de las manos pudiera ser tan benéfico, que los cuerpos que masajeeas puedan volverse tan bellos y que el masaje de una persona feliz hace feliz, y el de una persona extenuada extenua. Yo quería familiarizarme con ese mundo de la corporalidad. Las tarifas eran moderadas. El conocido de San Francisco, un pintor con una vivienda espaciosa, estaba dispuesto a dejarme vivir en su casa. Aunque el día en que me despedí del paraíso se apoderó de mí la

tristeza, mi profesor me consoló: no debía entristecerme porque tenía que irme, sino alegrarme porque siempre podía regresar.

Durante tres meses acudí al instituto, di masajes y los recibí, asistí a clases de anatomía y de los aspectos éticos y económicos de la profesión de masajista; en los fines de semana estudié los nombres latinos de los huesos, articulaciones, músculos y tendones, practiqué la pronunciación estadounidense y durante las noches de las últimas semanas concebí el masaje con el que aprobé el examen. Me sentía feliz por todo lo que aprendía, por mi mal inglés estadounidense que me eximía de la tentación de hacerme el pedante y el gracioso; y sobre todo me gustaba que las palabras no desempeñasen papel alguno en lo que hacía. Tenía la sensación de vivir en un mundo nuevo y de haber encontrado la distancia que había buscado con respecto al antiguo. Sólo los comentarios burlones del pintor, y con el paso del tiempo buen amigo, con el que vivía me irritaban a veces. Decía que a juzgar por el modo en que asumía la formación como masajista, yo era un portento del trabajo y la disciplina. Que era superalemán y superprotestante. ¿Qué había hecho conmigo mi madre? ¿Qué había hecho yo conmigo mismo?

2

Durante el vuelo hacia Alemania barajaba la posibilidad de establecerme como masajista en California. Durante el trayecto en tren desde el aeropuerto a mi ciudad natal, un viaje durante el cual atravesé un paisaje de edificios monótonos y pasé por ciudades ordenadas con casas bien remozadas, jardines cuidados, vallas meticulosas y calles húmedas por la lluvia, brillantes y limpias, comprendí para mi desesperación lo falso que era aquel mundo, aunque yo formaba parte de él y no podía abandonarlo. Era de todo punto imposible.

Durante las primeras semanas me alojé en casa de mi madre. Apenas nos veíamos: ella salía temprano, regresaba tarde y se acostaba pronto. Era secretaria de dirección; había empezado desde abajo con su jefe y ahora había alcanzado la cima con él. Siempre había estado al día en la técnica del secretariado, de la moda de las secretarias y de los usos y costumbres del gremio. Cuando el jefe terminó la relación amorosa que mantenía con ella y que duró apenas un año, de la noche a la mañana volvió a convertirse en una simple secretaria. Sin embargo, ella estaba a su disposición cuando un fracaso o un éxito exigía la presencia de una mujer. Se sobreentendía que ella tenía que estar a su disposición a cualquier hora y para cualquier cosa. Su jefe también era leal a su manera. No sólo la llevó consigo peldaño a peldaño hasta la cúspide, sino que también le consiguió un sueldo excepcional.

Eso enorgullecía a mi madre. A ella le habría gustado estudiar medicina, pero no pudo acabar el bachillerato antes del fin de la guerra porque había tenido que realizar trabajos obligatorios, ni tampoco después, porque ya había nacido yo y necesitaba ganar dinero. Sus padres, acomodados, habían muerto en la huida ametrallados por un avión en vuelo rasante y no

podieron ayudarla. Cuando llegó la indemnización, a mi madre le pareció demasiado tarde para volver al instituto y para estudiar una carrera y compró una casa en un pueblo de las afueras de la ciudad. ¿Me reprochaba que mi nacimiento hubiera arruinado su plan de vida? Habría sido una buena médico: certera, con buen ojo para diferenciar lo importante de lo banal, siempre a la vanguardia de la ciencia. Habría compensado su falta de ternura con cortesía y tenacidad; sus pacientes tal vez no se habrían sentido queridos, pero sí en manos de una profesional competente.

Mi madre dedicaba su vida al cumplimiento del deber y, como médico, eso habría sido ideal. Quizás se odiaba por dedicar toda su energía y disciplina a luchar por hacer dinero en lugar de por una meta más elevada. Yo crecí con el estribillo de que el colegio era un privilegio y que si ella se deslomaba para ganarse un sueldo, yo tenía que trabajar mucho a cambio del privilegio. Mi renuncia a la habilitación supuso para ella una decepción, incluso un agravio. Y eso que no me había facilitado las cosas para que fuese al colegio y estudiase una carrera. Mientras iba al instituto tuve que trabajar incluso cuando ya no la agobiaban los plazos de la casa, y durante la carrera siempre tuve que ganar algo de dinero para completar la parca asignación mensual que mi madre me entregaba. Ella no había aprobado mi viaje a Estados Unidos, y le pareció mal que a mi vuelta no retomara la habilitación o aceptara al menos el primer trabajo que me ofrecieran.

Por suerte no tuve que buscar mucho tiempo. Pues pronto encontré un puesto de responsable de edición en una editorial que me entusiasmó desde el primer día. La editorial deseaba ampliar su oferta de libros jurídicos y yo tenía que fundar una revista y dirigir una colección de libros de texto. Las revistas y manuales existentes me habían exasperado con bastante frecuencia. Crear unos mejores, encontrar a los editores y autores adecuados, establecer contacto con estudiantes como lectores potenciales, viajar de universidad en universidad..., yo podía aprovechar para eso lo que había aprendido en mis años de asistente.

La editorial tenía su sede en la ciudad vecina y allí encontré un piso nuevo, más bonito que ninguna de mis viviendas anteriores. Las tres plantas de una villa de los años veinte habían sido convertidas en tres pisos, y el mío, el del medio, disponía de dos habitaciones pequeñas y una grande, ésta

con un enorme balcón con vistas a un extenso prado, rodeado por una tupida hilera de abetos que ocultaban los edificios vecinos. Me trasladé con el escritorio y la butaca del abuelo, mi mitad de la cama doble, la cocina que mi novia no había querido conservar y una montaña de cajas. Día tras día, después de trabajar, me sentaba en el suelo de la habitación grande y desempaquetaba las cajas: trajes, ropa de cama, toallas, vajilla, libros, distintas versiones de mi tesis doctoral, material y apuntes para la habilitación, viejos informes, diplomas, cuadernos y dibujos, cartas y diarios, muñecos de trapo, coches de baquelita, indios, vaqueros y soldados de papel maché y otros tesoros infantiles: desde dientes, rodamientos de bolas, imanes y cromos, hasta un casco de acero estadounidense encontrado en un solar de ruinas y una lámpara de petróleo robada en una obra. Revisé todas las cajas, porque el nuevo punto de partida exigía tirar lo inútil y guardar solamente lo importante, como en su día hicieron los abuelos.

Los indios, los vaqueros y los soldados habían perdido en sus combates plumas, puntas de las flechas y de los rifles, e incluso brazos y piernas. Yo pasé su última revista. Mientras recordaba sus nombres y hazañas, mis manos recordaron que el papel grueso del que habían sido desenvueltas las figuras les resultaba familiar. Volvieron a recogerlo, estaba impreso por una cara y empecé a leer. Al cabo de unas frases supe que leía la novela del soldado que vuelve a casa. Recogí las páginas y los pedazos, que alisé y ordené. A veces algunas páginas continuaban, después volvían a aparecer huecos grandes y pequeños. Examiné también el papel en el que habían estado empaquetados los coches de baquelita y los demás tesoros infantiles, pero no hallé más páginas. Faltaba la primera, la que contenía el título y el autor.

3

Leí:

más deprisa de lo que él había estimado. Karl gritó «ahora», y con él saltaron por encima del terraplén ferroviario el conde, el granadero, Gerd, Jürgen, Helmut y los dos silesios. Cuando bajaban a toda velocidad por la cuesta, otros dos saltaron detrás de ellos. Pero habían tardado demasiado y el salto se quedó demasiado corto. Su grito al alcanzarles las ruedas se impuso al silbido de la locomotora.

El tren había llegado más deprisa de lo que Karl estimaba, y era más corto. Pasó antes de que ellos hubieran alcanzado el bosquecillo y los guardias disparaban desde encima del terraplén. La primera bala alcanzó a Helmut, que voló unos metros por el aire y quedó tendido en el suelo. Las siguientes acertaron a los dos silesios. Después Jürgen soltó un grito, pero continuó su carrera. Karl tropezó y rodó por el suelo hasta que quedó tumbado en la maleza entre los primeros árboles. También los otros lograron llegar al bosque, donde se tiraron al suelo.

Las balas silbaron durante un rato. Pero ahora disparaban al azar. Los guardias ya no los veían. Tampoco podían perseguirlos; eso habría supuesto abandonar al resto de los prisioneros.

Permanecieron tumbados hasta que cesaron los disparos, las órdenes, los gritos, y sólo se oían los trinos de los pájaros, el canto de los grillos y el zumbido de las abejas. «Karl», susurró él.

* * *

«¿morir?» Karl le miró como si la respuesta le fuera indiferente, pero quisiera una respuesta. «Si no quieres morir, hay que cortarla».

Jürgen, apoyado en el árbol, miró fijamente su mano izquierda, gorda como una granada de mortero, descolorida y grisácea, lila y verde, hedionda, y sacudió la cabeza despacio. Después miró a los otros con sus ojos de niño y dijo con su voz infantil: «Pero Else canta, y si ya no puedo acompañarla al piano...».

«¡Si hay que amputar hay que amputar!». Gerd sacudió la cabeza, se levantó y se aproximó con paso decidido, medido, como si quisiera echar mano al arado y trazar un surco largo, recto. Con la mano izquierda acarició con ternura la cabeza de Jürgen mientras con la diestra le lanzaba un puñetazo al mentón, con fuerza y dureza, y lo sujetó cuando se desplomaba para depositarlo con cuidado en el suelo. «Estúpido crío».

Karl dio las órdenes. Leña sobre las brasas, un cuchillo al fuego, otro en agua hirviendo, desgarrar la camisa en tiras, sujetar a Jürgen. Después cortó él mismo. Replegó el labio, enseñó los dientes, y en sus ojos resplandeció el placer por la precisión del horrendo pero inevitable trabajo. Jürgen recobró el conocimiento y gritó, gritó con su chillona voz infantil y volvió a desmayarse. Cuando la mano estuvo en el suelo, brotó la sangre como una fuente. Karl cogió del fuego el cuchillo al rojo vivo y lo apretó contra el muñón. Se oyó un siseo humeante y apestoso, y el conde vomitó.

—¿Se repondrá?

Karl rugió: —¿Cómo voy a saberlo? No soy médico—. Y comenzó a vendar el muñón.

—¿Cómo sabías que iba a morir si no...?

Karl se incorporó.

—¿Con la peste que soltaba la mano? —Se rió de los otros en su cara—. Vosotros ya no soportabais el hedor. Lo habríais dejado atrás. Abandonarlo aquí en la isla..., ¿os habría parecido eso más ético?

Algo brilló de nuevo en sus ojos, una dureza, una frialdad, un desprecio que atemorizó a los demás. Cuando lanzó los cuchillos al agua hirviendo y dijo «dentro de diez minutos partimos...».

* * *

sólo algo vistoso, sólo una imagen, y los huesos siguieron fríos y entumecidos. Después la bola roja ascendió un poco más alta y llegó el único momento bueno del día.

¡Disfrutadlo! El momento transcurre enseguida. El sol pasa del rojo al amarillo en un instante. Deja de calentar enseguida, y pica. Tenéis que envolveros los trapos alrededor de la cabeza enseguida, para que sólo queden rendijas para los ojos y los párpados inflamados, hinchados, acribillados de picaduras. Porque no tardarán en alzarse enjambres de mosquitos, una nube para cada uno de vosotros, que permanecerá a vuestro alrededor hasta que llegue el frío de la noche. Y vuestras ropas no ofrecerán protección alguna, tampoco los trapos alrededor de la cabeza, ni los zapatos en los pies, y las picaduras no serán simples picaduras, sino que os desollarán, como si fueran las úlceras de la lepra.

¡Disfrutadlo! Los huesos se caldean y la tundra empieza a desprender sus aromas. La mísera pizca de musgo, el par de flores y hierbas, las coníferas achaparradas..., un aroma embriagador como una promesa. En el aroma late el olor de la patria, del bosque y del páramo, y el olor del país extranjero, en el que crecen hortalizas nunca paladeadas y florecen flores ignotas.

En los corazones de los camaradas se agitan la nostalgia y la añoranza, y los hombres suspiran en agradable anhelo. Se estiran, asombrados porque en el frío de la noche no concebían que los huesos pudieran volver a prestar servicio, y se incorporan. El granadero reparte lo que hay: unas cuantas bayas y quizás un trozo de pescado seco o media patata, si aún les quedan. Después se ponen en marcha cuando pueden, antes de que el buen momento haya transcurrido. Pero también se ponen en marcha cuando ya ha pasado, sin quejarse, sin vacilar. Se encaminan a casa.

La mañana después de haber acampado con los de Lotschen todo fue diferente. Jürgen se quedó tumbado sin más; al principio Karl pensó que estaba muerto, pero después lo vio sonreír. Gerd y el granadero se incorporaron y, sentados espalda contra espalda, miraron a su alrededor, como si estuvieran tomando el fresco. Pero no había nada que ver. El lugar en el que habían acampado los de Lotschen estaba vacío.

—Prometieron regresar y llevarnos con ellos. —El conde escudriñó el horizonte colocándose la mano encima de los ojos—. No debemos movernos de aquí.

—Se está bien aquí —opinó Gerd—. ¿Por qué? —inquirió asombrado el granadero—. ¿Por qué hemos pensado todas estas semanas que teníamos que seguir?

Jürgen sonreía al muñón de su brazo.

Karl abrió los labios y enseñó los dientes. ¿Debía seguir sin ellos? A veces, en las últimas semanas le había apetecido la soledad. Muchos días los compañeros habían sido una piedra en el zapato, un día podrían convertirse en una piedra al cuello. No los quería. Ni a Jürgen, el niño que nunca crecería, ni al estúpido y altanero conde, ni al granadero, una máquina de luchar que tenía las mismas posibilidades de convertirse en un ciudadano pacífico que un tanque en un tractor, ni a Gerd, cuya honradez de campesino le atacaba los nervios. Pero él sabía ya que los empujaría y seguiría empujándolos, que ellos rezongarían y gemirían y se resistirían, que él les patearía el culo hasta que hubieran sudado lo que los de Lotschen habían compartido el día anterior con ellos. Él los acosaría hasta que supieran de nuevo que regresaban a casa.

Una gente bonachona, la de Lotschen, pensó...

4

¿Había leído ya lo de la mano hedionda o lo de los bonachones de Lotschen? No lo recordaba. Seguí pasando las hojas; las aventuras se sucedían. Ansioso por conocer el desenlace, leí las últimas páginas:

siempre adelante, hasta las puertas de Moscú y hasta las montañas del Cáucaso. Después de Stalingrado ya no supimos más de él.

Karl sacudió la cabeza.

—Volverá. Claro que volverá. Y reconstruirá el comercio y la casa.

El viejo soltó una risita burlona.

—Sería estupendo. Pero no lo creo. De todos los demás que están con los rusos, hemos tenido noticias. —Observó a Karl—. ¿También tú vienes de Rusia? Tienes pinta de llevar un largo camino a tus espaldas y poco bueno por delante. Puedes dormir aquí, en el almacén, hasta que tengas algo mejor.

—¿Vive su mujer?

—Sí. —El viejo miró ensimismado—. Pero ya no reside aquí. —Levantó las manos y volvió a dejarlas caer—. No son tiempos fáciles para las mujeres.

—Me gustaría darle un recado de su marido. ¿Dónde...?

—¿Darle un recado de su marido? —El viejo meneó la cabeza y se incorporó—. Duerme. Te despertaré mañana temprano.

Así transcurrió la primera noche en la patria entre las escasas existencias de su propio negocio. Recorrió el almacén y registró lo que contenía: un montón de sillas, un par de armarios y cómodas, los primeros modelos del escritorio que él había diseñado antes de que lo

movilizaran. Aún le gustaban; había hecho bien en diseñar el escritorio no para directores de fábrica ni para capostes del partido, sino para escritores y científicos. Recordó con gratitud al viejo que había salvado las existencias y vigilaba el almacén. Estaba casi ciego, oía mal y caminaba con dificultad..., debió de costarle un esfuerzo sobrehumano. Y no se habría quedado si, a pesar de todo, no creyera demasiado en el regreso de su joven jefe. ¿Habría debido darse a conocer?

A la mañana siguiente algo, no supo qué, le impidió hacerlo. Dio las gracias al viejo. Después se dirigió a la oficina de empadronamiento; los pisos superiores habían desaparecido, pero el sótano y la planta baja olían a autoridad, como si nada hubiera ocurrido. Fue muy sencillo. Su mujer vivía en la ciudad vecina, en el número cincuenta y ocho de la calle Kleinmüller. Se situó junto a la autopista, un motocarro lo recogió y veinte minutos después lo dejó en el centro de la ciudad. Caminó por las calles, boquiabierto: casas intactas, jardines floridos, ni rastro de ruinas, escombros o cráteres de bombas. En la iglesia de dos torres tocaban el ángelus de mediodía y en el mercado vendían patatas, verduras y manzanas. «Como en tiempos de paz, —pensó él—, es estupendo que mi mujer no tenga que vivir entre ruinas».

Permaneció un buen rato delante de la casa. Piedra roja, una puerta que parecía la de una prisión, un balcón en el que se podían montar cañones, unas cuantas ventanas grandes, y otras estrechas como aspilleras, una construcción maciza y tétrica a pesar del jardín que la rodeaba. Karl, con el corazón encogido, cruzó la calle, abrió la puerta del jardín y subió los peldaños.

Lástima. Me habría gustado volver a leer cómo Karl llama al timbre, se abre la puerta y aparece su mujer. Y lo que ocurre a continuación...; la verdad es que no confiaba en enterarme de más cosas en la lectura actual que en la primera, pero leí con emoción, como si esta vez la historia progresase y estuviese a punto de concluir.

5

Después de hacer mío el piso hice mía la ciudad. Ya la conocía; la ciudad vecina era la hermana guapa de mi fea villa natal, y cuando era pequeño paseábamos por el hermoso casco antiguo, cuyos cafés, bares y bodegas tenían más ambiente que los nuestros. Mis amigos se trasladaron allí para hacer la carrera; la universidad es más antigua y prestigiosa, y también me habría atraído a mí si en la universidad de mi ciudad no me hubieran concedido enseguida una plaza de profesor adjunto.

Para hacer mía la ciudad iba a los mercados, cada sábado a uno diferente. Eran lugares en los que, además de vendedores, montaban sus puestos muchos campesinos de los alrededores, unos puestos pequeños en los que ellos mismos, sus mujeres o sus abuelas vendían frutas y verduras, miel, mermeladas y zumos de frutas caseros. Como es natural, los puestos cambiaban en cada mercado. Pero la oferta, la imagen, el olor, los gritos en tousco dialecto ponderando las acelgas o las fresas recién cogidas eran similares. El público, sin embargo, sí variaba y eso me permitió conocer las distintas zonas de la ciudad: aquí un barrio cerrado pequeñoburgués de la gente de siempre, allí uno en el que las casas siempre habían sido cuidadas y conservadas y donde coexistían los viejos y los nuevos ricos; más allá un barrio en proceso de transformación, junto a casas grises y pequeños talleres, elegantes casas de pisos rehabilitadas y calles peatonales con los cruces pavimentados con piedra. Era el año 1980 y las ciudades, tras la vandálica fiebre constructora que había reinado de los años cincuenta a setenta, recuperaban cierto respeto a sí mismas.

El barrio en torno a la Friedrichsplatz era uno de esos barrios en proceso de cambio. Las casas grandes —algunas con elementos renacentistas y modernistas— ya se habían rehabilitado. En las hileras de edificios antiguos

y más sencillos, el saneamiento tardaba más, pero ya se veían andamios aquí y allá. La rehabilitación de la iglesia de Jesús, de piedra roja y ladrillo amarillo, que se alzaba majestuosa con sus dos torres dominando los castaños, los puertos del mercado y el trajín de la plaza parecía muy reciente. Las calles que pasaban cerca del colegio eran de tránsito restringido, y el resto se habían hecho de dirección única; el laberinto que formaban tenía por objeto disuadir a los automovilistas. Yo había hecho la compra y me senté en un restaurante emplazado junto al mercado que tenía mesas y sillas en la acera.

OceanofPDF.com

6

Pero tuve que soñar con lo que había leído en la novela del soldado que vuelve a casa, antes de reconocer lo que se describía en ella. En el sueño yo llegaba de muy lejos, como Karl, recorría asombrado las calles de una ciudad, también como Karl, y, como él, cruzaba un mercado y me encontraba delante de una casa maciza, tenebrosa, hostil, de piedra roja. Entonces me despertaba y me percataba de que conocía la casa. De que había estado sentado junto al mercado y la había visto, aunque no le había prestado atención.

Después del trabajo me dirigí allí. La calle que bordea la Friedrichsplatz no se llama Kleinmüller, sino Kleinmeyer, y la casa no está en el número 58, sino en el 38. Pero la piedra roja, la puerta carcelera, el balcón de cañones y las aspilleras coinciden. La casa es lúgubre y no llama la atención, tiene la fachada orientada al este y a la sombra, pero me imaginé que al sol de la mañana ofrecería una apariencia más amable. Lo averiguaría. Lo averiguaría todo.

Abrí la puerta del jardín, subí los escalones que conducían a la puerta y leí los nombres escritos junto a los timbres. Karl había ascendido por unas escaleras, eso aún lo recordaba, de manera que su mujer debió de vivir en el primero, segundo o tercer piso. Ninguno de los nombres me decía nada. Al principio quise llamar, pero después desistí. Anoté los nombres para escribir o telefonar.

Karl había viajado en un motocarro por la autopista durante veinte minutos. Tuvo pues que vivir y regentar su negocio en la ciudad en la que yo me había criado; su mujer se mudó a la ciudad vecina, en la que yo vivía y trabajaba ahora. La novela no mencionaba la ubicación de su almacén.

¿Estaría cerca de nuestro antiguo piso? Yo ya había nacido cuando él regresó. A lo mejor estaba jugando en la calle cuando él pasó a mi lado.

Reí por mi cuasiencuentro con un personaje de ficción. Pero ¿no seguía siendo sorprendente que los abuelos hubieran recibido ese manuscrito? ¿Era el autor un amigo de mi madre, al que ella había puesto en contacto con mis abuelos? ¿O todo era fruto de la casualidad? Yo recordaba aún que las «Novelas amenas y entretenidas» habían sido escritas por autores alemanes además de suizos. ¿Por qué no uno de mi tierra? ¿Una persona que en lugar de inventar ciudades y casas prefirió robárselas a la realidad?

OceanofPDF.com

7

En casa proseguí la lectura.

río era ancho, más ancho que ningún otro que hubieran visto nunca.

—Tiene que ser el Amazonas —afirmó Jürgen, respetuoso—. He leído...

El conde rió sarcástico.

—El Amazonas...

—Cerrad el pico. —El granadero señalaba río arriba—. ¿Qué es eso?

No era un barco. Ni de pasajeros ni de mercancías. Tampoco era un tren de gabarras, como los que Karl había visto en el Rin. Parecía como si río abajo se deslizase una isla, una isla con casa y valla alrededor. Karl comprendió que aquella isla flotante era su oportunidad. No conseguirían cruzar a nado el río, pero quizás sí llegarían hasta la isla para desde ella alcanzar la otra orilla. Se quitó zapatos, pantalón y camisa y los guardó en el saco. Sabedor de que a los demás no les satisfaría ninguna explicación pero le seguirían, saltó al agua.

Lo consiguieron. Incluso Jürgen, que quiso mantener el muñón fuera del agua; incluso el conde, que tenía un miedo ridículo a que le entrara agua por la nariz. Al cabo de media hora estaban sentados sobre los troncos de madera de los que estaba hecha la isla, sin aliento y bamboleando las piernas.

—¿Qué es eso? —El granadero señaló la valla por encima de la cual asomaba la cúspide de la casa.

—Enseguida lo sabremos. —Karl se levantó e hizo una inclinación de cabeza al granadero—. ¡Ven!

Rodearon la valla, encontraron una entrada, los dejaron pasar y los condujeron ante el jefe.

—Alemanes —rió éste—, soldados. Aquí no se os ha perdido nada. Ni en Rusia ni en Siberia.

—Tampoco buscamos nada. Lo que deseamos es irnos.

—Ja. —El hombre siguió riendo, dándose palmadas en los muslos—. Qué suerte habéis tenido. Qué suerte habéis tenido al encontrar a Aolski. Si trabajáis, os llevaré conmigo hasta que en la orilla se hayan olvidado de vosotros. —Señaló ambas orillas—. Ahí está la Unión Soviética, ahí está la Unión Soviética, pero esto es una tierra libre. Sin partido, sin comisarios, sin sóviets. Tengo seis hijas y seis hijos, y si cada uno tiene ocho descendientes esta tierra libre pronto tendrá un gran pueblo libre. Viva el Aolistán libre.

—¿Qué ocurrirá cuando termine el viaje? —Karl desconocía en qué río estaban y hacia dónde fluía, pero en alguna parte habría que entregar la madera antes de atravesar la frontera.

El jefe lo miró irritado y con desconfianza. Parecía un oso. Por un instante Karl pensó que iba a estrujarlo con sus zarpas. Pero después volvió a reír y a golpearse los muslos.

—¿Así que el avispa alemán quiere saber lo que ocurrirá cuando termine la travesía? Pues que el Aolistán libre se dispersará. A nosotros se nos llevará el viento, y cuando nos deposite en el suelo volveremos a formar el Aolistán libre. —Y dirigiéndose a una construcción amplia, baja y tosca, abrió la puerta. Dentro había un hidroavión.

Karl se preguntó cómo el gran pueblo libre de Aolistán podría volar un día hasta el curso superior del río con un avión tan pequeño. Pero si el jefe había conseguido agenciarse uno pequeño, a lo mejor conseguía también uno grande. ¿Quizás también otro capaz de llevarlos a ellos con ayuda del viento a la patria o al menos más allá de la frontera?

Se quedaron un mes entero. Cada noche el jefe, su mujer y sus hijos celebraban una fiesta en la que ellos participaban. Cada mañana se levantaban al salir el sol y trabaja...

* * *

cual si los hubieran sorprendido unos gigantes ansiosos por aniquilarlos. Llovían peñascos, como lanzados por mil vigorosos brazos. Los árboles entre los que acampaban se resquebrajaban como si un puño golpease un bosquecillo de cerillas construido por unos niños para jugar. El suelo temblaba y parecía a punto de hundirse. Karl, que había acampado detrás de una roca y no fue alcanzado, oía los gritos de sus camaradas entre el caer de las piedras y el estrepitoso derrumbarse de los árboles. Reconoció los de Jürgen, chillones como cuando le había amputado la mano, los gangosos y estertóreos del conde y los del granadero, que vociferaba como si se abalanzase, ya alcanzado y herido, bayoneta en ristre contra el enemigo. A Gerd no lo oía, después lo vio caer a la luz de la luna, a un paso de su roca, herido por un árbol caído, pero también protegido durante el segundo que Karl precisó para darle la mano y arrastrarlo detrás de la roca. Allí yacieron jadeantes, mientras fuera seguía desencadenándose la furia de los gigantes y el griterío de los demás se debilitaba hasta extinguirse.

Por la mañana, cuando se atrevieron a salir de detrás de la roca, el lugar era irreconocible. Gerd levantó unas piedras para buscar a los camaradas, pero desistió enseguida. El caos de troncos, ramas y piedras sobre el que se encontraban debía de estar unos dos metros por encima de donde el día anterior habían acampado los camaradas.

Para rescatarlos, necesitarían una excavadora.

—Primero la mala suerte con el avión, cuando teníamos la frontera al alcance de la mano, y ahora esto..., ¿estaremos malditos?

Karl soltó un bufido de desdén.

—¿Malditos? Cualquier cosa es mejor que la mina. El peor día aquí fuera es mil veces mejor que el mejor en la mina. —Y tras meditar sus palabras, corroboró—: Incluso la muerte aquí afuera es mejor que la mina.

Gerd meneó la cabeza. —Sé que tienes razón. Pero es como si Dios jugara con nosotros.

—Tenemos que irnos.

—Enseguida. —Gerd cogió a Karl del brazo—. ¿No lo notas? ¿No sientes cómo se despiden de nosotros deseando que también nosotros nos despedamos de ellos? —Se aproximó la otra mano al oído, como si escuchara.

Karl intentó contener su impaciencia y empezó a contar. Le doy de plazo hasta cincuenta, se dijo; después lo amplió hasta cien y luego hasta ciento cincuenta. Y en medio de la cuenta oyó a Gerd tararear «Yo tenía un camarada».

OceanofPDF.com

8

Igual que no había recordado haber leído nada de la mano apestosa ni de los bonachones de Lotschen, tampoco volví a recordar durante la lectura el Aolistán libre ni la furia de los gigantes. Ni siquiera del encuentro con el leal anciano habían quedado vestigios en mi memoria, a pesar de lo mucho que me había inquietado el final. Pero aunque en la lectura no reconocía lo que ya había leído una vez, se me antojaba familiar. Familiar y sin embargo ignoto... Faltaba algo. A veces me parecía que faltaba el agua, que en las aventuras de Karl que yo recordaba el agua había jugado un papel más importante. Y no sólo un río ancho, sino grandes lagos y vastos mares, islas y costas, el lago Baikal y el Aral, el mar Caspio y el Mar Negro.

Esa mistificación del recuerdo me irritaba. Siendo asistente, trabajé una temporada con otros colegas en un programa de ordenador destinado a resolver casos jurídicos que tenía que esclarecer, por ejemplo, si una queja estaba justificada, una demanda fundamentada, una prestación cumplida. Pronto comprendimos que el problema no radicaba en habilidades de programación, capacidad de almacenamiento y tiempos de cálculo, sino en que no sabíamos con exactitud lo que hacen los abogados cuando resuelven casos. Y mientras no lo supiéramos con exactitud, tampoco podríamos simularlo en el ordenador. Así, aunque hallamos abundantes datos sobre lo que deben hacer los juristas para resolver casos, encontramos menos sobre lo que hacen en realidad. Entre esto último estaba la hipótesis de que a la hora de resolver casos jurídicos, igual que en los diagnósticos médicos o los análisis químicos, el reconocimiento de patrones desempeña un papel decisivo, y mi tarea fue entrevistar a juristas sobre la importancia del reconocimiento de patrones en su trabajo.

—El *>déjà-vu* —contestó un juez jubilado— es una sensación de reconocimiento, a pesar de que nunca hayas visto lo que crees reconocer. Cuanto más envejecía, con mayor frecuencia creía reconocer en un caso nuevo uno antiguo, lo resolvía con seguridad sonámbula y cuando pretendía guardarlo con el antiguo me encontraba con que éste no existía.

—¿Cómo lo explica...?

—Patrones, de eso estamos hablando. Con el paso de los años se almacenan en la cabeza no sólo patrones de casos y soluciones pasados, sino que los elementos de los que están hechos dichos patrones se unen espontáneamente para formar nuevos patrones. Y éstos son los que reconocemos cuando tenemos la sensación de *>déjà-vu*.

—¿Se unen espontáneamente?

—Bueno, seguro que al buscar solución para un caso, el patrón nos pasa por la cabeza. Por lo visto, la mañana de Austerlitz Napoleón experimentó un *>déjà-vu*. Lo comprendo. Él no sólo tenía en la cabeza las batallas que conoció y libró, sino también todas las que pasaron por su mente en alguna ocasión, puros patrones a partir de los elementos soldados, infantería, caballería, cañones, terreno, posición. Uno de esos patrones fue el de Austerlitz.

Elaborar los patrones preexistentes para nuestro programa era de por sí bastante ambicioso y complejo..., ¿y encima también los imaginarios? ¿Qué elementos componen los patrones jurídicos? De ser posible identificarlos, ¿cómo iba el programa a ensamblarlos en patrones imaginarios, y no arbitrarios, sino justos? ¿Quizás incluso justos y no viciados por ningún tipo de pragmatismo?

No resolví ninguno de estos misterios. Me limité a presentar los resultados de mis entrevistas. También por eso me gustaba trabajar en la editorial, porque podía olvidarme de misterios: cómo hay que tratar a los autores, si un manuscrito vale, si un libro se venderá bien o mal..., todo eso no son misterios.

Pero ahora volvía a tener un enigma. Tenía un *déjà-vu*, cuando sin embargo yo habría debido tener un recuerdo. ¿Qué habían hecho a mis espaldas los elementos de la novela, qué patrones habían conformado?

9

Leí el resto.

que había sido vivaracha y alegre, ahora tenía los ojos cansados y la boca afligida.

—Todo está destruido, el negocio, la casa, todo.

—Entonces lo reconstruiremos.

—Como el belén. —La madre sonrió.

Y Karl recordó que una Navidad su primo había arrasado con la pelota nueva numerosas figuras del viejo belén y él había vuelto a montarlo con su madre. Quiso devolverle la sonrisa, pero ella había dejado de sonreír e insistía:

—Todo está destruido, el negocio, la casa, todo.

Él no quería repetirse, pero ¿qué podía decir? ¿Que una casa sólo es una casa y un negocio sólo un negocio? ¿Que lo único que cuenta es estar vivo?

—Todo está...

—¡Cállate! —Increpó a su madre en voz tan alta que se despertó y se incorporó asustado.

—¿Va todo bien? —preguntó Gerd.

—Siento haberte despertado —dijo él asintiendo.

—¿Sueñas con la mina? Yo sueño todas las noches que tengo que empujar la vagoneta hasta arriba. ¿Te acuerdas de la pesada vagoneta que mató al de Westfalia cuando éste no pudo seguir empujándola y retrocedió?

Karl asintió.

—Sigue durmiendo, Gerd. No pienses en la vagoneta. Ni en los muertos. Piensa en nuestra casa.

Al cabo de un momento, Gerd preguntó: —¿Todavía querrán acogernos?

Karl rió desdeñoso.

—No pienso preguntárselo.

* * *

y si no pagaban, su maldición los perseguiría. Después los despachó. Se pusieron en camino. A veces iba Karl en cabeza, otras Gerd, se alternaban. El suelo era pedregoso, pero la arena que al parecer no encontrarían hasta el cuarto día, chirriaba ya entre sus dientes. Siempre soplaba el viento, arrastrando la arena hasta ellos, hasta la boca y el pelo, hasta la ropa y los oídos y la nariz y los ojos, que se entornaban hasta formar estrechas rendijas. La tarde del primer día la montaña parecía tan distante como por la mañana y lo mismo el segundo y el tercer día. Al cuarto día la montaña les daba igual. Llegaron al pozo. A pesar de que habían sido prevenidos y no abrigaban falsas esperanzas, se quedaron decepcionados. El agua hedía.

—Él dijo que el agua era buena.

Karl se encolerizó. —Olvídalo. Dado que no tenemos opción, dejémonos de críticas y lamentos. Beberemos el agua, nos la llevaremos y la pagaremos. —En la cavidad detrás de la piedra descrita ya había unas monedas depositadas; él añadió lo que habían prometido.

El agua sabía a putrefacción y sin embargo era agua. Les hizo volver a sentir los labios, la boca y la garganta.

Borboteaba en la tripa. Les mojó la cara y las manos.

—Es buena —dijo Gerd con devoción—, es buena. Llenaron las botellas y reanudaron la marcha. Gerd no la vio y Karl no dijo nada de la nube oscura del borde de la cordillera. Se cerniera lo que se cerniera allí, ¿qué podían hacer sino seguir andando? Pronto la nube tapó no

sólo el horizonte, sino también el cielo encima de la montaña y luego toda una mitad del cielo.

En ese momento la divisó Gerd.

—Pronto lloverá. Karl sacudió la cabeza. Escudriñó la nube, que crecía y crecía. No era una simple nube, sino algo vivo, como una nube de mosquitos, un enjambre de abejas o una bandada de pájaros. Giraba sobre sí misma, se abatía un poco y escupía algo que volvía a engullir enseguida para seguir creciendo. Además producía un zumbido que Karl no había oído nunca ni deseaba oír. Le recordó el zumbido que se oye debajo de las líneas de alta tensión. Justo en ese momento comenzó a relampaguear. Pero no eran relámpagos como los que él conocía, convulsas estelas de luz, sino un resplandeciente entramado luminoso semejante a las venas de la mano de un viejo Dios terrible, iracundo, punitivo. Era una tormenta eléctrica desenfrenada. Karl oía chisporrotear el aire y sentía erizarse su vello. Después oyó un alarido espantoso, un grito afilado como un cuchillo, como una herida abierta, y durante un segundo vio cómo Gerd empezaba a arder, se desplomaba, daba un tumbo, rodaba por el suelo y acababa yaciendo ennegrecido a sus pies. La imagen del rostro negro enseñando los dientes duró apenas un segundo antes de que todo se ennegreciera y el viento estallara azotando la arena y obligando a Karl a caer de rodillas.

Es el Juicio Final, pensó. Si sobrevivo a esto, sobreviviré a todo. Notó que a su lado la arena crecía y crecía hacia las alturas. No puedo quedarme aquí. No puedo dejar que me entierre el viento. No puedo ser sepultado aquí. Se levantó y echó a andar, paso a paso. Sin rumbo, sin fuerza; era sólo su obstinación la que le hacía colocar un pie delante del otro. Podían llevárselo la arena, el desierto, la muerte, pero no se entregaría sin lucha. Tres veces se desplomó y sintió cómo la arena amenazaba con enterrarlo, y otras tantas se levantó y siguió andando. Después dejó de caminar para ser empujado, llevado, arrojado. La nube ya no pretendía envolverlo y enterrarlo. Lo inhalaba y lo exhalaba, lo levantaba y se lo llevaba, soplándolo sobre el suelo como si quisiera jugar y divertirse con él. Y él no podía hacer nada, nada. Salvo constatar que aún vivía.

De repente volvió a ver. El bramido de la arena finalizó. El cielo brillaba otra vez azul claro, orgulloso, deseando que no se le notase la humillación de haber sido tan toscamente ocultado. Tras la oscuridad de la tormenta, Karl saludó como a un amigo al sol que tantas veces había maldecido en su marcha por el desierto. Se percató de que la tormenta lo había arrojado al borde de la cordillera. Y en las laderas grises divisó una cumbre verde con una pequeña cabaña y supo que ése era el destino que le había asignado la tormenta.

Cuando casi había alcanzado la cabaña, la puerta se abrió y una mujer se dirigió hacia él. Viene como una reina, pensó Karl, atemorizado. Había consumido su fuerza y su voluntad, estaba débil. Vestía harapos, estaba cubierto de suciedad y apestaba..., ella llamaría a sus hombres y haría que lo echasen de allí como a un perro sarnoso vagabundo. Karl contempló su belleza, su pelo rizado, sus hombros vigorosos, sus pechos llenos, sus caderas redondas y sus largas piernas. Cuando ella se acercó vio la amable interrogación en sus ojos y una sonrisa en su boca. Pero cuando intentó contestar sólo profirió un graznido y en ese mismo instante tropezó y cayó de lado. Su último pensamiento fue que por lo menos podría haber caído a sus pies.

Cuando recobró el conocimiento, yacía en una cama. Notó la sábana de hilo, que después de tantos años le supo a agua cristalina o a pan recién hecho. Oyó cantar, abrió los ojos y vio.

** * **

no te retendré. Te daré el abrigo largo y la bolsa grande de mi padre y te abrigaré para que puedas cruzar las montañas y llegar al valle por donde discurre la frontera.

Karl no sabía si creerla. —Yo...

—No digas nada. —Kalinka le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho—. Si tanto te atormenta pensar en tu patria..., pensar en ella... ¿Será buena contigo? ¿Te arrullará mientras duermes? ¿Sabrá qué plantas medicinales darte cuando vuelva a

abrirse la vieja herida? ¿Cobijará tu cabeza entre sus pechos cuando sueñes con la mina y te despiertes sobresaltado? Cuánto me gustaría que te quedaras nueve meses más y nueve más y nueve más..., que te quedaras para siempre.

Kalinka se separó de él y se metió dentro. Mientras la mirada del hombre se perdía en lontananza, por el desierto, las laderas de los montes y arriba hacia las cumbres, ya no quedaba en él ningún vestigio de la pena que tantas veces lo había asaltado al mirar a lo lejos. Sentía tristeza por la despedida, pero la alegría de la partida era mayor.

Al cabo de un rato ella lo llamó. Había preparado el abrigo y empaquetado la bolsa. Había hecho la cena, la misma cena de todas las noches. Tampoco lo amó de manera distinta a las demás ocasiones. Cuando él se levantó por la mañana y partió, ella se hizo la dormida. Pero después salió a la puerta y lo siguió con los ojos mientras él ascendía y ascendía.

¡Nueve meses! La llegada a la casa de Kalinka figuraba en la página 93, la partida en la 95. Así que durante nueve meses no había hecho más que comer, mirar con tristeza a lo lejos y amar a Kalinka. ¿Nueve meses en los que no pudo continuar? No, nueve meses en los que no quiso continuar, a pesar de lo mucho que añoraba su país y a su esposa.

Me asombró que mis éticos abuelos le hubieran consentido eso. ¿O acaso le castigaron haciendo que a su regreso encontrara a su esposa con otro? Si la novela concluía con el castigo de Karl, era imposible que la esposa, tras el primer sobresalto, estrechara entre sus brazos con un grito de dicha al hombre al que había dado por muerto. Tampoco el otro, desacreditado como mentiroso y embaucador, tenía que marcharse furtivamente. Karl, si desafiaba a su rival, sólo podía perder ignominiosamente.

10

Algunos fines de semana visitaba a mi madre. Cuando el pueblo junto al Neckar al que se había trasladado conmigo se convirtió en un barrio periférico, se mudó a otro pueblo limítrofe con la región de Odenwald. Ella saludaba a todo el mundo y charlaba un momento en la tienda; por lo demás llevaba una vida retirada. Siempre le había gustado conducir y desde que se lo podía permitir, llevaba descapotables deportivos. De camino al trabajo solía encontrar caravana. Pero su jornada laboral se prolongaba hasta muy tarde y al regresar podía conducir deprisa. En verano retiraba la capota, dejando que el viento le desgredase su largo pelo rubio, y en los semáforos disfrutaba de las miradas admirativas de los hombres, de quienes, dicho sea de paso, nada esperaba. De no haber sido por su mirada de rechazo y la expresión despectiva de las comisuras de sus labios habría sido una mujer hermosa. A veces el rechazo y el desprecio desaparecían de su faz. Aunque a lo mejor se debía a la penumbra de la terraza de su casa o a la luz de las velas de un restaurante.

Yo la iba a ver cada cuatro o cinco semanas, y a veces quedábamos para ir al cine o cenar en la ciudad, unas citas cómodas y un poco aburridas. Mi madre siempre me había tratado si no con falta de cariño, sí de un modo muy distante. Era resuelta, pero conmigo iba directamente al grano porque quería darme una educación masculina. La ternura, la confianza o la tristeza ante algún sufrimiento o algún fracaso, la duda ante una decisión..., todo eso le era ajeno. O lo había ocultado tanto tiempo y tan hondo, que ya no se atrevía a aflorar. Nos contábamos lo que ocurría en nuestras vidas pero a grandes rasgos. Sus críticas a mi persona no disminuían, aunque se disfrazaban de preguntas solícitas.

—¿Piensas a veces en tu habitación? ¿Sigues viendo a esa persona que me presentaste?

A veces yo llevaba todo lo necesario y cocinaba. A mi madre ni le gustaba ni sabía cocinar; yo me crié a base de pan, fiambres y platos precocinados. Pocas veces la veía tan abierta y animada, tan juvenil, como cuando yo me ocupaba de los fogones y la mesa, mientras ella se dedicaba a lo superfluo o servía la primera copa de champán. Los temas tabú siguieron siéndolo: tampoco entonces me enteré de nada de mi padre, de su relación con él, con otros hombres y con su jefe. Pero ella hablaba a veces de su infancia y del nuevo comienzo después de la huida, del aprovisionamiento en las granjas de los alrededores, de los paquetes de la ayuda alimentaria de la CARE, de la recogida de ortigas para cocerlas como si fueran espinacas.

—¿Cociste ortigas?

—Sí, imagínate.

—¿Me llevabas contigo a las granjas?

—Yo era la mujercita rubia y valiente con su hijo en brazos. Tú te ganaste muy pronto tu dinero.

Le pregunté por las «Novelas amenas y entretenidas». Ella jamás me acompañó a casa de los abuelos y, por lo que yo sabía, tampoco fue por su cuenta. De niño no cejé hasta que ella me explicó que los abuelos no le perdonaban que su hijo se hubiera enamorado y casado con ella y por ello se hubiera quedado en Alemania y hubiera muerto, y ella, aun comprendiendo el dolor de los abuelos, no entendía por qué tenía que cargar con ese absurdo reproche. Con atribulado y orgulloso corazón infantil repuse que entonces yo tampoco iría más. Oh, no, aclaró, a diferencia de ella yo no tenía que sufrir por eso. Y tampoco debía reprochárselo a los abuelos. Ellos me querían y yo a ellos también. Eran buenas personas. Sólo que no se las apañaban con su dolor.

—¿Te acuerdas de la colección de novelas que los abuelos editaron después de la guerra? ¿Les propusiste autores en alguna ocasión? ¿Amigos o conocidos que escribiesen?

—Ya lo sabes..., mis relaciones con ellos se limitaban a lo estrictamente necesario. Cuándo llegaría tu tren allí, o aquí, cuánto tiempo te quedarías. No les propuse autor alguno.

—¿Conoces la casa del número treinta y ocho de la Kleinmeyerstrasse, al lado de la Friedrichsplatz, junto a la iglesia de Jesús? De piedra...

—¿Qué es esto, un interrogatorio? ¿Puedo saber al menos de qué se me acusa?

—No es un interrogatorio. Intento averiguar más datos sobre una de las novelas de la colección. —Y le hablé de mis lecturas, de la de hacía muchos años y de la de pocos días antes, de las aventuras de Karl y de mi descubrimiento de la casa—. ¡El autor tiene que proceder de la región!

—¿No se te ocurre nada mejor que hacer?

—¿Te refieres a la habilitación? Nunca terminaré de prepararla, mamá. No sabes lo que me alegro de haberme librado de ella. A veces me agrada reflexionar sobre algún problema que otro. Pero a la postre..., me gustaría mucho más que me contaran el final de la historia de Karl.

—El desenlace tiene una docena de variantes. No te imaginas la cantidad de historias de ese estilo que se contaron y publicaron después de la guerra. Las novelas de regresos se convirtieron en un género específico, igual que las novelas de amor o las de guerra.

—¿Me cuentas una variante?

Ella meditó. Se tomó su tiempo y meditó a fondo.

—Ella se queda con el otro —contestó al fin—. Le comunicaron que Karl había caído, y ella lloró su muerte y después encontró al otro hombre y se enamoró de él. Karl no pierde la compostura cuando ella se lo dice. Pero les hace jurar por la vida de sus hijas que no dirán a nadie que él vive. Ella no lo entiende, pero él insiste hasta que ella lo jura y a continuación lo hace el otro hombre. Después Karl se marcha.

11

¿No tienes nada mejor que hacer? Mi madre sabía despertar mi mala conciencia. Había sido su método educativo, que me había convertido en un buen alumno, y se encargó de que yo cumpliera fielmente mis obligaciones en casa y en el jardín, repartiese periódicos y me preocupase de las necesidades de mis amigos y conocidos. El privilegio de estudiar, la vida en la bonita casa con un hermoso jardín, el dinero para lo necesario y sobre todo para los caprichos, la amistad de los amigos y el amor de la madre..., todo había que ganárselo. Había que ganárselo de buen grado y con alegría; mi madre había solucionado el conflicto entre obligación y devoción diciendo que tenía que cumplir la obligación con devoción.

Más tarde me reí de todo aquello y llegué a la conclusión de que me habría sentido liberado si hubiese abandonado la habilitación con despreocupación y alegría. Pero apenas mi madre había planteado su pregunta crítica, la mala conciencia retornaba, igual que antes, sin necesidad de una mala acción. Yo tenía mala conciencia a pesar de que no era consciente de tener culpa de nada.

Pero si buscas, encuentras. En el paraíso californiano me había propuesto ser un buen amigo para mi novia y su hijo, y estar a su lado siempre que lo necesitasen, pero el propósito se había quedado en agua de borrajas. Y eso que había sido un buen propósito. Veronika, mi caótica pareja, necesitaba un buen amigo, y su hijo Max, del que su padre no se ocupaba ni se había ocupado nunca, tras ocho años bajo el mismo techo conmigo, estaba apegado a mí y, aunque no muy a menudo, se dejaba convencer por mí, más que por ninguna otra persona, de no hacer tantos disparates. Yo no quería hacer pagar a Max mi negativa a reunirme con el

hombre con el que Veronika había iniciado una aventura antes de nuestra separación.

Ya no me encontré con él, sino con el siguiente. Veronika renunció a la amistad que yo le ofrecía; dijo que me había necesitado cuando la dejó el último, ahora se las arreglaba bien sola. Max, sin embargo, se alegró de verme y retomamos la vieja costumbre de ir juntos al cine cada dos semanas. A veces no nos limitábamos a ver la película y comíamos *pizza* o salchichas al *curry* con patatas fritas y nos bebíamos una Coca-Cola detrás de otra.

Ahora, cada quince días al menos, sí tenía algo mejor que hacer. Pero aquel «algo mejor que hacer» no tardó mucho en señalarme un camino que conducía al final de la historia de Karl, y yo lo interpreté como una señal de que no debía tener mala conciencia y podía proseguir mi búsqueda. Max y yo vimos en el cine las aventuras de Ulises protagonizadas por Kirk Douglas, y a mí se me cayó la venda de los ojos. Yo no echaba en falta el mar Caspio o el Mar Negro, sino el Egeo. El patrón que seguían Karl y sus compañeros, sus caminos erráticos, sus aventuras, los peligros a los que sobrevivían o en los que sucumbían y el regreso de Karl, era el patrón de la *Odisea*.

Yo había leído de niño las aventuras de Ulises en una antología de mitos griegos. En el colegio había traducido del griego al alemán extractos de la *Odisea* y además me había aprendido de memoria los primeros noventa y seis versos en griego. Polifemo, las sirenas, Escila y Caribdis, Nausícaa, Penélope, la venganza sobre los pretendientes..., eso lo recordaba. Esa misma noche releí la *Odisea*, empezando por el final. Yo creía que Ulises había encontrado su felicidad y su patria en Ítaca, con Penélope. En lugar de eso me enteré de que tuvo que despedirse nuevamente de ella y vagar con un remo al hombro hasta llegar a una tierra donde las personas no sabían qué era un remo, qué era un barco, qué era el mar y qué era la sal. Desde allí sí podría regresar, pero moriría lejos del mar, y dado que Ítaca es una isla, eso implicaba morir lejos de la patria. Así se lo había vaticinado Tiresias a Ulises en el Hades, y Homero asegura al final de la *Odisea* que la profecía de Tiresias se cumplió.

La indicación de Homero al final de la *Odisea* me condujo al canto en el que Ulises desciende al Hades y Tiresias le predice el futuro. En ese libro el héroe llega a la tierra de los lestrigones, gigantes que devoran a muchos de sus compañeros y destruyen sus barcos, antes es acogido en una isla flotante con la familia de catorce miembros de Eolo, y antes aún tiene que obligar por la fuerza a sus compañeros a continuar porque, agasajados con lotos por los bondadosos lotófagos, han olvidado la patria. En el Hades, Ulises no sólo habla con Tiresias, sino también con su madre; más tarde los compañeros atentan contra las vacas y ovejas del dios del sol y en castigo perecen en una tormenta. Ulises es arrastrado a la isla de Calipso, donde permanece durante nueve años antes de que ella le permita partir de nuevo.

Entretanto se desarrollan los encuentros con el cíclope Polifemo y el año de felicidad con la diosa Circe, la atracción por el dulce canto de las sirenas y la travesía entre el remolino Caribdis y la roca Escila. Seguramente el autor de mi novela se inspiró en todo esto para escribir el resto de las aventuras descritas en las páginas perdidas. ¿Se inspiró en el encuentro con Polifemo para el episodio en que quedan sepultados en una cueva de la que Karl y sus camaradas tienen que salir astutamente a hurtadillas pasando por delante de los equipos de rescate rusos? ¿En Circe para una maga chamánica siberiana? ¿En las sirenas para el coro del KGB? Remolino y roca pudieron permanecer, convertidos quizás en un desfiladero angosto o en una alta catarata. El autor había variado a placer. Aolski no era el señor de los vientos, pero sí de un avión, y proporcionó a Karl un aeroplano con el que sus camaradas hicieron tantos disparates como los compañeros de Ulises con el saco de los vientos de Eolo; no había gigantes, pero las fuerzas de la naturaleza se desencadenaban como si lo fuese; en lugar de en el Hades, Karl encontró a su madre en sueños; y Gerd no había robado al dios del sol reses y ovejas, pero seguramente sí unas monedas al propietario del pozo. Tormenta de arena en lugar de tempestad marina..., ¿por qué no había recurrido el autor al mar Caspio o el Mar Negro? ¿Los nueve meses pasados con Kalinka en lugar de los nueve años con Calipso se debían a que nuestra época se vive de prisa o al hecho de que el autor había escrito la novela después de la guerra?

En la mano hedionda de Jürgen podía haber influido el fétido pie de Filoctetes, y el leal anciano encarnaba al porquero Eumeo, la primera persona que Ulises encontró en Ítaca y que acabaría ayudándole en la lucha contra los pretendientes. Eso difícilmente cabía esperarlo del fiel anciano de Karl, casi ciego y sordo y con dificultades para caminar. En general al final de la novela muchas cosas ya no coincidían con el patrón, así que difícilmente me ayudaría a resolver el enigma. No había ningún Telémaco, un hijo de Karl. La Penélope de Karl no se había opuesto a los pretendientes, sino que había escogido a uno con el que tenía un hijo, acaso dos. Darle muerte no tenía la misma lógica que el furor de Ulises contra los tres individuos que habían importunado, acosado y robado a Penélope. No, en el número 58 o 38 de la Kleinmüllerstrasse o Kleinmeyerstrasse no había acontecido ninguna carnicería.

12

¿Por qué hacia el final el autor se había desviado del patrón? Y otra pregunta igual de interesante: ¿por qué lo había seguido hasta el desenlace?

Lo que yo había leído no daba la impresión de que él hubiera tenido delante páginas en blanco y la *Odisea* al lado y se hubiera dedicado a trasladar sin un ápice de imaginación aventura tras aventura del mundo de la leyenda al mundo de Karl. Más bien parecía un juego. Alguien tenía que escribir una historia, contar una historia de soldados que regresan de la guerra, conocía el argot, conocía la *Odisea*, y no se complicó la vida. No se tomó la molestia de investigar la vegetación de Siberia, sus regiones y fronteras. Le daba igual que en dicho país los ríos no fluyeran hacia el sur, sino hacia el norte. Sabía que en Siberia hay tundra, bosques y ríos, que hacia el sur se torna calurosa y seca y que allí limita con otros países. ¡Para qué importunar al lector con los nombres!

Además, ¿deseamos saberlo con exactitud? Pensé en un viejo amigo que sabe denominar e interpretar las estrellas y las constelaciones como nadie. Se lo inventa todo, pero aunque uno lo sepa, es un placer escucharle. ¿Es porque con los nombres verdaderos no haríamos mucho más que con los falsos? ¿Porque sólo se trata de familiarizarnos con el formidable resplandor del cielo estrellado mediante la designación y la interpretación?

Después de la *Odisea* leí *Tan lejos como los pies me lleven* de Josef Martin Bauer. Recordé el éxito que había cosechado el libro en 1955, año de su publicación, y que aquel éxito probablemente se debía al hecho de que daba la impresión de que relataba una historia verdadera. Que un soldado alemán hubiera conseguido por sus propias fuerzas regresar a casa desde Siberia reconfortaba el alma alemana. Al igual que el camino de Karl, también el camino de Clemens Forell cruzaba grandes ríos y atravesaba la

tundra y los bosques, el desierto y las cimas de las montañas. Ambos caminos conducían al sur. También se podía haber conseguido llegar a Alemania desde Siberia atravesando los Urales y cruzando Rusia y Polonia o Checoslovaquia. Las etapas de la ruta de Clemens Forell están consignadas con tanta precisión, y las circunstancias de la llegada a Irán descritas con tal detalle, que, al leerlo, el resalto parece verídico. Me pregunté si mi idea de un autor de fantasía desbordante, jugueteón, no era demasiado simplista. El autor de la historia de Karl, ¿no podía también referir una historia verdadera o al menos verosímil y haberse limitado a adornarla un poco?

Pero la situación de los prisioneros de guerra alemanes en Siberia ha sido investigada y la bibliografía es accesible. Descubrí que la mayoría de los prisioneros alemanes no tenían ni voluntad ni fuerzas para intentar huir. Sólo un puñado intentaron escapar de Siberia, pero ninguno lo consiguió. La novela *Tan lejos como los pies me lleven* también hizo que se conociera un hecho histórico de gran relevancia a pesar de inventar que el cautiverio tenía solución, que se podía huir de él y retornar a la patria tras numerosas peripecias.

Así que concluí que mi autor tenía que escribir una historia y no quería complicarse la vida. ¿Cómo alguien que conoce tan a fondo la *Odisea* llega a escribir una «novela amena y entretenida»? Me resultaba inconcebible que mi autor no hubiera asistido al instituto. Y después seguramente a la universidad. ¿Fue movilizad y después de la guerra no pudo retomar su antigua profesión y sobrevivió escribiendo folletines? Tras la novela de Ulises, ¿escribió otra sobre Jasón, Edipo y Orestes? Y cuando mejoraron los tiempos, ¿se convirtió en profesor de griego, catedrático de filosofía o director de teatro?

Escribí a la Biblioteca Nacional suiza y a la alemana, preguntando si las «Novelas amenas y entretenidas» figuraban entre sus fondos, y recibí respuestas negativas de ambas instituciones. En general poseían todo lo que se imprimía en Suiza y en Alemania, respectivamente, pero tal vez existiesen publicaciones antiguas de editoriales pequeñas que se les hubieran escapado.

Inserté un anuncio en el *Neue Zürcher Zeitung*. «Para una investigación científica, se buscan números de la colección “Novelas amenas y entretenidas”, publicada desde finales de los años cuarenta hasta principios de los sesenta. Ruego envíen los títulos y autores disponibles así como el precio solicitado a...». Recibí una sola comunicación que adjuntaba gratis el número 242 de la colección, *Emergencia a medianoche* de Gertrud Ritter. Pero al menos de ese modo me enteré de que los folletines habían sido publicados por la editorial Rhein de Basilea, cuyo logotipo mostraba un río con un transbordador cubierto. Mi librero no conocía la editorial. Pero la encontré en el registro mercantil y el nombre del propietario en la guía telefónica de Basilea. Llamé y hablé con el hijo del mismo nombre. Su padre había fallecido, la editorial estaba paralizada, y él se dedicaba a la venta de ordenadores. Aún recordaba a mi abuelo; cuando era pequeño, el anciano caballero recogía y entregaba con regularidad manuscritos, galeras y pruebas de imprenta. No, no existía ningún archivo de la editorial.

13

Un jueves, después del trabajo, me dirigí al número 38 de la Kleinmeyerstrasse y llamé al timbre del primer piso. Del primero... Cuantas más vueltas le daba al vago recuerdo del final de la novela, más seguro estaba de que Karl no había subido más arriba. Yo no había escrito ni telefoneado; quería subir las escaleras y colocarme delante de la puerta, igual que Karl..., sin avisar y sin saber qué pasaría.

En el rótulo que figuraba junto al timbre se leía «Binder». Aguardé. En la Friedrichsplatz jugaban unos niños, en la iglesia de Jesús dieron las seis. Cuando me disponía a llamar al timbre por segunda vez, oí el zumbido del portero automático y empujé la pesada puerta. La escalera de la casa era espaciosa, los peldaños anchos y altos, el revestimiento de madera con una greca en relieve, que llegaba a la altura del pecho, estaba cuidado, y frente a la entrada de la vivienda de la planta baja colgaba un cuadro oscurecido por el tiempo que ocupaba toda la pared y representaba a un hombre a caballo ante un gentío con atavíos variopintos, banderas y pendones. Subí la escalera.

En la puerta había una mujer de mi edad, de estatura y peso medianos, cabello rubio pálido recogido hacia atrás y sujeto por un prendedor, vaqueros azules holgados y jersey rojo amplio. Iba descalza. Tras quitarse el prendedor del pelo, sacudió la cabeza hasta que el cabello se soltó y dijo:

—Acabo de llegar a casa.

—¿Del trabajo?

Ella asintió.

—¿De dónde viene usted?

—También del trabajo.

—Quiero decir qué le trae por aquí —precisó sonriendo.

—Es un poco difícil de explicar. Se remonta a muchos años atrás y no guarda relación con usted, sino con su piso. ¿Sabe quién residió en él después de la guerra?

—Nosotros.

—¿Nosotros?

—Mis padres, mi hermana y yo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Debauer, Peter Debauer.

Hurgué en mis bolsillos y, tras encontrar una tarjeta de visita profesional, se la tendí.

—¿Puedo narrarle toda la historia?

Ella miró mi tarjeta, su reloj, dentro de la casa y a mí. Asintió y me estrechó la mano.

—Barbara Binding.

El pasillo era amplio y lucía el mismo revestimiento de madera que la escalera del edificio. A través de una puerta doble abierta, mis ojos captaron una habitación con estuco y *parquet* y, detrás de otra doble puerta de cristal abierta, un balcón. Todo era elegante, caro, luminoso. Sin embargo los muebles, cortinas y alfombras de los años cincuenta y sesenta desentonaban, y además parecía que nadie hubiera ordenado y limpiado desde tiempos inmemoriales.

—¿Nos sentamos en el balcón? Creo que hace calor.

Empecé mi historia. Al cabo de un rato ella se levantó, trajo una botella de vino y dos copas y sirvió. Me escuchaba con atención. La mujer que había aparecido en el umbral de la puerta, que había caminado delante de mí por el pasillo y la habitación hasta el balcón y que ahora se sentaba ante mí, no era muy llamativa. Pero me había gustado el movimiento con el que se había soltado el cabello, agitándolo, y su sonrisa furtiva, descarada, cálida. Sólo ahora, a la clara luz del balcón, percibí sus pálidos ojos azules y la piel de su rostro, blanquísima y con un suave toque de rosado, tan desnuda que me invadió la sensación de que dirigía una mirada impúdica a sus pechos o a su sexo. En su labio superior observé una pequeña cicatriz casi imperceptible, vestigio de una operación muy lograda, o de una caída. Sus labios eran hermosos.

Cuando finalicé el relato, sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—No me acuerdo de haber mirado avergonzada desde detrás del delantal de mi madre mientras un hombre desconocido subía por la escalera. ¿O la avergonzada habría sido mi hermana y yo estaría en brazos de mi madre? No recuerdo a otro hombre salvo a mi padre, ni entonces ni más adelante. Mis padres formaban un matrimonio feliz, todo lo feliz que podía ser su generación. No me cabe en la cabeza que mamá guardara secretos, que tuviera un amante. Pero no tengo ni idea. Mi hermana tiene papeles de mamá y quizás entre ellos figure un diario que contenga entre sus páginas fotos, la carta de un amante y la rosa seca que él le regaló después de la primera noche o de la primera hora en un hotel. Me alegraría por ella, sobre todo si lo hubiera tenido durante sus muchos años de viudez. Pero eso no lo acercaría al final de su novela, ¿verdad?

—¿Podría hablar con su hermana?

—No vive aquí, pero tampoco está muy lejos.

No supe si esa respuesta era evasiva o alentadora. No insistí, ni pude hacerlo, pues ella prosiguió a renglón seguido:

—Lo cierto es que el edificio, el piso y las dos hermanas, la pequeña y la mayor, coinciden. ¿Viviría el autor en la casa? Deberíamos averiguar si después de la guerra vivió aquí un profesor de griego en paro. ¿Qué más decía usted? ¿Catedrático de filosofía, director teatral? Abajo vivía un director teatral, a él le debemos la decoración de la escalera, pero no se mudó aquí hasta los años cincuenta y volvió a marcharse en los sesenta. Lástima que ya no podamos preguntar a mi madre.

—¿Ha muerto?

—Sí, hace tres meses. Todo esto es suyo; yo me trasladé aquí hace apenas dos semanas y no consigo ocuparme de la casa después de trabajar. Por suerte Margarete se llevó todas las pertenencias aprovechables de mamá; ya sólo me queda vaciar los trastos.

Le hablé de mi casa aún vacía.

—¿Es esto mejor? ¿Una casa vacía en lugar de otra llena de cosas que no te gustan?

—A mí me parece maravilloso. De momento no me apetece recorrer tiendas de muebles nuevos o de segunda mano para llenar la casa.

Me preguntó si podía ayudarla a sacar los trastos. Era profesora, había dado clases en Kenia durante seis años y no conocía prácticamente a nadie.

—¿El sábado? Yo me encargaré del transportista y prepararé la cena. Créame, cocino de maravilla.

OceanofPDF.com

14

El sábado vaciamos el piso de su madre y llevamos los trastos al vertedero. Barbara preparó un plato africano. Comimos en el suelo; Barbara se quedó con la nevera, la cocina, la vajilla y los cubiertos, las toallas, las sábanas y las mantas de lana. También dormía en el suelo. Le pregunté qué había sido de sus muebles de Kenia. Se había hartado de ellos y los había dejado allí. Vivía de tres maravillosos baúles-armario de segunda mano que había comprado allí.

—No soy demasiado hogareña.

Pero encontrar muebles bellos era para ella lo bastante importante como para salir juntos todos los viernes de las semanas siguientes y buscar en tiendas de segunda mano y anticuarios. Al principio limitamos la búsqueda a los alrededores. Después la ampliamos hasta Spessart, Hunsrück y Eifel. Entre semana Barbara consultaba las páginas amarillas, hacía una serie de llamadas y el fin de semana sabía adónde quería ir. Las buenas eran las tiendas grandes con enorme surtido porque en medio del desorden se podía encontrar a buen precio lo que en las tiendas pequeñas era la pieza más cara y se exponía en el escaparate. Ella buscaba mobiliario de estilo modernista, y el comedor y el escritorio con butaca y librería que encontró pieza a pieza durante semanas, encajaban en su casa como si hubieran sido hechos a medida. Tenía buen gusto. Yo no buscaba un estilo determinado. Encontré un armario estrecho, alto, con un gran espejo ovalado en la única puerta y una cama ancha, ambos de madera de cerezo, y estanterías con puertas de cristal que armonizaban con el escritorio y la butaca del abuelo.

—Si viviéramos juntos, ya lo tendríamos todo —dijo con una risita.

Al principio salíamos los viernes a eso de las dos y regresábamos a la caída de la tarde. Más adelante nos quedábamos a dormir y cogíamos una

habitación doble.

—Te parece bien, ¿verdad? Necesitamos el dinero para otras cosas.

Yo me negaba a reconocer que no me lo parecía. A mí la proximidad corporal nocturna que no va acompañada de intimidad física siempre me ha resultado difícilmente soportable: ni cuando iba de campamento a granjas o a cabañas alpinas con amigos, o con mi madre, o incluso con los abuelos aquella vez que siendo niño me dejaron dormir con ellos en su habitación porque en mi cuarto los pintores estaban arreglando una gotera. Yo no decía nada. Me asombraba lo sencilla, lo grata que era la cercanía de las noches que pasábamos juntos. Si Barbara quería leer o dormirse enseguida, si se despertaba y se levantaba durante la noche, sus sonidos y olores, mi espera cuando utilizaba sola el cuarto de baño, y a veces la utilización conjunta, su rostro al dormirse, al levantarse y ante el espejo, y su cuerpo de pechos demasiado grandes, muslos demasiado gordos y celulíticos, la ropa interior desgastada y deformada..., nada de eso me molestaba, ni me resultaba excesivo, ni demasiado cercano. Ella se comportaba con tal naturalidad que yo, todavía más bien tímido en lo físico a pesar de las semanas en el paraíso y el instituto californianos, adquirí también una soltura en mi comportamiento nueva para mí. Además, era tan alegre y divertida que al principio no creía lo que veía, pero después me dejé contagiar. Ella posaba como ángel barroco, como águila imperial y federal, como castor desconcertado y como cisne moribundo. Bailaba acompañada por la música del radio-despertador desde el dormitorio al cuarto de baño y a la inversa, y al final yo la acompañaba. Al comprobar que se partía de risa con los poemillas graciosos de Gernhardt, que yo me sabía de memoria, aprendí más. Hasta su silencio era alegre o al menos complaciente.

Yo nunca me había enamorado de alguien a quien ya conocía. Rara vez había sucedido en el primer encuentro, y casi siempre en el segundo o tercero, o entre uno y otro, me despertaba y sabía que durante la noche me había enamorado de la mujer con la que había pasado la velada. Con Barbara fue distinto. Cuando al comprar muebles comentó que si viviéramos juntos ya lo tendríamos todo, reí con ella sin pensarlo. Después se me ocurrió que juntos viviríamos de maravilla, y que me gustaría vivir con ella. Luego me di cuenta de que era mucho más, de que justo de aquello

dependían mi dicha y mi alegría y lo que yo deseaba: vivir con ella, dormirme y despertar a su lado, cocinar, comer con ella, compartir la vida cotidiana y tener hijos. Después me ocurrió lo mismo que siempre que me enamoraba; pensé que podría volver a detenerme y decidir si anhelaba de verdad arriesgarme o no a ese amor. Pero ya había caído.

El siguiente fin de semana visitamos cerca del Eifel, a medio camino entre Bonn y Colonia, un gigantesco almacén con cachivaches, trastos viejos y algunas piezas hermosas, desde Biedermeier hasta *art déco*, entre las que figuraban una cama y un sofá de piel que encantaron a Barbara. Cuando empezó a regatear por la cama, dije riendo para que en caso necesario se lo tomara como una broma:

—¿No sería preferible el sofá? En lo tocante a camas estamos servidos.

Me contestó con una sonrisa, olvidó la cama y regateó por el sofá.

La noche siguiente se metió en mi cama y se acurrucó a mi lado. Al cabo de un rato se incorporó, se quitó el camisón y dijo:

—Quítate el pijama, quiero sentir tu piel.

Lo dijo con una voz que yo aún no le conocía. Después hicimos el amor.

OceanofPDF.com

15

Me lo tomé como un acuerdo tácito. Cuando ella despertó a la mañana siguiente, la cabeza sobre mi brazo dormido y el brazo sobre mi pecho, pensé que todo había cambiado, que ahora todo iba bien. La primera vez habíamos sido apasionados y torpes. Pero cuando nos despertamos en plena noche, nos unimos con tanta naturalidad como si nuestros cuerpos se conocieran desde hacía mucho.

También la ternura de Barbara era una suerte que al principio me negué a creer, aunque luego dejé que me contagiara. No podíamos mantener las manos separadas, ni en el coche, ni cuando caminábamos juntos por la calle, ni en las tiendas, ni en los restaurantes. Ella exhibía su pasión con tal franqueza que me arrastró y barrió todas mis inhibiciones, mi envaramiento, mi hermetismo. La voz con la que hablaba cuando deseaba hacer el amor, me encendía el estómago, y la pequeña gota de sangre oscura que, después de besarnos, aparecía a veces en la cicatriz de su labio superior, abrasaba mi corazón. Me sentía más vivo que nunca. Pero había un portento mayor que su pasión: su ternura, que transformaba todos y cada uno de los minutos del día. Sí, todo había cambiado.

Al mismo tiempo todo continuaba igual que antes. El espacio que nuestra relación ocupaba en nuestra vida no se amplió. Seguimos viajando los fines de semana y quedando una vez entre semana a lo sumo. Entonces o bien ella me invitaba a su casa o cenábamos en la mía, con una diferencia: antes nos despedíamos a altas horas de la noche y ahora la pasábamos juntos. Pero si después de haber prolongado mi jornada en la editorial yo la llamaba a deshora y le preguntaba si podía pasar por su casa y quedarme a dormir allí, nunca funcionaba. O no estaba o tenía que salir enseguida, a una reunión de padres de alumnos o a encontrarse con una compañera, tenía

que preparar la clase o corregir exámenes, estaba cansada, tenía la regla, jaqueca o dolores de espalda. Lo decía con ternura, con una risita y esperando con mucha ilusión nuestro siguiente encuentro. Yo lo sentía, pero también sin ella aprovechaba bien el tiempo y no me preocupaba. Mejor dicho: no quería preocuparme.

Ya que no podía ampliar el espacio de nuestra relación, al menos deseaba configurarlo de otra manera. Pasar un fin de semana en su casa o en la mía, quedar con sus nuevos o mis viejos amigos, hacer la compra y cocinar juntos, ir al cine, al teatro o a un concierto. Visitar a su hermana.

Eso provocó la primera riña.

—¿A qué viene tanto misterio con ella? —le pregunté—. Vivió aquí, tuvo que darse de baja aquí... Puedo conseguir su dirección en la oficina de empadronamiento y visitarla.

—¿Qué quieres decirle?

—Que aparece en una novela, contarle la trama, que deseo averiguar si... Pero qué digo, si ya lo sabes todo.

—¿Le explicarás cómo has averiguado su paradero?

—No ha sido tan difícil. Puedo...

—Es decir, a través de mí. Le dirás que hablaste conmigo y que yo te hablé de ella. ¿Qué más vas a contarle de mí?

Habíamos comido en mi casa y estábamos tomando café. Yo seguía apostando por que nos iríamos a vivir juntos; es verdad que nunca lo habíamos hablado, pero ambos habíamos comprado únicamente muebles que se complementarían en la vivienda común: ella el sofá de cuero y yo dos sillones de cuero con una mesa a juego; ella un espejo grande con marco dorado para su pasillo y yo una lámpara *art déco* para el mío, que, como Barbara había dicho en varias ocasiones, redondearía el mobiliario de su comedor. Como yo no tenía comedor, comíamos en la cocina. Ella se sentaba frente a mí, la oscura ventana abierta a su espalda, y me miraba con hostilidad. Justo encima del extremo interior de su ceja izquierda apareció un hoyuelo, el hoyuelo de Lucia, un hoyuelo de terquedad e ira. Me encantó y sonreí, y como es lógico mi sonrisa alegre la enfureció más aún. Adelantó el mentón, se puso de morros, me fulminó con la mirada y su rostro adquirió una expresión de rabia que me era desconocida.

—No he pensado lo que le diré a tu hermana. Creo que deberíamos ir a verla juntos y hablar con ella. Si no es posible, porque tienes un problema con tu hermana, explícamelo y dime cómo debo comportarme con ella.

—Sí, tengo un problema con mi hermana —respondió alzando la voz a cada palabra—. No entiendo por qué tengo que reconocerlo explícitamente, creo que habrías debido darte cuenta, pero como al parecer no es posible de otra manera, te lo diré sin rodeos: tengo un problema con mi hermana. También deberías haberte dado cuenta de que no me apetece hablar del asunto. Pero como al parecer es imposible de otra manera, te diré que no quiero hablar de mi problema con mi hermana. ¿Está claro?

—¿Significa eso que nunca iremos a verla?

—Nunca, nunca... No sé si iremos a verla ni cuándo. Ya veremos.

—¿Qué te parecería si fuera solo...?

—¿No tienes nada mejor que hacer?

Reí.

—Hablas como mi madre. En realidad, ¿qué hay de malo...?

Que dijera que hablaba como mi madre la hizo perder completamente los estribos. Yo no lo entendía. Ella no conocía a mi madre, y yo sólo le había contado unas cuantas cosas, ninguna mala. ¿Acaso las mujeres tienen un temor atávico a que los hombres las identifiquen con sus madres? No llegué a preguntárselo. Barbara me insultaba: por mi conducta, por mi carácter, por mi físico, por el aspecto de mi sexo, por mi manera de hacer el amor y de vivir la vida. Me di cuenta de que liberaba una tensión que trascendía la comparación con mi madre, su problema con su hermana, nuestra conversación e incluso nuestra relación. Pero el significado de esa tensión tampoco lo averigüé más tarde, cuando Barbara había recobrado la calma y se mostraba alegre y tierna.

—Yo ya era así de niña. No tiene importancia. Simplemente ocurre. Lo siento.

16

En agosto llamé al timbre de su casa. Acababan de empezar las clases. Ella había llegado de Kenia con sus descomunales maletas durante las vacaciones.

El otoño fue cálido hasta entrado noviembre. Después, de la noche a la mañana irrumpió el frío y empezó a llover. Me gustaba el rumor de la lluvia durante la noche y contemplarla desde mi oficina la tornaba más íntima. Por fin, pensaba yo, por fin ha llegado el momento de vivir juntos.

El miércoles Barbara me telefoneó a la oficina para planificar el fin de semana.

—Vámonos a Basilea. De pequeña estuve allí con mis padres y me gusta. Me gustaría enseñártela.

—Sí, a mí también me gusta Basilea. Pero el fin de semana lloverá, y con lluvia todas las ciudades son grises. Hay muchísimas cosas que nunca hemos hecho aquí, y si no quieres salir, hacemos galletas. Dentro de seis semanas será Navidad.

—Ya sabes que no me apetece quedarme aquí el fin de semana.

—Desde que nos conocemos hemos salido de viaje todos los fines de semana.

—Porque los dos lo deseábamos. ¿O acaso tú no?

Volví a percibir la tensión en su voz y no quería presenciar una nueva explosión.

—Sí. Han sido unos fines de semana maravillosos.

—Entonces aclarado. Hemos salido juntos de viaje porque queríamos salir juntos de viaje. Si prefieres quedarte aquí solo, yo me quiero ir, de manera que tú te quedas aquí y yo saldré de viaje. Te llamaré el lunes. —Y colgó.

Sentí furia y decepción. Si eso era todo, ¿cómo iban a cumplirse mis deseos? ¿Vivir juntos? Podía ahorrarme las palabras. Pero ¿por qué participó en el juego de los muebles? ¿O no lo hizo? ¿Todo habían sido imaginaciones mías y ella no había jugado a nada? No me cabía en la cabeza.

Primero me comporté como si disfrutase de mi fin de semana solo. Quería demostrárselo a ella y a mí mismo. Después empecé a disfrutar de verdad. Me fui al cine con Max, cosa que no había dejado de hacer en las últimas semanas, si bien no lo prolongaba tanto como antes. Esta vez después de la *pizza* tomamos un helado, y yo procuré interesarme por los problemas de Max con el nuevo novio de Veronika sin entrometerme con mi indignación y mis consejos. Ordené mi casa y al tiempo me invadió la buena sensación de que también mi vida estaba en realidad despejada y ordenada. Clasifiqué facturas, hice transferencias, archivé lo realizado y guardé en una carpeta lo que quedaba pendiente. Leí los manuscritos que habían llegado para los primeros números de la revista jurídica, y redacté cartas para autores difíciles; en la vida cotidiana de la oficina no hallaba tiempo ni sosiego para ninguna de las dos cosas.

Después hice algo que ansiaba desde hacía mucho tiempo: ordenar el material que había recopilado sobre la historia de Karl. No era muy abundante. Yo había buscado bibliografía sobre las novelas populares de los años cuarenta y cincuenta en la biblioteca de la universidad, pero en vano. Había hallado, por el contrario, abundante bibliografía histórica y sociológica sobre los prisioneros de guerra y sobre los soldados alemanes repatriados, y gracias a ella me había enterado de algunas cosas interesantes, aunque nada que me ayudase a seguir. La creación del Comité Nacional por una Alemania Libre, los grupos alemanes antifascistas, los juicios sumarísimos y las condenas, la estructuración social de los campos, primero según las graduaciones militares alemanas, después según el grado de colaboración con la administración rusa y finalmente, cuando los rusos ya no limitaron la recepción de paquetes, por el mercado, en el que se comerciaba con el contenido de los paquetes. Nada de todo aquello pertenecía al mundo de Karl ni al de su autor. Otro tanto cabía decir de los destinos de los repatriados tardíos, de sus dificultades de acomodo y

adaptación, de los problemas con sus cónyuges e hijos, de su alcoholismo y su mutismo, aspectos que abordaba en detalle la bibliografía sobre los repatriados.

Lo más probable era que la literatura de ficción me aportase más indicios. Quizás, aunque no lo había extraído de la *Odisea*, el autor tampoco había inventado el final, sino que lo había tomado de otro lugar. A lo mejor, si encontraba el patrón, me acercaba más al autor. A lo mejor el profesor de griego se convertía en un profesor de griego y alemán, o el director teatral en un director que había hecho furor en 1950 con la adaptación teatral de la historia de un repatriado.

Además tenía que acudir a la oficina de empadronamiento, no por la hermana de Barbara, sino para averiguar quién residía en el número 38 de la Kleinmeyerstrasse y en los edificios vecinos hacia 1945. Tenía que escribir a esas personas, visitarlas, describirles al autor lo mejor posible y escuchar lo que quisieran contarme. Escribí una carta que me proponía enviar a la hermana de Barbara, no sin mostrársela previamente a ésta.

Me di un baño y leí la narración de Leonhard Frank sobre Karl y Anna. La mujer a la que no regresa el marido, sino el amigo de éste, que oyó hablar de la mujer una y otra vez, imaginándose y enamorándose de ella hasta el punto de no poder resistir la tentación de adoptar el papel de su amigo, que continúa cautivo, y hacerse pasar por él. Si ella sabe desde el principio que él no es su marido, ¿por qué se comporta como si lo fuese? Si no lo sabe pero lo sospecha, ¿por qué no pregunta? ¿Para dejar abierta la posibilidad de regresar con su marido, fingiendo horror y espanto? Sin embargo, ella rompió con su cónyuge mucho antes de que regresara y de marcharse con su amigo. Yo conocía la historia de Martin Guerre, cuyo atractivo y enérgico doble también tomó posesión de mujer, granja y tierra, se volvió codicioso, discutió con la familia, pleiteó para aumentar las tierras y fue desenmascarado en los tribunales gracias a la aparición inesperada del Martin Guerre al que se daba por muerto. En este caso yo entendía a la mujer: Martin Guerre no la había amado, la maltrataba y la había abandonado sin motivo. Pero en la narración de Leonhard Frank... ¿cómo tiene que amar un hombre a su mujer para hablar sobre ella de tal modo que

otro se enamore de ella con sólo escuchar! ¿O era su forma de traicionarla? ¿Es esa traición lo que le aleja de la mujer y lo que ella no le perdona?

El domingo volvía a estar seguro de que era dueño y señor de mi vida. Fue una certidumbre triste al principio, luego rebelde y finalmente sosegada. Oscureció. Fuera hacía frío y llovía, pero mi casa estaba caliente, llena de música y olía a romero.

OceanofPDF.com

17

A las cinco sonó el timbre: Barbara estaba ante la puerta. Mojada, con el pelo pegado a la cabeza y el abrigo goteando.

—He... he venido a pie.

—¿Desde Basilea?

—No, bobo, desde el puente, donde mi coche se ha declarado en huelga, hasta aquí. No he estado en Basilea, sino en casa. ¿Tienes ropa seca para mí?

Se duchó y se puso ropa interior, calcetines, vaqueros y jersey míos. Después se sentó en el otro sillón y sostuvo entre las manos la taza de chocolate caliente como si pretendiera calentárselas.

—Gracias por el chocolate. ¿Qué música es ésa? Es preciosa.

—Arvo Pärt. Es una música sin principio ni fin, y llevo horas escuchándola.

Tomó un sorbo.

—Necesito hablar contigo.

Esperé.

—Hay otro hombre. No aquí, sino en Kenia. No he vuelto a verlo desde mi regreso, y también allí lo vi por última vez meses antes de mi partida, en marzo para ser precisa. Pero aún vive, lo noto. Y seguramente vendrá.

—¿Te gustaría que viniera?

Me miró como si la estuviese torturando.

—Es..., somos..., somos una especie de matrimonio.

—¿Especie dices? No sabía que en eso hubiera especies diferentes.

De nuevo me miró atormentada.

—Es un periodista estadounidense que está siempre de viaje. Nunca hemos vivido juntos de verdad. En realidad tampoco nos apetecía casarnos.

¿Qué sentido tendría, con él hoy aquí y mañana allá, y yo en Alemania, cuyo idioma ni siquiera habla? Pero después pensamos que nuestra vida era precisamente así: errabunda, sin hogar, sin amigos, y que dondequiera que estuviésemos, queríamos de todos modos tenernos el uno al otro. ¿Sabes?, la verdad es que yo siempre he sido inquieta, incluso en mi infancia, cuando vivía en Alemania.

La miré sonriente.

—¿Ya salías siempre de viaje los fines de semana?

Me devolvió la sonrisa.

—Siempre. —Dio otro sorbo de chocolate—. En abril él viajó a Sudán, al sur, donde los rebeldes dominan el país, aunque, como es natural, están divididos. Desde entonces no he sabido nada de él. He oído cosas: que había sido capturado por los rebeldes o por las tropas gubernamentales, que participaba en negociaciones entre ambas partes o se ocupaba de ayuda humanitaria..., todo es posible. Unos días me preocupo y otros no; ya ha estado en ocasiones más de un año sin dar noticias, para después regresar con un artículo fabuloso. A lo mejor hasta conoces su nombre: Augie Markovich, ha ganado dos veces el Pulitzer. También nos prometimos no preocuparnos nunca el uno por el otro. —Sacudió la cabeza—. A veces incluso no me decía nada aunque pudiera hacerlo para que aprendiera a creer en la promesa.

Aguardé, no quería plantear la pregunta que ya había formulado. ¿No podía responderme ella sola? No pretendía apremiarla, pero luego no aguanté más e inquirí:

—¿Y a ti qué te apetecería? ¿Que entrara de nuevo en tu vida? ¿Que se quedase en ella?

Me miró indecisa.

—No lo sé. Contigo... yo no pretendía..., sucedió por las buenas, y es hermoso, no puedo expresar lo hermoso que es. Al mismo tiempo... —Sacudió de nuevo la cabeza—. Ya no sé quién soy. ¿He dejado de ser la mujer inquieta, sin hogar, sin amigos, que siempre creí ser? ¿Acaso al final soy como todos los demás? ¿Una nostálgica de la casa, del jardín, del perro, de los amigos, de los hijos y del marido, de llegar a casa día tras día y

sentirme cobijada en el hogar? Yo no quiero eso. Lo odio, siempre lo he odiado.

—¿Qué te parecería empezar por la nostalgia del marido y los hijos, luego de los amigos y el perro y finalmente echar de menos la casa y el jardín?

Se mantuvo seria.

—Entiendo lo que quieres decir. Lo meditaré a fondo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se acabó la taza de chocolate.

—¿Me ayudas a llevar el coche al taller? ¿Nos vamos esta tarde al cine? Por cierto, ¿puedo quedarme esta noche contigo hasta que se seque mi ropa?

OceanofPDF.com

A partir de entonces nuestra relación cambió. El siguiente fin de semana emprendimos otro viaje; había dejado de llover y Basilea estaba preciosa bajo el claro y gélido cielo azul. Después pasamos los fines de semana anteriores a la Navidad en casa, nos veíamos con más frecuencia entre semana y llevábamos la vida normal de una pareja normal. Ella conoció a mis amigos y colegas y yo a los suyos, fuimos a la ópera, a pesar de que yo prefería asistir a conciertos, y a conciertos, a pesar de que ella prefería la ópera, vimos todas las películas africanas que proyectaban por televisión o en el cine, preparamos galletas de canela, mostachones de avellana y pastas de mermelada, nos apuntamos juntos a un curso de yoga. Ella se resistía a que se la presentase a mi madre, y tampoco deseaba aún acompañarme a ver a su hermana. Sin embargo, como señal de buena voluntad me proporcionó la dirección de su hermana.

Siguió siendo tan graciosa como al principio, pero ya no se mostraba tan contenta, tan alegre. Era como si nuestra relación hubiera sido primero un nicho del que Barbara había excluido sus problemas. Ahora el enclave había sido incorporado a su vida y las preocupaciones tenían entrada libre en nuestra relación. Barbara se reprochaba no haber visitado ni a su madre ni a su padre antes de morir. En ambas ocasiones habría sido difícil, pero posible, en ninguna fue urgente: cuando su padre ingresó en el hospital, Barbara estaba de intercambio en Edimburgo y él había superado bien los infartos anteriores, y los médicos no habían sospechado o informado de que la madre pudiera morir a causa del cáncer antes del regreso de Barbara. También me enteré de que, después de las clases reducidas de Kenia, Barbara afrontaba con dificultad las clases abarrotadas, con alumnos desmotivados y colegas agotados, de que allí encontraba más interesantes

sus clases de alemán e inglés que aquí, de que el otoño frío, lluvioso y gris le molestaba más que antes, y de que la mayoría de sus antiguos amigos se habían convertido en desconocidos para ella y ella para ellos.

Hablamos largo y tendido de nosotros. Yo le conté cosas de mis abuelos, de mis padres, de Veronika y Max, de la utilidad de la justicia y de las posibilidades de regreso de los soldados. Ella pensaba que yo debía preguntar más a mi madre por mi padre, que debía hablar con Veronika de lo que me preocupaba en Max, y escribir un ensayo sobre lo que sabía de la utilidad de la justicia. Ella soportaba mis enfados por el trabajo en la editorial y me ponía una tirita cuando me cortaba cocinando. Hacía todo lo que podía para estar a mi lado.

A veces por la noche se despertaba sobresaltada con un pequeño grito o me despertaba porque llevaba horas sin conciliar el sueño a pesar de que al leer se le cerraban los ojos. Otras lloraba. Yo la estrechaba entre mis brazos y, si había tenido una pesadilla, me contaba lo que todavía recordaba de ella. Por lo demás, no le apetecía hablar. Después, le contaba historias, historias de repatriados, historias de batallas, historias de justicia, la historia del locuaz Winkelried en Sempach y de Mennon y Eugen. Solía quedarse dormida antes de que yo concluyese el relato. A veces le dolían la espalda y las extremidades y yo le daba masajes.

Como es natural, también hablaba de su marido. Pero lo que realmente yo quería saber de él no lo supe. En realidad no me apetecía saber qué peligros arrostraba, ni cuáles había superado ya y cómo. Tampoco quería discutir con ella sobre la confianza, la espera y la fidelidad que se debían mutuamente según el acuerdo al que habían llegado. Quería saber por qué lo había amado y si todavía lo amaba. Sin duda no podía comunicarle que se había terminado, porque no podía escribirle. Pero ¿qué le diría si pudiese hacerlo?

19

Él era invisible y sin embargo siempre estaba presente. A lo mejor precisamente por eso estaba tan presente. Cada vez que la veía callada, ausente, ensimismada, triste, creía que pensaba en él. Si hojeaba el periódico en busca de algo, creía que buscaba noticias suyas. Si en su casa sonaba el teléfono y ella se levantaba con mayor premura de la habitual, creía que esperaba una llamada suya.

A veces le planteaba ultimátums:

—Ya no lo aguanto más, Barbara. Si no eres capaz de decidirte, yo decidiré por ti.

—Pero si me decido por ti cada día y cada hora que estamos juntos.

—No, tú no te decidirás por mí hasta que hayas decidido en contra de él.

Me miraba apesadumbrada.

—¿Cómo voy a hacerlo? ¿Escribiendo una carta de despedida que guardaré aquí, junto al espejo, para entregársela en silencio cuando regrese? Puedo decidir lo que se me antoje en mi fuero interno..., pero no será una realidad hasta que se lo diga.

A veces, cuando dormía en su casa por la noche, me despertaba sobresaltado. ¿Había oído algo? ¿Habían cerrado la puerta de un coche? ¿Había arrancado un automóvil? ¿Habían llamado al timbre? ¿Habían arrojado una piedra a la ventana? Después me quedaba echado escuchando los ruidos de la noche: el reloj de la iglesia de Jesús, el soplo del viento del oeste, un tren, quizás el rumor de la lluvia en el castaño que crecía ante la ventana, y esperaba que él, suponiendo que fuese él, tocara el timbre por segunda vez o arrojase otra piedra a la ventana.

—Pero ¿sabe él dónde vives ahora? —le pregunté yo después de desvelarme y escuchar la noche por primera vez.

—Sí. Cuando se fue a Sudán acababa de morir mamá y yo ya había decidido mudarme a su casa.

Así al menos supe que mi escucha durante la noche no carecía de sentido. En ocasiones, antes de recuperar el sueño, me proponía estudiar y averiguar los horarios de los aviones, cuándo llegaba a Frankfurt procedente de África el último vuelo vespertino y el primero matutino, y cuándo podía él llamar a la puerta de Barbara lo más tarde y lo más temprano posible. Pero nunca lo hice.

Él se presentó de verdad en pleno día. Era sábado. Tras hacer la compra, estábamos vaciando las bolsas (las cuatro cajas de vino que habíamos adquirido las traerían de la tienda) y cuando sonó el timbre dijo Barbara:

—Ahí está el vino. —Y se encaminó hacia la puerta.

Sin embargo no dijo: «Hay que llevarlo al sótano, yo le indicaré dónde» o «Déjelo aquí mismo, nosotros lo bajaremos al sótano». No dijo palabra, como acostumbraba, ni al proveedor de vino, ni al cartero, ni al casero. Se quedó muda en la puerta escuchando, imagino, sus pasos en la planta baja y en la escalera.

Me situé a su lado justo cuando doblaba la esquina de la escalera, y entonces ella soltó un breve grito, bajó corriendo los peldaños, lo abrazó, y él dejó caer las bolsas, que rodaron con estrépito escaleras abajo, para estrecharla entre sus brazos. Vacilé un instante. Después recogí el abrigo y bajé las escaleras pasando junto a ellos. Él había cerrado los ojos. Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas y musitó:

—No.

Esperé un momento, pero no añadió nada más, así que reanudé la marcha. Esperé unos instantes más antes de cerrar la puerta de la entrada. Pero Barbara no corrió tras de mí ni me llamó.

Tercera parte

OceanofPDF.com

1

Más tarde aprendí a referir con un punto de ironía cómo, mientras yo intentaba reconstruir la historia de un hombre que regresa tras una dilatada ausencia, sube las escaleras y se encuentra en la puerta a su mujer con otro, yo mismo estuve un buen día en la puerta con una mujer cuyo marido retornaba tras una larga ausencia y subía por la escalera. Luego me planteaban preguntas como:

—¿No sabías nada de ese hombre?

Yo contestaba la verdad:

—Confiaba en que ella me quisiera más que a él. Pero ella corrió hacia él y lo abrazó. —Hacía una pausa y reía—. Al menos tenía el final para mi historia.

La historia era bien recibida, sobre todo por las mujeres. A ellas los perdedores sensibles, tristes, que sonríen con gallardía, a pesar de todo, les parecen interesantes.

Pero eso aconteció más tarde. Aquel mismo sábado fui en coche al bosque, pensé que caminar me reconfortaría, me di cuenta de que a cada paso, cada movimiento, cada respiración me sentía peor, y por la noche pedí a un amigo médico que me recetara somníferos y desconecté el teléfono. Había leído en cierta ocasión que por un amor se pena tanto tiempo como duró, de manera que confié en que en primavera habría mejorado. Cuando llegó una carta de Barbara —sobre fino, contenido estimado una página—, la llevé encima unos días hasta que la rompí sin leerla y la tiré.

También quise tirar el archivador con la historia de Karl. Estaba harto de las historias de repatriados. Algunos vuelven a casa y otros no, ¿qué más da? ¿Qué importaba que Karl retornase o prosiguiera su camino? Augie regresó como un Ulises y Barbara lo esperó igual que una Penélope, como

una moderna Penélope que ya no teje durante el día para deshacer su labor de noche, sino que se enamora pero sabe cuándo tiene que desgarrar con decisión la tela del nuevo amor que ha tejido. Eso es lo único que importaba. Al final, empero, acabé guardando el archivador.

Me compré una mesa de comedor, cuatro sillas y un sofá de piel. Veía a Max con frecuencia y de vez en cuando a mis amigos. Sí, en primavera me encontraba mejor, y en otoño me fui a la cama con una periodista que me invitó a su casa después de la recepción que dio mi editorial en la Feria de Frankfurt. Tras habernos acostado, me acusó de que ella no quería hacerlo, de que la había forzado, que la había seguido a su casa contra su voluntad, que ya durante la recepción la había acosado y molestado. Enfadado, me defendí, disculpándome por si había malinterpretado algo, aunque no lo había malinterpretado todo, pues recordaba palabra por palabra su invitación a subir a tomar una copa. Fue una discusión ingrata y lo bastante inquietante como para que decidiese preguntar a un colega la mañana siguiente si la noche anterior había bebido en exceso. Pero lo olvidé, y cuando la periodista me telefoneó a casa unos días más tarde para insultarme, el incidente me importaba un bledo.

Ese mismo otoño recibí una oferta de la editorial de otra ciudad. Abandonar la ciudad en la que residía Barbara auguraba un nuevo comienzo, dejar de esperar o de temer encontrármela. ¿O se habría marchado? ¿Con Augie? Yo nunca había cedido a la tentación de marcar su número de teléfono para comprobar si descolgaba.

Mi editorial hizo lo imposible por retenerme, y Max afirmó con una resignación tan profunda que me llegó al alma:

—Entonces nunca más iremos al cine.

Me quedé. Además tampoco me apetecía que el nuevo comienzo supiera a huida.

2

No, no fue así, aunque me habría gustado que lo fuera. Me habría gustado mostrarme irónico, distante, superior. En lugar de eso me comporté como un niño.

No relataba la escena de la escalera con ironía, sino ridiculizándola, y empecé con eso cuando volví a frecuentar a la gente. Me burlaba de la rapidez con que las mujeres pasaban de un hombre a otro y de la confianza de los hombres en el amor de las mujeres. Era penoso, los demás reían por pura cortesía, y las mujeres me miraban con más extrañeza y compasión que interés. Yo, sin embargo, hurgaba en la herida una y otra vez. Al final de una noche, cuando los demás se habían ido y yo tomaba la última copa con un amigo, éste intentó explicarme con delicadeza que estaba haciendo el ridículo. Habló de los renegados que se las daban de superiores burlándose de lo que habían vivido, el ateo de la fe, el comunista de su casa paterna burguesa, el arribista de su condición humilde. No le entendí.

Los somníferos están bien. Con ellos y con alcohol me puse fuera de combate durante días. Como el teléfono sonaba sin parar, arranqué el cable de la pared. No abrí cuando Barbara llamó al timbre en la calle, ni tampoco cuando, franqueada por alguien su entrada al edificio, se plantó delante de la puerta de mi piso y llamó golpeándola con los nudillos. Aunque estaba borracho, más tarde lo recordé con la suficiente nitidez como para romper la carta cuando llegó.

Pero eso no fue todo. Si Barbara iba en serio, ¿no tenía que escribir una carta tras otra? Y si había actuado en serio, ¿por qué se había limitado a tocar el timbre, golpear la puerta y llamar una sola vez? Ella no podía saber si yo estaba en casa y oía sus timbrazos, golpes y llamadas. Que viniera y escribiera, pero sólo una vez, me reveló que no me amaba lo suficiente.

Aunque tampoco me habrían bastado una segunda venida y una segunda carta, porque el verdadero amor lo intenta por tercera, por cuarta vez, hasta el infinito.

Mesa, sillas y sofá, Max y los amigos..., como es natural la vida seguía y al cabo de unos meses yo estaba mejor. Después de la noche con la periodista lo malo no fue mi temor a haberla violado. No lo había hecho. Pero ella había notado que yo no me había implicado y eso le dolió. La necesidad de cercanía y ternura, el miedo a la soledad o a los demonios del pasado..., ella no había encontrado conmigo nada de lo que reúne a dos personas durante una noche. Yo me había limitado a fingir, y eso la había enfurecido más que si hubiera usado la fuerza.

Me habría gustado saber si en el acercamiento había habido algún resbalón. Porque era así cómo sentía la noche con la periodista: como si la capacidad, si no de sentir, sí al menos de disimular la necesaria complicidad, me hubiera resbalado igual que una peluca o una máscara. ¿Me quedaba en blanco y debía andarme con cuidado? ¡Cómo iba a preguntarle eso a un colega!

También es cierto que nunca llamé al teléfono de Barbara y escuché si contestaba. Marqué su número una y otra vez y lo dejé sonar dos o tres veces antes de colgar. No lo hice para despertarla o irritarla, tampoco para hacerlo sonar hasta que ella contestase. Con esos dos o tres timbrazos yo ansiaba no salir del todo de su vida.

3

No es preciso que un psicoterapeuta te diga que no hay que reprimir el dolor. Que no te vuelques en el trabajo, ni te acuestes con periodistas que no amas, ni conviertas en tu próxima novia a la primera que se presenta. Que hay que elaborar el duelo. Es un conocimiento de psicología común.

Pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Reflexionando? ¿Sobre qué? ¿Cuánto tiempo tenía que quedarme en casa, escuchando discos y leyendo libros? ¿Cuántas veces debía hablar con mis amigos sobre mi dolor y mi duelo? Ellos escuchaban con pudor, y esperaban, sin ánimo de ofenderme, regresar pronto a la rutina de la amistad. Yo comprendía que la labor del duelo amoroso no consistía en echarse en brazos de otra. De todos modos, eso no me apetecía.

Pero tampoco veía que los amigos y colegas que, tras el fracaso de su matrimonio o relación, se juntaban rápidamente con una más joven, quedasen atrapados en un pasado irresuelto que los sometía. O que los que tras una pérdida se habían encerrado en sí mismos retornaran más tarde a la vida fortalecidos. En ocasiones la disyuntiva «reprimir» y «elaborar» me recordaba la eterna discusión de cómo han de dormir los bebés, si boca arriba o boca abajo, en la cual cada generación recomienda alternativamente una de las dos posibilidades. Me venían a la cabeza las conversaciones con el médico y la enfermera tras el nacimiento de Max.

Sí, volví al trabajo en cuanto pude y trabajé con más ahínco que nunca. La situación en la editorial también lo requería, pues habían comprado otras editoriales científicas, racionalizaron la producción y despidieron empleados, y al final acabé siendo el único jurista del departamento de literatura jurídica y, en consecuencia, asumí mucha responsabilidad. El departamento era más reducido que el de medicina y el de biología, incluso

más pequeño que el de los libros de pesca, de vela, de submarinismo y otros *hobbys*. Seguramente a la dirección de la editorial, que procedía de esos otros departamentos, le habría pasado inadvertido si mi departamento se hubiera mantenido mal que bien como un reducto del negocio. Pero o abandonaba la colección que acababa de poner en marcha o la completaba e invertía en ella para que se hiciera un hueco en el mercado. También en el caso de la revista había que decidir: o la retiraba o aumentaba la calidad para que obtuviese visibilidad y éxito. Yo había consagrado demasiadas ideas y esfuerzos a ambos proyectos para suspenderlos.

Los primeros meses de reorganización de la editorial no tuve tiempo de buscar o ver siquiera a una mujer. Acudía temprano a la oficina, regresaba tarde a casa, viajaba a menudo. Hasta mi madre opinaba que trabajaba mucho, no demasiado, esa palabra no existía para ella, pero sí mucho. Cuando llegó el éxito, y algunos manuales de la colección se convirtieron en *bestsellers* y la tirada de la revista aumentó mes tras mes, se apoderó de mí la avidez de efectuar mis crecientes tareas con eficiencia y éxito. El trabajo se incrementaba; después de que la revista y la nueva colección de manuales triunfaran, hubo que modernizar los contenidos y diseños de los tratados y manuales antiguos. Los jóvenes juristas que se habían acostumbrado a la editorial durante la carrera tenían que encontrar en ella los libros comentados que necesitaban para su ejercicio profesional. Cuando contraté a dos estudiantes, la dirección de la editorial se mostró de acuerdo.

No contraté a Bettina por su belleza aterciopelada. No me percaté de su belleza, que no intimidaba ni provocaba, sino que tranquilizaba, hasta que entró a trabajar en la editorial. No puedo decir qué en su aspecto reconfortaba tanto a los ojos y al corazón. Los cabellos y los ojos castaños, la boca, cuyos labios quedaban siempre un poco entreabiertos, la peculiar discreción de sus movimientos..., ¿por qué me impresionaba como si fuese una promesa de bondad, de aceptación, de mimo?

Ella era bondadosa y me aceptó y me mimó como nunca me habían aceptado y mimado. A veces me asaltaba la sensación de que me dejaba hacer lo que quería porque le era indiferente. Eso no me habría molestado. ¿Por qué no una relación de indiferencia y benevolencia mutua? Pero me daba cuenta de que no podía dejarme mimar. No quería deberle nada a

Bettina. Veía el precio que ella exigiría o que tendría derecho a exigir. Los mimos no son gratis. En última instancia se mima por amor. Ni siquiera amando a Bettina habría tenido la sensación de que podía pagar el precio de tanto mimo.

OceanofPDF.com

4

Estaba demasiado agobiado por el trabajo para leer libros. Pero tenía la *Odisea* al lado de la cama. Cuando me sentía demasiado inquieto para conciliar el sueño o me desvelaba a medianoche, unos cuantos versos del familiar texto eran lo adecuado.

En los cantos noveno y décimo, Ulises habla de la primera parte de sus viajes. Desde Troya, él y sus compañeros viajan a la tierra de los cicones; devastan la ciudad, aniquilan a los hombres, violan a las mujeres y se reparten el botín. De allí se trasladan al país de los lotófagos, que miman de tal forma a los compañeros de Ulises con el fruto del loto, dulce como la miel, que se olvidan de partir y regresar a casa. Ulises y sus hombres lo pasan mal con los cíclopes de un solo ojo que odian y devoran a los humanos, pero Eolo, que celebra a diario una fiesta con su esposa y sus seis fuertes hijos y seis encantadoras hijas, los acoge y agasaja durante un mes entero. Los lestrigones abrigan malas intenciones hacia Ulises y sus compañeros; son gigantes, igual que los cíclopes, aunque poseen dos ojos, y, al igual que los cíclopes, odian y devoran a los hombres. Con un único barco y un puñado de compañeros, Ulises desembarca en la isla de la maga Circe, que convierte a sus hombres en cerdos y otro tanto habría hecho con Ulises si éste, advertido por el mensajero de los dioses, no le hubiera hecho frente blandiendo la espada, con lo que conquista su amor y consigue que sus compañeros recobren la figura humana. En el resto de sus viajes, Ulises se encuentra en los cantos undécimo y duodécimo con las sombras de su madre y de otras grandes mujeres en el reino de los muertos, con las sirenas, que con sus figuras atractivas y su claro canto quieren atraerlo a la muerte, con Escila, el monstruo de seis cabezas, innumerables dientes y doce pies, y con Caribdis, que tres veces al día sorbe y suelta la oscura agua

del mar, antes de pasarlo bien junto a Calipso, de hermosos cabellos ensortijados y ropas perfumadas. Las últimas mujeres con que se topa Ulises antes de regresar junto a Penélope son Nausícaa y Arete, la virtuosa hija y la prudente esposa del rey de los feacios.

Si la periodista violada era mi cicona y la mimosa Bettina mi lotófaga, ahora le tocaba el turno a la cíclope de un solo ojo. Pero yo prefería renunciar a la giganta con un ojo en medio de la frente así como a Escila, el monstruo de numerosas cabezas, dientes y pies, y a Caribdis, la bebedora y regurgitadora de mar. El mero hecho de encontrar a una mujer con cinco hermanas y seis hermanos era una tarea desesperada. Entre la literatura de evasión que poseía mi madre figuraba *Doce en casa*. Una familia de seis hijos y seis hijas es un acontecimiento mediático, y si donde yo vivía hubiera una familia semejante, lo sabría. ¿Había de contentarme con menos hermanos? ¿O había de aceptar un grupo en lugar de una familia y buscar una cantante en una coral mixta, una música de orquesta o una tenista en un equipo de dobles mixto? Ya sabía quién era la giganta que venía a continuación: una cajera del supermercado, no tan grande como la reina de los lestrigones, a la que Homero compara con la cima de una montaña, pero sí como su hija, que era menos gigantesca y aguerrida, según la tilda Homero. Reinaba en la caja como un adulto en medio de juguetes, y cuando alguna vez se levantaba para soltar un paquete atascado de la máquina expendedora de cigarrillos, su colosal feminidad me sobrepasaba media cabeza.

Me decidí por la coral mixta. Recordando lo que me gustaba cantar en el coro del colegio, se me ocurrió que, si lograba llegar puntualmente a los ensayos, una coral sería una buena compensación a tanto trabajo. Era el coro de la iglesia de la Paz, conocido en toda la ciudad no sólo por su actuación en los oficios, sino también en conciertos. Si la coral de la profana Asociación Bach no hubiera tenido una larga lista de espera, habría preferido entrar en ella. ¿Era blasfemo buscar a la hija de Eolo en el coro de una iglesia? Mi proyecto me desazonaba, pero por otra parte aportaba un poco de estructura al viejo juego de buscar y cortejar, encontrar y abandonar. Al fin y al cabo, una cantante del coro de la iglesia no podía compararse con una monja, el clásico desafío para el seductor sacrílego.

Lejos de eso, cuando empecé a cantar pude comprobar que el coro de la iglesia no habría podido ser más profano. Las dos beldades rodeadas de admiradores, rubia y soprano una, morena y contralto otra, el joven tenor idolatrado por las mujeres maduras, el grupo de los que estaban allí desde el principio y recordaban sin cesar las tradiciones, los bajos, señores mayores que lo observaban todo con curiosidad y desconfianza..., todo era idéntico a cualquier otra asociación. No me esforcé por las dos beldades, tampoco por la traviesa anestesista o la sardónica pasante de abogado y de notario, ambas contralto, que me gustaban. Me imaginé que Ulises, siendo huésped en casa de Eolo, se había comportado amablemente con todas las hijas confiando en que alguna se le ofreciese.

La que se me ofreció, a mí no me gustaba. Era profesora de conducción en la autoescuela de su padre, y la consumía una pasión por los coches que sólo había conocido en los hombres, y que a mí me horrorizaba. Pero el proyecto se había adueñado de mí hasta tal punto que, cuando me invitó, la acompañé sin vacilar a su casa y a la cama.

5

Con la vendedora fue más difícil. De espíritu más prosaico y desconfiado, se dio cuenta de que mi forma de cortejarla no era franca. Tuve que comprarla, no con dinero, pero sí con regalos que le gustaban tanto que le daba igual por qué falsas razones se los hacía. Cuando seguí haciéndole regalos después de habernos acostado juntos y ella empezó a olvidar su desconfianza, habría debido abandonarla. Pero las mujeres tampoco hacen lo que deben. Barbara no lo había hecho. ¿Por qué tenía que hacerlo yo?

Además, ella amaba de un modo tan despiadado, tan avasallador, tan voraz, que me sentía liberado de mí mismo. Sí, era una gigante que no me despedazaba, sino que arrancó de mí todo lo que me oprimía y lo sacudió de tal forma que sólo quedaron los restos de lo que era. Hasta que, pensando que yo era sincero, empezó a serlo también y se volvió tierna.

La siguiente que tenía que encontrar era una maga. Entretanto yo había desarrollado la pasión del coleccionista que no ansía únicamente conseguir una determinada pieza, sino completar la colección. ¿Una cirujana plástica que, aunque no había transformado adrede a ninguna persona en animal, sí conoce el camino inverso, convertir cabezas destrozadas en rostros bonitos? ¿Una quiromántica y pitonisa con una bola de cristal que si no domina el arte mágico de la transformación, sí el de la predicción? ¿Una artista capaz de destruir y crear ilusiones?

Al final, me decidí por una esteticista. El arte de la esteticista también consiste en transformar: no personas bellas en patitos feos, sino patitos feos en personas bellas. Pero, al igual que en la cirugía plástica, también en ella hay que partir del hecho de que, si quisiera, podría afear a la gente. Había un instituto de belleza a la vuelta de la esquina de mi casa. Contaba con dos esteticistas: la propietaria y una empleada más joven. Pedí hora con la

mayor, pero cuando llegué no estaba y me atendió la más joven. Era persa, tenía piel de melocotón y voz musical, y masajéo mi rostro con tanto fervor que me colocó al borde del llanto.

Así empezó mi trastorno. Había estado a punto de echarme a llorar, lo cual no me había sucedido desde la infancia, y me irritaba. Después comenzaron los sueños, que me irritaron todavía más.

Me despertaba sabiendo que había soñado con Barbara. Lo sabía antes incluso de recordar el sueño: una pequeña escena banal en la que viajábamos en coche juntos, o hacíamos la cama o cocinábamos. Lo sabía porque me despertaba con la grata sensación de lógica familiaridad que había experimentado en los días buenos con Barbara. Después me espabilaba y la sensación se convertía en nostalgia, una nostalgia que al principio parecía remediable, como si sólo tuviera que volverme hacia Barbara y alargar la mano para tocarla. Después, más espabilado aún, comprendía la imposibilidad de remediar la nostalgia, no obstante la percibía un instante más antes de que se convirtiera en decepción. Más tarde, ya despierto, empezaba a buscar en mi memoria el contenido del sueño.

Durante el día no echaba de menos a Barbara. La nostalgia diaria inicial se había transformado hacía mucho en ironía y realismo. ¿Por qué la nostalgia onírica no era capaz de registrar esa transformación? ¿Por qué llevaba una vida propia?

Además, soñaba como no lo hacía desde mi infancia. Aventuras con persecuciones, huidas y caídas, exámenes en la escuela y en la universidad, situaciones cotidianas con mi madre y una vez un viaje en tren con el abuelo en el que abríamos todas las tarteras, pero no comíamos.

También tuve otro sueño completamente distinto. En él regreso de noche de un viaje, salgo de un taxi y estoy ante la casa. Está quemada. Debió de ocurrir ese mismo día; las ruinas aún humean. No estoy horrorizado. Primero me invade el estupor y después un gran sentimiento de libertad y de suerte. Ah, por fin me he librado de todo, el edificio al que tengo que adaptarme, los muebles que me cercan y me acechan, todas mis cosas que tengo que ordenar, mantener limpias, cuidar y reparar. Por fin me he librado de mi vida y soy libre para vivir otra.

Cada vez que regresaba de uno de los numerosos viajes que emprendía para la editorial, volvía a recordar el sueño. Sentado en el taxi, pensaba en la casa quemada y me sentía esperanzado y desconcertado al mismo tiempo, porque no sabía qué otra vida vivir.

Pero la casa permanecía incólume y yo proseguía mi vida.

OceanofPDF.com

6

Una noche de verano, al regresar de un viaje, me encontré a Max delante de casa. Con la camisa embutida desordenadamente dentro del pantalón y el pelo enmarañado, parecía desamparado e infeliz.

—¿Qué haces aquí?

—Yo..., mamá...

Señaló la maleta junto a la estructura de cemento que albergaba los contenedores de basura.

—Mamá dice que me quede a vivir aquí una temporada.

—¿Tiene novio nuevo? —Sacudí la cabeza—. No es posible, Max. Ven, te llevaré a casa.

No dijo nada cuando tomé su mano, agarré la maleta, subí con él al coche y lo puse en marcha.

—Esa mujer está loca. Podría estar todavía de viaje...

—Ha llamado a la editorial y le han comunicado que regresabas esta noche.

—No han podido decirle eso. No sabían cuándo llegaba, sólo sabían que iría a la editorial por la mañana temprano.

Circulábamos por la autopista. El sol ya se había puesto detrás de las montañas del Palatinado, pero el cielo nocturno todavía brillaba. Estaba cansado del viaje, tenía el propósito de sentarme un ratito en el balcón y acostarme temprano. Sentía lástima por Max. Y también por mí mismo.

—Mamá no está en casa.

—¿Cómo?

—Se ha ido en avión a Florida con su nuevo novio. Él es de allí. Ella dice que si no quieres que esté contigo, puedes llevarme el domingo a casa de Inge. Hasta el domingo está de vacaciones.

Era martes. El miércoles y el jueves tenía muchísimo trabajo en la editorial, el viernes tenía que viajar a Múnich, y después pretendía pasar un fin de semana en el Chiemsee.

—Y el colegio ¿qué?

—¿El colegio?

—Sí, ¿cómo irás mañana? ¿Y cómo volverás por la tarde?

—Eso no me lo dijo mamá.

Tomé la salida de la autopista, di varios rodeos y me encontré por segunda vez ese día camino de casa. Max guardaba silencio a mi lado.

—¿Desde cuándo esperas?

—Me han dejado a las dos, porque su avión salía a las cinco. He estado jugando con unos niños.

—¿Has comido?

—No, mamá ha dicho...

—No quiero oír una palabra más de lo que mamá ha dicho o ha dejado de decir.

Max enmudeció de nuevo. Por lo general era un niño muy nervioso incluso en el cine, y en el restaurante italiano no dejaba de dar la lata hasta que le traían una *pizza*. Pasé por un McDonald's y compré hamburguesas y patatas fritas con *ketchup*. Una vez en casa, nos sentamos a la mesa de la cocina y comimos, pero ninguno de los dos sabía qué decir.

—Mañana tenemos que madrugar. He de estar a las ocho en la editorial y antes llevarte al colegio.

Asintió.

—Te haré la cama. ¿Lo tienes todo? ¿Cepillo de dientes, pijama, ropa limpia para mañana, tus cuadernos y libros?

—Mamá... —Cayó en la cuenta de que yo no quería oír lo que Veronika había dicho o había dejado de decir. Abrí la maleta, saqué el pijama y las cosas para el día siguiente y le di un cepillo de dientes nuevo porque no tenía. Mientras se lavaba los dientes, me preparé la cama en el sofá y le cedí la mía. Él se apresuró; me di cuenta de que no quería que yo acabase de hacerle la cama y saliese de la habitación antes de que él fuese a dormir. Una vez tumbado, preguntó:

—¿Me cuentas un cuento?

¿Es posible contarle cuentos a un niño de diez años? Lo intenté con la leyenda de Hildebrando, que regresa a casa tras un montón de años y se encuentra a otro caballero. Es Hadubrando, su propio hijo, que no reconoce a su padre como tampoco éste reconoce a su hijo. Ahora reina en el país y se enfurece porque el extraño no lo saluda con la humildad que se le debe a un soberano. Ambos luchan hasta la extenuación. Entonces Hildebrando pregunta a Hadubrando su nombre y estirpe y se da a conocer como su padre. Pero Hadubrando no le cree; está convencido de la muerte de su padre y toma a Hildebrando por un embustero. El combate, pues, continúa.

—¿Y? —La antigua saga había atrapado a Max, acostumbrado al cómic y al cine, y deseaba conocer el desenlace.

—Hildebrando sólo podía parar un golpe mortal hiriendo de muerte a Hadubrando.

—¡Qué pena!

—Sí, eso mismo pensaron un buen día los bardos que transmitían la saga. A partir de entonces cantaron que los dos se reconocieron mutuamente, se abrazaron y se besaron.

OceanofPDF.com

7

Así empezó mi vida con Max. Cancelé mi viaje a Múnich. El miércoles, el jueves y el viernes lo llevé en coche al colegio y lo recogí. El fin de semana hicimos el trayecto en la mezcla de tranvía y tren que une las dos ciudades y el camino de diez minutos que, cruzando el puente, lleva desde la estación final hasta el colegio. Le mostré también el camino a mi editorial, donde Max se presentó desde el lunes tras el colegio, para comer conmigo en la cantina y hacer los deberes en el despacho, a mi lado. El lunes por la tarde una carta de Veronika anunciaba su regreso para dentro de siete semanas. Confié en que la sensación de Max de que mi papel como padre de acogida no era obvio y merecía un buen comportamiento por su parte durase las siete semanas.

No duró. A medida que transcurrían los días, Max se tornaba más terco, caprichoso y exigente. Encontró un despacho vacío en el que prefería hacer los deberes solo antes que conmigo. Le gustaba más jugar con los niños que había conocido cuando me esperaba que hacer los deberes. Cuando yo terminaba de trabajar, le apetecía ir conmigo a la piscina, al cine o al hotel; tenía una afición peculiar a sentarse en el vestíbulo de un hotel y pedir una Coca-Cola.

Pero cuanto más aumentaba su inquietud, más se apaciguaba mi vida. Cada vez quería menos cosas. Trabajaba menos, y también salía adelante con menos trabajo. Dejé estar a las mujeres de Ulises y abandoné mi búsqueda: de las sombras de grandes mujeres, de la atracción por la muerte, de hermosos cabellos y vestidos perfumados, de una hija honesta y una madre prudente. Salía menos y tomé posesión de mi casa y de mi cocina. A las nueve de la noche Max dormía tras haber oído un cuento. Yo no estaba sentado en un restaurante esperando la cena o la cuenta, sino que había

cenado y fregado los platos y podía hacer lo que me apeteciera durante dos o tres horas.

De este modo regresé a Karl. Escribí a la oficina de empadronamiento y me enteré de que a finales de los años treinta y en los cuarenta Karl y Gerda Wolf habían vivido en la planta baja del número 38 de la Kleinmeyerstrasse, en el primer piso las familias Lampe y Binder y en el segundo Rudolf Hagert. Karl Wolf murió en 1945; Gerda Wolf se mudó en 1952 a Wiesbaden. Rudolf Hagert ingresó en 1955 en un asilo de ancianos, donde falleció en 1957. Gerda Wolf figuraba en la guía telefónica de Wiesbaden, de modo que le escribí una carta explicándole mi interés por los antiguos moradores del número 38 de la Kleinmeyerstrasse y solicitándole una entrevista. Tres días después recibí su respuesta. Me recibiría encantada.

El domingo por la mañana viajé a Wiesbaden en compañía de Max. Visitamos la ciudad, montamos en el teleférico, cuyo vagón superior lleva un depósito que se llena de agua para bajar hasta el valle con el peso y hacer subir el vagón inferior, y nos paseamos por los viñedos. Poco antes de las tres senté a Max con un libro en un banco del que prometió no alejarse, y a las tres me presenté en casa de Gerda Wolf. Debía de tener unos setenta y cinco, era una mujer cuidada, de cabellos blancos, delgada y movimientos rápidos y seguros. Vivía en un piso pequeño repleto de libros, cuadros y condecoraciones que colgaban en pequeños marcos como si fueran cuadros.

—Son las condecoraciones de mi padre —informó señalando la fotografía de un hombre con el uniforme engalanado de condecoraciones.

—¿Karl Wolf era su padre?

—Sí. Cuando el periódico publicó que el *Führer* había muerto, se pegó un tiro. Estaba en casa porque había perdido una pierna.

Nos sentamos a la mesa que ella había puesto, y me sirvió un té y bizcocho de chocolate preparado por ella misma. Volví a relatarle lo que le había referido en mi carta: la historia de Karl, su regreso al número 38 de la Kleinmeyerstrasse, mi sospecha de que el autor había vivido en ese edificio antes o durante la guerra o lo había frecuentado.

—¿No sabe usted nada más?

Negué con la cabeza.

—Supongo que el autor tenía el bachillerato superior, nunca estuvo en Siberia y ni siquiera fue a la guerra. Pero no lo sé.

Me miró, inquisitiva.

—Creo que uno puede contar con exactitud lo que ha vivido en carne propia. No se hace fluir los ríos siberianos hacia el sur en lugar de hacia el norte, ni hablar a los soldados en la jerga de los personajes del cine o de las novelas, que no tiene nada que ver con la de los soldados. ¿O sí? ¿Pretende un autor explotar los clichés de los lectores?

Rudolf Hagert era químico y trabajó como investigador en la compañía química BASF. Aparte de eso, era un fanático de los coches. No me lo imagino leyendo ni tan siquiera una novela. No tuvo realquilados, ni antes ni después de la guerra. Nosotros tampoco. La señora Lampe y sus hijas alquilaban habitaciones a estudiantes; la madre quería encontrar un marido para su hija, y lo consiguió. La hija se casó con Bindinger, un realquilado, un universitario. Estudiantes —arrugó la nariz—, quien por aquel entonces estaba en la universidad y no en el frente, o era un tullido o un chalado.

—¿Se relacionaban ustedes con los realquilados?

—A lo largo de todos esos años sólo uno se molestó en llamar a nuestra puerta y presentarse. Sólo uno.

—¿Un tullido, un chiflado?

—Un joven amable apesadumbrado porque lo habían rechazado debido a una lesión cardíaca. Como no quería quedarse al margen, hablé con Freda y ella con Karl, y éste finalmente lo reclamó.

—¿Freda? ¿Karl?

—La baronesa Von Fircks, mi antigua amiga, y Karl Hanke, su marido, jefe regional nazi de Silesia.

—¿Sabe usted qué fue de ese joven? ¿Conoce su nombre? ¿Sabe si esc...?

—¿Si escribía? No tengo ni idea. Era universitario y debió de hacer sus trabajos escritos. Pero también los hacían los demás inquilinos. Ya no recuerdo su nombre. La señora Bindinger debería conocerlo. Eran amigos.

—Ella falleció el año pasado.

La señora Wolf asintió como si esa muerte fuese dolorosa, pero justa.

—¿Viven aún Freda von Fircks y Karl Hanke?

—Freda se casó de nuevo y vive con Rössler en Bielefeld. Karl Hanke..., ¿por qué los jóvenes conocen tan poco de la historia alemana? Se dijo que había huido a Argentina a través de España, que había caído prisionero de los estadounidenses, que había sido ahorcado por soldados alemanes o muerto a golpes o a tiros por los checos. Freda hizo que lo declararan muerto en 1950, pero yo creo que vive. Era el mejor.

Se irguió y me miró radiante.

—Su caballerosidad hacia Magda, su alistamiento voluntario en el cuerpo de blindados, su defensa de Breslau..., no en vano el *Führer* lo admiraba.

OceanofPDF.com

8

Ella tenía razón. Hitler quería a Hanke, tanto que poco antes de su muerte lo nombró jefe de las SS en sustitución de Himmler. Los habitantes de Breslau nunca le perdonaron que fuera responsable de la transformación de la ciudad en una fortaleza, de su defensa y destrucción, de que quisiera defenderla hasta el último hombre, y que el 2 de mayo de 1945 escapara... de una pista de despegue que los habitantes de Breslau habían tenido que construir con gran sacrificio y en la que no aterrizó ni despegó ningún avión excepto el Fieseler Storch que Hanke había escondido y que utilizó para abandonar la ciudad. Pero quizás no huyó por cobardía, sino para reunirse con Schörner, al que Hitler, también poco antes de su muerte, había nombrado nuevo general en jefe del ejército.

Nada presagiaba su cobardía. En 1939 se presentó voluntario, cuando como subsecretario de Estado de Goebbels podría haber estado tranquilamente en Berlín; anteriormente se había enfrentado a Goebbels, que trataba mal a su esposa Magda porque estaba liado con Lida Baarova, y antes aún había puesto en juego y perdido su trabajo de profesor por sus actividades en el partido. Poseedor de dotes organizativas y de abundantes ideas, descubrió, cuando nadie quería alquilar salas de reunión al partido nazi, las pistas cubiertas de tenis de Berlín como lugares para los mítines de Goebbels, organizó la corresponsalía de guerra y escribía de su puño y letra los informes de guerra. Al mismo tiempo utilizaba las arcas del partido, hizo un lujoso imperio de la fortaleza de Breslau, y era tozudo, arrogante y despiadado hasta la crueldad. Sí, Gerda Wolf tenía razón. Karl Hanke era seguramente lo mejor que podía ofrecer el nacionalsocialismo.

Cuando le conté a Max la carrera de Hanke, chasqueó la lengua. Las largas conversaciones telefónicas sobre Hanke que yo había mantenido con

un historiador amigo habían despertado su curiosidad.

—Está bien ser valiente, ¿no?

Estábamos cenando en el balcón. Yo siempre había pensado que para un padre sería hermoso explicarle el mundo a un niño. Quizás me habría gustado que en mi infancia me lo hubiese explicado mi padre. Yo no sabía que los niños consideran fáciles las difíciles preguntas que plantean, por lo que esperan respuestas sencillas y les decepcionan las respuestas sesudas y complejas. Aquellos días lo aprendí. Contemplé el cielo nocturno, di un sorbo de vino y me blindé contra la desilusión de Max.

—Está bien ser valiente si es por una buena causa. Si es para hacer cosas malas, ser valiente... —vacilé, «no está bien» me parecía demasiado simple, «está mal», demasiado contundente.

—¿Está mal?

—Sucede lo mismo que con la aplicación. Si haces algo bueno con aplicación, tu aplicación es buena. Si cavas con aplicación una fosa para que el vecino se caiga dentro y se haga daño, entonces es mala. Por ser malo cavar la fosa, también lo es la diligencia con la que obras.

Max meditaba con tanto ahínco que se formó un pliegue entre sus cejas.

—¿Habría sido mejor Hanke si hubiera sido cobarde?

—Valiente o cobarde, laborioso o vago..., si la causa es mala, lo mismo da.

¿Era cierto lo que decía? ¿No eran más virtuosas la cobardía y la pereza que lograban sabotear una mala acción?

Max también se lo preguntó.

—Pero si soy vago al cavar, la fosa no será tan honda y el vecino se hará menos daño. —Y entonces se dejó llevar por el ejemplo—. ¿Qué sucede en realidad..., no caigo yo mismo en la fosa que cavo para el vecino?

—Ésa es otra historia. —En lugar de seguir alegremente el giro de la conversación, me sentí impelido a adoptar una conclusión—. El valor de la valentía, del trabajo, del espíritu de ahorro y del sentido del orden dependen siempre de su finalidad.

—Yo todavía no sé para qué ahorro.

Durante un instante pensé que Max se burlaba. Pero su frente volvía a mostrar la arruga entre las cejas, y me miraba serio.

—Cuando tengas bastante, gástalo en algo bueno.

—¿Y si me lo gasto en algo malo?

Me di cuenta de que aunque había dicho lo que pensaba que debía decir, no lo creía en absoluto. La valentía podía ser una virtud inferior a la justicia, a la verdad o al amor al prójimo..., pero era una virtud, y dado que Hanke existió, lo prefería valiente antes que cobarde. No me gustaban los vagos, ni la gente que no se las apañaba con su dinero o llevaba una existencia caótica. Yo era digno hijo de mi madre. Tampoco quería discutir con Max si la aplicación que yo le exigía en el colegio, o el orden que tenía que mantener en mi casa, servía a buenos fines. Yo habría tenido que responder a la primera pregunta de Max: sí, ser valiente es bueno, pero ser únicamente valiente, no. Era demasiado tarde para eso. Y sólo pude añadir:

—¿En algo malo? Ni se te ocurra.

OceanofPDF.com

9

Solicité en información el número de teléfono de Margarete, la hermana de Barbara. Cuando la llamé, apenas hube mencionado mi nombre me interrumpió.

—Ya no contaba con usted.

—Oiga...

—Esperaba su llamada hace años. ¿Cuándo contactó con mi hermana?

—Como usted dice, hace años.

—Barbara me contó en su día que usted deseaba saber quién podía haber escrito sobre nosotros y qué había al respecto entre los papeles de mamá. ¿Es eso?

—Sí.

—Puede usted venir el sábado a las once. Si desea hacer fotocopias, tendrá que traer el aparato. —Y colgó.

Me agencí una fotocopidora y el sábado me presenté puntual en su casa. Para no retrasarme, llegué antes de tiempo y aguardé en el coche a la vuelta de la esquina. Margarete Binder vivía en una casa pareada con jardín de una urbanización de los años cincuenta. De pequeño a mí también me habría gustado trasladarme a una urbanización como aquélla, y mi madre y yo paseábamos a veces los domingos y yo contemplaba con envidia lo práctico y agradable que era todo: las casas con sótano y desván, un balcón en el primer piso y justo al lado de la entrada, detrás de la ventanita, un aseo, los jardines con terraza, columpio, barra para colgar y sacudir las alfombras, árboles frutales y ornamentales y bancales de hortalizas, y aquellas calles donde los niños patinaban y pintaban en el suelo campos de fútbol y de balón prisionero o rayuelas. Ahora los niños y

los árboles habían crecido, en los jardines sólo había césped, arbustos y flores, y la calle estaba repleta de coches aparcados.

La puerta del jardín tenía por fuera un pomo que no giraba y por dentro un picaporte. En lugar de pasar la mano y abrir, llamé al timbre. Se abrió la puerta de la casa y Margarete Bindinger dijo:

—No me obligará a salir a ayudarlo...

Esperó hasta que estuve en su presencia. Baja y delgada, de rostro grisáceo y expresión de querer perderme de vista, en lugar de contestar a mi saludo señaló la fotocopidora y preguntó:

—¿Consume mucha electricidad?

—No lo sé, pero gustosamente...

Ella esbozó un gesto de desdén.

—No pretendo cobrarle la luz por las fotocopias. Su fotocopidora parece de fácil manejo y deseaba averiguar si me sería útil.

Se apartó de la puerta y entró en la casa. Fue entonces cuando vi que su pierna derecha era más corta y que se apoyaba en un bastón. Me condujo a la habitación orientada a la calle y me sentó ante una mesa grande con seis sillas. Sobre la mesa había una carpeta. Ella se sentó enfrente.

—Yo...

Esbozó otro gesto de desdén. En lugar de dejarme hablar, planteó preguntas escuetas, esperando respuestas escuetas, y cuando las respuestas se alargaban, se impacientaba. Tras haber informado sobre Karl y mi búsqueda del autor desde entonces, me preguntó:

—¿Por qué le interesa el autor?

—Conocía a mis abuelos y conoce mi tierra, escribió una novela de la que me gustaría conocer el desenlace...; siento curiosidad, eso es todo.

Me miró de hito en hito.

—No, lo suyo no es sólo curiosidad. Pero eso me trae sin cuidado. Barbara dijo que le ayudase, y ¿por qué no? No es mucho. —Colocó la mano encima de la carpeta—. Mi madre no escribió ningún diario personal. Conservó cartas, cartas de sus padres, de su mejor amiga, de mi padre y nuestras. Unas cuantas cartas proceden de un hombre cuya identidad ignoro y tampoco sé de qué se conocían. —Se levantó—. Le dejo solo. Avísame cuando haya terminado.

Abrí la carpeta.

OceanofPDF.com

10

Estimada señorita Beate:

Todo tiene su razón de ser. Que usted esté en un mundo incólume y yo en un mundo desquiciado tiene su razón de ser. Que nos hayamos conocido tiene su razón de ser. Que usted no me ame tiene su razón de ser.

Hace tres días que me lo dijo. Con tanto encanto, tanta bondad, tanta calidez que, a pesar de no haber hallado la felicidad que buscaba, me siento en cierto modo feliz. Se puede amar y no ser correspondido y considerarlo una injusticia. Pero también hay justicia en el amor no correspondido.

Llegué aquí anoche y se combate desde el alba. Es extraordinario.

Le doy las gracias por haberme permitido convertirla en testigo de mis pensamientos durante el tiempo que pasé cerca de usted.

¿Puedo continuar escribiéndole en el futuro? Suyo,

Volker Vonlanden

17 de enero de 1942

Las cartas siguientes, escritas en un intervalo de pocas semanas, eran similares: unas frases sobre el mundo, algunas sobre la guerra y otras sobre Beate. Volker Vonlanden comparaba a Beate con la aurora, con el lucero vespertino y de la mañana, con la lluvia cálida, con el aire que sigue a la tormenta, con un sorbo de agua tras un día bajo el sol y con el calor de la estufa tras una noche en la nieve. El pasaje de la aurora me pareció precioso.

No, Beate, usted no me recuerda la aurora que resplandece poco a poco, sumergiéndose lentamente al mundo en una luz cada vez más clara. Hay otra aurora, breve en duración y grande en poderío, que en un instante ahuyenta la noche, disipa la neblina e inicia el día. Usted me recuerda esa aurora. Hubo una vez una revolución en la que un barco de guerra dio la señal decisiva con un disparo y logró también la victoria decisiva. Ese barco de guerra se llamaba Aurora. Usted sabe que con una palabra podría revolucionar mi vida, ¿verdad?

A finales de verano cesaron las cartas. Una misiva navideña explica los motivos. También permite vislumbrar que a Beate las cartas de primavera y de verano le llegaron al corazón, y la hicieron cambiar de idea.

Querida Beate:

El pasado invierno te escribí que habías abierto mis ojos a la justicia del amor no correspondido. ¿Qué pensaste en realidad que quería decir?

El amor no correspondido no descansa hasta que puede desdeñar el amor que lo desdeñó. Sólo así consigue la justicia, de otro modo no la merece en absoluto.

Fue hermoso lo nuestro en verano, pero lo pasado, pasado está. ¡Adiós! En el viaje de regreso conocí a una joven que me gusta. Ya sabes lo que es eso.

*Volker
Navidad de 1942*

La carta siguiente data de año y medio después. Iba acompañada de un largo recorte de prensa.

Mi muy estimada y querida Beate:

No me tome a mal el retrato que he hecho de usted. Sé que no le gusta hablar de sí misma ni desea que otros lo hagan. Pero no escribí la

pieza por esa razón. No la escribí para usted, sino para los hombres que luchan en el campo de batalla. Al hacerlo la tenía presente a usted y ahora la tienen presente los hombres..., ¿no le hace sentir una pizca de orgullo?

Creo que debería.

Suyo,
Volker

12 de junio de 1944

El artículo, media página de periódico, se titulaba «También por eso» y estaba firmado por Volker Vonlanden.

Ella no me ama. Me lo confesó en mi último permiso. Le resulto simpático, pero no soy su media naranja, y ella sabe que su media naranja llegará y se mantiene a la espera. A veces me pregunto dónde combatirá: ¿en Italia, en Francia, en Rusia? ¿Estará luchando aquí, a mi lado?

Ella es una muchacha de cabello rubio, ojos azules y boca risueña. Le complace reír a carcajadas. Su frente despejada te dice que tiene buenos pensamientos, y su barbilla, que no se deja intimidar por nada ni por nadie. Cuando caen las bombas, ríe con rebeldía y emprende el trabajo. Tiene brazos fuertes y pone manos a la obra. Es alta, erguida y cuando la ves andar, te gustaría bailar con ella.

Pero no me ama. Un buen día amaré a un camarada, a su media naranja. Un buen día mi media naranja me amaré a mí. También ella ríe con rebeldía cuando caen las bombas. También pone manos a la obra... en las tareas de desescombro, en la fábrica, en la cosecha. También ella me espera, sólo que aún no lo sabe.

Muchos de nosotros luchan por sus mujeres e hijos. Saben que cada disparo certero, cada ataque fructífero, cada defensa sostenida protege a nuestras amadas. ¿No tienes mujer o hijos? ¿Tampoco novia? ¿La tenías pero ama a otro? ¿Amas a una y no te corresponde? Aunque no

la conozcas..., en algún lugar hay una espléndida muchacha alemana que es tu media naranja. Que ríe con rebeldía, echa una mano y te espera. Que necesita la misma protección que las mujeres e hijos de los demás.

También combatimos por eso..., por la felicidad que aún ignoramos cuándo y cómo llegará. Sabemos, empero, que llegará.

En la siguiente y última carta, Volker Vonlanden adjuntaba un artículo que busqué en vano. Debía de haberse perdido.

Querida Beate:

Acaso le interese lo último que he escrito. Miremos a donde miremos, muchas cosas se derrumban, y muchas personas también, dejándose arrastrar. Como si las personas fuéramos edificios.

¡Qué nos importan las casas en ruinas! Celebremos lo que es indestructible y nos acompañará y fortalecerá en todos los caminos que emprendamos.

Espero volver a verla.

Suyo,

Volker

16 de marzo de 1945

Pero tras la última carta la carpeta aún no estaba vacía, pues hallé un texto de veinte páginas escrito a máquina titulado «La norma de hierro», Volker Vonlanden aparecía como autor y carecía de fecha. ¿Eran aquéllas las reflexiones testigo de las cuales Volker Vonlanden había convertido a Beate? ¿Pero cuál era el objetivo de aquellas reflexiones? ¿Tan sólo que Beate fuese testigo de ellas? ¿O es que el autor quería consolidar su pensamiento? ¿O era un estudio?

El texto hablaba primero de tres edades del mundo: en la primera imperaba la ley de la naturaleza, de la fuerza, de la lucha, de la victoria, y exigía la aniquilación del débil, del extranjero, del enemigo; la segunda se

presentaba subordinada al precepto judeocristiano del amor al prójimo, mientras que la tercera retornaba a la ley de la primera. La tercera comenzaba ahora, la segunda se había iniciado con la caída de Roma. Después abordaba la prohibición de matar y cómo los aztecas ejecutaban a los enemigos que capturaban, cómo los espartanos asesinaban a sus guerreros heridos y los romanos a los niños romanos enfermos. Finalmente, llegaba el pasaje que daba título al texto.

La norma de oro, en sus diferentes formulaciones, prohíbe hacer al otro lo que uno mismo no quiere sufrir. A veces esta norma prohibitiva se completa con una norma prescriptiva, que prescribe al otro lo que a uno le gustaría que hiciesen por él. Sea como fuere, la norma de oro es una norma coactiva. ¿Dónde queda en ella el derecho? No deja cabida ni siquiera al más primordial de todos, el derecho a defenderse de un ataque. Según ella, dado que como atacante uno no quiere toparse con ningún tipo de resistencia, tampoco puede oponer, como atacado, ninguna resistencia al agresor.

El derecho no se fundamenta en esta norma de oro, sino en norma de hierro. Tienes derecho a exigir a los demás lo que estás dispuesto a exigirte a ti mismo. También existen distintas formulaciones para la norma de hierro. Tienes derecho a exponer a otros a aquello a lo que estás dispuesto a exponerte, lo que tú te exiges, tienes derecho a exigirselo a otros y así sucesivamente. Es la norma de la que emana la autoridad y el liderazgo. Los sacrificios que el caudillo se exige a sí mismo tiene derecho a exigirselos a sus subordinados, y éstos han de estar dispuestos a asumirlos; precisamente porque él se las exige a sí mismo y a quienes le siguen, ellos lo reconocen como caudillo.

Se mencionaban numerosos ejemplos al respecto. Luego el texto retoma la prohibición de matar. Esta prohibición no hace justicia al derecho. La norma de hierro también se aplica a la hora de matar.

Si estoy dispuesto a morir, también tengo derecho a matar. Estoy dispuesto a morir si lucho a vida o muerte, y poco importa si la guerra se ha declarado o quién la ha declarado. ¿Que los judíos no nos atacan? ¿Que sólo quieren seguir con sus negocios, su usura y sus trapicheos tranquilamente? ¿Que los esclavos sólo quieren cultivar sus pequeños campos, cocer su pan y destilar su detestable aguardiente? Eso no los protegerá. Alemania ha iniciado contra ellos una lucha a vida o muerte.

OceanofPDF.com

11

Como si hubiese escuchado cómo leía, como quien espía una conversación ajena para aparecer justo cuando ha acabado, Margarete Bindinger hizo aparición en el umbral de la puerta.

—No puedo responder a ninguna de sus preguntas. No sé si un buen día, acabada la guerra, él se presentó en nuestra casa. No tengo ni idea de si mi madre estaba embarazada cuando conoció a mi padre ni si por esa razón se casaron precipitadamente. ¿Es Vonlanden mi padre? Aunque vine al mundo a los cinco meses de la boda, me parezco a mi padre, según afirma la familia. Ésas eran sus preguntas, ¿no?

Asentí.

—¿Cuándo se casaron sus padres?

—En octubre de 1942.

Así que Beate había visto pronto, después del hermoso verano que pasaron juntos y no en Navidad, que con Volker Vonlanden no llegaría muy lejos.

—¿Hablaba su madre de él?

—No.

—A buen seguro ella tampoco lo recordaría precisamente con agrado. Era...

—¿... antipático? Bueno, seguro que simpático no era. Pero mi madre podía tratar muy mal a la gente, y si se portó así con él, comprendo que él deseara hacérselo pagar. —Miraba ensimismada, el ceño fruncido y los labios apretados, como si recordase todas las ocasiones en las que su madre la había tratado mal de pequeña.

—No me refiero a su necesidad de hacérselo pagar a su madre, sino su discurso sobre la justicia y...

Soltó un bufido despectivo.

—Yo nunca he sido correspondida y habría preferido que las cosas hubieran sucedido de otra manera. Pero ¿qué hay de injusto en eso? —Me miró como si esperase una respuesta, después se desentendió de su pregunta—. Sea como fuere..., cuando uno alberga esos sentimientos, debería guardárselos para sí y no enorgullecerse.

—¿Por qué conservó su madre las cosas?

—Tampoco puedo darle una respuesta. Mi madre no vivía con sus recuerdos. Ya sabe a qué me refiero: confeccionar y contemplar álbumes de fotos, coleccionar recuerdos, guardar fotos de los hijos, hablar del pasado..., nosotros no poseíamos todos esos recuerdos nostálgicos que tienen las familias y sacan y enseñan gustosas. Las cartas que ella conservó las guardó para sí.

Extendí el cable que había enrollado alrededor de la fotocopidora y lo enchufé.

—Me gustaría fotocopiarlo todo, ¿le parece bien? —inquirí.

—Ya sabe usted cómo funcionan los archivos: hay que proporcionar al archivo un ejemplar de lo que uno hace con el material examinado. Me comunicará lo que averigüe, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se quedó quieta en el umbral, observando en silencio cómo fotocopaba página tras página. No sabría decir si vigilaba para que no estropeará o me llevase nada, o si el hecho de que alguien estuviera trajinando en su casa era una distracción. Reinaba el silencio, el ligero zumbido de la fotocopidora era el único sonido, y aunque yo sabía que Margarete Bindinger no tenía marido ni hijos, aquel silencio no sólo parecía indicar que ella vivía sola, sino que tampoco ella vivía en la casa. Cuando terminé, enrollé el cable y coloqué las fotocopias sobre la máquina y el cable encima. Me lo puse todo bajo el brazo y me incorporé.

—¿Por qué no pregunta? ¿No se atreve?

Yo no la entendí.

—¿No le apetece saber nada de Barbara?

—Yo..., no lo sé —dije a sabiendas de que no era cierto.

Pues claro que me apetecía. Por eso había estado tan animado durante el viaje y el día anterior, al alquilar la fotocopidora, consultar el mapa y fijar la ruta del viaje.

—¿No sabe si quiere saber algo de Barbara? —Sacudió la cabeza y rió con sorna—. Entonces tampoco oír una palabra. —Y se encaminó hacia la puerta de la calle.

—Yo...

Sólo quería darle las gracias.

—Entonces, ¿sí que quiere saber algo?

Mis labios ni confirmaron ni negaron, ni precisaron que seguía sin saberlo. Callé. Ella me miró expectante, y me di cuenta de que sus ojos no traslucían burla, sino crueldad. Le satisfacía practicar conmigo un jueguecito cruel. Ahora prefería morderme la lengua antes que preguntar por Barbara. Ella, al ver la obstinación reflejada en mi rostro, perdió el interés por el juego y dijo:

—Residió un par de años en Nueva York con su marido y después de su divorcio se instaló de nuevo aquí.

OceanofPDF.com

12

Di un rodeo y pasé con el coche por delante de la casa de Barbara. En la Friedrichsplatz terminaba el mercado; estaban desmontando los puestos. Las pocas manzanas y patatas que quería comprar me salieron gratis: a la verdulera le incomodaba volver a poner en funcionamiento la caja y la báscula. El suelo estaba lleno de desperdicios y tenía que vigilar dónde pisaba.

La casa de Barbara estaba tal y como la recordaba. Después de esperar disimuladamente durante unos minutos a que se abriese la puerta y saliese ella, reanudé la marcha.

Quedaban dos fines de semana para que Veronika regresara y recogiera a Max. Me había acostumbrado a él. No sabía que así como la convivencia con una mujer puede satisfacer muchas necesidades, también puede hacerlo la convivencia con un niño: la necesidad de compañía cotidiana y sencilla, de intercambiar impresiones sobre lo que uno hace, de recibir y brindar simpatía, de pequeños rituales. En lugar de tomar una taza de café soluble por las mañanas, mientras me vestía, y comer un plátano en el coche, Max y yo desayunábamos juntos. Por la tarde, cuando íbamos juntos a la piscina o a la cafetería de un hotel y yo permanecía callado, me preguntaba:

—¿Has trabajado mucho hoy?

O decía:

—Qué bien nos va. El día ha acabado y podemos hacer lo que queramos.

Todos los días esperaba con ilusión el momento de contarle un cuento antes de dormir. Tras la primera historia de hombre que regresa a su hogar, él siempre quería oír una nueva. La historia en la que el hombre que regresa pone a prueba a su mujer, que no lo reconoce, cortejándola, lo que ella

rechaza por fidelidad. O aquella en la que él comprueba su fidelidad explicándole que su marido ha encontrado la felicidad conyugal y familiar lejos de casa, y ella escucha con tristeza, pero sin celos y llena de amor. O aquella en la que él encuentra a su mujer con otro y sigue su camino sin que lo reconozcan ni darse a conocer, porque lo habían dado por muerto y no desea perturbar la nueva felicidad que ha encontrado la mujer tras el largo luto. En una historia, uno declaró falsamente que el marido regresado está muerto y éste se venga matándolo, y en otra el autor de la mentira es el nuevo marido, y el regresado se da a conocer y lucha y vence y salva a la mujer de una dicha nueva falsa proporcionándole la verdadera. A Max le encantaba la variante del hombre que regresa el día de la boda, ve a la pareja caminando hacia el altar y tiene que decidir en el acto qué hacer. También le gustaba la variante en la que ambos hombres traban conocimiento y buscan juntos una salida a su desesperada situación.

Además había historias del hombre que regresa con otra mujer porque estando lejos le informaron por error de la muerte de su esposa o porque la otra mujer le ayudó a huir o le salvó de algún otro peligro. Había otras del hijo que regresa con y sin hermano malo, con y sin madrastra malvada, con padre bondadoso o severo. Había historias de marido, padre o hijo que regresa y tras la prolongada ausencia se siente tan extraño en casa, se adapta tan mal, y se muestra tan reservado, tan injusto o tan malvado, que induce a los demás a que lo echen de casa. Cuando Max se empeñaba en oír una historia nueva, me daba cuenta de las muchas que conocía. Y, tras buscar, hallé y leí muchas más aún.

¿Debía volver a trabajar y viajar más cuando Max se fuera? ¿O buscar las últimas mujeres de Ulises? ¿Reunirme con más frecuencia con los amigos? ¿Aprender a jugar al tenis o al golf? Durante el trayecto a casa comprendía que ninguna de esas opciones me convencía. Pero ¿qué podía hacer si no?

Debe de ser la crisis de los cuarenta, me dije, y al etiquetar mi problema me sentí mejor durante un instante. Pero después pasó y me vi a mí mismo: un hombre de más de cuarenta años, empleado en una editorial, moderado éxito y moderadas ganancias, coche corriente, piso apañado, sin familia, sin compañera, sin perspectivas de cambio para bien o para mal. Cuando

empezaba a autocompadecerme, recordé a Aquiles muerto, que dice a Ulises en el Hades que prefiere vivir siendo jornalero antes que príncipe en el reino de los muertos.

OceanofPDF.com

13

Escribí al Departamento de Investigación Histórica militar de Friburgo preguntando por Volker Vonlanden. La respuesta tardó dos semanas. Disponían de tres artículos publicados con ese nombre. Pero no sabían nada de su persona. Quizás el nombre fuera un seudónimo; los seudónimos y abreviaturas habían sido muy frecuentes entre los corresponsales de guerra.

Adjuntaban fotocopias de los artículos de las páginas de periódico completas con cabecera y fecha. «También por eso», el artículo que yo ya conocía, había aparecido el 10 de junio de 1944 en el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, «La batalla» e «Indestructible», el 16 de agosto de 1942 y el 4 de febrero de 1945 en *Das Reich*. Ambos periódicos, el primero un diario y el segundo un semanario, se editaban en Berlín, pero no eran periódicos berlineses, de ahí que tampoco permitieran establecer una correlación entre Vonlanden y Berlín. Sin embargo, yo sabía que *Das Reich* era el periódico de Goebbels y tenía pretensiones intelectuales, programáticas; si había publicado en él, Vonlanden debía de estar bien relacionado.

Yo sospechaba que el artículo que Volker Vonlanden había adjuntado a su última carta era «Indestructible». La fecha y el tema encajaban.

No es preciso que hablemos de las dificultades de la situación actual. La conocemos. Tampoco es preciso decir que algunos se vuelven débiles, desfallecen en su fe o la pierden completamente. Así sucede en las situaciones difíciles. Mientras los débiles cumplan con su deber no pretendemos condenarlos, sino ayudarlos a recuperarse.

Recordarles lo que es indestructible. Lo que nos queda en medio de todas las dificultades y después de todas las dificultades. Éramos un

pueblo desgarrado en el que se enfrentaban el pobre contra el rico, el obrero contra el patrón, el campo contra la ciudad, el burgués contra el noble, el dinero contra el espíritu. En los últimos doce años se han superado las diferencias. Nos hemos convertido en una comunidad. Éramos un pueblo enfermo: nuestra cultura estaba degenerada, la sociedad judaizada, nuestra herencia genética contaminada. En los últimos doce años hemos expulsado y exterminado lo que degradaba nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Estamos curados. Éramos un pueblo inseguro: incapaz de decidir qué futuro debíamos buscar, qué camino teníamos que recorrer, a quién debíamos considerar amigo y a quién combatir como enemigo. En los últimos doce años hemos tomado conciencia de nuestra misión. En nuestros corazones anida ya el Reich de los mil años. Estamos todavía en los albores del mundo, en el amanecer de una lucha de mil años.

Algunos nos abandonarán y traicionarán e intentarán arrebatarnos lo que nos pertenece. No lo conseguirán.

El artículo «La batalla» versaba sobre el asedio de Leningrado, del que yo sólo sabía que fue muy cruento para sus habitantes y que finalmente había fracasado. Tras varias consultas, me enteré de que el 8 de julio de 1941 Hitler ordenó arrasar Leningrado; el 8 de septiembre de 1941 sustituyó la conquista por el asedio y la rendición por hambre, y el 14 de septiembre de 1942 ordenó de nuevo destruir la ciudad. Pero ya era demasiado tarde. La Wehrmacht tenía tareas más urgentes; el 18 de enero de 1943 se rompió el cerco y el 14 de enero de 1944 los sitiadores fueron expulsados.

El artículo de Vonlanden plantea la cuestión de la caballería de la guerra moderna recurriendo al ejemplo del asedio de Leningrado, que tenía como objetivo la extenuación, ocupación y destrucción de la ciudad. Él reconoce que preguntarse por la caballería en este caso tal vez sea un esfuerzo inútil. ¿Caballería frente a los bolcheviques? Sin embargo, argumenta, no podemos admitir que la exigencia de caballería dependa de la calidad del enemigo: hay que ser caballero por voluntad propia, no por amor o por odio hacia alguien.

Según Vonlanden, la naturaleza de la caballeridad se desprende de la norma de hierro. Caballeridad significa no exigir a los demás lo que uno no está dispuesto a exigirse a sí mismo. Alemania libra una lucha a vida o muerte en la que está dispuesta a exigir los mayores sacrificios a sus hombres, mujeres y niños. Por eso no le falta caballeridad ni siquiera cuando trata al enemigo con dureza extrema.

Ahí se detiene el artículo. Según la comprensión al uso, ¿caballeridad no significa consideración del fuerte hacia los débiles, las mujeres, los niños y los ancianos? ¿Cómo se compadece eso con la naturaleza anteriormente expuesta de la caballeridad?

Yo esperaba que la respuesta a este interrogante trataría de la tercera edad del mundo, de su abandono del precepto judeocristiano del amor al prójimo y su retorno a la ley de la naturaleza, de la ley del más fuerte, de la lucha y de la victoria. Pero, según el artículo, de este alejamiento y del regreso había surgido un progreso hacia una mayor igualdad. La caballeridad implicaba considerar y tratar a los débiles como a iguales. En la paz esto significaba reconocer su misma capacidad y su idéntica necesidad de ser felices. En este sentido, la noción común de caballeridad era correcta en tiempo de paz. En tiempo de guerra era falsa. Porque en la guerra la igualdad de los débiles exige considerarlos con idéntica capacidad y necesidad de matar y tratarlos en consecuencia. ¿De matar? Sí, incluso el más débil es lo bastante fuerte para matar a otro.

El artículo refiere que las partisanas y los partisanos combaten codo con codo, que ancianos y niños les ayudan y no son ni demasiado viejos ni demasiado jóvenes para disparar un fusil, lanzar una granada, colocar una mina. Asediar, rendir por hambre, conquistar, destruir... afecta a aquellos que son iguales en su capacidad y necesidad de matar a los alemanes. Y el artículo concluye:

Así ante nuestros ojos se despliega una lucha por una ciudad como no ha conocido la historia desde la batalla de Troya. No es un combate diario, la calma puede reinar largo tiempo ante las puertas de Leningrado, igual que reinó la mayoría del tiempo ante las puertas de Troya durante los diez años de la Ilíada. Los troyanos no fueron

rendidos por hambre como los leningradenses, pero sí ablandados, cegados y entontecidos hasta tal punto que ellos mismos introdujeron al enemigo en la ciudad. Los troyanos no sufrieron bombardeos ni disparos, pero a las puertas de la ciudad se combatía sin piedad. Cuando comenzó el último combate, fue de una terrible e imponente crueldad, y terminó con Troya arrasada. También el último combate por Leningrado será de una terrible e imponente crueldad y terminará por fuerza con la ciudad arrasada. Es el final caballeresco de una batalla caballeresca.

OceanofPDF.com

14

Como si eso no bastase, me llamó mi amigo historiador, que había averiguado cómo había muerto Hanke.

Bien porque no había alcanzado a Schörner, bien porque no había llegado a un acuerdo con él o era demasiado tarde para llegar a un acuerdo sobre cualquier cosa..., el 4 de mayo huyó junto a otras personas. Pernoctaron en Komotau en casa de un campesino alemán, pero un peón checo los denunció a los partisanos, que, tras detenerlos, los condujeron a la prisión de Gorkau. Allí oficiales y civiles permanecieron unas semanas, sin que Hanke fuera reconocido por la dotación de guardia como tampoco lo había sido por los partisanos. Finalmente los trasladaron a Seestadt en compañía de otros prisioneros.

Era un soleado día de primavera. En la carretera había un tráfico intenso, y los guardianes hicieron avanzar a los prisioneros por el terraplén de la vía del tren que discurría paralelo a la carretera. Primero caminaron por las vías y, cuando venía un tren, por los laterales. Poco antes de que el convoy llegase a su altura, Hanke saltó las vías, otros siguieron, y corrieron talud abajo hacia el arroyo, los arbustos y el bosquecillo. Pero era un tren corto y pasó deprisa y los guardianes abrieron fuego contra los fugitivos desde el terraplén. Otros prisioneros huyeron en dirección contraria, y unos checos armados salieron en su persecución. Dos que al saltar fueron alcanzados por la locomotora se desangraron en las vías. El prisionero que relató lo ocurrido lo describió como carreras salvajes, disparos y gritos. Según aseguró, Hanke y otros dos fugitivos fueron alcanzados y muertos a golpes por los guardianes. Los demás escaparon.

¿Se encontraba Volker Vonlanden entre ellos? ¿Salió de Breslau con Hanke, fue apresado por los partisanos, saltó las vías y corrió pendiente

abajo?

En cualquier caso tenía al autor de mi historia de soldado regresado de la guerra. En 1940-1941 había estudiado en la ciudad en la que yo vivía, había residido como realquilado en casa de la familia Lampe, en el número 38 de la Kleinmeyerstrasse, e intentado en vano seducir a Beate Lampe. En el invierno de 1941-1942 había caído bajo la protección de Hanke, que lo colocó o promovió a corresponsal de guerra. En el verano de 1942 volvió a ver a Beate, esta vez con éxito. Todo indicaba que durante las últimas semanas o meses de vida de Hanke permaneció cerca de él. También existían abundantes indicios de que después de la guerra volvió al número 38 de la Kleinmeyerstrasse. Escribió la novela en algún momento entre esta visita y mediados de los años cincuenta, cuando mis abuelos me dieron las pruebas de imprenta.

Me caía bien. Porque le gustaba la *Odisea* y había jugado con ella. Porque la lectura de su novela fue mi primer contacto, nada malo por cierto, con la cultura popular. Porque el final abierto, que ciertamente no era su final, había logrado que mi fantasía volara. Porque no puedes ocuparte de alguien tanto tiempo sin que te caiga bien.

O sin odiarlo. Aunque aún no llegaba a tanto..., la frivolidad que me había gustado en su novela, me desagradaba profundamente en sus cartas y en sus artículos. Con la misma facilidad con que había convertido el Hades en un sueño, el mar en un desierto y a la Calipso de hermosos rizos en la pechugona Kalinka, había tergiversado la brutalidad convirtiéndola en un principio ético, el asedio despiadado de Leningrado en un acto de caballerosidad y la seducción de Beate en un tributo a la justicia.

¿Deseaba seguir ocupándome de él? Ardía en deseos de conocer el desenlace de la novela. Por muchas historias de repatriados que hubiera leído, por muchas que me hubiera inventado, por muchas continuaciones de los encuentros en el 38 de la Kleinmeyerstrasse que inventase mi fantasía..., quería saber cómo había terminado de relatar el autor el encuentro. A lo mejor era un regreso que nunca había sido aún referido, ni escrito, ni pensado. A lo mejor era el regreso por antonomasia.

Max no creía que una mala persona pudiera relatar el regreso de todos los regresos. La esperanza que mantenemos con más obstinación cuando somos niños es que lo bueno sea también verdadero y hermoso, y lo malo, falso y feo. Yo aún conservaba vestigios de ella en mi corazón y no me decepcionaría un final de la novela trivial. Sólo necesitaba saberlo.

Pero no podía hacer mucho más. Inserté un anuncio en los grandes diarios y semanarios, en el que, tras detallar las etapas y escritos de Volker Vonlanden que conocía, me presentaba como historiador y solicitaba datos. Dos detectives me ofrecieron sus servicios, un experto en genealogía quiso proporcionarme el árbol genealógico de Vonlanden, y un supuesto antiguo amigo suyo me pidió un reembolso anticipado de quinientos marcos por la crucial información de que disponía.

Escribí a Freda von Fircks, que me respondió que no recordaba haber conocido a Volker Vonlanden. En 1949 el prisionero que había huido con Hanke y quizás también con Volker Vonlanden y que había contado lo sucedido en el terraplén de la vía del tren, se había puesto en contacto a través de un periodista con el *Norddeutsche Zeitung*, que había publicado su relato. Tendría que encontrar al periodista para averiguar el paradero del prisionero, que seguramente ya sería viejo, y estaría débil y enfermo y que no diría nada más que lo que ya había referido... Lo dejé estar.

Hanke todavía me acompañó durante un tiempo. Mi amigo historiador había encontrado artículos y discursos publicados por Hanke en *Schlesische Tageszeitung*, y me los remitió. Eran textos con coherencia interna. También satisfacían una exigencia externa. ¿Había sido Volker Vonlanden el negro?

Hanke se tomaba en serio la amenaza de la derrota, no escribía de armas milagrosas ni de cambios de rumbo de los acontecimientos prodigiosos,

sino de las oportunidades del pasado.

Hace doce años el bolchevismo estaba dispuesto a anexionarse el reino de Asia. Al igual que entonces intentó alcanzar su objetivo con todas las armas políticas, hoy, movilizándolo sus últimas reservas militares, intenta arrollar al Reich y a Europa. Agradecemos al destino que nos haya regalado estos doce años y nos brinde la posibilidad de enfrentarnos al enemigo con las armas en la mano. Si el bolchevismo hubiera vencido hace doce años en el Reich, los supervivientes juzgarían la situación y posibilidades actuales un regalo del Cielo.

En un artículo en el que analizaba los panfletos enemigos que al parecer se lanzaban profusamente en Alemania, hallaba espacio para un pequeño estudio etimológico.

El nombre de nuestro Führer es un manifiesto en sí mismo. La documentación genealógica de Adolf Hitler demuestra que su abuelo todavía se apellidaba Hüttler. Oriundo de un paisaje tan duro a orillas del Danubio como nuestras regiones montañosas, el propio Führer dice en su Mein Kampf que su padre era hijo de un Häusler^[1] pobre y sin tierras. Hitler y Hüttler en la Marca Oriental significan lo mismo que Häusler entre nosotros. Cuando nos saludamos diciendo «Heil Hitler», nos saludamos a nosotros mismos, que descendemos de las cabañas y chozas de nuestros pueblos de montañeses y de tejedores. La bandera de Hitler es una bandera de los Hüttler y los Häusler, y cuando la propaganda enemiga dice que esta guerra es una «guerra hitleriana», sabemos que en realidad es una guerra donde se dirime la suerte de los Hüttler y los Häusler.

En el último discurso, emitido por la radio y publicado en el *Völkischer Beobachter*, Hanke ya no intentaba imprimir un significado militar, sino existencialista, a la defensa de la «fortaleza» de Breslau.

La razón es que hemos arrojado todo el lastre que hasta ahora arrastrábamos en nuestra vida, que llamábamos equivocadamente cultura y sólo era civilización barata. A menudo hemos creído que aniquilar esa fachada superficial de nuestra vida burguesa conllevaría nuestra propia aniquilación. Eso no es verdad. Decenas de miles de hombres y mujeres de la fortaleza de Breslau han podido constatar que podían desprenderse de todo aquello que creían que formaba parte esencial de su ser —sus viviendas, sus recuerdos, sus colecciones, miles de pequeñeces a las que se aferraban— sin salir por ello mal parados.

Antes hablábamos de guerra total y pensábamos que la libraríamos por todos los medios. Hasta hoy no sabíamos lo que significa realmente librar una guerra total.

Mi amigo historiador me había adjuntado además la descripción de un testigo ocular que describía el búnker de Hanke: una ancha escalera, cubierta por una alfombra, descendía hasta un amplio corredor, también revestido de alfombras, en el que había oficinas funcionales y alegres y del que pequeños corredores conducían hasta una cocina moderna, duchas y baños, dormitorios y otra cocina más modesta para el personal. La habitación de Hanke estaba al final del corredor: grande, vivamente iluminada por lámparas ocultas, equipada con muebles pesados y valiosos cuadros y alfombras. Hanke, que durante el día se rodeaba de mujeres hermosas, celebraba allí por las noches «fiestas tumultuosas, en las que participaban mujeres bellísimas y exquisitamente vestidas, mujeres fascinantes y seductoras como las de las revistas de modas en tiempos de paz. ¿De dónde venían en esa situación de penuria y adónde se dirigían en medio de ese caos? Nadie lo sabe ya. Los que podrían ofrecer una respuesta sucumbieron en Breslau».

16

En el verano de 1989 regalé a mi madre una semana en el Tesino con motivo de su jubilación. Siendo niño, ella me había hablado de un viaje que había hecho allí, del lento y silencioso ferrocarril de montaña que sube desde Locarno hasta el santuario, de la vista de la ciudad y del azul del lago, de las mesas y sillas dispuestas a la orilla del lago en Ascona, desde las cuales se oía la música de piano que salía de los hoteles, de las excursiones en barco a islas con jardines encantados y de valles infranqueables donde aullaban los últimos lobos. Cuando le propuse el viaje, no me habría extrañado que lo hubiera rechazado. Pero aceptó.

La relación entre las madres solteras y sus hijos únicos siempre tiene algo de relación conyugal. Por eso no es una relación feliz; puede acabar siendo igual de fría, cargante y agresiva que un matrimonio. Como en un matrimonio, y a diferencia de otras relaciones entre madres e hijos, no hay ningún tercero, ningún padre ni ningún hermano o hermana, que pueda canalizar una parte de la tensión que se genera inevitablemente en una relación tan íntima. La relación sólo se relaja cuando el hijo abandona a la madre y con harta frecuencia esa relajación lleva a una falta absoluta de relación, como sucede entre la mayoría de cónyuges tras la separación. Pero también puede convertirse en una relación relajada, confiada y rica, y tras los años en los que había hollado con mi madre caminos trillados y rara vez dificultosos, lo reconozco, pero en los que también me había aburrido siempre un poco, la semana en el Tesino me pareció un augurio de lo que podría llegar a ser nuestra relación. No sólo nos divertíamos con lo que hacíamos y veíamos; mamá aceptó el viaje tan contenta que a veces se me antojaba que el rechazo y el desdén habían desaparecido de su rostro. Hablamos de sus proyectos para la jubilación y de mi sueño de contar con

mi propia editorial..., ella muy interesada en mis sugerencias y yo en las tuyas. Estaba asombrado de la claridad e inteligencia con las que a partir de la experiencia de su vida profesional vislumbraba las posibilidades y problemas de la realización de mi sueño.

Como todo transcurría tan bien, una noche en Ascona le pregunté a orillas del lago:

—Nunca me has contado cómo pasaste la guerra..., ¿qué ocurrió?

Ella eludió mi pregunta.

—¿Qué hay de especial para contar?

—Tú procedes de Silesia, conociste Breslau y al jefe regional Karl Hanke, la defensa contra los rusos, la ocupación y la expulsión. Me gustaría saber cómo aconteció.

—¿Por qué?

Le informé del progreso de mis averiguaciones sobre la historia de Karl.

—Me condujo a tu tierra.

—¿A mi tierra? Yo soy de la Alta Silesia. Breslau y Karl Hanke son de la Baja Silesia.

—¿Te das cuenta de que tienes que contarme más cosas? Ni siquiera sé diferenciar la Alta de la Baja Silesia.

—¿Te das cuenta de que no tengo que contarte nada? —Ella rió—. La diferencia entre la Alta y la Baja Silesia es de lo más irrelevante. —Aguardó como si esperase mi risa de aprobación. Luego se encogió de hombros y prosiguió, resignada—. En el otoño de 1944 nos trasladamos de Neurade a Breslau, donde mi padre tenía que cubrir una baja en la compañía municipal de servicios públicos, una tarea que había desempeñado antes y que se había quedado sin responsable, no me preguntes cuál. Mi padre era ingeniero y ya estaba jubilado, pero lo movilizaron para esta labor. Cuando Breslau fue declarada fortaleza, le autorizaron a abandonar la ciudad con mamá. Durante la huida fueron alcanzados por los disparos de los aviones en vuelo rasante.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Me miró como si no entendiera por qué planteaba semejante pregunta—. Yo..., yo me quedé en Breslau hasta que terminó la guerra, y después vine enseguida aquí.

—¿Viviste la época de la fortaleza de principio a fin? ¿Cómo fue? ¿Conociste a Hanke? ¿Conociste a su gente? ¿Estuviste en su búnker? ¿Tú...?

Ella rió y denegó con un ademán.

—¡No hagas tantas preguntas de golpe!

Pero no parecía dispuesta a contestar ni una sola. Permanecimos sentados un rato mirando al lago. En los hoteles ya no había pianistas. Pero en un bote de remos unos jóvenes cantaban éxitos musicales italianos, que llegaban hasta nosotros primero muy lejanos, luego más altos, mezclados con risas y gritos, y finalmente de nuevo lejanos y quedos.

—Lo peor fue la pista de despegue. Levantar, arrastrar, empujar, recibir órdenes y gritos y regañinas. Nunca olvidaré el sonido vibrante, los silbidos, los chisporroteos, las explosiones crepitantes de los aviones y las ametralladoras. Los disparos rebotaban en la piedra, y teníamos que correr para guarecernos en el portal de una casa, pero los edificios eran dinamitados para que la pista tuviera la anchura necesaria, y el camino hasta los portales de los edificios era cada vez más largo. Cuando corríamos, los aviones nos perseguían disparando, y nosotros, los jóvenes, podíamos, pero los viejos... Una noche llegué a casa y la mitad del edificio ya no estaba en pie. Desde la lejanía vi las cortinas ondeando al viento, rosas rojas sobre fondo amarillo, y pensé asombrada: qué extraño, son igualitas que las mías. Aquella noche hubo un ataque con bombas incendiarias, y por la mañana las cortinas estaban quemadas y con ellas todo el contenido de la vivienda. Yo estaba plantada delante del edificio y por los huecos de las ventanas divisaba el cielo azul.

Mi madre se volvió hacia mí y me miró.

—¿Quieres oír cómo nuestros soldados asaltaban nuestras viviendas en busca de objetos de valor? ¿Cómo celebraban sus fiestas con putas en el sótano? ¿O cómo una bomba impactó de lleno en la oficina de correos y destrozó de tal modo a una mujer, la cabeza aquí, una pierna allí, los intestinos más allá, que los trozos que recogieron cabían en una caja pequeña? ¿O cómo una bomba acertó a un coche, mató al caballo que tiraba de él y lanzó al soldado al jardín delantero de una casa situada al otro lado de la calle? Cuando él se incorporaba y me sonreía, asombrado por haberse

salvado, la casa se derrumbó y lo sepultó. ¿Quieres acaso que te hable de los trabajadores extranjeros, los más pobres entre los pobres, completamente abandonados si resultaban heridos?

Hablaba cada vez más deprisa y más alto, y los clientes de la mesa vecina se volvieron hacia nosotros. Ella apartó los ojos de mí y miró de nuevo al lago.

—A pesar de todo, llegó la primavera. El día de mi cumpleaños, cuando me desperté, reinaba el silencio, oí el canto del mirlo, en el jardín florecían las campanillas blancas y comenzaba a brotar el lilo. Era una hermosa mañana a pesar de que veía ruinas y escombros por doquier. Y la lluvia era bella. En Semana Santa cayeron las primeras lluvias en mucho tiempo. Comenzó por la noche, yo dormía en un sótano que daba al jardín y el rumor de la lluvia me despertó. Estaba tumbada escuchando y no quería volver a dormirme por lo bonito que era. Una lluvia de primavera tibia y suave, en la que olí el polvo mojado. —Al cabo de un instante se encogió de hombros—. Así fue.

—Gracias. ¿Eso ha sido solamente por hoy o ha sido para siempre? Ella me miró aliviada y un tanto coqueta.

—¿Para siempre? ¿Cómo voy a saber si es para siempre?

OceanofPDF.com

Habríamos podido efectuar el viaje de regreso en un solo día, igual que el de ida. Pero me apetecía detenerme en el lugar donde habían vivido los abuelos. Deseaba volver a ver su casa, los abetos, el manzano, el seto de boj, el césped y el jardín. Quería sentarme a la orilla, contemplar el agua y dar de comer a los cisnes y los patos. Quería comprobar si las estaciones aún se avisaban mutuamente de la partida del tren con un toque de campana. Quería enseñar a mi madre el mundo en el que se había criado mi padre. A lo mejor también deseaba sorprenderla con ello, cogerla desprevenida, arrancarla de su reserva, hacerla perder el control. En cualquier caso no dije dónde estábamos hasta que, tras alojarnos en el Hotel Sonne, deshacer las maletas y ducharnos, salimos a dar un paseo junto al lago antes de cenar.

—¿Te has creído que no me fijaba en los pueblos por los que pasábamos? —Me miraba burlona y desafiante.

No contesté. Llegamos a un parquécillo situado donde el arroyo del pueblo desemboca en el lago.

—Aquí es donde el abuelo y yo dábamos siempre de comer a los cisnes y los patos.

Me acerqué al agua y saqué del bolsillo la bolsa con pan duro que había cogido durante la comida, y, como antaño, los animales se acercaron nadando antes de que arrojara las primeras migas, antes incluso de que hubiese partido el pan en trocitos. Como antaño, cuando lo tiré, se produjo un alboroto, los rápidos y fuertes arrebataron a los débiles y lentos las migas delante del pico y yo, lanzando con puntería, intentaba que se distribuyesen de forma equitativa.

Al ver lo que hacía, mi madre se rió.

—¿Quieres enseñar a los patos lo que es la justicia?

—El abuelo también se reía de mí. Decía que así era la naturaleza: que los fuertes consiguen más que los débiles, los rápidos más que los lentos. Pero yo no soy la naturaleza.

Mi madre me tendió su mano abierta, puse en ella un trozo de pan seco, lo partió en trocitos y lanzó las migajas muy lejos hacia los cisnes, una pareja de cisnes blancos y cinco crías de color pardo claro.

—Sólo porque me gustan más los cisnes que los patos.

—¿Nunca intentaste averiguar dónde creció papá?

Volvió a tenderme su mano abierta y arrojó más migas a los cisnes.

—Sé lo que viene a continuación: ¿Cómo era papá en realidad? ¿Cómo os conocisteis, os enamorasteis y os casasteis? ¿Cuándo se marchó, cuándo murió? —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué crees que no te he contado nada? ¡No tengo ganas de explicar nada! ¡No tengo ganas! ¡Me horroriza!

Habló con tanta violencia que yo estuve a punto de no decir nada más. Conocía la vehemencia de mi madre; me daba la impresión de que podía llegar a hacer cualquier cosa, cualquier maldad, cualquier grito, cualquier violencia, y que únicamente la disciplina que emanaba de la estructura de las palabras y las frases impedía que llegase a lo más extremo. Cuando yo era pequeño a veces me alcanzaban golpes que no me hacían daño, la verdad, aunque me tiraban al suelo. Mamá pegaba como si quisiera rechazarme, alejarme, librarse de mí. Siempre que se ponía violenta, el pánico se apoderaba de mí. Ahora me parecía como si ella pudiera emplear y suprimir la violencia, como si jugase conmigo. Pero me negué a participar en ese juego.

Entregué a mi madre más trozos de pan y continuamos alimentando a los patos y los cisnes hasta vaciar la bolsa.

—¿Regresamos al hotel?

Después de cenar, me preguntó:

—¿Qué sabes de tu padre?

—Sé que creció aquí, que de niño tenía un caballo de juguete y un gorro de papel, que iba al instituto con traje y corbata y en bicicleta, que más tarde llevaba un traje de pantalón bombacho de espiguilla, que coleccionaba sellos, cantaba en el coro, jugaba a balonmano, dibujaba, pintaba, leía

mucho, le gustaba la poesía, era miope, se libró del servicio militar después del preuniversitario, estudió derecho, se fue a Alemania y murió en la guerra.

—¡Pero si sabes más que yo! —ella rió.

De nuevo esperó a ver si yo la secundaba y el tema quedaba zanjado. Luego respiró hondo.

—Era un aventurero. Un estudiante suizo de derecho que un buen día se dice que hay que estar loco para sentarse en aulas, bibliotecas y seminarios e investigar la justicia y la vida, mientras fuera estalla el mundo, y con él la justicia y la vida. Ignoro cómo llegó a Silesia.

»Nos conocimos en Neurade en septiembre de 1944. Era un día cálido y soleado, yo fui al atardecer a un merendero, y allí estaba él sentado solo a una mesa. Me senté y, mientras esperaba a mi amiga, no podía evitar mirarlo una y otra vez. Me había olvidado de lo apuesto que puede ser un joven sin uniforme, con traje, un traje de *tweed* de buen corte con chaleco, camisa azul y corbata roja con topos azules. De pronto se levantó, se acercó sonriendo hasta mi mesa y me preguntó si podía sentarse o acompañarme a dar un paseo y luego invitarme a cenar. Yo... —Mi madre se interrumpió.

—¿Tú?

—Pasamos la tarde juntos y la noche, y otros dos días y dos noches y a la mañana siguiente nos casamos. Después él tuvo que irse y no volví a verlo hasta abril de 1945 en Breslau. Una mañana apareció en mi sótano en ruinas y me tendió un pasaporte suizo. Su acento suizo hacía que todo sonara más dulce. Como si las ruinas, la miseria y la muerte no fueran tan trágicas. Vio mi barriga: «Cuida bien de los dos». Unos días después se fue por la calle equivocada y lo mataron a tiros.

—Tú...

—Yo lo presencié. Se despidió de mí y caminaba por la calle cuando de pronto le dispararon. A veces ocurría eso: un día podías caminar tranquilamente por una calle y al siguiente rusos y alemanes combatían para conquistarla.

Cuando calló, quise preguntar de nuevo. Pero ella me miró. Había estado todo el rato contemplando las manos en su regazo.

—Era tan alto como tú, y has heredado sus ojos verdes rasgados y sus manos.

Eso fue un extra. Su rostro no dejaba duda alguna de que la función había terminado, de que había caído el telón.

OceanofPDF.com

Cuarta parte

OceanofPDF.com

1

Cuando cayó el muro de Berlín, estaba en la cama con fiebre. Me dormí pronto, sin televisión, sin noticias, sin las imágenes de los chicos y chicas encima del muro junto a la puerta de Brandeburgo, de los berlineses orientales y occidentales cruzando exultantes los pasos fronterizos, de los desconcertados policías de la RDA, sorprendidos de su capacidad para ser amables. A la mañana siguiente las fotos en la prensa ya eran historia. El editorialista no acertaba a dilucidar si atestiguaban una equivocación que sería rápidamente subsanada o el comienzo de un mundo nuevo.

Recordé la sublevación del 17 de junio de 1953, la construcción del muro el 13 de agosto de 1961, la sublevación de Hungría, la crisis de Cuba, el asesinato de Kennedy, el aterrizaje en la Luna, la huida de los estadounidenses de Saigón, el golpe de Estado de Pinochet, la despedida de Nixon de la Casa Blanca, el accidente del reactor de Chernóbil. Cada recuerdo venía acompañado por una imagen: obreros ondeando la bandera alemana delante de la puerta de Brandeburgo, albañiles apilando bloques de hormigón ante los ojos de los soldados, la foto aérea de una rampa de lanzamiento de misiles, John y Jackie en una limusina descapotable, un hombre embozado al lado de una bandera estadounidense ondeando enigmáticamente en medio de un desierto de arena y piedras, personas precipitándose hacia un helicóptero encima del tejado de la embajada estadounidense, Allende, casco en la cabeza y metralleta en mano, dispuesto a defender el palacio presidencial, mientras que la correa que le cuelga del casco señala ya la derrota, Nixon en el césped delante de la Casa Blanca, el reactor fotografiado desde un helicóptero, que en apariencia no tiene daños mortales y sin embargo parece letal. La sublevación de Hungría no traía una imagen, sino sonido: mi madre y yo habíamos captado

casualmente radio Budapest pidiendo ayuda desesperadamente al mundo en inglés, francés y alemán durante los últimos días de la sublevación.

Además de la historia lejana, en mi vida también ha habido una historia cercana. De ella no sólo habría podido tener imágenes, sino también experiencias vitales. Pero la dejé pasar de largo. Cuando los estudiantes salieron a la calle yo ganaba dinero, y cuando habría podido conocer en California a los últimos *hippies* e hijos de las flores, aprendía la técnica del masaje. No me manifesté en Bonn contra el rearme, ni en Brokdorf contra el almacenamiento de residuos nucleares, ni en Frankfurt contra la construcción de la pista oeste.

Esta vez no quería perderme la historia. Tras un sueño reparador, me presenté en la editorial, pedí unas vacaciones y ese mismo día volé a Berlín, donde alquilé una habitación en una bocacalle de la Kurfürstendamm. La pensión ocupaba la segunda y la tercera plantas de un inmueble antaño señorial, ahora venido a menos, mi habitación estaba atiborrada de terciopelo y objetos de mal gusto y contaba con una ducha de plástico, y en la sombría sala del desayuno proliferaba una selva de plantas artificiales. La vista del patio te hacía olvidar que fuera era de día.

Fui en metro a Berlín Este y deambulé por las calles. Era mediodía. Los lugares de comida rápida repletos, peatones presurosos que aprovechaban el descanso del mediodía para hacer compras, la riada de coches Trabant, Wartburg y camiones gibosos por las amplias calles, el olor acre a lignito ardiendo, a veces una montaña de briquetas encima de la acera, esperando a ser paleadas al sótano por la ventana situada a ras de la calle, otras pancartas rojas celebrando los cuarenta años de existencia de la RDA..., así era la cotidianidad socialista. La cotidianidad era gris, apenas distinta de la que yo había conocido en mis anteriores visitas a Berlín Este antes de la caída del muro, con la clase del colegio primero y después, siendo estudiante universitario, con un seminario sobre teoría política y teoría del derecho marxistas. Me conmovió lo mismo que entonces. La lentitud anacrónica, el cansancio vital y el torpe intento de aparentar modernidad con semáforos superfluos, anuncios aburridos y cristal reflectante en las ventanas de los edificios nuevos, me recordaron la infructuosa seriedad con que los niños construyen el mundo de los adultos cuando juegan a ser

adultos. Me conmovía, a pesar de saber que el mundo que los niños habían construido aquí era de una mezquindad torturadora y que sus juegos podían ser perversos y crueles.

Entré en los grandes almacenes de la Alexanderplatz, en los que ya se vendían ángeles navideños llamados eufemísticamente figuras aladas de fin de año. Me dejé llevar por el gentío de sección en sección, en las que encontré poco que ver y nada que comprar. Ansioso por gastar el dinero que había cambiado, busqué objetos de papelería, papel de carta, sobres, carpetas y archivadores, que siempre se pueden utilizar. Pero el papel de carta y los sobres estaban rayados, y las carpetas y los archivadores parecían a punto de romperse tras el primer uso. En una librería de Unter den Linden compré libros sobre aperturas de ajedrez, a sabiendas de que no los leería.

La universidad ya no estaba vigilada como el día en que visité Berlín con la gente del seminario. Entré, olí el penetrante aroma de productos de limpieza y desinfectantes, encontré tableros donde se anunciaban diversos actos, los horarios de apertura y cierre, y se fijaban y aplazaban reuniones de las FDJ, las juventudes socialistas. Por una puerta abierta me colé sin ser visto en un aula sombría donde se impartía una clase sobre la literatura moderna de la RDA. Me quedé hasta el final, cautivado por el ambiente enigmático de la vasta sala en la que se sentaban unos cuantos estudiantes y sólo lucía una lamparita en el atril de la catedrática. Después salí de nuevo a la calle. El cielo bajo y gris se oscureció y se encendieron las farolas. ¿Qué esperaba del encuentro con la historia? ¿Que la gente se manifestase? ¿Que formase grupos en las esquinas para discutir la situación? ¿Que ocupasen ministerios y emisoras de radio? ¿Que atacasen y desarmasen a la policía? ¿Que derribasen el muro?

Evidentemente la historia no tiene prisa: respeta que en la vida hay que trabajar, comprar, cocinar y comer, que los trámites administrativos, las actividades deportivas y los encuentros con familiares y amigos no se anulan fácilmente. Seguramente en la Revolución Francesa ocurrió algo parecido. Si el 14 de julio se asalta la Bastilla y no se trabaja, el día 15 hay que retomar lo que el zapatero o el sastre dejó interrumpido en el taller. Al mediodía, tras la mañana junto a la guillotina, hay que volver a clavar

suelas y enhebrar agujas. ¿Qué se puede hacer el día entero en la Bastilla una vez tomada? ¿Y junto al muro una vez derribado?

OceanofPDF.com

2

De todos modos, parte del tiempo que la vida cotidiana dejaba a los berlineses orientales no lo pasaban en Berlín Este, sino en Berlín Oeste. Comprando. Comparar mercancías, marcas y precios, encontrar ofertas especiales, separar las gangas de los timos, preguntar, reclamar, regatear sin asomo de vergüenza..., también esto hay que aprenderlo y ensayarlo.

Recorrí la Kurfürstendamm y Tauentzien, entré en grandes almacenes, tiendas de ropa, zapaterías, paseé por grandes superficies de artículos de bricolaje, de electrodomésticos y de productos alimenticios y examiné las compras. ¿Era eso Occidente? ¿Mostraba su verdadero rostro a quienes no se habían acostumbrado lentamente a él, sino que tuvieron que adaptarse de la noche a la mañana? ¿Su rostro ávido? Pero después observé a una pareja joven mirando y tocando con tanta ternura los sujetadores, las bragas y los camisones expuestos y finalmente seguir su camino tan felices con la prenda escogida, que mi pesimismo anticonsumista se me antojó arrogante. En la Wittenbergplatz un vendedor ambulante de plátanos apenas daba abasto abriendo las cajas, partiendo racimos, entregándolos, cobrando y devolviendo el cambio. No me podía vender un plátano, tenía que llevarme diez como mínimo. Un cliente de Berlín Este me regaló uno.

El segundo día también paseé muchas horas en Berlín Este, no por el centro, sino por los arrabales. Calles con baches, aceras cuyo adoquinado de grandes baldosas y pequeños cubos de piedra había sido reparado una y otra vez con gravilla o alquitrán, vallas de madera grisácea y rota, fachadas con grandes placas del revoque desconchadas que dejaban al aire los ladrillos. Al principio me asombró que la degradación despertara en mí aquel sentimiento de familiaridad. Luego comprendí que recorría las calles de mi pasado, las calles de mi ciudad natal a finales de los años cuarenta y

principios de los cincuenta, las calles de mi infancia. Lo intenté y lo conseguí: como antaño, en mi infancia, trituré con la mano desnuda una tablita gris de la valla.

Oscureció. Durante todo el día el cielo había colgado bajo y pesado sobre la ciudad, y al anochecer me dio la impresión de que se depositaba sobre las casas, parques, plazas y calles. Examiné con añoranza las ventanas iluminadas y su falsa promesa de cobijo. Una vez en el metro, contemplando a las personas que regresaban a casa, me invadió la nostalgia a pesar de que en el fondo no envidiaba a nadie su hogar, su familia o su velada.

En la pensión conocí a un periodista estadounidense recién llegado. Durante la cena me asedió a preguntas. ¿Qué nos deparaba el destino? ¿Querían los alemanes de la RDA su propio Estado alemán libre? ¿Preferían la reunificación? ¿Qué deseaban los alemanes de la República Federal? ¿Ajustarían cuentas a los comunistas de la RDA? ¿Se quedarían los rusos en la RDA o se irían? ¿Se mantendría Gorbachov en el poder? ¿Darían un golpe de Estado los militares? No le importó que no respondiera a sus preguntas. ¿Qué esperaba yo personalmente de los acontecimientos?

Le hablé de las dos mitades de Alemania: la mitad occidental, católica, renana, bávara, opulenta, alegre, y extrovertida; y la mitad oriental, protestante, prusiana, austera, severa e introvertida. Le expliqué que la mitad oriental formaba parte de mi mundo intelectual tanto como la mitad occidental, y yo también deseaba moverme, trabajar, morar, amar, vivir igual en ella. A lo mejor bastaba con una RDA libre y accesible como Austria y Suiza. Pero ¿no era más natural unir las dos mitades para formar un todo?

Él me dejaba hablar. Lo que dije no lo sabía antes de decirlo. Pero me pareció obvio. Como si lo hubiera meditado largo y tendido. O como si en mi paseo a pie por Berlín Este en lugar de casas ruinosas me hubiera encontrado el mundo de Lutero y Bach, de Federico el Grande y de los reformistas prusianos.

También le expliqué por qué descartaba el ajuste de cuentas.

—La única razón por la que Ulises al regresar a su hogar mató a los pretendientes y ahorcó a las criadas que habían mantenido relaciones con

ellos es que él no se quedó allí. Siguió su camino. Si uno desea quedarse, es preciso que todos se pongan de acuerdo, evitando las venganzas. ¿No es cierto que en Estados Unidos no hubo venganzas después de la guerra civil? La razón es que, después de la secesión, Estados Unidos volvió a casa para quedarse. Si Alemania vuelve a casa, también será para quedarse.

¿Me sonreía o se reía de mí? No estaba seguro. Habíamos vaciado dos botellas de vino, pero yo arrastraba una borrachera de dos días. Pasado y presente, opulencia y austeridad, alegría y contención, vida hacia fuera y vida hacia dentro..., todo confluía y se unía, el mundo se tornaba redondo y entero y yo estaba sentado en su centro con un vaso de vino.

OceanofPDF.com

3

Antes de regresar a casa, hice otra visita a la Universidad de Unter den Linden. Esta vez subí las amplias escaleras de mármol rojo, pasé de largo ante la cita de Marx que dice que los filósofos no hacen otra cosa en la historia que interpretar el mundo, cuando lo que hay que hacer es transformarlo. Los vastos corredores estaban vacíos y tampoco en las escaleras del siguiente piso ni en los pasillos hallé a nadie. En el aire flotaba, como en el día anterior, un intenso olor a productos de limpieza y desinfectantes.

Al lado de una puerta, el tablón anunciaba una conferencia y un seminario sobre derecho constitucional en los Estados capitalistas. Cuando leí el temario, se abrió la puerta y un caballero se me acercó con la mano tendida.

—¿El doctor Römer?

—Doctor Debauer —repuse estrechando su mano.

—El catedrático Pfister nos había anunciado al doctor Römer. ¿Viene usted en su lugar?

—Quizás el doctor Römer esté a punto de llegar.

—Pase, por favor. —Hizo un ademán invitador, se presentó como el doctor Fach, tomó mi abrigo y me condujo a través de otra puerta a una sala con armarios en las paredes y una larga mesa en el centro en torno a la cual se sentaban varios hombres y mujeres, algunos jóvenes, otros viejos, unos con americana y corbata y otros con jersey. El doctor Fach me invitó a tomar asiento en el extremo de la mesa. Mientras él hablaba, otros participantes se sumaron a la ronda.

Me enteré de que desde hacía muchos años el catedrático Pfister de Hannover mantenía con el catedrático Lummer de la Universidad Humboldt

uno de los pocos contactos jurídicos existentes entre las dos Alemanias y que ambos estaban de acuerdo en que ahora que se había abierto el muro, debían rápidamente dar clases en la Universidad Humboldt algunos profesores de Hannover y viceversa. Ellos esperaban al profesor interino doctor Römer, y resulta que me había presentado yo.

—¿Es usted también interino, doctor Debauer?

—Todavía no he terminado la habilitación. Tampoco vengo de Hannover ni el señor Pfister se dirigió a mí en persona. Pero —intenté aducir— se consideró que era muy necesario un refuerzo en derecho público y administrativo. —Yo había escrito mi tesis sobre derechos fundamentales.

No me preguntaron quién era ese «se» que juzgó que yo debía enseñar derecho público y administrativo en la Universidad Humboldt. Me preguntaron por la tesis y la habilitación, por otros trabajos y proyectos científicos, por mi experiencia docente ante grupos numerosos y ante grupos más reducidos, por mi experiencia práctica y mi compromiso político. Intenté no mentir. Al final, en lugar de aprender a hacer masajes, resultó que había impartido clases de derecho constitucional comparado en Estados Unidos y había publicado artículos y que en Alemania había dirigido investigaciones y estaba a punto de concluir la habilitación.

A pesar de la ventana abierta, en la sala hacía un calor excesivo y yo sudaba. Los armarios, la larga mesa, los presentes..., me sentía como un alumno obligado a explicarse en la sala de profesores. Quizás también por eso me fue cada vez más fácil mentir. Mi insinuación de que había participado en varios juicios ante el Tribunal Constitucional Federal mereció asentimientos de reconocimiento. También mereció elogios mi ascenso de editor a miembro del consejo consultivo de la editorial y mi promesa de suministrar gratuitamente libros para la biblioteca. Al final, el doctor Fach me agradeció la entrevista en nombre del departamento.

—Colega Debauer, nos alegraremos de que comience en diciembre con un curso y un seminario sobre derecho constitucional de la República Federal de Alemania.

4

Así fue como en diciembre inicié una nueva rutina. Los lunes y martes daba clase y el resto de la semana trabajaba en la editorial. Uno de los dos días en Berlín Este lo restaba de mis vacaciones y el otro me lo concedía la editorial...; su contribución a la unidad alemana. Al principio me preparaba en casa y la mañana del lunes volaba a Berlín. Pero pronto tomé el vuelo de los viernes por la noche, llevándome los libros que necesitaba para prepararme. Me alojaba en la residencia de la universidad, un edificio de ladrillo de las postrimerías del siglo XIX. El patio al que daba la ventana de mi habitación permanecía silencioso día y noche, como si las personas que trabajaban o vivían detrás de las ventanas de los edificios restantes, víctimas de un hechizo, hubieran caído en un profundo sueño. A veces me las imaginaba: en el laboratorio, ése era el aspecto del piso de enfrente, químicos roncando junto a siseantes mecheros Bunsen, en la oficina de encima, asesores jurídicos con el pecho y la cabeza recostados sobre la mesa, en la vivienda de la izquierda del patio, el padre repantigado en el sillón, con la botella de cerveza que se le ha caído de la mano, y la madre desplomada delante del fogón.

Desayunaba en un hotel situado dos calles más arriba. Me encaminaba con un plato hasta el bufé del desayuno, cogía un panecillo, alguna salchicha, un poco de queso, y para terminar mantequilla y mermelada, enseñaba el plato lleno al camarero y él calculaba el importe exacto: setenta y tres o noventa y siete pfennig o un marco con treinta y seis si me había dado un homenaje.

La mañana del primer martes me acompañó el doctor Römer. La noche anterior había llamado a mi puerta, se había presentado y había iniciado conmigo una conversación que resultó muy embarazosa. Cuando me excusé

aduciendo que tenía que preparar la clase, me propuso que desayunásemos juntos.

Le pareció humillante tener que enseñar y pagar cada bocado que poníamos en el plato. Argumentó que era mezquino, que lo situaba bajo la indignante sospecha de que se servía en exceso y le parecía el *súmmum* del paternalismo y el control. Seguramente, dijo, el camarero trabajaba para la Stasi. Después se burló:

—¿Acaso no prometió Marx: a cada uno según sus aptitudes, a cada uno según sus necesidades?

Mi defensa del bufé del desayuno le pareció una defensa de la Stasi. Me contó que había escrito su tesis sobre la interpretación nacionalsocialista del código civil y veía similitudes con la interpretación socialista. La cobardía de los jueces y catedráticos que en el Tercer Reich habían pervertido el derecho en nombre de su carrera era idéntica a la cobardía de jueces y catedráticos de la RDA. Según él, el valor y la fuerza para resistir eran tan necesarios en la RDA como en la Alemania nazi. Apoyó la mano en mi brazo.

—No debemos cometer el mismo error que nuestros padres: tenemos que oponer resistencia. Si no comprendemos este mensaje de la historia, ésta queda reducida a una carnicería sin sentido ni finalidad. —Me apretó el brazo—. Ésta es nuestra misión histórica. Por eso estamos aquí.

Lo miré con atención por primera vez: cara redonda, afable, satisfecha, manos carnosas, cuerpo rechoncho. No sabía qué me había molestado de sus palabras, pero sí que no me gustaba su aspecto, ni su manera de sentarse, ni el modo de agarrarme el brazo con la mano.

—¿Resistencia? ¿Pretende usted oponer resistencia al camarero?

No lo dije para ahuyentarlo, pero cuando se levantó sin decir palabra y salió, pagué gustosamente los sesenta pfennig de su café y los ochenta y dos de su panecillo, su queso, su mantequilla y su mermelada.

Al principio asistían a mi clase entre treinta y cuarenta alumnos, número que fue aumentando semana tras semana. No acudían porque yo fuera un buen orador. Con el paso de los días cada vez era más evidente que la RDA llegaría pronto a su punto final y llegaría la reunificación, la unión a la República Federal. Todos los estudiantes eran oficiales del Ejército

Nacional Popular, todas las estudiantes empleadas cualificadas; eran personas jóvenes experimentadas, a menudo con familia, vinculadas a la RDA y con la mirada firmemente puesta en un futuro como jueces, fiscales o abogados. Comenzaban a adaptarse de mala gana, pero con decisión; aprendían el nuevo derecho igual que una lengua extranjera, la lengua de un país al que no te lleva la afición, sino la necesidad profesional. Ni en clase ni en el seminario planteaban preguntas ni manifestaban opiniones, y reaccionaban a mis preguntas como si fuesen cargantes molestias. Cuando en el seminario les pedía que redactaran un informe crítico sobre decisiones o negociaciones, se limitaban a hacer una descripción de lo más concisa y banal. En una ocasión oí decir a un estudiante en voz baja sobre mi exposición: «Eso no se lo cree ni él», e intenté entablar una conversación al respecto. Me di cuenta de que al estudiante no le irritaba que yo no creyera lo que decía, sino que quisiera hacerles creer que creía lo que decía.

También la relación con los colegas del departamento fue evolucionando a medida que pasaban las semanas. Si en mi presentación me habían considerado un candidato que podía dar gracias si era admitido, cada vez me veían más como el emisario de un nuevo mundo que irrumpía, incontenible, en su viejo mundo para transformarlo o destruirlo. Yo hallaba abierto rechazo, fría cortesía, curiosidad sarcástica, interés desapasionado por el intercambio de opiniones sobre nuestros diferentes mundos, entusiasmo sincero por descubrir un futuro común y valor y al mismo tiempo miedo en lo concerniente a los futuros desafíos.

Una colega me llevó a una asamblea de los miembros del partido del departamento. Gorbachov había pronunciado un discurso que debía ser discutido. El presidente de la asamblea, constituida por entre veinte y treinta miembros, hizo una breve introducción sobre la causa y el objeto del discurso, solicitó comentarios y escudriñó al grupo.

Era un día gris de invierno berlinés, a las cuatro de la tarde ya anochecía y en la sala de la asamblea, que era también despacho del decano, una lámpara de mesa esparcía una luz mortecina. Como todas las estancias de Berlín Este, también ésta estaba demasiado caldeada, y en el largo silencio que siguió a las palabras del presidente vi ojos medio cerrados y yo mismo tuve que luchar contra mi cansancio. En ese instante comenzó a hablar un

desconocido. Lo escuché primero extrañado, después fascinado. Hablaba sin decir nada. Era un discurso estructurado, las oraciones tenían principio y fin y se ensamblaban, las citas de Marx y de Lenin eran bonitas, y lo que él recordaba y consideraba parecía tener sustancia. Pero de ello no se desprendía ninguna tesis, ninguna idea, ni afirmativa ni crítica. Eludía cualquier compromiso y cualquier opinión que pudiesen provocar una crítica o merecer alguna autocrítica. Era una forma de hablar que obedecía a leyes propias, complejas y que muchas veces podía acabar en un torpe balbuceo pero que en la RDA se había convertido en todo un arte. Un arte absurdo. Si desaparecía con el mundo que lo había engendrado, no derramaría ninguna lágrima por él. Al mismo tiempo me entristecía que el arte pudiera desvanecerse así.

OceanofPDF.com

5

Una noche encontré en casa una carta de Berlín Este. ¿Seguía interesado en Volker Vonlanden? Una tal Rosa Habe acababa de leer mi anuncio en una página de periódico que una amiga suya alemana occidental había utilizado para rellenar un paquete.

Tras llamarla por teléfono, me invitó a visitarla en su casa de Pankov el domingo por la mañana. Le llevé un ramo de flores, el más bonito que pude conseguir en las floristerías de Berlín Este, lastimoso como el plumaje de un pollo raquíptico. Lo aceptó como si fuese un tesoro..., y no sabría decir si su entusiasmo era sincero o irónico. Era una anciana vigorosa que hablaba en voz baja y clara, y se movía con gracia. Me invitó a tomar el té en el invernadero.

—En su anuncio señala usted escritos de Volker Vonlanden y etapas de su vida. Pero ¿qué interés tiene desde el punto de vista histórico?

—No lo sé. A veces tengo una intuición, y acierto. Otras no.

Me dirigió una mirada escéptica, pero amistosa.

—¿Todo este esfuerzo por una intuición?

Reí y le hablé de mis abuelos, de la novela del hombre que regresó, de la casa de la Kleinmeyerstrasse, de los artículos sobre la guerra y de la relación con Hanke.

—No soy historiador. Me hice pasar por historiador para que la gente tomase en serio el anuncio. Pero no he recibido ninguna carta seria salvo la suya.

—Mi carta la habría recibido usted de una u otra manera. —Sacudió la cabeza—. ¿Hay gato encerrado en todo este asunto? Para nosotros era Walter Scholler, y una vez que alguien en la calle lo llamó Volker Vonlanden, lo rechazó con tal naturalidad y educación, que nosotros que lo

presenciamos no dudamos ni un segundo y el que había creído reconocerle empezó a dudar. Pero luego, de la noche a la mañana, desapareció sin despedirse.

—De todos modos usted ha retenido en la memoria que lo llamaran Volker Vonlanden..., ¿acaso sospechaba algo?

—¿Sospechar? No, yo no sospechaba nada.

Pero ella tampoco aclaró por qué lo recordaba, y yo no insistí. Sin despedirse..., eso podía significar que habían sido muy amigos.

—¿A qué se dedicaba Walter Scholler?

—Hasta el otoño de 1946 dirigió el suplemento literario del *Nacht-Express*, en el que también escribía críticas teatrales y literarias, artículos de opinión y relatos. A nosotros nos daba la impresión de que era amigo del comandante de la administración militar soviética, un judío de Leningrado bajito, redondo y más vivo que el hambre, que era el verdadero redactor jefe del diario. Como es natural, oficialmente el redactor jefe era alemán y el *Nacht-Express* un periódico sensacionalista políticamente independiente.

—Pues no es mala carrera para alguien que surge de la nada.

—No surgió de la nada. Era un judío oriundo de Viena que, tras el inicio de la persecución, se había ocultado en casa de sus padres, en los Alpes, hasta que en el invierno de 1944-1945 un vecino lo delató. Él conocía los verdaderos nombres y los verdaderos rostros, me refiero a los nombres y rostros de los compañeros de Auschwitz a los que los nazis asesinaron hasta el último minuto. Y tenía el número en el antebrazo.

—¡Eso es imposible!

—Yo me sabía el número de memoria hasta —se ruborizó—, hasta mi ataque de apoplejía hace dos años. ¿Sabe?, yo por aquel entonces lo protegí. Él era apátrida como los demás hijos de la burguesía que habían sido expulsados de su mundo y que a pesar de todos los esfuerzos y penurias nunca llegaron al nuestro. Por eso lo quería Becher. Él percibía la similitud de sus destinos.

—¿Qué sucedió con sus padres?

—Fueron detenidos inmediatamente después de la anexión de Austria, el padre era un abogado políticamente comprometido, y la madre, psicoanalista. Nunca volvió a verlos.

—¿Sabe usted si en los años treinta ejercía en Viena un abogado llamado Scholler? ¿O Vonlanden?

Ella estaba sentada con las manos cruzadas en el regazo, y la vista dirigida al suelo. Parecía tensa.

—No me dediqué a espiarlo. Simplemente, se había marchado. En aquella época eran muchos los que estaban un día y al siguiente desaparecían. Así eran aquellos tiempos.

—Pero ahora que usted sabe...

—No sé nada de nada. —Me observó con hostilidad—. Usted pretende hacerme creer que Walter Scholler me engañó, igual que aquel hombre terrible que lo llamó Volker Vonlanden.

—¿Sabe usted quién era aquel hombre terrible?

—No, no lo sé. A lo mejor tampoco era un hombre terrible, sino que sencillamente se equivocó. A lo mejor llevaba mucho tiempo buscando a Vonlanden, y ya se sabe que cuando uno busca algo con insistencia, lo ve por todas partes. ¿No es cierto? —Me miró implorante.

—Sí, conozco esa sensación —asentí.

Se levantó.

—Ha sido usted muy amable por su visita. Mi hijo vive en Rostock y mi hija en Dresde, y desde que dejé el ministerio... —Se interrumpió y volvió a mirar al suelo—. Pero qué cosas digo. ¿Qué le importarán a usted mis hijos y mi antiguo trabajo? —preguntaba sin alzar la vista—. Me gustaba su acento. Era apenas el hálito de un acento, no más, y transportaba a un mundo intacto, el mundo del vals, de los bailes, de los cafés, de las escaleras de piedra que conducen de una calle a otra, como en París... —Volvió a mirarme—. ¿Conoce usted Viena? —Y sin esperar respuesta me acompañó hasta la puerta y me despidió.

Un par de días después yo ya había comprobado que en la guía telefónica de la Viena de los años treinta no figuraba ni un matrimonio Scholler, él abogado y ella psicoanalista, ni un matrimonio Vonlanden.

6

Terminó el semestre. Yo no podría volver al semestre siguiente, aunque me invitaron. El doctor Römer no me apreciaba mucho y tarde o temprano me descubriría, lo cual no sólo sería penoso para mí, sino sobre todo para el departamento, que en esos momentos pretendía transformarse en una facultad reputada siguiendo el modelo alemán occidental. Además, las numerosas y pequeñas mentiras sin las que, una vez dichas, ya no era posible continuar, me parecían agotadoras, más aún, denigrantes. Pensaba en hombres que tienen una amante sin que la esposa lo sepa y quizás sin que la amante sepa nada de la esposa, en colaboradores no oficiales de la Stasi que espían en secreto a sus colegas y amigos, en contables que roban pequeñas sumas durante años hasta amasar una enorme fortuna..., no llegaba a condenarlos moralmente porque no conseguía asombrarme lo suficiente de esa forma de vivir, siempre en peligro, siempre al acecho, siempre siendo otro del que en realidad eres. A lo mejor con una gran meta se logra. Pero yo no la tenía.

Así que la fiesta a la que un colega había invitado a la mayoría de los miembros del departamento incluyéndome a mí, constituyó mi fiesta de despedida. Ya no recuerdo qué celebrábamos: su sesenta cumpleaños, una conmemoración oficial, la adquisición, finalmente y después de muchos esfuerzos, de una casa a orillas de un lago a las puertas de la ciudad, la transformación del departamento en una facultad. Me alegré de que el doctor Römer no fuera uno de los invitados.

Posteriormente comprendí que también el colega que invitaba celebraba su propia despedida. Nunca me enteré de qué había de cierto en los rumores sobre una colaboración con la Stasi, que por entonces se cernían también sobre otros colegas. Me imaginaba que él, un experto en derecho de la

propiedad intelectual de renombre internacional con modales de hombre de mundo, había aceptado el juego con la Stasi confiando en poder jugarlo de acuerdo con sus propias reglas. Tanto si ahora temía el inicio de las investigaciones como si simplemente no deseaba exponerse a ellas, al semestre siguiente no regresó a la universidad y abrió un bufete que pronto fue muy solicitado y exitoso. Fue el primero en irse.

Nos invitó a su piso de la avenida Karl Marx, la antigua avenida Stalin. A pesar de la frialdad de aquella avenida mastodóntica y la fealdad de las fachadas de los edificios que, después de haber perdido gran número de azulejos, parecían sufrir las cicatrices de una viruela, el piso de nuestro colega era acogedor, espacioso y confortable. Me abrió la esposa de mi colega.

—¿No le ha caído ningún azulejo en la cabeza? Estupendo. Nosotros, los berlineses orientales, sabemos cómo esquivar las piedras. Ustedes, los berlineses occidentales, aún tienen que aprender.

Habló con una sonrisa radiante. En las últimas semanas me había embargado la sensación de que los colegas me trataban como a un oficial de un ejército de ocupación que les caía simpático. Ahora, en cambio, simplemente se trataba de una hermosa mujer que daba la bienvenida a su joven invitado, aún un poco cohibido. Me condujo a dos vastas estancias con muebles de estilo Biedermeier separadas por una puerta corredera y me tendió una copa de Rotkäppchen, un champán del Este.

—Sobran las presentaciones. Conoce usted a casi todo el mundo, y a quien no, pronto lo conocerá.

Y comencé la ronda. Estaba el doctor Fach, con su sempiterno atuendo descuidado, hablando con acento berlinés; por lo que se veía y olía, aquéllos no eran su primera copa ni su primer cigarrillo. Cuando me lo presentaron, en noviembre, me pareció un burócrata cerril, pero con el tiempo me había enterado de que durante años había protegido a los doctorandos de la sección contra las mezquinas tuteladas del partido, y con su cultura, sencillez, tristeza y generosidad era un maravilloso *gentleman* proletario. Estaba la doctora Weil, la que me había llevado a la asamblea de los miembros del partido de la sección; con el paso del tiempo me había enterado de que pocos meses antes de la caída del muro había publicado un

artículo muy valiente y comprometido en el que en cierto modo reinventaba el Estado de derecho y lo reclamaba para la RDA, tan heroica e inútilmente como si pocos meses antes de la llegada de los españoles un inca hubiera descubierto al fin la rueda para su pueblo, sólo para acabar arrollado por las ruedas españolas. El orador que había hablado tanto en la asamblea y no había dicho nada era otro de los asistentes; yo ya sabía que era el doctor Kunkel, aficionado y experto en arte y elegante oportunista. El doctor Blöhmer, historiador del derecho, relató con grosero gracejo, mientras flirteaba con las mujeres de la fiesta, los combates que había disputado como boxeador. El doctor Flemm, especialista en filosofía del derecho, recordó una conferencia de los años cincuenta en la que hizo un comentario «burgués», motivo por el cual lo inhabilitaron y lo confinaron como alcalde en un pueblecito. Con el paso del tiempo, aquel lastimoso incidente se había convertido, para él, en una aventura divertida.

Cuanto más años cumplo, más he de esforzarme para entender a mi interlocutor en las reuniones. Un otorrino me examinó y bautizó el fenómeno: sordera de discoteca. No hay ayuda médica que valga, así que cuando es demasiado fatigoso, renuncio a escuchar y me limito a exhibir una expresión amable y atenta, río cuando todos ríen y me entrego a mis pensamientos. Aquel día rememoraba la mañana después de la caída del muro, mi primer viaje a Frankfurt, mi primer vuelo a Berlín y los múltiples viajes y vuelos desde entonces, los días en la universidad y las noches en la residencia. Yo no había participado en los movimientos ciudadanos, en la oposición eclesiástica ni en los nuevos partidos y tampoco había intentado contactar con los círculos sociales más privilegiados ni con las víctimas de la Stasi. No había actuado como debía para formarme una idea de la situación histórica. En lugar de eso me había dejado llevar por un mundo académico desconocido que pronto dejaría de existir, había acogido de buen grado todas las impresiones, no había condenado ni absuelto a nadie y había disfrutado de aquel ambiente de singularidad crepuscular.

También paladeé la melancólica velada. Estaba sentado en la sala de espera de la historia; en esos momentos la locomotora de maniobras empujaba a un tren al apartadero, el otro llegaría en cualquier momento y, tras una breve pausa, reanudaría su marcha. No todos los que habían bajado

de un tren hallarían sitio en el otro; algunos se quedarían en la sala de espera viendo cómo cerraban el bar, desconectaban la calefacción y apagaban la luz. Pero el viejo tren todavía rodaba traqueteando sobre las vías, mientras el nuevo aún no había llegado, en el bar se servían bebidas y comidas y todo era acogedor y tranquilo.

OceanofPDF.com

7

Los aviones siempre iban llenos. Solía tomar el primero de la mañana y el último de la noche, donde me acomodaba entre pasajeros agotados, hartos e irritables. Un vecino de asiento opinaba que, dado que el compartimiento para el equipaje situado encima del asiento estaba abarrotado, podía utilizar para depositar su equipaje la zona de mis pies amén de la suya. Otro quería impedir a la azafata que me diera la última botella de vino: tenía que repartirla entre los dos. Un tercero me explicaba que un pasajero de una fila de cuatro asientos tiene derecho a un apoyabrazos y cuarto y en una de tres a un apoyabrazos y un tercio, y me enseñaba cómo hacer uso correcto de la cuota de apoyabrazos. La mayoría de los pasajeros eran hombres.

En uno de mis últimos vuelos de Berlín a Frankfurt vi a Barbara. Entró cuando todos los demás se habían sentado, diez filas por delante de mí abrió y cerró el compartimiento del equipaje, que estaba lleno, entregó su equipaje a la azafata y se sentó. Ambos teníamos asiento de pasillo, y yo divisaba un trozo de su brazo y, en un momento en que cambió de postura, parte de la cabeza, los hombros y la espalda.

No continué mirándola. Abrí la novela que había comprado, ya no necesitaba cada momento libre para prepararme las clases, y comencé a leer mientras el avión se ponía en movimiento, rodaba por la pista de despegue y se elevaba hacia el cielo. Pero no me enteraba de nada y tenía que leer una y otra vez las mismas frases.

De pronto un terrible cansancio se apoderó de mí. ¿Por culpa de los últimos meses, de los viajes continuos y del trabajo en la editorial y en la universidad? ¿Por la perspectiva del regreso a la editorial, donde el trabajo me parecía rutinario desde que me había encontrado con la historia, aunque sólo fuera en la sala de espera? ¿Por la lucha que había librado por Barbara

años atrás? De pronto la esperanza y la tristeza de entonces volvieron a ser tan vivas como si en lugar de años hubieran transcurrido días.

El avión había alcanzado su altura de vuelo y las azafatas servían bebidas. Fuera, en la punta del ala, se encendía y apagaba la luz de posición y a veces las luces de una ciudad temblaban entre las nubes. ¿Por qué tiemblan las luces en el suelo en lugar de lucir continuamente? ¿Por qué sentimos fatiga, esa sensación improductiva e inútil? Cerré los ojos. Me imaginé a Barbara cómodamente sentada diez filas por delante de mí, cruzando quizás unas palabras con su vecino, abriendo un libro y bebiendo vino tinto. Veía su rostro ante mí: la piel pálida, arrebolada después de dos copas, los ojos azul claro, la pequeña cicatriz en el labio superior y el hoyuelo sobre el extremo interno de la ceja izquierda. Había visto que vestía pantalones negros y jersey rosa y que no había engordado ni adelgazado, y me la imaginé sentada a mi lado tan vivamente, que se me antojaba que bastaría alargar mi mano para tocarla. Eso me hizo sentir celos de su vecino; le envidiaba la cercanía de Barbara y la naturalidad con la que podía establecer un contacto con ella, aunque sólo fuera superficial.

Los celos me fatigaron todavía más. Y cuando los ahuyenté y pensé en la facilidad del comienzo, en los viajes de fin de semana y las compras de muebles, en la familiaridad de las noches que habíamos pasado juntos y en el descubrimiento de la ternura y de la pasión, en Barbara empapada por la lluvia en mi puerta y más tarde en el sillón con las manos alrededor de la taza de chocolate caliente vestida con mis vaqueros y mi jersey, seguí sintiéndome cansado. Sí, era como si el recuerdo de la felicidad me cansara. Eso me asustó, y hurgué en mi memoria en busca de todo tipo de recuerdos: el abuelo acudiendo a recogerme a la estación, Lucia sujetándome la cabeza y besándome en la boca, la meditación sobre la justicia en mis primeros años de trabajo en la habitación, el paraíso californiano, el trabajo fructífero en la editorial, Barbara incorporándose en el lecho y quitándose el camisón, las semanas con Max, el viaje con mi madre al Tesino, la fiesta de despedida en Berlín Este. Que los recuerdos me provocasen melancolía, porque se referían a vivencias irrecuperables, y tristeza, porque sólo reflejaban el lado hermoso de épocas de la vida que también tenían su lado malo, me parecía bien. Así sucede con los recuerdos felices. Lo que no

estaba bien es que, además de provocarme melancolía y tristeza, me produjeran cansancio, un cansancio profundo, silencioso y oscuro.

El esfuerzo de los últimos meses, el tedioso trabajo en la editorial, el agotamiento de la lucha por Barbara..., todo eso no podía ser lo que de repente me dejaba exhausto. No podía serlo por la sencilla razón de que yo no había luchado por Barbara. Me había sentido herido y me había refugiado en mi propia rabia. Había capitulado ante la tediosa labor que me esperaba en la editorial sin haber barajado siquiera la posibilidad de afrontarlo de una forma diferente y más positiva. Tampoco me había esforzado de veras durante los últimos meses en la universidad. Había tomado distancia de todo, y desde la distancia había observado los cambios de rol de los demás, ocultando los míos, y antes de que todo se complicase, me había despedido. No me había implicado..., ¡cómo podía estar agotado!

Me bebí el último trago de la segunda de las dos botellitas de vino que me había servido la azafata. No me reprochaba la falta de compromiso con Lucia; yo era demasiado joven. Con los abuelos había sido siempre una especie de Parsifal, a pesar de que a partir de cierto momento era lo suficientemente mayor para hacerles preguntas. En la habilitación había estado demasiado embobado con el cautivador juego de las ideas como para desear someterlas a las limitaciones de una estructura. Tanto en el paraíso californiano como en la vida de Max, habría podido conquistar una posición más sólida. Mi madre..., con ella había renunciado pronto, y en lugar de comprometerme me había escapado. No había sido injusto con ella ya que ella no era mejor. Pero no me hice ningún bien a mí mismo.

Así pues, ¿la fatiga existencial puede ser el resultado no sólo del exceso, sino también de la falta de compromiso? ¿Tal vez no agota tanto ponerse uno las cosas demasiado difíciles como ponérselas demasiado fáciles? ¿O todo aquello no eran más que cábalas? ¿Me invadía acaso la misma idea obsesiva del trabajo y el esfuerzo que a mi madre, sólo que con otro ropaje? ¿Estaba exhausto simplemente porque, a veces, uno se siente exhausto?

Cuando aterrizó el avión, se paró por completo y pudimos levantarnos, me abrí paso entre los pasajeros de una forma que siempre había encontrado impertinente y desagradable en los demás. Logré plantarme enseguida junto a Barbara en la cola del control de pasaportes y le pregunté:

—¿Tienes algo previsto para el próximo fin de semana?

OceanofPDF.com

8

El fin de semana siguiente le pregunté mientras volvíamos a casa:

—¿Quieres casarte conmigo?

Habíamos salido el viernes a las dos de la tarde, igual que antes.

—¿Adónde vamos? —había preguntado ella a su vez en la cola del control de pasaportes sin aparentar sorpresa.

Asintió cuando le propuse:

—¿No habíamos hablado de ir a Constanza?

En nuestro último viaje de fin de semana, a Basilea, habíamos elegido Constanza como siguiente destino.

Primero tomamos la autopista, después la carretera de la Selva Negra. El bosque estaba nevado, en las laderas la gente esquiaba o montaba en trineo, y los abetos, que en otras ocasiones se alzan oscuros y sombríos, portaban la carga blanca como un adorno luminoso. El cielo era azul y a veces la vista, por encima de la neblinosa llanura del Rin, alcanzaba hasta los Vosgos.

Nos contamos lo que nos había llevado a Berlín. Poco después de la caída del muro, el colegio de Barbara y un colegio de Berlín Este habían iniciado una colaboración que incluía intercambio de profesores y alumnos, y Barbara había dado clase en él durante dos semanas. Le habían gustado los niños, más formales y tranquilos, y también la mayoría de los profesores, más seguros de su papel que Barbara y sus colegas. La situación, sin embargo, estaba cambiando; los niños eran cada vez más descarados y los profesores más inseguros y en consecuencia, más autoritarios. El antiguo director, un camarada despótico sospechoso de haber trabajado para la Stasi, acababa de ser sustituido por uno nuevo que

pretendía reformar algunas cosas y había preguntado a Barbara si podía quedarse durante el resto del año escolar y el siguiente.

—¿Y?

—Lo haría con sumo gusto, pero tengo que saber qué opinan el colegio y el ministerio.

—No vas para hacer currículum, como los trepas que seguro que has conocido allí, tampoco por sentido del deber, sino por gusto. ¿Gusto por qué?

—Ganas de experimentar la mezcla de familiaridad y extrañeza. En África o América me imagino que soy otra persona, pero para ello tengo que romper con mi tierra. Aquí, en cambio, también me lo puedo imaginar y a la vez estar con mi gente y mi lengua.

—¿Y qué te imaginarás aquí?

—Una vida de maestra en una escuela de la RDA. La vigilancia, las pequeñas libertades, los contactos con los colegas, los padres y los alumnos, vigilar a los soplones de la Stasi, las vacaciones en Bulgaria, Rumanía o en la dacha, el anhelo de cosas que no pueden adquirirse todos los días, el mucho tiempo con los amigos y la familia, el placer de leer un libro o escuchar un disco del Oeste.

—¿No dijiste una vez que odiabas esa forma de vida?

—Esa vida en el Este me parece lo bastante exótica como para probarla.

—Dentro de unos meses o de unas semanas habrá dejado de ser exótica para igualarse a la de aquí, sólo que más fea. Habrá Aldi y Lidl, tus alumnos llevarán ropa de H&M y comerán hamburguesas en McDonald's.

Se encogió de hombros. ¿Prestaba atención a nuestra charla o sólo a medias? ¿Sentía la misma inseguridad que yo? ¿Tenía el mismo miedo a que nuestro encuentro fuera una jugarreta del destino y nuestra cita una equivocación? Más tarde, cuando quisiéramos abrazarnos y amarnos, ¿notaríamos lo extraños que nos habíamos vuelto, con una extrañeza diferente de la del principio, cuando sentíamos curiosidad mutua, una extrañeza más propia de un final para el que uno no se siente preparado? ¿Podía volver a funcionar igual que en el pasado? ¿Podíamos volver a ser el uno para el otro el milagro que habíamos sido antaño? ¿Nos habíamos

traicionado mutuamente en los abrazos en los que habíamos gozado con otros? Cuando nos abrazásemos ahora, ¿nos resultaría doloroso?

Alquilamos una habitación con balcón en el Hotel Insel de Constanza. Mientras contemplaba el lago apoyado en la barandilla, Barbara me rodeó la barriga con sus brazos y apoyó la cabeza en mi espalda. Al cabo de un momento vino a mis brazos y nos quedamos así, abrazados, sin besarnos, sin decir palabra, mirando el lago, la orilla, el cielo o cerrando los ojos. El atardecer era cálido, la primavera flotaba ya en el ambiente. No volvimos a la habitación hasta que oscureció. Tras encender la luz, deshicimos el equipaje, lo colocamos y nos cambiamos para la cena. Nos sentíamos activos y alegres. Cualesquiera que fuesen las dificultades que pudiesen aún surgir entre nosotros, nuestros cuerpos se habían reconocido. Le había acariciado los hombros, los brazos, la espalda y las caderas, había palpado sus pechos y su vientre, había olido su piel y su pelo y escuchado su respiración.

La noche del viernes al sábado y la del sábado al domingo nos limitamos a abrazarnos. El domingo queríamos rodear el lago y regresar a casa. Pero caía una lluvia fina y gris como los trazos de una acuarela china, y después de desayunar volvimos a la habitación, abrimos de par en par las puertas del balcón, escuchamos el rumor de la lluvia y nos amamos. Encargamos comida y champán y pedimos que nos despertasen a las tres y media de la madrugada del lunes. A las cinco estábamos en la autopista y a las seis y media nos encontrábamos en medio del atasco matinal de entrada a Stuttgart. En aquel momento se lo pregunté.

9

Ella no respondió. Yo la miraba de reojo, esperando que se volviese hacia mí y contestara, pero contemplaba la calle y los coches. ¿Es que no me había oído? Cuando me disponía a preguntar de nuevo, se volvió.

—¿Para ti es importante que estemos casados? Para mí no supone ninguna diferencia.

—Pues para mí sí.

—¿Tienes miedo de que volvamos a separarnos, como la otra vez?

—A lo mejor entonces aprendí que el matrimonio crea vínculos muy firmes. Creo que me querías de verdad, y sin embargo te quedaste con tu marido.

—No lo hice porque fuera mi marido. Él luchó por mí, mientras que tú te limitaste a hacerte el ofendido. —Sobre la ceja izquierda apareció el hoyuelo, y su voz se endureció—. ¿Lo has olvidado? ¿Has olvidado que te llamé por teléfono mil veces? ¿Que me planté delante de la puerta de tu edificio y de tu piso y que llamé y grité? ¿Que te escribí? ¡No me negarás que quisiste atribuirte el papel de víctima! El pobre hombre, maltratado por la pérfida mujer...

—Tenía miedo...

—Tenía miedo... —me imitó—. ¿Y de qué tenías miedo? —Estaba furiosa—. ¿Con qué cuentos me vienes ahora? Los estadounidenses llaman a la gente como tú un *sweet talker*, un encantador. No, no quiero escuchar nada de tus miedos, ni de lo vulnerable y sensible que eres. Yo...

—Basta, Barbara, basta. —Quería frenarla, pero la enfurecí todavía más. Al final tuve que gritar para que me escuchara—. Tienes razón. Me enfadé. Te convertí en una mala mujer y a mí en un pobre hombre. Lo

siento..., siento no haber luchado, haberte hecho daño, los años que hemos perdido. Lo siento, Barbara.

Ella sacudió la cabeza.

—Y no lo has comprendido hasta hoy, ¿verdad? Y sólo porque me he enfadado. Si no nos hubiéramos encontrado por casualidad en el avión, yo tampoco habría vuelto a verte jamás. ¿Esperabas que diera el primer paso y volviera a plantarme delante de tu puerta, llamándote y golpeando con los nudillos? —Ya no hablaba a voces, pero el cansancio de su voz me atemorizaba más que sus gritos—. No, no esperabas nada de mí..., ni de nosotros. No te entiendo, Peter Debauer. No entiendo por qué no diste nunca señales de vida. Y no entiendo por qué quieres casarte ahora.

Los coches pasaban de largo. Encendí el motor, salí despacio de debajo del puente bajo el que nos encontrábamos y subí colina arriba.

—Al verte en el vuelo de Berlín a Frankfurt comprendí que mi vida discurría por senderos equivocados porque, en lugar de comprometerme, me mantengo al margen o, si las cosas se ponen peliagudas, desaparezco. Lo comprendí al verte. Te quiero. Si tú no me quieres, lucharé por ti. Todavía no sé cómo, pero aprenderé.

Ella esbozó una media sonrisa, volvió a mirar a la carretera y enmudeció. Regresábamos con el tiempo justo para llegar al colegio y a la editorial. Cuando paré delante de su casa, ella asintió y dijo:

—De acuerdo. Casémonos.

Pero apenas llegué a la editorial, me llamó.

—No es posible. Quiero decir que sólo es posible si no cometemos el error que cometen los alemanes del este y los del oeste.

—¿Qué quieres decir?

—Pensar que el otro ha cambiado tanto como tú mismo, o que sigue siendo el mismo que antes de la separación, o que es sólo lo que el propio recuerdo ha podido conservar. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Reflexioné antes de contestar.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí. Entiendo lo que quieres decir.

Ella suspiró.

—Pues si ha quedado claro..., ¿te apetece cenar en mi casa esta noche?

10

Así comenzó nuestra cuarta época de normalidad. Cada una de ellas había durado tan sólo unas semanas. Las semanas de la búsqueda de muebles, las semanas del descubrimiento de la ternura, las semanas de la zozobra, después de que ella me contara que estaba casada. Yo confiaba en que de nuevo durase unas cuantas semanas hasta la siguiente y definitiva normalidad de la vivienda común, la vida común, casados ya, quizás en Berlín Este, si el colegio y el ministerio concedían a Barbara el traslado y yo encontraba una editorial. Ésa era mi nueva idea: adquirir una de las editoriales que la RDA privatizaba y vendía.

Fuimos al registro civil e hicimos el requerimiento para leer las amonestaciones. El joven funcionario examinó mi libro de familia en mi opinión con exagerada minuciosidad.

—Así que sus padres se casaron en Neurade y usted nació en Breslau. —No paraba de dar vueltas al libro de familia—. Su madre solicitó el libro de familia en 1961. —Me miró inquisitivo—. ¿Sabe usted qué indujo a su madre a solicitarlo precisamente en esa fecha? No habría podido elegir peor momento.

Me encogí de hombros.

—¿Deseaba su madre volver a casarse? ¿Recibió alguna herencia?

—No tengo ni idea.

El funcionario del registro civil descolgó el teléfono, marcó un número, solicitó un dato del expediente de mi madre, aguardó, paciente, y confirmó con un gruñido y una inclinación de cabeza la información que finalmente le transmitieron. Después se volvió orgulloso hacia nosotros.

—Lo que suponía. Su madre perdió la documentación durante la huida. Cuando solicitó un nuevo libro de familia, nosotros escribimos al registro

civil número 1 de Berlín Este, responsable de los territorios que pasaron a Polonia y a Rusia. El registro civil no contestó, bien porque no disponía de los documentos correspondientes o porque tras la construcción del muro las demandas de información de Alemania Occidental simplemente no se atendían. Entonces su madre presentó una copia de una carta de su padre a los padres de él en la que se menciona el matrimonio. También vino una amiga que en declaración jurada afirmó que los datos declarados por su madre eran ciertos.

—¿Quién era la amiga?

—Eso carece de importancia. Lo importante es que últimamente mantenemos buenas relaciones con Polonia y podemos acceder a una documentación con la que antes no podíamos ni soñar. Escribiremos a Neurade y Breslau, y entonces recibirá usted al fin una partida de matrimonio y de nacimiento como es debido. —Nos miró radiante.

—No quiero otra partida de nacimiento, lo que queremos es casarnos.

—Lo comprendo. Pero debe entendernos a nosotros. Hemos establecido buenos contactos con Polonia; yo aprecio a mis colegas de la vecina administración polaca y todos tenemos la obligación de restablecer unas relaciones burocráticas normales que tras los años de la guerra fría por fin son posibles. Un par de semanas..., no tardará más.

—Si no existen dudas fundadas de su autenticidad, basta el libro de familia emitido en 1961. —Yo no entendía nada de derecho regulador del estado civil ni sobre el registro. Pero no podía ser de otro modo.

El funcionario me miró como si quisiera decirme: «Hasta ahora he sido amable, pero también puedo dejar de serlo».

—Es usted muy dueño de recurrir a los servicios de un abogado, si cree que será más rápido.

Barbara nos miraba alternativamente a ambos.

—¿Qué dice?

—Que no le basta el libro de familia de mamá y que va a pedir la documentación a Polonia. Que no podemos hacer nada por evitarlo...

—No. Yo no he dicho eso. He dicho...

—... que no podemos hacer nada que nos permita casarnos más deprisa. Un juicio tardaría más tiempo que el correo de ida y vuelta a Polonia.

Barbara, que no comprendía el error jurídico del funcionario ni su insolencia, le dedicó una sonrisa radiante.

—Un par de semanas..., ¿sería tan amable de acelerar el proceso? ¿Nos avisará por teléfono cuando llegue la documentación de Polonia?

Sin embargo, tardó cinco semanas en llamarme y citarme. Se me hicieron más largas que a Barbara, que riendo me explicó:

—De todos modos la diferencia entre estar o no casado no es grande. Créeme, sé de lo que hablo.

Yo sabía que estando casados no amaría más a Barbara ni estaría más seguro de ella. Pero a veces me despertaba en plena noche a su lado y volvía a acometerme el miedo que me había desvelado tantas veces antes del regreso de su marido. Quería ahuyentar el miedo.

El funcionario del registro civil me saludó con amable condescendencia.

—Tome asiento, tome asiento. ¿Esta vez ha venido sin su prometida? Está bien, quizás sea mejor. —Cogió un documento—. Usted no terminó de confiar en nuestros contactos. Pero —saboreó el triunfo— nuestros amigos polacos han hecho un buen trabajo, muy bueno. Sabemos que en septiembre de 1944 no se celebró ningún enlace con el apellido Debauer en Neurade y que en Breslau, en abril de 1945 no nació ningún Peter Debauer, pero sí un tal Peter Graf, hijo de Ella Graf, para más señas. ¿No es ése el apellido de soltera de su madre? —No esperó mi respuesta—. Todo indica que su verdadero nombre no es Peter Debauer, sino Peter Graf. Si desea usted casarse, tendrá que hacerlo con su verdadero apellido, por supuesto.

—¿Mi verdadero apellido? A mi edad no voy a cambiar el apellido que he llevado toda mi vida.

Tras un instante triunfal, el funcionario volvía a mostrarse amablemente condescendiente.

—Aunque no forma parte de mis competencias, permítame indicarle que quizás pueda adoptar el apellido que ha utilizado hasta ahora mediante un proceso de modificación de apellido. Sobre las perspectivas del proceso puedo...

—¿Que tengo que cambiar mi apellido por mi apellido?

—Si quiere expresarlo así. Se trata de cambiar su verdadero apellido por el que usted ha utilizado erróneamente hasta ahora. —Cerró el expediente y

concluyó—: Como ya le he dicho, sólo era un consejo. Al fin y al cabo, la mayoría de las mujeres cambian el apellido que han utilizado toda su vida.

OceanofPDF.com

11

Me encontraba delante del registro civil intentando recordar dónde había aparcado el coche. Tampoco me acordaba de si me había propuesto acudir a la editorial, reunirme con un autor o ir al cine con Max. Eran las tres.

Encontré el coche y me dirigí a casa de mi madre. Estaba trabajando en el jardín. Cuando me vio, se incorporó y se apartó el pelo de la cara con el dorso de la mano.

—Hola.

Llevaba los vaqueros y el jersey amarillo que se ponía para limpiar la casa, hacer una mudanza, empapelar y pintar cuando yo era un chico. Tenía buen aspecto, parecía relajada, tranquila, y si yo no hubiese conocido tan bien la expresión de amargura de su rostro, quizás la habría pasado por alto. Leí en sus ojos que ella veía en mi cara el disgusto, la decepción y el dolor que me invadían.

—He estado en el registro civil.

—¿Qué ha pasado? ¿Es que Barbara se ha echado atrás?

Yo había invitado a las dos mujeres a cenar, y se habían caído bien, o al menos eso me aseguraron después. Las dos se habían propuesto convertir el encuentro en un éxito, con aquella especie de resuelta firmeza que yo sabía que mi madre poseía y que, según advertí aquella noche, también era un rasgo de Barbara.

—El registro civil pidió informes a Polonia. No se celebró ningún matrimonio Debauer-Graf en septiembre de 1944 en Neurade ni en abril de 1945 nació ningún Peter Debauer en Breslau, sino un tal Peter Graf. De ahora en adelante, se supone que me llamo Peter Graf.

Mi madre guardó las herramientas de jardín en un cesto de mimbre y se quitó los guantes.

—¿Té?

—Todos estos años... ¿Qué me has contado todos estos años?

Soltó una risita burlona.

—Que te he contado demasiado es un reproche nuevo. Hace unas semanas era demasiado poco. —Me precedió hasta la casa, puso agua a calentar e inquirió de nuevo—: ¿Té? ¿O prefieres chocolate caliente? ¿O no sabes lo que quieres? Entonces haré un Lapsang Souchong. —Sacó la lata del armario, introdujo las hojas en el filtro de la tetera de cristal, esperó a que silbara el hervidor y vertió el agua. Me di cuenta de que meditaba lo que pensaba decirme.

—No te lo pienses tanto. Habla y punto.

Pero ella no dijo nada hasta que sacó el filtro de la tetera, puso sobre la mesa jarra, vasos y azúcar cande, sirvió el té y tomó asiento. Sacudió la cabeza.

—Te comportas como si te debiera algo. Si no tu padre, su memoria, su imagen, su historia. Pero no te debo nada. No he cometido ninguna injusticia contigo por haber fingido que tu padre y yo estábamos casados. Sólo he facilitado la vida de los dos y te he procurado abuelos que no tuvieron el menor problema en considerarte su nieto y amarte. ¿Habrías preferido crecer sin ellos? ¿Habrías preferido ser en el colegio el hijo ilegítimo, el hijo natural, el bastardo? Hoy eso carece de importancia, pero entonces te habría amargado la vida. Así que alégrate de que haya salido a relucir hoy y no entonces. —Me dirigió una mirada de rechazo, casi de desprecio—. Lo del apellido es enojoso. Pero no creo que persigan a nadie por eso. No entablarán un procedimiento de cambio de apellido. Si tú no quieres nada de ellos, ellos tampoco quieren nada de ti. Olvidaos simplemente de tu ridículo funcionario del registro, y casaos Barbara y tú en otra parte, al otro lado del Rin, junto al mar, en los Alpes, por mí, como si es en Las Vegas.

—El día que las mujeres podáis tener hijos sin padre, te daré la razón. Pero ese día no ha llegado, y sólo quiero saber de mi padre lo que sabes tú.

—Ya te dije en cierta ocasión que casi sabes más que yo. Quita la boda de lo que te he contado, y ya lo tienes todo.

—¿De dónde salió el pasaporte suizo con tu falso apellido de casada?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo sólo daba gracias por tenerlo, no me dediqué a averiguar quién, dónde y cómo lo había falsificado. En el hospital no me sirvió de nada, ellos querían ver el certificado de matrimonio. Pero a los polacos y los rusos les impresionó. No sé dónde estaría sin él. Ni tú. No te lo tomes a mal, pero cuanto más hablo, más me enfado. No quiero que seas magnánimo y me perdones, quiero tu reconocimiento por lo que hice. Te saqué de Breslau, os reuní a ti y a tus abuelos, te crié, siempre tuve una red preparada para recogerte si te caías.

—¿Qué llevó al suizo Johann Debauer a Neurade y a Breslau?

—No tengo ni idea. Me traía sin cuidado. Yo estaba sola, él era guapo, encantador, divertido, y tenía dinero..., me enamoré. Seguro que me contó algo, pero lo he olvidado. En aquella época cualquiera iba a parar a cualquier sitio.

—¿Esperabas que se casase contigo?

Ella entornó los ojos y bramó:

—Es la última de tus estúpidas preguntas que contesto. Lo esperaba todo y no esperaba nada. Sí, soñé con una vida al lado de un suizo rico que me llevara en palmitas y que quizás me brindase la posibilidad de estudiar medicina en Zurich. No, yo no esperaba el viernes despertar el sábado a su lado, ni el sábado que siguiéramos juntos el domingo. Así ocurre en los tiempos enloquecidos en los que hoy no sabes lo que pasará mañana y a menudo tampoco quieres recordar lo que pasó ayer.

Volvió a llenar los vasos de té. Después se quedó sentada, meditabunda.

—Un jueves, el día antes de conocer a tu padre, yo había ido a Neurade a visitar al tío Wilhelm y a la tía Herta. El tío Wilhelm era mi padrino, un amigo de infancia y juventud de mi madre, muy nazi, pero alegre y gracioso, y yo le tenía cariño. Él me enseñó aquel juego de los dedos que tú siempre querías que te hiciera. ¿Te acuerdas?

Unió las palmas de las manos, dobló los dedos corazón, giró las palmas de las manos una contra otra hasta que las puntas de los dedos de una mano reposaron sobre la palma de la otra, y empezó a agitar los dedos corazón que colgaban. No pude evitar reírme; era de nuevo un pequeño milagro: los dos dedos de las palmas opuestas oscilaban como un único dedo pendular.

—Sí, me reía mucho cuando estaba con ellos. Sus hijos eran mayores que yo, el varón había caído en Polonia y la hija estaba casada en Prusia Oriental. Aquel jueves, antes de llegar yo, se habían enterado de que la hija había sido asesinada junto con su marido y sus hijos por los rusos, los habían violado, mutilado, muerto a golpes, y habían quemado los cadáveres. Llegué a su casa y me encontré al tío Wilhelm y a la tía Herta en el dormitorio; él le había pegado un tiro a ella antes de dispararse él.

Me miró como si requiriera una enorme determinación para continuar.

—En un primer momento me horrorizó encontrarlos a los dos. Después me pareció atroz tener que ocuparme de todo: policía, médico, vecinos, entierro. Porque de aquellas cosas siempre se había ocupado papá. La noche fue terrible. A pesar de que se los habían llevado a los dos y yo no estaba acostada en su dormitorio, sino en el de invitados, me parecía como si yacieran a mi lado. Pero a la mañana siguiente me sentí inmensamente feliz de estar viva. Me desperté con la sensación de que tenía todo el día para mí y quería disfrutar de cada minuto. Esa noche conocí a tu padre.

OceanofPDF.com

12

Semanas antes había encontrado en una librería de viejo un libro sobre la Cruz Roja suiza en la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento no me pareció urgente su lectura. Ahora, al volver a casa, lo abrí con avidez. El libro no ofrecía la esperada visión de conjunto, sino que era el informe de un médico suizo que en 1940 había trabajado para la Cruz Roja en compañía de otros suizos en hospitales militares alemanes en Rusia. En 1940 mi padre había acabado el bachillerato. También más tarde, afirmaba el médico, se habían emprendido misiones de ese tipo. ¿Había ido a parar más tarde mi padre a la guerra entre alemanes y rusos con una misión de la Cruz Roja? Aunque casi todos los suizos que aparecían en el informe eran médicos, enfermeras y enfermeros, y mi padre había estudiado derecho, ¿había sido él uno de los escasos conductores que habían participado? Escribí a la Cruz Roja suiza preguntando si Johann Debauer había trabajado para ellos entre 1940 y 1945.

El médico informaba también de voluntarios suizos de las SS que viajaban hacia el este en un tren con el cual se topó cuando regresaba a casa, hacia el oeste. Pero si el ejército suizo no había aceptado a mi padre, tampoco lo aceptarían las SS. Era de noche. Dejé el libro, me levanté, abrí una botella de vino y me serví, puse a Schumann y volví a sentarme. Caí en la cuenta de que aquella tarde había faltado a mi cita en Maguncia con un autor. No había telefoneado a mi secretaria. Tampoco había llamado a Max, con el que había previsto una noche de cine y *pizza*. Intenté disculparme, pero nadie descolgó. Con Barbara, que estaba de nuevo en Berlín Este, donde vivía en casa de una colega, ni siquiera logré comunicar.

Me tranquilicé. Peter Graf..., ¿por qué no? ¿Como marido de Barbara, por qué no Peter Binderer? Porque me gustaba mi apellido. Establecía un

vínculo entre mis abuelos y yo muy querido para mí. El vínculo entre mi padre y yo era más sutil y menos relevante. Pero si se rompía, ¿cómo iba a quedar intacto el otro? Me di cuenta entonces de que lo que acababa de pensar no era cierto. El vínculo con mi padre era más sutil, pero no menos importante. Mi padre era un desconocido, pero tanto siendo un niño con gorro de papel y caballito de madera, como un jovencito con pantalones bombacho, un aventurero que no aguantaba en casa y sentía el apremio de correr mundo, o un seductor que hizo perder la cabeza a mi reservada madre..., me resultaba interesante y me gustaba considerarme hijo suyo y verlo como mi padre, no un padre secreto, sino público. Era una parte de mí. Por tanto debíamos llevar el mismo apellido.

Recordé al padre de un chico que había sido mi compañero de juegos en casa de mis abuelos durante un corto verano: un día me dijo que yo tenía los ojos de mi padre. Quería averiguar todo cuanto pudiese de mi padre a través de él. Como aquel día no había hecho nada en la editorial, decidí que viajaría para encontrarme con él al día siguiente.

Llegué a última hora de la mañana. Ya no recordaba el apellido, pero sí la casa. Donde residía esa familia, ahora vivía otra. Los vecinos me facilitaron el teléfono. Cuando lo llamé, dudó unos instantes pero accedió a recibirme. Quería dejar claro, sin embargo, que no tenía mucho que decir.

A última hora de la tarde estaba sentado con él en la terraza de su casa, con vistas al lago y a los Alpes. Las cosas le habían ido bien. Estaba solo; su mujer tenía cosas que hacer en la ciudad y el hijo, que seguro que se habría alegrado de volver a verme, estaba en Estados Unidos. Él también tenía que ir a la ciudad. Todo sonaba de lo más verosímil, pero al mismo tiempo era como si se alegrase de recibirme a solas.

—En 1940 mi padre tuvo que renunciar a su empleo en Francia a consecuencia de la guerra y regresar con nosotros a Suiza. Así, en el último año escolar me incorporé a una clase en la que no conocía a nadie y donde tampoco hallé amigos hasta el final. El curso, que ya había comenzado, fue breve. Todos los demás se conocían y formaban pandillas bien avenidas..., seguro que te lo imaginas. Tu padre también tenía la suya y no se interesó por mí. Pero compartíamos un trecho del camino de regreso a casa y aunque raramente volvíamos juntos, cuando lo hacíamos manteníamos interesantes

conversaciones. Al menos a mí me lo parecían; escuchaba a tu padre sin contribuir demasiado. Él estaba mucho más adelantado que yo, si en la dirección adecuada o en la falsa, eso es otra cuestión.

»Tu padre podía ser muy encantador. Quizás encanto no sea la palabra adecuada para designar su capacidad para hacer que su interlocutor se sintiera importante, especial, que disfrutaba del privilegio de su completa atención e interés. Eso propiciaba un ambiente de confianza, de intimidad, que resultaba terriblemente seductor, pero del que en el siguiente encuentro seguramente ya no quedaba nada, salvo una amable y distraída inclinación de cabeza. No creo que fingiera. Creo que estaba completamente presente en esas situaciones, no sólo en apariencia, sino en cuerpo y alma. Probaba a su interlocutor, una cosa seria que algunos no se toman en serio, pero que él practicaba con ahínco. Y si no había nada, pues no lo había. —Se volvió hacia mí con una sonrisa afable y triste que reconocí—. Observarás que tu padre me sedujo y después se desentendió de mí. Una vez, de regreso a casa, nos sorprendió una espantosa tormenta y nos cobijamos juntos bajo el alero de una iglesia, podría enseñártela, a veces paso por allí. Tu padre me interrogó: por qué me había criado en Francia, qué cosas me interesaban, qué esperaba de la vida... No sé cómo le di pie para decir lo que dijo a continuación. Que éramos una generación perdida. Que hacía diez años también había habido en Suiza un anhelo de rebeldía, una conciencia de estar en crisis, una lucha por la comunidad y una voluntad de transformar el mundo racional, mecánico de la Ilustración en un mundo orgánico, creativo y entusiasta, de enterrar el egoísmo y el individualismo imperantes con el trabajo en común, de superar las diferencias sociales, de sustituir la democracia del querer-tener por una aristocracia de la eficacia para construir un nuevo imperio del espíritu, un *Reich* de los hijos. Le entusiasaban los congresos académicos liberales de los años 1928-1931, Julius Schmidhauser, Othmar Spann, Carl Schmitt y qué sé yo quién más. Hablaba con acendrada pasión de lo sucedido diez años antes, no sé hasta qué punto en la realidad y hasta qué punto en su imaginación, y me contagió. También yo —se rió—, la persona más racional, calculadora, escrupulosa que te puedas imaginar, sentí nostalgia del compromiso total, de una vida basada en la implicación y la lucha sin tregua. Tu padre, sin

embargo, dijo que era demasiado tarde para nosotros. Que ellos habían tenido su oportunidad hacía diez años y la habían perdido. Lo que había surgido como un nuevo frente, había degenerado en un montón de partidos cortos de miras, en luchas mezquinas entre organizaciones, en un mercadeo constante de cargos, en una mala imitación de lo que hacían los alemanes e italianos, en una caricatura de la mediocridad mecánica y egocéntrica contra la que se habían alzado.

Enmudeció. Al cabo de un momento, le pregunté:

—¿Cómo había que continuar?

—Yo también se lo pregunté. Dejar de apostar por movimientos, partidos y grupos. Buscar y asumir tan sólo el compromiso total por la propia persona. O confiar en un milagro. Lo dijo como si fuera evidente, y no me atreví a continuar preguntando. Tampoco quería destruir con mis preguntas la atmósfera de confianza que había surgido o que yo había experimentado. Además, la tormenta había amainado.

—¿Se limitaron ustedes a montar en las bicicletas y marcharse a casa?

—Sí, y cuando al día siguiente, después de una noche en vela cavilando, quise abordarlo con mi entusiasmo y mis dudas, él se limitó a saludarme con una amable inclinación de cabeza y se dio media vuelta. —Esbozó otra sonrisa—. Después no volví a hablar en serio con tu padre. Él empezó la carrera aquí, pero se marchó pronto, a Alemania se decía, y yo al recordar en ocasiones su compromiso total y la «guerra total» de Goebbels tenía una sensación desagradable. Pero era una simple sensación, y mis sensaciones no son de fiar, como demuestra precisamente el encuentro con tu padre. —Volvió a exhibir su sonrisa—. Yo tampoco me fío de ellas.

—¿Podría haber estado en Alemania o en Rusia con la Cruz Roja?

Me miró. Tenía ante mí a un hombre de negocios de éxito, elegante, relajado, seguro de sí mismo, con el cabello gris, ojos tranquilos, mentón enérgico. Así es como me imaginaba a los banqueros y los empresarios a partir de las fotos de prensa, tan alejados de la vida normal y de la gente normal como los presidentes y los cancilleres federales, los cardenales o las estrellas de cine. De pronto me di cuenta de la excepcionalidad de aquella conversación, de la deferencia que él me demostraba aceptando hablar conmigo y de hasta qué punto mi padre le había impresionado. De repente

comprendí que él no sólo era capaz de sonreír con amabilidad y tristeza, sino que su rostro entero reflejaba una gran afabilidad. Apartó la mirada, como si se avergonzara.

—¿Con la Cruz Roja? Sin duda, no es descabellado. Tu padre no era médico, pero allí también se necesitaba gente, muchos estaban en el servicio de fronteras y él... ¿No padecía una lesión cardíaca que lo eximió del servicio militar? —Luego se levantó—. Que tengas mucha suerte.

OceanofPDF.com

13

Barbara se tomó con filosofía la información del funcionario del registro civil.

—Piénsalo. A lo mejor te encariñas con Peter Graf o con Peter Binder. Si no es así, iremos a Las Vegas. Hasta entonces te mudarás a mi casa.

—¿Aquí?

—Augie y yo nunca vivimos juntos aquí, si es eso lo que te molesta. Podemos cambiarlo todo, nada tiene que seguir como está. Y podemos ampliar el dormitorio con la habitación de al lado, el antiguo cuarto de la criada que la estudiante universitaria acaba de abandonar.

Yo no estaba convencido. Un amigo mío me había persuadido de que después de la reunificación Alemania tenía que promulgar una nueva Constitución con el argumento de que dos personas que se aman y quieren vivir juntas tendrían que buscar una vivienda nueva, pues ni ella podía irse a vivir a casa de él ni él a casa de ella.

—Colocaré mis cosas en el sótano, haré reformas y cuando hayan acabado, contemplaremos la vivienda renovada como si fuera a estrenar y decidiremos cómo queremos instalarnos en ella. —Barbara vio que mis vacilaciones persistían—. Me gusta este piso, es espacioso y bonito. Me encantan las habitaciones grandes y luminosas y el balcón, bajo cuyo techo dormía la siesta en mi infancia cuando llovía. En los árboles murmura la lluvia y cantan los pájaros, y hace fresco, pero para protegerte sólo tienes que taparte con una manta hasta las orejas. ¡Hazlo alguna vez!

Recordé que durante los primeros años en casa de los abuelos yo tenía que dormir la siesta y cuando no hacía mucho frío me dejaban hacerlo en la

galería. Cuando llovía, me cubrían con una manta y era justo como lo describía Barbara. Cómo había podido olvidarlo.

Transcurrieron dos meses hasta que la reforma del piso estuvo concluida. Cuando nos mudamos se unieron al fin los muebles que habíamos escogido juntos para que armonizasen entre sí: su comedor modernista y mi dormitorio de madera de cerezo, su sofá y mi sillón de piel con la mesa a juego, el espejo de su pasillo y la lámpara del mío.

El colegio y el ministerio estaban dispuestos a enviar a Barbara a Turingia, pero no a Berlín. Nuestro *land* tenía competencias para la cooperación con Turingia, pero las de Berlín Este recaían sobre Berlín Oeste. Así que busqué editoriales también en Turingia y durante unas semanas mantuve esperanzadas negociaciones tanto con una editorial berlinesa como con una de Turingia. Hasta que una gran editorial de Hamburgo me arrebató ambos negocios delante de mis narices.

La vida cotidiana continuó, pues, como siempre, con tratados y manuales jurídicos, comentarios y la revista. De vez en cuando llegaban a la editorial tesis doctorales y trabajos de habilitación, ensayos nacionales y extranjeros, para que los publicásemos, y yo quería hacer una selección para crear una nueva colección. También me apetecía crear otra revista, de publicación trimestral, con artículos más profundos y extensos. Pero la dirección de la editorial se negaba; según ellos, las publicaciones jurídicas con pretensiones podían poner en peligro la oferta existente de libros de consulta de derecho, que se vendían sin riesgos ni sobresaltos. Finalmente aquella nueva forma de encarar el trabajo, más activa, con la que había empezado a fantasear en su día durante el vuelo de regreso de Berlín a Frankfurt, se quedó en nada.

Al principio eso me dio igual. Yo era demasiado feliz con Barbara. Feliz cuando nos levantábamos y nos duchábamos a la vez, cuando nos lavábamos los dientes o nos peinábamos, cuando ella se maquillaba mientras yo me afeitaba a su lado, cuando desayunábamos juntos hablando de lo que había que comprar, de los recados pendientes o de lo que haríamos por la tarde, cuando llegaba a casa y ella ya estaba allí y se levantaba de su escritorio y me rodeaba el cuello con sus brazos, o cuando ella aún no estaba en casa y yo hacía cosas deseando que ella llegase,

cuando salíamos por la tarde o cuando nos quedábamos en casa, cuando nos íbamos juntos a la cama y durante las noches en que me desvelaba y oía su respiración, y sólo tenía que alargar el brazo, volverme o acercarme a ella un poco para notar su contacto, acurrucarme a su lado o despertarla. A veces Barbara me tomaba el pelo:

—¿Estoy a punto de casarme con un pequeñoburgués? A ti te encantaría pasar todas las tardes sentados en casa, leyendo, escuchando música, viendo la televisión y hablando, y a lo sumo dar un paseo por la orilla del río —reía, y yo la secundaba.

—También podríamos pasear por el monte.

De habérmelo pedido, la habría acompañado todas las tardes al cine, al teatro o a un concierto o habríamos salido con amigos. Lo que me complacía no era quedarnos en casa, sino la rutina amorosa. La vida con mi madre había consistido en la rutina mejor organizada y pragmática que podía imaginar, pero había sido fría. También mi vida en soledad había sido siempre rutinaria: en mi casa no se funde una bombilla sin que haya preparada otra de repuesto, se renuevan las provisiones antes de que se hayan gastado, los aparatos rotos se llevan inmediatamente a reparar, es imposible que un traje que me quiera poner no esté limpio o una camisa no esté lavada y planchada, y yo trabajo con tal concentración que, aunque planeo mucho trabajo para un solo día, he hecho por la tarde lo que me proponía. Pero a pesar de que necesito esta rutina de la eficiencia, a pesar de que los años vividos con Veronika y Max fueron difíciles en parte porque fueron años de caos, la verdad es que al atardecer de mis días eficientes y rutinarios nunca me sentía realmente satisfecho. Una sensación de frialdad se apoderaba de mí. Sólo las semanas con Max, como antaño las vacaciones con mis abuelos, habían unido ambas cosas: rutina y calidez. Ahora había encontrado la rutina del amor... ¡y no podía haber hallado nada mejor!

Al cabo de una temporada, sin embargo, la dicha de la rutina con Barbara me hizo experimentar con especial intensidad la desdicha de la rutina en la editorial. Era infeliz. Tenía que obligarme todas las mañanas a acudir al trabajo, a sentarme al escritorio, a leer y contestar el correo, a hacer informes de los manuscritos. De hecho, lo peor no era la sucesión

repetitiva de estos actos, sino saber que no había ningún cambio en perspectiva.

Sin embargo, ocurrió. Y de manera diferente a como me lo había imaginado. No transformó mi trabajo, pero me hizo despedirme de él. Cambió mi vida.

Lo desencadenó el más cotidiano de los sucesos cotidianos en el trabajo de un responsable de edición: la recepción de un texto con la pregunta de si tendría interés en su publicación. Que la petición no llevara adjunto un manuscrito, sino un libro, no hacía menos cotidiano el suceso; pues así sucede con los trabajos ya editados en inglés y que han de traducirse al alemán. Como la idea de una colección en la que quizás habrían tenido cabida obras semejantes había sido desechada, no me ocupaba mucho de aquellas solicitudes. La secretaria las contestaba con una misiva estándar. Pero me las enseñaba.

Por eso estaba sobre mi escritorio. Un libro publicado por Cambridge University Press, cosido, con tapa dura y sobrecubierta. La sobrecubierta mostraba en azul pálido la imagen borrosa de un barco antiguo con las velas hinchadas y los remos hundidos en el agua. El autor, el título y la editorial aparecían impresos en letras azul oscuro. Leí el título: *The Odyssey of Law*. Y el nombre del autor: John de Baur.

OceanofPDF.com

El libro iba acompañado de una crítica del *New York Times*, que también informaba sobre el autor. Era un abogado demasiado revolucionario para prosperar en una de las famosas Law Schools, pero de la suficiente relevancia como para dar clase en la Universidad de Columbia, no en la Law School pero sí en el departamento de ciencias políticas. Era discípulo de Leo Strauss y de Paul de Man, fundador de la Deconstructionist Legal Theory. Durante mucho tiempo había influido más con sus actividades que con sus publicaciones; sus seminarios de los martes eran legendarios. *The Odyssey of Law* era su primer libro desde *With Rousseau at the Opera*, su innovadora interpretación de la obra filosófica de Rousseau a partir de la composición de sus óperas de juventud. Yo no podía imaginar el significado de la Deconstructionist Legal Theory, no conocía ni a Strauss ni a De Man y tampoco sabía que Rousseau había compuesto óperas. Abrí el libro.

El prólogo no hablaba sobre derecho, sino sobre la *Odisea*. La describía como el paradigma primigenio de todas las historias de regreso. En todas sus aventuras, errores y dudas, en todos sus fracasos y éxitos, Ulises se mantiene fiel a sí mismo hasta que halla el camino a casa. Allí le espera una arrogante hostilidad, pero también el amor fiel y, además, el arma con la que vencer la hostilidad para que el amor se realice.

Seguí hojeando y encontré fragmentos de una historia del derecho. Hablaba del derecho mítico y del derecho épico, del derecho mágico y del racional, y de la justicia punitiva y la justicia retributiva, del poder legítimo, del interés colectivo y la felicidad individual como objetivos del derecho. Un capítulo trataba de los ciclos del derecho: los grandes ciclos, en los que el derecho se pone sucesivamente al servicio de un objetivo tras otro, hasta que vuelve a comenzar por el primero, y los pequeños ciclos, en los que el

tejido del derecho no deja nunca de tejerse y destejarse, como la tela de Penélope. Afirmaba que las sociedades que no deshacen nunca el entramado del derecho, sino que lo tejen cada vez más tupido, acaban asfixiándose en él.

Encontré capítulos sobre el papel que juegan en el derecho la verdad y la mentira, el racionalismo y la ideología. Decía que con mucha frecuencia las verdades eran mentiras y las mentiras verdades y que el racionalismo, cuando destruye la visión del mundo propia de una ideología, no hace sino dejar espacio para que se desarrolle otra. Eso no significaba que la verdad y la mentira no existieran, sino que somos nosotros quienes creamos los conceptos de verdad y mentira, y que es a nosotros a quienes corresponde decidir qué es cierto y qué es falso; como también decidir qué está bien y qué está mal, y si el mal tiene que campar libremente o debe estar al servicio del bien. Eso no significaba en absoluto que esta decisión la tomemos libremente. De Baur menospreciaba la exigencia de honestidad intelectual, ya que consideraba que la honestidad, en una decisión que no tiene consecuencias, es superflua, y en una decisión que sí las tiene, no es suficiente. La decisión de poner el mal al servicio del bien, exigía, según él, la disposición de exponerse uno mismo al mal.

Muchas cosas se me escapaban, porque leía demasiado deprisa, porque no podía concentrarme y porque no conocía las teorías y debates en que se basaba De Baur. Pero comprendí que volvía a encontrarme delante de la «norma de hierro». La disposición a exponerse al mal como justificación para practicarlos: no era otra cosa.

Entre estas disquisiciones, me topé con una historia del canto XXIV de la *Ilíada*. Cuando Aquiles mata a Héctor, el anciano Príamo, rey de los troyanos y padre de Héctor, acude al campamento de los griegos y pide a Aquiles el cadáver de su hijo. Aquiles, por lo demás cruel y despiadado, se compadece del anciano, le entrega el cadáver e intenta consolarlo. Le dice que Zeus tiene dos barriles en el lindar de su puerta, uno del Bien y otro del Mal. Aquel a quien Zeus sólo le da del barril del Mal está condenado a la perdición; en cambio, aquel a quien da una mezcla de los dos barriles tendrá a veces buena y a veces mala fortuna. De Baur vuelve a encontrar esta imagen de los dos barriles en Platón. En la *Politeia*, Sócrates habla del bien

y del mal y discute sobre si Zeus tiene en su lindar realmente dos barriles o sólo uno: el barril del Bien. Sócrates cita literalmente el pasaje de la *Ilíada*, pero comete un error. Cita como si no estuviera condenado a la perdición el que sólo recibe del barril del Mal, sino aquel que recibe de un solo barril. Aquel al que Zeus no dispensa una mezcla de ambos, sino sólo de uno de los dos, ya sea el del Bien o el del Mal, le perseguirá una desdicha en la divina tierra que le corroerá el corazón. Esto es para De Baur el punto de inflexión hacia la filosofía. A diferencia de la religión, la filosofía parte de la equivalencia entre el Bien y el Mal. El Bien sin el Mal es tan poco adecuado para el ser humano como el Mal sin el Bien.

OceanofPDF.com

15

Soy una persona lenta. No salto de alegría cuando me sucede algo extraordinario ni pierdo los papeles cuando me acontece algo malo. No es que me domine. Es que tomar conciencia emocional de un acontecimiento, ya sea venturoso o desgraciado, me cuesta su tiempo. Al principio lo registro sólo como una verdad intelectual que no me impide continuar con mi trabajo, regresar a casa como de costumbre o acudir al cine según lo acordado.

Terminé la redacción final de la revista, revisé los títulos, las correcciones y la compaginación y repasé el índice. Pero no estaba concentrado, ni tampoco después del trabajo, cuando me fui con Max al cine y a la pizzería. Me apresuré a regresar a casa para proseguir la lectura del libro con la misma premura y la misma falta de concentración con que había trabajado en la editorial. Se hacía tarde y yo, fatigado, luchaba con el sueño. Pero tenía que leer entero aquel libro que sólo entendía a medias. Simplemente, tenía que hacerlo. A veces, incluso resultaba sencillo.

El asesinato, si prescindimos de todos los ingredientes, la premeditación, la alevosía y el encarnizamiento, es poner fin a la vida de un ser humano sin su voluntad. Sin su voluntad, no contra su voluntad, pues engañar o romper esta voluntad ya supondría alevosía o encarnizamiento. En su forma pura, el asesinato es la conclusión de la vida de un ser humano durante el sueño.

Un ser humano pierde su vida. Un ser humano sacrifica su vida. Un ser humano comete una acción enloquecida, desesperada o valiente que le cuesta la vida. Un asesino le roba la vida a un ser humano.

Hablamos de ello como si después del acto el ser humano sin vida estuviera delante de nosotros, de pie. Sin vida pero de pie. Como si se frotara los ojos perplejo por haber perdido la vida. Como si pudiera indignarse porque le han robado la vida. Como si pudiera llorar su propia muerte.

Pero ya no existe. No está perplejo, ni indignado ni llora ninguna muerte. Ya no sufre lo que sufrió en vida: soledad, enfermedad, pobreza y estupidez. Tampoco sufre su muerte. El ser humano nunca sufre por su muerte: ni antes de morir, porque todavía vive, ni después de morir, porque ya no existe. El ser humano tampoco sufre el asesinato: antes del asesinato todavía vive, después del asesinato ya no existe. La muerte y el asesinato son la transición de un estado beneficioso para el ser humano hacia un estado diferente pero igualmente beneficioso. ¿Pues qué podría no serle beneficioso cuando ya no existe? Sin sujeto, los predicados no tienen patria ni sentido.

No castigamos al asesino porque haya acabado con la vida de un ser humano sin su voluntad. ¿Qué habría en ello de punible? Castigamos la alevosía y el encarnizamiento con que se ha cometido la acción, es decir la decepción y el dolor que ha infligido a la víctima antes de su muerte. Pero ¿por qué castigamos el asesinato también sin esos ingredientes, es decir el asesinato en estado puro? No es por la víctima, sino por los demás. Por la mujer que ha perdido al marido, por el hijo que ha perdido al padre, por el amigo que ha perdido al amigo. Por todos aquellos que apreciaban a la víctima y se les ha arrebatado. Por el orden del mundo, que necesitamos y en el que confiamos; un orden que exige que la vida y la muerte tengan su tiempo natural.

Por ello se explica que el suicidio sea pecado y delito su tentativa; porque supone un robo a los demás semejante casi al asesinato. Por ello en la antigüedad un asesinato se castigaba según el valor que la vida de la víctima tenía para los demás: la vida del hijo y de la hija para el padre o la vida del esclavo para el amo. Por ello durante mucho tiempo se castigó con menos severidad al blanco que había asesinado a un negro que al negro que había asesinado a un blanco. No porque como autor del crimen se hubiera ganado cierta indulgencia, sino

porque su víctima tenía menos valor. Por ello se cometieron tantos genocidios con tan buena conciencia: no dejan vivo a nadie que pueda reivindicar que le han arrebatado a la víctima. El requisito para ello es que el pueblo objeto de genocidio esté aislado, que no esté incluido junto con otros pueblos en el orden de un mundo y que su asesinato sea radical.

¿Cuántos pueblos, cuántos seres humanos incluye un mundo? Qué dimensión damos a los mundos en que vivimos y cómo configuramos sus órdenes es asunto nuestro, no del asesino. Él no comete el asesinato, lo cometemos nosotros.

OceanofPDF.com

16

Me desperté cuando Barbara me sacudió agarrándome por el brazo. Sentada a mi lado en el sofá, con el libro encima de las rodillas, me miraba atónita.

—Esto es perverso.

Consulté el reloj. Era la una y media.

—¿Dónde has estado?

—Después del ensayo hemos ido al Sole d'Oro. Después de comer y beber, nos hemos dedicado a rehacer la puesta en escena desde el principio.

Me miraba entusiasmada por la velada con los amigos y colegas del grupo de teatro y contrariada por lo que acababa de leer; la veía tan despierta, tan vivaz, tan apasionada, que me resistía a creer que iba a ser mi mujer.

—Nunca habías leído tanto rato como para quedarte dormido. ¿Qué libro es ése? —Miró las páginas sobre las que me había quedado dormido y que ella acababa de leer.

Me levanté.

—¿Te apetece una infusión? ¿Té verde, té de menta, manzanilla?

Ella asintió. Me dirigí a la cocina, puse el agua, llené el colador con las hojas y lo colgué en la tetera.

Barbara me siguió con el libro en la mano.

—John de Baur. ¿Lo conoces?

—Creo que es mi padre. Cuando fue a Estados Unidos debió de cambiar el apellido Debauer por De Baur. O se procuró aquí el pasaporte correspondiente. Era bueno en ese tipo de cosas; a mi madre le consiguió en Breslau un pasaporte suizo, no sé si por medio del jefe regional nazi, de la oficina central de seguridad del Reich o pagando. Durante una temporada se hizo llamar Vonlanden, y después Scholler. Antes de la guerra escribió para

los nazis; después, para los comunistas. La novelita sin la cual no nos habríamos conocido también es obra suya.

—Pero ¿no te contó tu madre que tu padre había muerto? ¿No lo presencié ella?

—Se equivocó o me mintió..., no sería la primera vez.

Barbara me puso la mano en la espalda.

—Dios Santo...

Cuando el hervidor pitó, vertí el agua en la tetera. Barbara me miró, inquisitiva.

—¿Te alegras de que haya finalizado tu búsqueda? ¿Te inspira curiosidad tu padre? ¿Ira tu madre? Yo soñaba de pequeña que era una niña abandonada y que mis verdaderos padres eran reyes o, más tarde, estrellas de cine, artistas o millonarios. Podrías tomártelo de manera parecida, ¿no crees?

—Yo no tuve esos sueños infantiles, Barbara. Pero lo intentaré.

¿Tenía que intentar ver en De Baur al rey poderoso que me arranca de mi miserable destino? Mi destino no era miserable.

Ella dio vueltas al libro.

—Lástima que no incluya ninguna foto suya.

—Lee la nota que aparece al final. Por lo visto, en Estados Unidos es importante y famoso.

Barbara leyó en voz alta lo que yo ya había leído.

—No entiendo nada. Pero no suena mal, ¿verdad?

—Acabas de decir que lo que escribe es perverso.

Me irritó el cambio de opinión de Barbara, su interés por John de Baur y que hubiera leído la nota en voz alta. ¿Por qué no lo había leído para sí?

—Sí, lo que he leído es perverso. —Sirvió la infusión, añadió miel y removió—. ¿Nos llevamos la infusión a la cama?

Pero una vez acostados yo no lograba conciliar el sueño. Barbara se había acurrucado junto a mí, su cabeza junto a mi hombro, el pecho y el brazo derechos sobre mi pecho, la pierna derecha sobre mi vientre. Cuántas noches había disfrutado del peso de su cuerpo sobre el mío, como si aquello me mantuviese aferrado a la tierra. Ahora sin embargo me molestaba, se me antojaba excesivo, demasiado oneroso, demasiado próximo. Además

Barbara dormía demasiado bien para mi gusto. ¿Acaso no le preocupaba cómo me sentía? ¿No podía permanecer en vela hasta que yo me durmiese? Deseé yacer en mi propia cama, a solas con mi enfado. No me sentía humillado porque mi padre hubiera desaparecido y no se hubiera ocupado de mí, ni decepcionado porque a las mentiras de mamá quizás se añadiera otra peor que las demás. No estaba triste sino furioso, sentía una furia obstinada, que sin embargo no era capaz de dirigir contra quienes la habían provocado. ¿Qué podía hacer? Tomarme unos días libres, volar a Nueva York y proyectar mi furia contra un anciano que seguramente aprendió a olvidar su pasado... Ridículo. Enfrentarme a mi madre y volver a sonsacarle una pizca de verdad, justo la que ella se vea obligada a revelar a la vista de lo que yo ya sé de todos modos... Inútil. Yo no quería descargar mi furia sobre Barbara, ni envenenar nuestra relación, ni dirigirla contra mí mismo. Pero ¿qué hacer con ella?

OceanofPDF.com

También dormí mal las noches siguientes. Al enfado de la primera noche acabaron sumándose la humillación y la decepción, y yo sentía una agresividad intratable que no se dejaba calmar ni anestésicar. No es que creyera que habría sido un niño más feliz de haber sabido que mi padre vivía pero no quería saber nada de mí. Ni que más tarde habría sido más feliz si hubiera podido decidir si le pedía explicaciones o no. Ni que habría vivido de otro modo de haber sabido que él vivía..., salvo que no habría buscado al autor de la historia de Karl. Ni que le habría escrito, le habría visitado, le habría preguntado sólo por el desenlace de la historia de Karl. Pero todo eso no disminuía mi agresividad.

De la biblioteca de la universidad saqué en préstamo libros sobre el deconstructivismo y en especial sobre la Deconstructionist Legal Theory. El deconstructivismo propugna desligar el texto de lo que el autor ha pretendido decir con él y fundirlo con lo que el lector ha extraído de él; va incluso más allá al afirmar que no existe la realidad como tal, sino únicamente los textos que escribimos y leemos sobre ella. Eso no se ajusta a la pretensión de obligatoriedad de las reglas jurídicas y morales. Si se quería a pesar de todo conciliar ambas cosas, sólo era posible mediante un giro existencialista. Un artículo opinaba que De Baur y la Deconstructionist Legal Theory preludiaban un renacimiento del existencialismo. A lo mejor habría debido leer también sobre el existencialismo, pero ya tenía bastante. Por lo que había entendido, si en un texto no se trata de lo que opina el autor, sino de lo que lee el lector, el responsable del texto no es el autor, sino el lector. Si la realidad no es el mundo exterior, sino el texto que escribimos y leemos sobre ella, los asesinos no son responsables de los asesinatos que cometen, tampoco las víctimas, que ya no están, pero sí los

coetáneos que lamentan y castigan el asesinato. Yo no entendía aún cómo, en un giro existencialista, se desprendía de aquí la exigencia de la disposición a exponerse personalmente a aquello a lo que uno expone a los demás. Pero cuando es muy probable que eso afecte a los demás y muy poco probable que le afecte a uno mismo, ¿qué valor tiene esa disposición?

Mi padre se había mantenido fiel a sí mismo. Con la facilidad frívola que me había gustado en su novela y que me había asustado en sus cartas a Beate y sus artículos sobre la guerra, aquí hacía malabarismos con la realidad y su representación, con el papel del autor, del lector, del criminal, de la víctima y de sus coetáneos, y con la responsabilidad. Me imaginaba también los artículos que había publicado en el *Nacht-Express*: en la línea que le marcaba el comandante de la administración militar soviética, pero con su propio estilo, a veces alabando lo que debía ser censurado, a veces censurando lo que merecía elogio, y en ocasiones elevando el poder al cual servía al rango de principio ético. ¿Qué quedaba al final? ¿Al final de aquella vida y al final de *The Odyssey of Law*?

No me gustaba mi padre ni tampoco sus teorías, que lo exoneraban de cualquier responsabilidad: de la responsabilidad de sus escritos y de sus actos. Al mismo tiempo me fascinaba cómo había caminado por la vida, siempre comprometido con lo que pasaba en el mundo y a la vez siempre escapándose para, al final, desarrollar una teoría que justificase su andadura vital. Su ligereza frívola me fascinaba, y ni siquiera condenarla me resultaba tan fácil como me habría gustado. Yo mismo había estado sentado demasiado cómodamente, con demasiada ligereza y demasiado frívolamente, en la sala de espera de la historia.

No, no me gustaba mi padre. Pero eso tampoco mitigaba mi agresividad. No me consolaba no haberme perdido nada con un padre que no me gustaba. Precisamente el hecho de que aquel padre, que no se había ocupado nunca de mí, no hubiese pensado en nadie más que en sí mismo, me ponía especialmente agresivo.

La conversación con mi madre fue breve:

—Para mí está muerto —dijo ella.

—¿Volvisteis a veros después de Breslau? ¿Te encargó él que te trasladases aquí? ¿Te prometió que vendría? ¿Contactó con sus padres

después de la guerra? ¿Te escribió desde Estados Unidos?

—Para mí está muerto.

Barbara esperó semana y media. El domingo preguntó durante el desayuno:

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo?

—Ya no hacemos el amor.

—Antes también...

—No, nunca hemos estado más de dos o tres noches sin hacer el amor.

Lo dijo como si yo la hubiera hecho infeliz por egoísmo y malicia. Como si yo mismo no fuera infeliz. Me enfurecí.

—No hemos hecho el amor durante años.

—Estás loco —soltó, desconcertada.

—Yo...

Se levantó.

—¿Me echas en cara los años que estuvimos separados? ¿He de disculparme para alcanzar tu perdón? Estás como una cabra.

Salió de la cocina, pero en la puerta se volvió. Vi que se esforzaba por no perder el control. Vi también el hoyuelo encima de la ceja izquierda.

—No hacemos el amor. No me haces arrumacos. No hablas. Por las noches estás como un palo. Cuando me despierto en plena noche, estás sentado al escritorio, y si me acerco y pregunto qué pasa, pones cara de tormento. Llevo esperando dos semanas a que hables..., ¿cuánto habré de esperar aún?

—Sólo ha sido semana y media...

Intentó decir algo, pero cambió de idea, sacudió la cabeza con un ademán de rechazo y abandonó la cocina y el piso. No dio ningún portazo, sino que dejó todas las puertas abiertas, como si cediera nuestra casa al viento, que podía atravesarla soplando, meter lluvia, nieve, polvo y hojas y reducir a ruinas nuestro hogar.

Escuché el sonido de sus pasos. Después me levanté, cerré las puertas y quité la mesa. Sabía que había sido injusto. Y que volvería a serlo. No podía librarme de mi agresividad y la descargaba en quienes podía: en Barbara y

en mí. No era capaz de estallar, sólo de infligir pequeñas maldades. Pero también éstas terminarían causando un daño irreparable.

No sabía qué hacer: ni con Barbara, ni conmigo mismo, ni con el domingo ya iniciado. Estaba atrapado en una trampa y no sabía cómo escapar. Sentado en el balcón, escuché las campanas tocando a misa y una hora después, el final. Me dormí, desperté al cabo de unas horas con los miembros entumecidos y empecé a preparar la cena, a pesar de que aún era demasiado temprano. Ansiaba que llegase la hora de cenar, que viniera Barbara y cenásemos juntos.

Llegó muy tarde y se mostró distante. Pero escuchó lo que dije sobre mi enfado, mi humillación, mi desilusión, mi agresividad y sobre la trampa en la que estaba atrapado, y cuando estábamos en la cama y la solicité, no me rechazó. Fue una amante fría, pero cuando estábamos a punto de dormirnos me abrazó de nuevo. Eso me hizo feliz. Al mismo tiempo sabía que no había escapado de mi trampa, pero debía hacerlo si quería que las cosas fuesen bien entre nosotros.

Ya no volvimos a pelearnos. Yo reaccionaba con agresividad a todo lo habido y por haber: al cordón de los zapatos que se rompía al atarlo, al limpiaparabrisas que limpiaba mal, a los pasajeros que bloqueaban la escalera del andén, a la secretaria que había olvidado escribir una carta, a mis manos, demasiado torpes para cambiar la correa del reloj. A veces explotaba por nimiedades de la vida diaria. Pero no estaba agresivo con Barbara. Nos acostábamos juntos, nos hacíamos arrumacos y hablábamos sin parar.

Un buen día mi madre me visitó en la editorial. Nunca lo había hecho, y me pidió que le enseñara todo aquello. Lo contempló con asombro y admiración, para demorar el objeto de su visita. Al final tomamos café en mi despacho.

—Sí, me dijo que viniera aquí cuando acabase la guerra y que él también vendría. Porque si no, yo me habría trasladado enseguida al campo, a un pueblecito o a una granja. —Hizo una larga pausa, pero no la apremié. Había venido porque lo consideraba su deber, y cumpliría ese deber—. Se presentó en otoño de 1946. No sé cómo dio conmigo, pero ya me había encontrado en Breslau..., eso lo sabía hacer. Me ofreció un trato: si confirmaba que él estaba muerto, seríamos sus herederos, yo por ser su esposa y tú por ser su hijo, y tendríamos suegros y abuelos suizos. Acepté por ti, pero también por mí, y escribí a sus padres contándoles que había presenciado cómo lo mataban de un tiro, y que tenía una carta dirigida a ellos que les adjuntaba. En la carta les decía que nos habíamos casado. — Me lanzó una mirada gélida, pero me di cuenta de que mi madre no sólo pretendía refrenar cualquier manifestación emocional ante mí, sino sobre todo mantener la distancia respecto a sus propias emociones. Después se

permitió una ligera sonrisa—. ¿Comprendes ahora por qué no me apetecía ver a los abuelos?

—¿Por qué quería marcharse papá?

—Adujo que estaba en peligro y que no podía dejarse atrapar, tenía que esconderse y emigrar. No le creí; un hombre que en los últimos meses de la guerra anda por ahí vestido de *tweed*, con camisa azul y corbata de lunares, no corre peligro. Aunque cuando vino a verme vestía los restos de un uniforme. —Se encogió de hombros—. Se quedó de dos a tres meses, diez semanas para ser exactos, y una noche, cuando regresé a casa, se había marchado.

—¿Me conoce?

—Mientras yo trabajaba, él se ocupaba de ti. No salía mucho. Esperaba documentación falsa, un visado, un pasaje para el barco..., no sé. Estaba en casa, cuidándote y escribiendo novelas. Para que yo pudiera venderlas y ganar un dinero adicional.

—¿Me conoce! —Estaba tan furioso que no sabía dónde meterme.

—Le habrías perdonado que abandonase a su novia embarazada, pero a su hijo...

Al percibir la sorna de mi madre, supe que tenía razón. Pero aquello no cambiaba nada; que me hubiera visto, cuidado, hablado y jugado conmigo, abandonándome a pesar de todo, era una humillación mucho más profunda que ser abandonado antes de nacer. Yo había sido para él no una mera abstracción, sino una persona, sin duda no menos merecedora de amor que Max. Había hecho con su propio hijo lo que yo no había sido capaz de hacer con el hijo de mi novia después de conocerlo: negarle un lugar en su vida y en su corazón.

No volví a cometer el error de descargar mi rabia con Barbara. Me contuve. Sólo con episodios como los de los cordones rotos, las cartas olvidadas y las manos torpes notaba yo con el correr de los meses cuánto trabajo me costaba eso. Pero no sabía qué era capaz de hacer si no me contenía.

En verano surgió de nuevo la posibilidad de adquirir una editorial, pero el proyecto fracasó una vez más. La editorial Trottsche, de la que me habían atraído su antigüedad, su catálogo, que incluía desde filosofía hasta poesía,

y el hecho de que tuviera su sede en Potsdam, fue a parar de nuevo a una gran cadena de librerías, y el proceso volvió a ser el mismo: las negociaciones, que al principio transcurrían bien, se paralizaron; después mi interlocutor ya no descolgaba el teléfono, y finalmente una secretaria se asombró de mi llamada porque la editorial se había vendido una semana antes.

No es que el verano no hubiera sido bello. Barbara volvía a apremiarme para viajar los fines de semana, igual que antes, y fuimos hasta el Báltico, a Wismar, Rostock y Greifswald, a la península de Darss, a la región de Oderbruch, y a la ciudad de Görlitz remontando el Neisse y el Elba. Vimos monotonía y miseria, pero también pueblos encantados y calles flanqueadas por hileras de casas que sobrellevaban con enorme dignidad las cicatrices de la historia. En las carreteras que recorrían el país, bordeadas por árboles, el tiempo se había detenido; sólo en raras ocasiones nos cruzábamos con un tractor, con un Trabant, con un camión, y si parábamos y salíamos no oíamos otro sonido que los pájaros y el viento. Cuando las máquinas segadoras recorrían los campos, las cigüeñas caminaban torpemente en pos de ellas.

También para Barbara y para mí era como si el tiempo se hubiera detenido. Primero ensayamos los antiguos rituales, dispuestos a abandonarlos en el acto si nos parecían inadecuados. Pero resultaban gratos. Los empujones lúdicos cuando utilizábamos juntos el cuarto de baño, el baile en el trayecto del dormitorio al baño, las poesías de Gernhardt, los silencios compartidos... funcionaban igual que antes, como si nunca se hubieran interrumpido.

19

Una noche empecé a hablar. Sin habérmelo propuesto ni haberme preparado. A lo mejor el asunto me desbordaba y no podía guardarlo para mí solo.

—Si viajamos juntos, todo irá bien. Pero incluso entonces habrá momentos en que tendré que contenerme con todas mis fuerzas para no perder los estribos. ¿Te acuerdas de cómo esta tarde hemos tenido que viajar media hora detrás de ese tractor que no me quería dejar pasar? ¿O de cómo ayer no pudimos sentarnos a una de las mesas vacías porque el camarero sólo quería servir las mesas ocupadas? ¿O cómo hoy por la mañana has abierto y cerrado tres veces la bolsa de viaje porque habías olvidado algo? Este tipo de situaciones me desquician y me dejan exhausto porque deseo y necesito reprimir mis impulsos enloquecidos. —Tomé su mano—. Es así desde que sé lo de mi padre. Como si la furia que no le alcanza a él buscara otras válvulas de escape. Sé que muchas veces no te resulta fácil convivir conmigo, y lo siento. Tampoco se trata sólo de mi padre. Desde que sé que con él las cosas no funcionan, también me doy cuenta de las cosas de mi vida en general que no funcionan. Por eso me ha afectado tanto no haber conseguido la editorial. Habría sido un punto de partida, un comienzo. Por fin me habría lanzado y habría aceptado el riesgo de vivir. Tengo la sensación de que he vivido siempre en retirada o dispuesto a retirarme a la mínima dificultad.

Me incorporé. La luna iluminaba la habitación y me permitía ver el rostro de Barbara vuelto hacia mí. Resplandecía, claro.

—Lo mejor que he hecho en mi vida fue hablarte después de aquel vuelo. Y lo más estúpido que haga en mi vida quizás sea abandonarte y viajar a América, pero he de hacerlo. Tengo que despedirme de la editorial

el 1 de septiembre, trasladarme a Nueva York y pedir explicaciones a mi padre. Tengo que pedirle explicaciones, no sólo hablarle y dejar que se me quite de encima. Me haré pasar por investigador de la Universidad Humboldt que está trabajando en no sé qué y para el que sería un gran honor y muy fructífero asistir a sus actividades. Ya pensaré cómo sigo después.

—Y querrás que yo te espere aquí.

—Acompáñame, Barbara, despídete también y ven conmigo.

—Sabes que no puedo. —Se incorporó—. ¿Y qué haré con mi nostalgia de regresar a casa día tras día y sentirme en mi hogar? Tú despertaste esa sensación. Tú quisiste satisfacerla. ¿No fue ésa tu promesa desde el principio?

—Lo siento, Barbara. Volveré.

—No quiero esperar a mi marido. Ya lo hice demasiado tiempo.

—Me daré prisa.

Ella sacudió la cabeza. Al cabo de un rato empezó a llorar. A pesar de todo, dejó que la tomara entre mis brazos. Si hubiera podido llorar, habría llorado con ella.

OceanofPDF.com

Quinta parte

OceanofPDF.com

1

En Nueva York lloviznaba. Los limpiaparabrisas trazaban estrías sobre el cristal del taxi amarillo, y en las ventanillas laterales se acumulaban las gotas. A veces el viento hacía emigrar a una que dejaba un rastro hasta que se deshacía o se fusionaba con otra. Los coches encendieron temprano los faros y los rayos de luz se multiplicaban al chocar contra esas estrías y esas gotas. La lluvia arreciaba. Ya apenas se veía. Pero al cruzar un puente la ciudad se alzó brillante ante el cielo oscurecido por la lluvia y la noche.

Barbara me había encontrado una habitación barata con un par de llamadas. En Riverside Drive. Aunque me había comunicado que la habitación daba al patio, mi fantasía se aferró a una habitación con vistas al río hasta que, ya en la puerta, divisé por la ventana un muro a escasos metros de distancia. Deshice el equipaje y me instalé. En Alemania era más de medianoche, y yo estaba cansado pero desvelado. Me dirigí a pie a la universidad. La lluvia había cesado. La gente se apresuraba en las aceras intentando recuperar el tiempo perdido por culpa de la lluvia. También en la entrada de la universidad había estudiantes y profesores deseosos de entrar y salir, repartidores de propaganda y vendedores de paraguas. El campus estaba oscuro y tranquilo; los edificios circundantes lo protegían del estruendo de las calles, el césped estaba vacío y las personas se perdían por los senderos y los amplios peldaños que ascendían hasta un edificio con columnas y cúpula. A la luz de las farolas, escudriñé con atención a todo aquel que se cruzaba en mi camino. ¿Sería él?

Sabía que el departamento de ciencias políticas estaba detrás del campus, en un edificio alto y moderno. Lo encontré, al igual que el piso de los despachos de los profesores. John de Baur..., ¿por qué me afectó leer su nombre en el letrero? ¿No había venido para encontrarlo? Al abrirse una

puerta me marché sin esperar la llegada del ascensor ni de la persona cuyos pasos resonaban en el pasillo. Utilicé la escalera.

De regreso a casa comí en un chino e hice algunas compras. De repente me sentía tan cansado que todo se me antojó irreal: los múltiples pasillos, estantes y productos del supermercado, las ruidosas conversaciones de los clientes en la cola delante de la caja, el aire del exterior húmedo, caliente, pesado, que me envolvía como un manto, los anuncios desconocidos, las señales de tráfico y los letreros de las calles, los enormes camiones y los aullidos de las sirenas de la policía y de las ambulancias. Delante de la puerta de mi casa alcé la vista al cielo. Estaba claro, divisé las estrellas y los aviones, que se sucedían tan pegados titilando en rojo y blanco que aún no había desaparecido uno cuando se presentaba el siguiente. Aquella hilera de aviones también tenía algo de irreal. ¿Adónde iba toda aquella gente? Y yo, ¿qué hacía allí? ¿Qué fantasma buscaba?

OceanofPDF.com

2

Al día siguiente se sentaba ante mí no un fantasma, sino un hombre con la camisa azul desabrochada, traje arrugado de lino claro, alto, delgado, de pelo blanco, ojos azules, nariz y boca grandes, y expresión resuelta, generosa y relajada. Se acomodaba en un sillón junto al escritorio, los pies encima de una silla y un libro sobre las rodillas. Lo contemplé unos instantes por la puerta abierta de su despacho antes de que él levantara la vista y me mirase.

No vi ningún parecido. Ni con el niño de sombrero de papel y caballito de madera, ni con el adolescente en bicicleta, ni con el joven con traje de pantalón bombacho. Tampoco conmigo..., mis ojos no son azules, sino pardos, mi nariz y mi boca pasan inadvertidas y no soy resuelto, aunque me habría encantado serlo. Mi madre había querido reconocer sus ojos rasgados en los míos, pero sus ojos no me parecieron muy rasgados.

Ninguna semejanza me impresionaba, aunque su personificación me subyugaba. Hasta entonces había sido una idea, una representación construida a partir de las historias que había oído y de pensamientos suyos que había leído. Había sido un ser omnipotente e impotente a la vez; había marcado mi vida sin siquiera relacionarse conmigo, y yo me había formado una imagen suya en la que él no había ejercido influencia alguna. Ahora era un cuerpo tangible, vulnerable, a todas luces más viejo y seguramente más débil que yo. Pero su personificación le confería una presencia, una evidencia, un poder al cual yo tenía que sobreponerme.

—¡Adelante! —Retiró los pies de la silla y me invitó a tomar asiento con una mirada de aliento.

Cobré ánimo y le hablé, según me había preparado, de mi actividad docente en la Universidad Humboldt, de mi trabajo de habilitación, que tras

diez años en la editorial deseaba concluir, y en el que abordaba la teoría deconstructivista del derecho. Entonces lancé el anzuelo.

—Además mi editorial pretende comprar los derechos de su libro y me han preguntado si me apetece traducirlo. No se trata sólo de la habilitación; creo que también me adentraría mejor en la traducción si pudiese asistir durante un semestre a su curso y a su seminario. ¿Cree que sería posible? Quiero decir que los estudios aquí son muy caros, pero...

Denegó con un ademán. Yo podía conseguir el estatus de *visiting scholar*, sin despacho ni escritorio propios, pero con acceso a la biblioteca y a sus clases. Añadió que sería una satisfacción para él que yo preparase una presentación para su seminario y un honor que tradujese su libro y mantuviese contacto con él.

—Yo hablo su idioma y la autorización de la traducción es competencia mía. Es una lástima que los errores de interpretación, simple y llanamente inevitables en una traducción, sólo se aborden cuando el mal ya no tiene remedio.

Hablaba con vivacidad, moviendo enérgicamente las manos y mirándome fijamente. Su ligero acento no lastraba el idioma, como yo había observado en otros estadounidenses de origen alemán y en mí mismo, sino que lo hacía suave, zalamero y atractivo. Recordé a Rosa Habe, que en lugar de acento suizo había escuchado un saludo vienés y se había dejado seducir. Recordé al padre de mi antiguo compañero de juegos, subyugado por el encanto de mi padre. También a él mis ojos le habían recordado los de mi padre.

—Si conoce usted mi libro, el curso no supondrá en realidad ninguna sorpresa, pero sí profundizaciones, ampliaciones y ejemplos de mis tesis. En el seminario leemos textos de los clásicos modernos. Tienen mucho que decirse entre ellos y a nosotros. —Se levantó, indicándome el camino hacia la secretaría del departamento, adonde prometió llamar enseguida para anunciar mi visita, y se despidió.

En secretaría me tomaron una foto y la plastificaron con una tarjetita que me acreditaba como el doctor Fürst. Con ese apellido me había presentado a De Baur, y con él me había anunciado éste en la secretaría, donde ya no quisieron comprobarlo, sino únicamente que lo deletreara.

Cuando salí a la calle me invadió una sensación de triunfo, como si además de haber conseguido tener acceso a sus clases y a su seminario, lo tuviese bajo mis pies. Como si yo, que lo sabía todo sobre su persona, pudiera hacer lo que se me antojara con él, que lo ignoraba todo sobre mí. Como si en general pudiera hacer todo lo que me viniera en gana, como si albergara en mi interior fuerzas que habían permanecido ocultas hasta ese momento y que al fin descubría.

OceanofPDF.com

3

Esa sensación de triunfo persistió incluso cuando mi vida en Nueva York adoptó una forma de rutina cotidiana. A veces me sentía borracho sin haber bebido una gota. Otras caminaba tan animado como si en lugar de asfalto y hormigón pisase la hierba de un prado. Me compré unas deportivas y todos los días corría por el parque situado junto al río. Después no me sentía agotado, sino pletórico de energía. Abordaba a la gente que me encontraba con más facilidad de la que siempre me ha sido propia.

Llamaba a Barbara cada dos o tres días. Nos informábamos mutuamente de nuestras actividades y de nuestra vida. Colegio, departamento, amigos, conocidos, cine, una visita al médico, un contratiempo, un sueño..., la cotidianidad telefónica de los relatos cotidianos. A veces me aterraba que ella me reprochase mi ausencia, aunque no lo demostraba, y me guardara rencor por ello.

A mí no me cabía la menor duda de que estábamos hechos el uno para el otro; yo la amaba y la echaba de menos. Pero aunque aquella nostalgia formaba parte de una vida que volvería a ser la mía, en aquel momento no lo era. Ahora yo estaba en Estados Unidos. Por primera vez creí posible que Ulises añorara a Penélope y aun así se siente feliz viajando, no durante los diez años enteros, ni el año que pasa con Circe, ni los ocho con Calipso, pero sí durante las semanas de los descubrimientos y aventuras.

Al igual que el libro, De Baur también comenzó su clase con la *Odisea*. Pero no la consideró el paradigma primigenio de todas las historias sobre el regreso, como yo había entendido en la primera lectura. Precisamente se trataba de reconstruir la idea de la *Odisea* como paradigma primigenio de todas las historias sobre el regreso. Según De Baur, es el deseo del lector el que ve el poema dirigido hacia un fin y, en consecuencia, al regreso. Sin

este deseo, el periplo tiene otro aspecto: Ulises no se esfuerza por retornar a casa, sino que se pierde primero con una mujer y luego con otra. No regresa por propia decisión sino por voluntad de los dioses, no por su situación en el extranjero, sino porque la situación de su mujer en el hogar exige una solución. Los pretendientes han descubierto el ardid de Penélope, que por la noche desteje el manto tejido durante el día, e insisten en que lo termine y cumpla la promesa de desposar a uno de ellos tras concluirlo. Ulises ni siquiera retorna realmente a casa; tiene que volver a partir enseguida, y aunque esta nueva partida va precedida de la promesa del regreso definitivo, con ella precisamente se pone de manifiesto la incerteza del retorno.

También en otras ocasiones los deseos y esperanzas jugaron malas pasadas al lector. A éste le complace pensar que Ulises explora el mundo entero en sus viajes, la totalidad del mundo entonces conocido y sentido con escalofríos, y esta exploración del mundo había dado sentido a los viajes. Pero nosotros podríamos interpretar que Ulises era un mentiroso. Sólo sabríamos de sus viajes lo que él contó a los feacios, y tenía buenas razones para hacerse grato a ellos con mentiras. Las mentiras y artimañas, empero, desempeñan a veces en sus aventuras un papel incluso didáctico. Vencen el poder mágico de Polifemo, de Circe y de las sirenas. Más tarde, sin embargo, miente a la diosa Atenea, a su mujer, a su hijo y a su padre simplemente porque es placentero contar y escuchar historias inventadas. ¿Podemos proclamar que se mantiene fiel a sí mismo? El mentiroso que persiste en su mentira, se enreda y nos enreda en la paradoja del mentiroso, transformando la fidelidad en traición.

De hecho, el lector ni siquiera puede estar seguro del significado del final de la *Odisea*. ¿El sentido es el asesinato de los irrespetuosos pretendientes, como creía Aristóteles? ¿Es la felicidad del amor entre hombre y mujer, como apuntó un comentarista helenista? ¿Es, según interpretación medieval de la *Odisea*, el restablecimiento del poder legítimo del rey sobre su reino? ¿O se trata de la humildad del hombre ante los designios del destino, una interpretación muy extendida después de las grandes guerras? ¿O ninguna de éstas?

Para De Baur, el final de la *Odisea*..., cuánto más de cerca se analiza, más desconcierta. El asesinato de los pretendientes ¿es un castigo por su ultraje? La conducta de los pretendientes no es tan ultrajante. Éstos cortejan a una supuesta viuda, viven a su costa, sí, pero también acrecientan su riqueza con regalos, y su propósito de asesinar a Telémaco ni siquiera alcanza el grado de tentativa. El asesinato de los pretendientes ¿es una victoria heroica de Ulises y Telémaco sobre un poder superior? Las lanzas destinadas a Ulises no son desviadas por él o por Telémaco, sino por la diosa Atenea. En resumidas cuentas, los dioses... a veces son justos, otras injustos, tan pronto premian como castigan, aman como odian, o juegan a los dados. Todo fluye en el río de la *Odisea*: finalidad y sentido, verdad y mentira, fidelidad y traición. Lo único que permanece es que del mito primitivo de la partida, la aventura y el regreso a casa, un episodio fuera del tiempo y del espacio, la *Odisea* hace una epopeya, una historia que sucede en una época y en un lugar. La *Odisea* crea las magnitudes abstractas de tiempo y espacio sin las cuales no tendríamos historia ni historias.

Después de esta clase magistral, De Baur dio un intrépido salto dialéctico. También en la odisea del derecho estaba todo en movimiento: los objetivos, los vaivenes del derecho, lo bueno y lo malo, lo racional y lo irracional, la verdad y la mentira. Lo único que permanece en la odisea del derecho son las magnitudes abstractas de justicia e injusticia... y el hecho de que es preciso tomar decisiones continuamente.

4

Constaté con disgusto que De Baur era un profesor brillante. Habría preferido que fuese malo: buen orador, pero sin fuste; profundo pero vanidoso; fascinante pero fútil. Sin embargo, despertaba en los estudiantes auténtica pasión y además los estimulaba a prepararse las clases leyendo extensos textos de manera inteligente, como demostraban sus preguntas y respuestas. Hablaba con claridad, expresividad, persuasión, sin sombra de afectación o petulancia. Vivía lo que explicaba con tanta intensidad, agitando las manos y el cuerpo de tal manera, que una vez, en el seminario, se cayó con la silla sobre cuyas patas solía balancearse mientras hablaba. Se levantó riendo a carcajadas. Por lo demás reía poco, y en cuanto a los chistes, que tanto complacen a los profesores estadounidenses, era algo que sus estudiantes no se veían obligados a escuchar.

Las clases se impartían en un auditorio en forma de anfiteatro con capacidad para unas ciento veinte personas, abarrotado siempre. Al seminario asistíamos dieciocho; nos sentábamos en círculo, sin mesas delante, quien tenía algo que decir, lo decía, y todo el mundo tomaba la palabra a voluntad. Dos tercios de los participantes eran estudiantes jóvenes que nada más licenciarse habían iniciado estudios de posgrado en Ciencias Políticas, el resto eran estudiantes más mayores, con una profesión, que estudiaban Derecho en la Law School y podían convalidar las horas del seminario. Entre ellos figuraban una médico, una psicoanalista, una profesora universitaria de francés y un ex *marine*. Querían finalizar los estudios en dos años y medio en lugar de en tres, si era posible, y se sentían culpables por haber cedido a sus inclinaciones eligiendo un seminario de teoría política en lugar de uno sobre derecho mercantil o derecho de sociedades. Aplaudieron mi propuesta de que los más mayores nos

reuniéramos alguna vez a tomar una copa, pero, llegado el momento, siempre tenían demasiado trabajo. Sólo entablé conversación con un estudiante de cierta edad; ambos participábamos en el seminario y en las clases, donde nos guardábamos sitio en la primera fila. Jonathan Marvin había vendido su empresa y administraba su fortuna al tiempo que se consagraba a sus aficiones. Participaba en las clases de De Baur desde hacía años y presumía de conocerlo mejor que ningún otro estudiante.

—¿Sabe que durante años dirigió una comunidad utópica en una granja de los Adirondacks? —me susurró cuando De Baur hablaba de la *Odisea* como búsqueda de una utopía.

Sin embargo, después de la clase, cuando quise averiguar más datos, sólo supo decirme que había acaecido en los años setenta, que comenzó bien y acabó mal, y que al parecer uno de los entre veinte y treinta participantes que estuvieron allí de principio a fin había redactado un informe sobre el particular que llevaba mucho tiempo buscando.

—Debió de publicarse en un oscuro panfleto New Age de la época, pero por desgracia ninguna biblioteca los ha conservado todos.

Tras una reunión del seminario seguí a escondidas a De Baur. No fue un trayecto largo. Él también vivía en Riverside Drive, donde yo sabía que la universidad poseía numerosos edificios en los que alojaba cómodamente a los profesores. Mi camino hacia la universidad o el metro no pasaba por delante del edificio de De Baur, pero me acostumbré a dar ese rodeo. No es de extrañar, pues, que me lo encontrase una vez con un rottweiler sujeto con correa y otra regresando del parque con pantalón blanco, camisa blanca y raqueta de tenis. Así que cuando corría por el parque me acostumbré a rodear las pistas de tenis y un día lo vi jugar, con grandes pasos y golpes impulsivos y vigorosos, tan seguro que se permitía el lujo de no echar a correr después de algunas pelotas rápidas.

Yo seguía sintiendo que lo tenía en mi poder. Lo cercaba, lo acechaba, seguía su rastro; pronto lo sabría todo sobre él, y ya no tendría dónde ocultarse de mí.

Y llegó el último domingo de septiembre. Era un día claro, las hojas de los árboles empezaban a multiplicar sus colores y en el aire ondulaban los últimos calores del estío. Yo había pedido prestada una bicicleta, había

pedaleado hasta el extremo de Manhattan, había contemplado la Estatua de la Libertad y de regreso a casa pasé por delante del domicilio de De Baur. Desde la lejanía no quitaba ojo al edificio. Delante de la entrada había un Mercedes plateado con la puerta trasera abierta por la que De Baur hizo saltar al rottweiler dentro del coche. Tras cerrar, se encaminó hacia la casa. El portero mantenía la puerta abierta, y salió una mujer joven con dos niños, un chico de once o doce años y una niña más pequeña. Algún movimiento, un gesto, una expresión, me indicó que la mujer era su esposa. Y los niños, sus hijos.

No sé por qué, esto lo sustrajo a mi poder. Como si pudiera esconderse detrás de su mujer y sus hijos.

[***OceanofPDF.com***](http://OceanofPDF.com)

5

A principios de octubre De Baur invitó a los miembros del seminario a cenar en su casa.

—Todo el seminario..., eso no lo hace muchas veces —me explicó Jonathan Marvin—. Casi siempre invita a estudiantes concretos. Creo que las invitaciones son *tests*, y quien los supera puede continuar en el seminario de enero.

—¿Un seminario en vacaciones?

—Desde hace años en el mes de enero organiza un seminario de una semana en los Adirondacks. En él sólo participan los que él invita personalmente. Desconozco lo que ocurre allí. Los estudiantes que han estado guardan el secreto, y De Baur también. Yo le financiaría el seminario hasta la jubilación si me llevara alguna vez.

—¿Lo paga de su bolsillo?

—Eso creo. No lo organiza la Columbia, pero los alumnos no pagan nada.

Yo no quería llegar a la cena ni muy pronto ni muy tarde y, anunciado por el portero y conducido por el ascensor hasta el undécimo piso, llegué puntual a la puerta con un ramo de ásters. Abrió la mujer, que, tras saludarme y darme las gracias por las flores, me condujo hasta una habitación grande con vistas al río y a la otra orilla, me sirvió vino, salió y regresó con los ásters en un jarrón.

—¿Es usted el *visiting scholar* alemán?

Mi madrastra era un poco más joven que yo, rubia, alta, delgada, atlética, de rostro despejado, boca burlona y ojos curiosos. ¿Qué sabía de su marido? ¿Qué le había contado él? ¿Era su segunda esposa? ¿Había sido alumna suya? ¿Lo conocía, lo admiraba, lo despreciaba, lo amaba?

—Sí. ¿Es usted del ramo?

Ella negó con la cabeza.

—Soy *broker*.

No me imaginaba cómo debía de ser la vida de una *broker* y me habría gustado preguntarle, pero tenía cosas más importantes que averiguar. En cualquier momento podía llamar al timbre el siguiente invitado.

—Es admirable cómo se las apaña..., *broker* y madre de dos niños. El otro día la vi con su hijo y su hija.

Eran mi hermanastro y mi hermanastra. ¿Nos pareceríamos? ¿Nos llevaríamos bien, nos aceptaríamos, nos rechazaríamos? Probablemente podría disputarles una parte de su herencia. Y alterarlos un poco hablándoles de su padre y mi madre.

Ella sonrió.

—Son dos niños maravillosos. Se van al colegio a las siete y media y no suelen regresar a casa hasta las cinco. No entorpecen mi trabajo.

—En Alemania el colegio termina a mediodía. Por suerte, cuando yo tenía la edad de sus hijos y mi madre tenía que trabajar, mi hermanastra, hija del primer matrimonio de mi padre, se ocupaba de mí. Los hermanastros pueden ser una gran suerte..., ¿los tienen también sus hijos?

—Con las prisas no se me ocurrió una idea mejor.

Se quedó desconcertada.

—¿Cómo? ¿Me pregunta si nuestros hijos tienen hermanastros? No, nosotros...

Llamaron al timbre. Ella respiró aliviada al dejarme solo. Volvieron a llamar, y los invitados llegaron en rápida sucesión. Cuando se hubieron presentado todos, vino De Baur de la cocina con dos enormes fuentes, una con pasta y otra con ensalada. Llevaba puesto un delantal y chapurreando un poco de italiano se hizo pasar por un locuaz chef italiano y se ganó unos aplausos. Primero aplaudió Jonathan, después todos. Me di cuenta de que mi proceder llamaba la atención y resultaba molesto, pero me negué a participar.

Cada uno se servía la comida y la bebida, y se sentaba donde le placía. Se sumaron los hijos, que cenaron con nosotros con absoluta naturalidad. Cuando se pusieron a mi lado por casualidad, los miré fijamente y ellos,

incómodos por mi examen, se apartaron antes de que yo consiguiera embarcarlos en una conversación.

Me bandeó con dificultad en las reuniones sociales entre otras razones por mi sordera de discoteca. No logro iniciar una conversación. No doy con el tono. No sé hablar con gravedad de banalidades ni con ligereza de asuntos serios. O me tomo demasiado a pecho lo que dice mi interlocutor y contesto con un énfasis excesivo, o me lo tomo a la ligera y me muestro despectivo.

No habría debido intervenir en la conversación sobre una obra de teatro que no había visto. Me dejé llevar porque aún no había abierto la boca en toda la noche. Y porque me enfadé.

Jane, la psicoanalista, y Anne, la profesora de francés, acababan de ver *Mosaic*, una comedia negra en cuatro actos, que había impresionado especialmente a una de las dos. Reproducía un experimento del psicólogo social Stanley Milgram en el que se pide a un participante que formule preguntas a otra persona, que castigue las respuestas erróneas con descargas eléctricas y que vaya aumentando la intensidad de las descargas hasta que la otra persona grita de dolor, suplica por su vida y finalmente enmudece. Las descargas eléctricas no son reales, la persona que supuestamente las recibe sólo actúa, y las indicaciones las imparte un científico que explica al participante que el experimento se hace en nombre del progreso, y que si vacila, pone un freno a la investigación. Cuando los participantes sólo pueden oír a las otras personas, están dispuestos en un sesenta y cinco por ciento a llegar a lo más extremo; si también pueden ver, el porcentaje desciende al cuarenta por ciento, y si tienen incluso que sujetarlos por la fuerza, al treinta por ciento.

Jane estaba conmovida por la conducta de los participantes.

—Eso demuestra que Hannah Arendt tiene razón, ¿no? Es decir, que el mal es banal, que las personas normales están dispuestas a practicar cualquier atrocidad si se lo pide alguien con autoridad.

Anne no estaba de acuerdo.

—¿Que del treinta al sesenta y cinco por ciento de los seres humanos son Eichmanns obedientes? No lo creo. Tampoco creo que Eichmann y los demás se limitaran simplemente a obedecer. Disfrutaban con lo que hacían,

ejercían la brutalidad con fervor y entusiasmo. ¿No has visto *La decisión de Sophie*?

—Nadie practica la crueldad por pura obediencia —intervino Katherine, la médico—. Yo también he visto la obra. No son crueles tan sólo las descargas, sino las preguntas mismas. ¿No os disteis cuenta? Son preguntas sin respuesta. Al que las plantea le encanta torturar.

—Eso sólo pasa en la obra. En el experimento de Milgram, las preguntas eran sobre un texto que se leía en voz alta y los participantes debían recordar.

Eso fue lo que me irritó. ¿Acaso Jane, Anne y Katherine no comprendían que el experimento era una crueldad, al margen de cómo se formularan las preguntas y de que constituyesen una tortura adicional? Pero antes de que yo dijera nada, una de las estudiantes jóvenes soltó:

—¡Pero no se puede..., no se puede experimentar con seres humanos!

—¿Que no se puede? —De Baur lo había oído—. Los participantes en el experimento de Milgram opinaron lo contrario. Para ellos el experimento supuso un enriquecimiento, una oportunidad de aprender a conocerse —hizo una pequeña pausa— y a temerse. —Habló como si con eso quedara zanjada la cuestión y se dio la vuelta.

—Si todo lo que nos da la posibilidad de conocernos es positivo, en el mundo todo, absolutamente todo, es positivo. —Mi enfado aún no había desaparecido.

De Baur se volvió de nuevo.

—¿Acaso eso no es hermoso? ¿Qué hay de malo en que todo sea positivo? —Percibí el sarcasmo en su voz. Los demás también lo escucharon y su curiosidad se despertó.

—Algo malo no se torna bueno por el hecho de que se pueda extraer de ello una enseñanza.

—¿Es que el ser humano no tiene derecho a ser cada vez más inteligente? ¿Es que sólo hay percepciones instantáneas? —Los demás rieron.

—La percepción no cambia nada de un acontecimiento. Podemos obtener percepciones de cualquier acontecimiento: de los buenos, de los malos, de los que no son ni buenos ni malos.

—¿Qué es un acontecimiento sino la interpretación que le damos? ¿Por qué no hemos de experimentar la percepción de que lo que en principio parecía malo, en realidad es bueno?

—Pero el experimento no era bueno. Engañaba y utilizaba a las personas impulsándolas a hacer algo que habrían preferido no hacer. ¿Le gustaría que lo tratasen así?

Él levantó los brazos, volvió a dejarlos caer y rió.

—¿Me tiene que gustar? ¿No basta con estar dispuesto a exigírmelo, en nombre de la ciencia y el progreso?

—¿Quiere decir que tenemos derecho a infligir a los demás aquello que estamos dispuestos a exigirnos a nosotros mismos? ¿Así pues la ley de oro le parece demasiado blanda? ¿Propone una ley más dura, una norma de hierro?

Si no hubiera estado tan excitado, no habría pronunciado esas palabras. La conversación fallida con la mujer, el contacto fallido con los hijos, mi fracaso en la reunión, mi mala entrada en la discusión con Jane, Anne y Katherine, el aprieto en que me habían puesto las preguntas de De Baur, y su sarcasmo... Me sentía tan irritado que ya no podía limitarme a acecharle, tenía que enfrentarme a él.

De Baur asintió.

—Una norma de hierro...

¿Meditaba si debía preguntarme de dónde había sacado la idea de una «norma de hierro»? Parecía satisfecho de haberme dejado al descubierto, y al mismo tiempo irritado por lo que ocultaba. Los demás esperaban la continuación de nuestro intercambio de golpes. Pero De Baur se limitó a escrutarne de nuevo y exclamó:

—¿Tienen todos vino, están dispuestos a brindar? Hoy es 3 de octubre de 1990, día de la reunificación alemana. ¡Alegrémonos con nuestro amigo alemán!

6

A partir de entonces nuestra relación cambió. Al finalizar la siguiente sesión del seminario, De Baur me preguntó si quería acompañarlo, pues yo también residía en Riverside Drive. Durante el trayecto esperaba que me preguntase por la norma de hierro. Pero se interesó por la traducción de su libro, por dónde iba, con qué dificultades me topaba, qué sugerencias se me ocurrían para la siguiente edición. Era como si quisiera demostrarme que no tenía ninguna necesidad de hablar de la norma de hierro. La invitación de acompañarlo se repitió y nuestro común trayecto a casa propició cierto acercamiento. Sin embargo, De Baur siempre evitaba preguntarme por qué me interesaba aquella cuestión, por qué defendía una posición al respecto y dónde había oído hablar de ella.

En sus clases y en el seminario a veces me hablaba directamente, con sorna amable, con un guiño, como si yo fuera una persona ingenua y cándida.

—El mundo entero como comunidad de derecho, ¿no es eso lo que le gustaría?

Antes de que pudiera responder, él explicó que era una idea bonita, pero equivocada. Una comunidad suponía homogeneidad, no necesariamente nacional, étnica o religiosa, pero al menos una visión homogénea, como la que compartían los inmigrantes que llegaban a Estados Unidos y decidían convertirse en estadounidenses.

—La nación..., ¿ustedes ya no creen en ella?

Explicó que la globalización acabaría disolviendo los estados nacionales, pero no convirtiendo a todas las personas en hermanos, sino reforzando el papel de la familia, la comunidad étnica o religiosa, las

bandas. Que el interés por los ofendidos, humillados y asesinados, más allá de la cercanía y la calidez vividas, era un simple ritual.

—Bien en el mal..., nuestro amigo no puede concebir que haya bien en el mal. —Sonrió, primero a mí y a continuación a los demás—. ¿Qué bien hay en el mal? ¿Que despierta y agudiza nuestro sentido ético? ¿Que nos impele a crear instituciones que refrenan el mal y sin las cuales no existe cultura? ¿Que fundamenta la enemistad entre el bien y el mal posibilitando así la enemistad entre las personas, sin la que el ser humano carecería de identidad y su vida de emoción? —Vi el desconcierto reflejado en los rostros de los demás, pero De Baur prosiguió—: Lo bueno del mal es que puede ser puesto al servicio del bien. —Durante un instante los demás se miraron aliviados, pero De Baur se alegraba de antemano de que el alivio volviese a dejar paso al desconcierto—. La pobreza y la miseria posibilitan el progreso y la cultura, el poder asegura la paz, las víctimas inocentes llevan las revoluciones justas al éxito y las guerras justas a la victoria. Ulises se ató al mástil sin taparse los oídos únicamente por la tentación de las sirenas, suministrándonos así la idea de la Constitución: paladear el poder, pero reteniéndose uno mismo para no sucumbir a él. Hemos de decidir si el mal puede vencer al bien o servirlo. También tenemos que decidir qué es el bien y el mal..., ¿quién si no podría hacerlo?

Me sonrió de nuevo.

—Nuestro amigo se pregunta a qué viene hablar del mal. ¿Acaso no están muertos los grandes malvados y destruidos o deshechos los reinos del mal? ¿No se imponen en todo el mundo la libertad, la democracia y el mercado? Finalizada la guerra fría, ¿no comienza la paz eterna? Dentro de diez años, ¿no sustituirá el siglo del bien al siglo del mal?

La hora había terminado. Aturdidos con tantas preguntas sin respuesta, los estudiantes se levantaron despacio, vacilantes. De Baur aguardó a que los primeros llegasen a la puerta. Cuando prosiguió su parlamento, se detuvieron y se volvieron hacia él.

—¡Desconfíen! ¡No confíen en la próxima década ni en el próximo siglo! ¡No confíen en lo bueno ni en lo normal! La verdad sólo se manifiesta en presencia del mal y en el momento de la crisis.

De Baur recogió sus papeles y libros, alcanzó la puerta y salió de la sala antes de que los estudiantes se aperciesen de que habían sido sus últimas frases. Fue una actuación sensacional, y estaba seguro de que había gozado plenamente con su representación. No pretendía únicamente dar clases académicas y enseñar a los estudiantes a investigar y pensar. Deseaba transformarlos. ¿En qué?

OceanofPDF.com

7

A principios de noviembre, Barbara empezó a apremiarme.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? Ya lo has conocido, ¿qué más quieres? ¿Desvelar tu identidad? ¡Pues hazlo! ¿A qué esperas?

Yo respondía con evasivas. Que quería conocerlo mejor aún. Que prefería intentar entrar en contacto con su esposa e hijos. No podía desentenderme de la presentación a la que ya me había comprometido, fijada para dos semanas más tarde. También tenía que concluir la traducción de su libro, ya muy avanzada. De todos modos a ella no la convenció nada que tuviera que quedarme por la traducción. Dos semanas después ya había hecho la presentación e incluso me había reunido de nuevo con su mujer y sus hijos.

Con la presentación había intentado provocar a De Baur hablando de Hannah Arendt, de su definición del pensamiento totalitario. Sabía que no era santo de su devoción. Pensé que le ofendería su definición según la cual los pensadores totalitarios consideran los hechos fabricables y manipulables a voluntad y por tanto les merecen un profundo desprecio. ¿No consideraba también él los hechos interpretables a voluntad? ¿No lo ponía contra las cuerdas la definición de Hannah Arendt, provocándole intranquilidad? Él no cedió a la provocación. Dijo que Hannah Arendt tenía razón, pero que hoy todos nosotros éramos pensadores totalitarios, que el pensamiento actual era totalitario. Lo que nos protegía contra la arbitrariedad no eran los hechos, sino la responsabilidad que asumimos por nuestras ideas.

—Las grandes mentiras propagadas por los regímenes totalitarios... ¿fracasaron por culpa de los hechos? ¿Esos regímenes habrían tenido que limitarse a destruir más pruebas, asesinar a más testigos, falsificar más documentos? No, fracasaron por culpa del pensamiento. Nos negamos a

pensar todo lo que nos quieren hacer pensar, incluso lo que los hechos nos quieren hacer pensar.

Durante el camino de regreso a casa juntos alabó mi presentación y me invitó. ¿Me apetecía cenar con él, su mujer y sus hijos? Su esposa me saludó amablemente, como si jamás se hubiera producido una situación incómoda entre nosotros, sus alegres hijos practicaron conmigo el alemán que aprendían en el colegio y el perro solicitó mis caricias. Después de cenar, los niños nos prepararon un café y nos dejaron solos.

—¿Cómo están sus hermanos? Usted los mencionó hace poco y siento curiosidad.

Una mentira llevó a otra y pronto tuve que esforzarme para recordar correctamente mis invenciones sobre mis padres y hermanastros.

—¿Dónde se crió usted?

Esta vez dije la verdad y a continuación pregunté si conocían la ciudad. No, ellos aún no habían estado juntos en Alemania.

—Pero usted, por su acento, procede de Alemania, ¿verdad? ¿O de Austria?

—De Suiza. En 1950 obtuve una beca, y el año en Estados Unidos se convirtió en una vida entera.

—¿No siente a veces nostalgia?

—¿Después de más de cuarenta años? —rió.

—Ulises, cuya historia venera, aún sentía después de veinte años la nostalgia suficiente para arrostrar los peores peligros.

—¿Nostalgia? —inquirió su mujer—. ¿Cree que él sentía nostalgia? ¿No cree que quería volver con su mujer y su hijo?

—En lugar de Penélope, tenía a Calipso, y a Telémaco lo había olvidado por completo. Así lo veo yo, pero su marido conoce mejor la historia.

Su mujer lo miró. Él se encogió de hombros.

—El poema dice que Ulises añoraba su patria, Ítaca, y a Penélope. Telémaco..., no sé si Ulises sabía siquiera que tenía un hijo.

—¿Porque un hijo al que se conoce no se olvida así como así?

No pareció sospechar nada.

—Lo cierto es que Ulises no se interesó por Telémaco hasta estar en Ítaca. Con Penélope es diferente, a ella la añora mientras está con Calipso.

Pero ¿por qué siente añoranza? Si hemos de creer a Homero, Ulises añora el regreso sencillamente porque está harto de Calipso. —Hizo una breve pausa—. ¿Cómo se habría comportado si Penélope le hubiera sido infiel? ¿La habría matado igual que a los pretendientes? ¿Contaba él con que ella intentaría asesinarlo, igual que Clitemnestra asesinó a Agamenón? Regían normas duras... ¿Cómo dijo usted? ¿Normas de hierro?

Por eso no había sospechado nada: de la misma manera que yo quería desenmascararlo a él a través de la conversación, él pretendía desenmascaramme a mí. Pero mientras que yo me limitaba a tantear en medio de la niebla, él sabía lo que quería. Quería saber cómo conocía yo la norma de hierro, su norma, su idea, y estaba tan concentrado en ello que no captó la alusión al hijo olvidado.

—¿Norma de hierro? Ya no recuerdo en qué contexto...

Hizo un ademán de rechazo.

—No tiene importancia.

Si yo realmente ya no lo recordaba, mi utilización del concepto era inofensiva, si yo sólo fingía no acordarme, es que no quería decirle nada y tan sólo estaba jugando con él. La cuestión de la norma de hierro estaba zanjada para él. Si yo lo irritaba y él deseaba desenmascaramme, tenía que buscar otro camino.

Cuando me acompañaba hacia la puerta, me invitó al seminario de enero. ¿Era ése el otro camino?

—Es la primera semana de enero... Me gustaría mucho que viniera.

—Con mucho gusto.

—Nos reuniremos a principios de diciembre para la coordinación. Ya tendrá noticias mías. Le ruego que mantenga en secreto mi invitación. No quiero que nadie vea agravios comparativos.

Comuniqué, pues, a Barbara que llegaría a principios de diciembre, justo después del encuentro de coordinación del seminario.

Ella permaneció en silencio tanto tiempo que finalmente le pregunté si seguía al aparato.

—¿Piensas regresar en enero?

—Sólo una semana. ¿El colegio no empieza el día 7? Volaré un día antes, el último día de vacaciones, en el que tú de todos modos siempre

estás enfrascada en los preparativos.

Enmudeció de nuevo.

—¿Barbara?

—¿Qué esperas encontrar en una semana que no hayas encontrado en tres meses? Y si no lo encuentras en esa semana..., ¿habrá luego otra más, un mes más, dos?

—No, después de esa semana se acabó.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Si no sabes qué buscas tampoco puedes saber si lo has encontrado.

—Te quiero.

—Peter.

—¿Barbara?

—No vuelvas hasta que tu regreso sea definitivo.

OceanofPDF.com

8

Ella insistió. Yo podía ir, pues claro que podía. Se alegraría mucho. Pero si pensaba volver a marcharme, era mejor que no fuera.

—Pero no es preferible que...

—Para mí es mejor así. Si no puedes decidirte, no puedes decidirte. Pero yo no quiero un hombre incapaz de decidirse, ¿me entiendes? Quiero un hombre que se decida, que opte por mí, que no ande por ahí a la caza de una idea de la que ni siquiera sabe qué es, sino que esté aquí y se quede aquí. —Cada vez levantaba más la voz—. Y, por favor, ¿dejarás de llamarme cada día para contarme lo mismo?

—Barbara, podríamos celebrar juntos la Navidad y comenzar juntos el año, yo sólo estaría fuera una semana, tú también has estado fuera una semana, Barbara, no puedes darme con la puerta en las narices, la casa es tan mía como tuya, Barbara...

—Vaya mierda. —Y colgó.

Horas más tarde volvió a llamar.

—No quiero que «Vaya mierda» sean las últimas palabras mías que lleguen a tus oídos. No te reprocho nada, eres como eres. Tampoco tienes que tener miedo, no voy a salir corriendo a echarme en brazos del primero que encuentre. A lo mejor todo se arregla a tu regreso, en enero, en febrero o cuando sea. Pero dejémonos de llamadas, me hacen daño. Y no vuelvas si no es para quedarte, ¿vale?

Siempre hablábamos por teléfono antes de que Barbara se acostase. Para ella eran las doce o la una, para mí las seis o las siete, y si el tiempo no era muy malo, a continuación me iba a correr por el parque. Primero subía desde el edificio en el que vivía, a la altura de la calle Ciento veintisiete, luego pasaba por delante de la tumba del general Ulises S. Grant para entrar

en Riverside Park, seguía por un camino boscoso que desembocaba en la calle Noventa y seis y regresaba por un amplio paseo. Al final descansaba en una gran terraza bajo la que en otro tiempo había habido una estación de ferrocarril. Veía el Hudson, los barcos, las casas, las rocas y bosquecillos de la otra orilla, el sol que se ponía incandescente, y el lucero vespertino en el cielo azul oscuro. Era un lugar para la nostalgia. El paso de los barcos, en ocasiones el traqueteo de un tren que cruzaba por la estación cerrada, y la sucesión ininterrumpida de aviones por encima de mí me invitaban a marcharme: a otro país, a mi casa, a donde fuese.

Tras la conversación telefónica con Barbara, mientras corría, estaba decidido a volver a casa a principios de diciembre. La decisión aumentaba a cada paso, a cada pisada, a cada impulso que me separaba del suelo. Ya se vería si me quedaba allí o acudía al seminario. Ya se vería. Cuando Barbara y yo hubiéramos vuelto a encontrarnos el uno al otro. Pero entonces, al verme en la terraza, comprendí que no era tan sencillo. ¿No me había propuesto terminar con la indecisión? Regresar a casa sin precisar si me quedaría o volvería a irme y lo que en realidad quería de De Baur, sería una indecisión más. Sí, tenía que decidirme. Lo consultaría todo con la almohada y después decidiría. Al día siguiente. Vi ponerse el sol, busqué y encontré el lucero vespertino y añoré a Barbara. Mañana. Mañana lo solucionaría todo.

Así terminó el semestre. Lo que había leído en De Baur y escuchado en sus clases y su seminario encajaba: lo que consideramos realidad son simples textos, y lo que consideramos textos, únicamente interpretaciones. De la realidad y de los textos sólo queda lo que nosotros extraemos de ellos. En la historia no existe objetivo, progreso, promesa de un ascenso después de una caída, ni garantía de victoria para el fuerte o de justicia para el débil. Cabe interpretarla como si tuviera un objetivo. Tampoco hay nada que objetar a eso, pues continuamente nos comportamos «como si»: como si la realidad fuera más que texto, como si en el texto el autor nos hablara a nosotros, como si existieran el bien y el mal, la justicia y la injusticia, la verdad y la mentira y como si las instituciones de la justicia funcionasen. Ante esto podemos elegir: o bien repetimos maquinalmente lo que nos enseñan, o decidimos por nosotros mismos cómo queremos tomar el

mundo, quién queremos ser y qué deseamos hacer en él. Sabemos que nuestra verdad, que nos mueve a tomar nuestra decisión, la experimentamos en las situaciones existenciales extremas, excepcionales. Si nuestra decisión es o no correcta se manifiesta en la firmeza con que la ponemos en práctica, y en la responsabilidad que asumimos ante esta puesta en práctica..., responsabilidad en el sentido de la norma de hierro, que sin embargo De Baur no nombraba y para la que daba ejemplos más complacientes que en sus antiguos artículos de la guerra.

En su última clase, De Baur habló de San Agustín. *Ama, et fac, quod vis*, si amásemos, podríamos hacer efectivamente lo que quisiésemos. El corazón apasionado santifica la acción apasionada. Lo que amamos forma parte de nuestra decisión responsable. El amor no es cuestión de sentimiento, sino de voluntad.

—No me corresponde a mí decirles lo que deben amar. Pero tampoco voy a ocultar mi respeto por las nuevas generaciones, que entienden que la misión propia de la época es traer al mundo la libertad, la democracia y el bienestar.

Los estudiantes aplaudieron, puestos en pie. Yo permanecí sentado hasta que los estudiantes abandonaron el aula detrás de De Baur. ¿Conque ahora libertad, democracia y bienestar? Los tiempos cambian y con ellos las obligaciones. Eso me diría si yo me enfrentase a él, ¿qué otra cosa si no? ¿Qué le respondería? ¿Que los tiempos y las obligaciones no cambian?

Me levanté y miré a mi alrededor. Filas vacías con asientos y mesas plegables, una gran pizarra verde con algunas fechas de la vida de San Agustín, el atril detrás del cual nunca permanecía De Baur, y ni una sola ventana. Una lámpara de neón parpadeaba una y otra vez durante una fracción de segundo; ya me había molestado durante la clase.

No, yo no regresaría allí. Ni a las clases de De Baur ni a su seminario. No sabía qué esperaba de él, pero en cualquier caso no quería escucharle más. Iría al seminario de enero. Después no hablaría con él, no me enfrentaría a él, no le revelaría mi identidad, simplemente lo olvidaría. Me imaginaba retomando poco a poco mi vida. Durante mucho tiempo había tenido la certeza de que entre nosotros tenía que suceder algo, que al menos conocería de sus labios el final de la historia. Ya no la tenía.

9

Sin embargo, no me resultó tan fácil sentir antipatía por De Baur ni sacármelo de la cabeza. La gruesa carta con el remite de Barbara que hallé en diciembre en el buzón y que abrí con impaciencia no era más que un reenvío a mi nueva dirección. Me había escrito el padre de mi antiguo compañero de juegos.

Querido Peter Debauer:

En los años anteriores a su muerte mantuve contacto con mi profesor de alemán. Era un maestro entusiasta y un excelente conocedor de Goethe que dedicó el último curso a leer con nosotros el Fausto. La clase ya lo había tenido anteriormente en algún curso, y él conservaba una redacción de tu padre de aquella época. Me la enseñó, y yo la fotocopié y la guardé en mi libro de Gottfried Keller. Aquí la tienes.

Al profesor le gustaba tu padre y la redacción. Comentaba que el final era un poco grandilocuente para un chico de quince o dieciséis años, pero le gustaba su interpretación del famoso relato de Gottfried Keller sobre Wenzel Strapinski, el sastre de abrigo oscuro que, después de ser recogido en una carretera lluviosa por el cochero de un conde, es conducido por éste a donde, al descender del noble carruaje, es tomado por un conde. Tu padre no consideraba al sastre sólo un personaje víctima de su mundo y sus circunstancias, sino un ejemplo del derecho de aquel que actúa. El profesor sólo echaba en falta el hecho de que es el amor lo que hace que Wenzel Strapinski actúe.

A mí también me gusta la redacción. Afectuosamente,

Gotthold Rank

La fotocopia era reciente; era la copia de la primera fotocopia. La letra no era buena sólo, era bella incluso, de finos trazos ascendentes y gruesos trazos descendentes. El papel era pautado, y mi padre tampoco había utilizado plantilla, sino que había escrito a voluntad con una distancia entre líneas a veces un poco más pequeña y otras un poco más grande. Era una caligrafía agradable y enérgica. El maestro no había encontrado faltas de ortografía ni de puntuación, y al pie de la redacción sólo había escrito «Bravo» y calificado con un seis, la mejor nota en Suiza, como ya sabía.

Wenzel Strapinski, ¿un impostor a la fuerza?

El concepto de impostor a la fuerza es una contradicción en sí mismo, ya que un impostor desea aparentar más de lo que es. Lo desea; no puede, por tanto, al mismo tiempo no desearlo.

Así pues, Wenzel Strapinski no puede haber sido un impostor a la fuerza. O era un impostor o no lo era. Si lo era, entonces ciertamente cabe preguntarse de qué índole, pues hay impostores simpáticos e impostores antipáticos, impostores morales e impostores inmorales, impostores alegres e impostores tristes.

Wenzel Strapinski se comportó como un impostor. Su conducta es, valga la expresión, una introducción al aprendizaje del arte de la impostura.

1. ¡Utiliza lo que tengas! El abrigo oscuro forrado de terciopelo negro confería a Wenzel Strapinski un aspecto noble y romántico y despertaba interés y curiosidad. Wenzel Strapinski lo llevaba con estilo.

2. ¡Utiliza lo que has aprendido! Anteriormente Wenzel Strapinski había servido en una hacienda y había servido con los húsares, podía montar a caballo y reproducir el habla de hacendados y oficiales... Se expresó como convenía, y cuando le ofrecieron riendas y látigo, los aceptó.

3. ¡No ocultes tus debilidades, aprovéchalas! Wenzel Strapinski era torpe y pusilánime: se sirvió el vino y el pescado con timidez y contención, convenciendo así de sus buenas maneras al posadero y a la

cocinera; era parco en palabras, lo que confería peso a éstas; y se turbó y enrojeció delante de Nettchen, hecho que a ésta le pareció arrebatador.

4. ¡Desempeña tu papel de manera que no precises ocultar tus intereses, sino que puedas perseguirlos! A Wenzel Strapinski le interesaba ocultar su origen y su destino. Haciendo creer a los demás que era un fugitivo perseguido, se sustrajo a todas las preguntas al respecto.

5. ¡No hagas uso innecesario de tu falsa identidad! Esto le resultó fácil a Wenzel Strapinski, pues, a excepción del título, se llamaba igual que el conde por el que lo tomaban. Pero también fue lo bastante listo como para no hacerse pasar por conde y firmar siempre como Wenzel Strapinski.

6. ¡No presentes tú mismo tu falsa identidad, deja que la inventen los demás! Si los habitantes de Goldach creyeron tan firmemente en el personaje del conde Wenzel Strapinski fue porque ellos mismos, con sus interpretaciones fabulosas de los episodios más sencillos, lo inventaron.

7. ¡El secreto del éxito es el propio secreto: te hace interesante y permite que los demás te vean como les gusta imaginarte!

8. ¡Granjéate la simpatía de los escépticos, mas no confíes en ellos! Entre los habitantes de Goldach sólo Melchior Böhni era desconfiado. Wenzel Strapinski se ganó primero su simpatía, pero nunca lo perdió de vista. De todos modos tenía que perder su simpatía, pues competía con él por Nettchen.

9. ¡Cuando las cosas vayan mal, no disimules tu derrota, acéptala!

A pesar de que Wenzel Strapinski se comportó como un impostor, al principio no quería ser más de lo que era. Sin embargo, no sacó de su error a los demás, que lo tomaron por alguien que era más. ¿Habría tenido que hacerlo?

Los habitantes de Goldach no lo convirtieron en conde pensando en él, sino pensando en sí mismos. Nada les quitó él; no podía llevarse nada más que aquello que ellos le ofrecían con su hospitalidad. No, Wenzel Strapinski nada debía a la gente de Goldach.

¿Hubiera debido informar a Nettchen? Tampoco Nettchen lo había convertido en conde pensando en él, sino en sí misma. Lo amó pensando en sí misma y se comprometió con él pensando en sí misma. Ciertamente con el compromiso ella arriesgó su prestigio y su futuro sin saberlo, pero sí lo sabía Wenzel Strapinski. Por tanto, ¿estaba él obligado a revelarle la verdad? ¿El hecho de omitirle la verdad le convertía en impostor igual que si hubiera engañado activamente a Nettchen?

Estas preguntas pueden quedar sin respuesta, ya que Wenzel Strapinski no se limitó a no desvelarle la verdad a Nettchen, al final pretendía que ella lo tomase equivocadamente por el conde Wenzel Strapinski. Él se lo dijo con franqueza: quería gozar con ella como conde de unos breves días de felicidad, después confesarle el engaño y quitarse la vida. Que «le sobreviniese la necedad del mundo» no lo convertía por sí sólo en impostor. Pero después la necedad lo convirtió en «su cómplice», o más bien se convirtió él solo. Wenzel Strapinski se convirtió en impostor con cierta vacilación, pero al final lo fue.

Sólo por poco tiempo. Tras ser desenmascarado, no se marchó a otro lugar para buscar la suerte del impostor en otro sitio. Se quedó, fundó una familia con Nettchen, se estableció con éxito como sastre y comerciante en paños y se convirtió en un hombre respetado. Su carrera de impostor tuvo un final feliz. Mientras duró, le permitió encontrar lo que era adecuado para él y que de otro modo no habría encontrado. Fue lo bastante listo para conservarlo.

Wenzel Strapinski fue un impostor simpático. Un farsante moral, discreto, capaz de aprender y alegre. Es la mejor prueba de que ser un impostor no tiene por qué ser nada malo. Puede ser sencillamente una posibilidad para alcanzar aquello que a uno le puede hacer feliz en la vida.

Esa misma noche me encontré a De Baur por la calle.

—¿Está usted aquí? Suponía que había regresado a Alemania y no vendría hasta el seminario.

Cuando le dije que me quedaría, me invitó para Navidad.

—Piénselo, y llame. Nosotros nos alegraríamos.

Esbozó una sonrisa tímida, extrañamente infantil, y de repente lo vi ante mí como una persona joven, no con un traje con pantalones bombacho, sino con un abrigo oscuro forrado de terciopelo negro.

[***OceanofPDF.com***](http://OceanofPDF.com)

10

Tras la reunión de coordinación del seminario de enero, en la que los participantes nos presentamos mutuamente, distribuimos las tareas y acordamos los detalles del viaje, mi vida se sosegó. Leí pronto el libro sobre el que tenía que hablar en el seminario. Interrumpí la traducción del libro de De Baur, en la que trabajaba cada vez más despacio. A veces quedaba con Jonathan Marvin, al que De Baur por fin había invitado al seminario.

Aunque cada día que pasaba era más frío y más corto, yo corría por el parque todas las tardes a última hora, después permanecía en la terraza y me sumergía en la nostalgia. Algunos días sólo salía de casa para correr y el resto del tiempo me quedaba en la cama, leyendo novelas, bebiendo zumo de naranja o de pomelo con vodka, me adormilaba, leía, bebía y continuaba adormilado hasta que en algún momento, ya de noche, me quedaba dormido definitivamente. En mi habitación nunca amanecía de verdad. De día podía distinguir y contar los ladrillos del muro de enfrente, que en el crepúsculo se difuminaban, y por la noche el muro cambiaba su rostro con la luz que incidía sobre él desde las diferentes ventanas del patio.

Tumbado en la cama, tenía a la vista una ventana situada más arriba que la mía. Tras ella vivía una mujer joven a la que veía abrir y cerrar la ventana y cepillarse el pelo cuando la dejaba abierta. Se levantaba muy temprano o muy tarde, y el ritmo con que abandonaba su piso y retornaba a él, me hizo sospechar que era médico o enfermera. No era bonita, pero se comportaba con tal decisión, sobriedad y eficiencia que verla alegraba la vista. Rechacé la invitación de De Baur y se me ocurrió invitar a mi vecina a cenar la noche de Navidad si ambos estábamos solos, pero ella se ausentó en Navidad. Cuando regresó a casa unos días después, trajo consigo a un hombre con el que no le fue bien. Un ruidoso cruce de palabras y portazos

me despertaron en plena noche, y a la mañana siguiente me encontré a mi vecina por primera y única vez en el ascensor; el cabello le tapaba el rostro de tal forma que sospeché que tenía un ojo morado.

Dediqué una semana entera de diciembre a confeccionar un calendario para Barbara. Me compré una cámara y saqué algunas fotos: la vista desde la terraza en la que pensaba en ella, la casa en la que yo vivía, la casa en la que ella vivió con Augie, y el colegio en el que daba clase por entonces, el aeropuerto. Para otros meses del calendario utilicé portadas del *New Yorker* y para diciembre recorté un abeto del tamaño de mi mano, lo pegué plano sobre la hoja del calendario, coloqué en las ramas velas eléctricas minúsculas y detrás de la hoja una pequeña batería y encontré incluso un microchip que tocaba «Jingle Bell». Me esforcé mucho, primero por amor, después por un perfeccionismo que no guardaba relación con Barbara, sino con la obra, y finalmente por despecho: le haría un regalo único, tanto si me amaba como si no. A Max le compré todas las variedades y marcas de chicle que pude encontrar, y a mi madre una gorra de cuero para sus viajes con la capota bajada. En su paquete introduje un folleto del departamento de ciencias políticas con una foto de John de Baur.

Mi vida era tranquila, pero no me sentía solo. A veces iba a ver dos o tres películas seguidas y las grandes imágenes que se sucedían en la gran pantalla me fascinaban. Otras acudía a un restaurante en el que entrada la noche alumnos y alumnas de canto interpretaban arias de ópera, acompañados al piano por una vieja dama que tocaba estoicamente todas las partituras que le entregaban. En ocasiones, cuando terminaba la función, algún tenor profesional se dejaba caer por el restaurante y cantaba con ellos. A veces recorría en bicicleta un tramo de la orilla de Manhattan.

Diez días antes de Navidad envié los paquetitos a Barbara, a Max y a mi madre con la sensación de que el año había terminado. Intenté analizar y ordenar todo lo que me había pasado, igual que uno ordena una habitación en la que se ha acumulado todo lo imaginable en el transcurso de un año. No llegué lejos. Nostalgia de Barbara y desamparo, porque tenía que hacer lo que hacía sin saber por qué; tristeza por mi madre, como si con sus mentiras, además de alejarme de ella, hubiera muerto; por otra parte, agresividad y también horror hacia mi padre, a pesar de que había

encontrado en John de Baur lo que me había atraído de Johann Debauer... No era un buen balance.

En Nochebuena compré un arbolito de Navidad, el último que quedaba en el puesto situado a la vuelta de la esquina, un arbolito lastimoso. De pronto me invadió la certeza de que Barbara se presentaría por sorpresa y deseaba recibirla festivamente. Sabía que ella siempre volaba con Lufthansa, que el último vuelo de esta compañía llegaba a las siete y media y que ella necesitaría como mínimo dos horas para pasar la aduana y llegar a mi casa. El lapso que transcurrió entre las nueve y media y las once y media fue el más duro de mi estancia en Nueva York.

En fin de año recorrí con Jonathan Marvin los bares de Greenwich Village y terminé en la cama con una mujer que dijo llamarse Callista... Era un nombre bonito.

OceanofPDF.com

11

Nos encontramos el 7 de enero a las nueve delante de la entrada del departamento. Del seminario estaban presentes los más mayores; Jane y Katherine, la psicoanalista y la médico, Anne, la profesora de francés, el ex *marine* Mark y Jonathan. Los demás eran participantes de seminarios anteriores que había conocido en la reunión de coordinación. Meg y Pamela eran jóvenes abogadas de grandes bufetes neoyorquinos; Philip, Gregory y Michael trabajaban en Washington para diputados o senadores, y Ronald dirigía un grupo de trabajo sobre delincuencia juvenil en un *think tank*. Hacía frío y a ninguno le apetecía hablar. Cuando Mark y Pamela quisieron encender un cigarrillo, Katherine les ordenó bruscamente que se fueran a otro sitio. Ellos, acompañados de Jonathan y Anne, se marcharon y Katherine explicó con sumo detalle por qué su actuación había sido correcta. Los demás escuchábamos abochornados. Hasta que Ronald interrumpió amablemente a Katherine y le preguntó si deseaba que le trajera un café de la cafetería de la esquina. ¿Sin leche, con leche, con mucha o poca leche, sin azúcar, eso se lo imaginaba, pero quizás con sacarina, o con Splenda en lugar de sacarina, si es que lo tienen, sabe como azúcar, bueno, es azúcar, pero sin calorías?

Cuando a las nueve y cuarto llegó el microbús que debía trasladarnos, los cuatro fumadores se sentaron en la última fila, Katherine en la primera, junto al conductor, y en las tres intermedias Ronald y Meg, luego Jane y yo y por último Philip, Gregory y Michael. Me habría gustado hablar con Jane: sobre el seminario que habíamos acabado y el que nos disponíamos a celebrar, sobre De Baur, qué le interesaba de él y qué impresión tenía, sobre su cambio del psicoanálisis al derecho. Pero ella no había acabado de prepararse el seminario y prefería leer. Así que me recliné en mi asiento y

escuché la conversación a mis espaldas. Para Phil, Greg y Mike asistir al seminario era un privilegio. Quienes participaban eran los auténticos discípulos de De Baur y podían esperar ser promocionados en Washington a través de su red informal de contactos. Nos detuvimos en un área de servicio de Albany. Para poder conversar con mi vecina de asiento al menos durante la comida, tomé con ella *sushi* en un restaurante de comida rápida japonés. Jane era hija de un psicoanalista y de una psicoanalista, había crecido en Nueva York, había estudiado en un excelente colegio privado elitista y en Harvard, había ejercido con éxito de psicoanalista hasta que sintió la necesidad imperiosa de salir de su mundo, en el que sólo se pensaba y se hablaba, para pasar a actuar, a crear y a hacer algo.

—¿Hacer qué?

Me miró como si hubiera hecho una pregunta especialmente estúpida.

—¡Pero si estás viendo cómo cambia el mundo! Pues yo quiero participar y que eso sea un éxito.

En el autobús, ella continuó leyendo hasta que se le cerraron los ojos. Los demás dormían ya. Fuera veía pasar colinas con campos arados, pastos de un verde sucio y bosques desnudos, a veces una granja con grandes silos y otras algún pueblecito. El cielo gris se cernía tan bajo y pesado sobre nosotros que, cuando cayeron los primeros copos, pensé que se pasaría días nevando. Después yo también me dormí. Me desperté brevemente cuando el autobús pasó de la autopista a una carretera de dos carriles. Seguía nevando y la nieve empezaba a cuajar.

Me despertó el traqueteo del autobús sobre un terreno irregular. Cuando se detuvo, el mundo era blanco, la nieve bailaba en el aire y los coches aparcados delante del bar-restaurant ante el que nos habíamos detenido, tenían una considerable capa de nieve sobre el techo y el capó. Anochecía. Consulté el reloj: eran las cuatro. Había dormido dos horas.

El conductor bajó, y Katherine, Jane y Meg lo siguieron al interior del restaurante. Katherine fue la primera en volver. Tras sentarse, se volvió hacia nosotros y dijo:

—Me temo que el conductor se ha perdido. Anochece y está nevando. Quizás deberíamos dormir en el próximo motel y proseguir el viaje mañana temprano. ¿Qué os parece?

—Preguntemos al conductor.

—He intentado hablar con él durante el viaje. Tenemos que decirle lo que tiene que hacer. Si le preguntamos, hará lo que le dé la gana. Querrá arriesgarse a continuar el viaje esta noche; nadie le pagará un día más con nosotros.

Fuera paró un *jeep*. Bajaron cuatro hombres, embozados en chaquetas verde caqui y pantalones de camuflaje, con oscuros gorros de lana y botas de media caña anudadas con cordones. Tras echar un vistazo al autobús iluminado, rieron y caminaron a grandes zancadas hacia el restaurante.

—¿No nos espera De Baur? ¿No dijo que subiría unos días antes que nosotros?

—Deberíamos avisarle.

En la reunión de coordinación nos habían proporcionado un teléfono para casos de emergencia, y Ronald fue al restaurante, pero regresó enseguida.

—Es un simple contestador automático y tampoco se oye la voz de De Baur, sino de un servicio de urgencia.

—¿Dispone alguien de otro número de teléfono?

Comprobamos que nadie tenía el teléfono de nuestro destino ni el del domicilio de De Baur en Nueva York. Ronald regresó al restaurante, obtuvo en información el número de De Baur y llamó, pero el contestador se limitó a informarle de que la familia había salido de viaje y no regresaría hasta el día 14.

Katherine insistió.

—Si no llegamos, De Baur ya sabrá por qué. Él también verá lo que pasa.

Pero en ese momento regresó el conductor con Jane y Meg, y ambas mujeres se sentaron como si nada hubiera pasado. El conductor sonrió burlón.

—Vaya, ¿todo el mundo despierto? Llegaremos entre las siete y las ocho, más tarde de lo previsto, pero más temprano de lo temido. No se preocupen, no tendrán que empujar. La tracción a las cuatro ruedas bastará.

—Y continuamos el viaje.

—¿Qué ha pasado? Katherine ha dicho que se había perdido.

Jane se encogió de hombros.

—Ha estado hablando en la barra de rutas y lugares, eso también lo he oído yo. Pero al parecer sabe adónde se dirige.

Al principio nos cruzábamos de vez en cuando con vehículos, generalmente coches particulares, una vez un autobús escolar, otra un enorme camión con la cabina del conductor coronada por luces. Después las carreteras se estrecharon, el tráfico cesó, y comenzaron a escasear las ventanas iluminadas en el campo abierto o a través de los árboles. En el autobús estaba oscuro, nadie quería encender la pequeña lamparita situada encima de su cabeza para leer. Todos, junto con el conductor, escudriñábamos la carretera, que se extendía blanca, sin huellas de ruedas, a través de bosques interminables. Mirábamos los pinos cubiertos de nieve, la nieve cayendo a la luz de los faros. Al cabo de dos o tres horas dejó de nevar y el conductor dijo:

—¡Al fin! —Pero, sin el velo de los copos, el mundo blanco que nos rodeaba provocaba mayor rechazo todavía.

Entonces llegamos a nuestro destino. Ya llevábamos un rato viendo la luz, primero al otro lado de una gran superficie blanca, después siempre tras un recodo de la carretera. Al final el autobús, tras tomar un par de curvas muy cerradas, se detuvo ante un antiguo hotel vivamente iluminado.

—Dense prisa, por favor —rogó el conductor, que, tras bajar de un salto del autobús, abrió la puerta del portamaletas y descargó nuestro equipaje—. Ya ven ustedes lo que ocurre. He de darme prisa en regresar.

Cuando descendimos, nos hundimos en la nieve y se nos mojaron los pies. El conductor había subido de nuevo al autobús. Giró, nos despidió con la mano y se alejó. Lo seguimos con la vista, lo vimos descender, aparecer y desaparecer en las curvas de la carretera y al cabo de un rato avanzar por el otro lado de la gran superficie blanca. Luego dejamos de oírlo.

12

El hotel era un edificio de madera de tres plantas con balcones en los dos primeros pisos. La plaza donde nos encontrábamos estaba iluminada por farolas, al igual que las escaleras que conducían a la entrada, y de las ventanas de la planta baja y del primer piso salía luz. Esperamos, pero nadie salió a darnos la bienvenida.

—Vamos adentro. —Ronald cogió su equipaje y subió por las escaleras. Lo seguimos.

Esperamos en el vestíbulo, pero nadie se presentó, ni De Baur, ni el director, ni personal alguno. Ronald gritó «hola», sin recibir respuesta. Algunos se sentaron en los sillones del vestíbulo. Ronald, Katherine y yo emprendimos la búsqueda por la planta baja.

—Echaré un vistazo arriba —dijo Mark, y Jonathan se unió a él.

Cruzando un comedor llegamos a un salón con chimenea. Detrás de otra puerta del comedor encontramos una escalera que conducía a la cocina, emplazada en el sótano, y un pequeño montacargas que subía los platos; recorrimos la cocina y las salas vacías del sótano hasta llegar al otro extremo de la casa, donde por una escalera accedimos a una pequeña estancia detrás de un bar con dos puertas: una daba a una biblioteca con los estantes vacíos y otra al vestíbulo, donde hallamos a los demás. Todo tenía un aspecto decadente: las paredes agrietadas y manchadas, los sillones acolchados raídos, la madera arañada, y en el comedor se apoyaban contra la pared sillas con tres patas. En la cocina unas cuantas sartenes y cazuelas colgaban de los ganchos, y las grandes neveras estaban vacías y tenían las puertas abiertas. Sin embargo, todo estaba relativamente limpio.

—En el piso de arriba hay una *suite* en la que De Baur ha dejado algunas cosas, y habitaciones más que suficientes para nosotros. El piso

superior está a oscuras; no hemos logrado ver nada.

—¿Qué hay de la calefacción? —Pamela, acurrucada en un sillón, se rodeaba el pecho con los brazos. Hacía frío.

Katherine puso los brazos en jarras.

—¿A qué viene ese tono de reproche? Yo no la he apagado. Ni siquiera la he visto. El acceso tiene que estar fuera.

—¿Me acompañas? —le propuse a Jonathan.

Él asintió y salimos fuera, rodeando el edificio. No encontramos ninguna caldera en el sótano, pero sí una enorme pila de leña, y cogimos toda la que pudimos. Al entrar en el vestíbulo, Greg, con un juramento, estrelló el auricular en el teléfono de monedas.

—Este chisme no funciona.

—¿A qué viene esa leña? ¿No habéis encendido la calefacción?

También a mí me molestó el tono de Pamela, y me disponía a replicarle cuando Katherine se adelantó.

—Déjate de lamentaciones y ve por más.

—Un momento. —Ronald levantó la mano—. Deberíamos organizarnos un poco. ¿Qué os parece si primero transportamos la leña a la estancia de la chimenea y después exploramos la casa, cuatro en el sótano, cuatro en este piso y cuatro en el de arriba? En busca de víveres, mantas, velas..., en fin, de todo lo que podamos necesitar si la noche es larga y fría.

Nos pusimos manos a la obra, salvo Pamela, que se quedó sentada en el sillón. Cuando hubo leña suficiente junto a la chimenea, Phil preguntó:

—¿Tirará?

—Ya lo veremos. Ahora prosigamos la búsqueda mientras haya luz. ¿No os habéis fijado en que tampoco funcionan los interruptores? En alguna parte tiene que estar el interruptor general, pero aún no he dado con él, y si la luz se apaga a una hora determinada, ya sean las ocho, las nueve o las diez, nos quedaremos a oscuras. Así que buscad también el interruptor general.

Esta vez fui con Greg, Phil y Mike y recorrimos sistemáticamente todas las habitaciones del piso de arriba. Una sábana y una delgada manta de lana yacían dobladas sobre cada una de las dieciocho camas, los armarios y cajones estaban vacíos, y de los grifos no brotaba agua. Los tres se lo

tomaron a la ligera, Greg maldecía con gracia, y Phil y Mike ensayaban lo que contarían en Washington de su aventura en los Adirondacks. Ante la *suite* de De Baur vacilamos, pero luego la registramos también y encontramos una caja con velas y media botella de *whisky*.

—De todos modos, no alcanza para todos —decidió Greg, echando un buen trago y pasándole la botella a Phil.

—*Sorry* —me dijo Mike cuando después de acabársela abrió la ventana y la arrojó a la oscuridad.

La búsqueda de los demás tampoco tuvo mucho éxito. En la cocina, tres latas de sopa de tomate Campbell y dos bidones de agua; en el bar, unas botellas con restos de *whisky* y coñac; en la biblioteca, una caja de puros. Ni calefacción, ni interruptor general, ni llave de paso del agua. Anne y Jane subieron al piso de arriba con una vela, pero las habitaciones estaban vacías.

A pesar de todo, el ambiente era bueno. Greg se ofreció a cocinar, y como si supiera cómo componérselas con los escasos víveres, Katherine lo acompañó. Mientras Mark encendía fuego en la chimenea, nosotros trasladamos al salón los sillones del vestíbulo. Hasta Pamela, expulsada de su sillón, quiso echar una mano y apiló la leña formando una torre, dos troncos a lo largo y dos a lo ancho.

Después nos sentamos alrededor de la chimenea, dimos por turno tres sorbos de la cazuela de sopa, vaciamos las botellas del bar y contemplamos las llamas. A las nueve se apagó la luz. Cuando poco después Katherine quiso acostarse, sorteamos las mantas y las sábanas; a los afortunados, les tocaron dos mantas y una sábana; a los que no les acompañó la suerte, dos sábanas y una manta. Yo fui de estos últimos.

A pesar de que mi habitación estaba helada, me dormí. A las cuatro me desperté con los miembros entumecidos. Cogí mi manta y bajé a la estancia de la chimenea, donde dormían algunos. Miré el fuego que ardía con regularidad y sin embargo siempre diferente, y pensé en el amor del abuelo por las olas, que llegaban rodando regulares y siempre rompían de manera diferente. Pensé en el dolor que mi padre había infligido a mis abuelos, y de repente me aterrorizó la posibilidad de que yo incubase la misma dureza, la misma frialdad en mi interior.

Cuando amaneció, retiré la manta y salí fuera del hotel. La gran superficie blanca era un lago helado y nevado. Detrás se alineaban las cadenas montañosas, hasta que el cielo y las montañas se difuminaban a lo lejos entre la neblina. El sol, que salía por la izquierda, anunciándose con una luz blanca, ascendió amarillo sobre la cumbre de la montaña hasta que pendió rojizo en el cielo neblinoso.

Jonathan se reunió conmigo.

—Seguramente De Baur tenía aquí su comuna, no en una granja. Una comuna con un control estricto. ¿Has visto los aparatos?

—¿Aparatos?

—Acompáñame.

Lo seguí dentro, de habitación en habitación. Cada una disponía de una o dos pequeñas cámaras de vídeo bajo el techo.

—He mirado arriba. También las hay en los dormitorios.

—¿Había cámaras de vídeo en aquella época?

—Eso parece. —Rió—. A lo mejor donde vivís vosotros, en Europa, todavía no.

OceanofPDF.com

13

Todos dimos por sentado que en el transcurso de la mañana finalizaría la aventura y comenzaría el seminario. Pero nada sucedió. Esperamos.

Cuando el hambre se intensificó, registramos de nuevo el hotel de arriba abajo. No hallamos nada. En el cobertizo trasero del hotel no había provisiones, sino más leña, aperos de labranza herrumbrosos, una estufa de hierro y un viejo automóvil averiado. Detrás del hotel, una escalera conducía a una puerta de hierro cerrada situada a nivel del sótano, seguramente el cuarto de la calefacción.

Lucía el sol, y a mediodía hacía tanto calor que nos sentamos en la terraza.

—Lo que daría ahora por un *bagel* con crema de queso y salmón y una copa de champán —fantaseó Jonathan.

Meg, en cambio, soñaba con queso fresco con fresas, Phil con un filete con patatas fritas, cada uno con algo diferente, y en mi caso con dos huevos pasados por agua con cebollino, pan integral tostado y miel. Desear algo diferente a los demás formaba parte del juego, y Katherine me impresionó al soñar con una tortilla de huevos de codorniz.

Pero después el juego se acabó, el hambre persistía, el sol desapareció detrás de las nubes y empezó a hacer frío. Cuando volvimos a sentarnos en el salón alrededor de la chimenea, los ánimos se tornaron agresivos. ¿Qué pensábamos de De Baur? ¿Qué se había figurado el conductor del autobús cuando se marchó sin más? ¿Por qué razón Jonathan, si había sospechado que De Baur había dirigido en ese lugar una comuna veinte años atrás, no nos había advertido? ¿Por qué Mark no hacía nada? ¿No era *marine*?

—Si hoy no viene nadie, tendremos que partir mañana temprano —rió Mark—. No hace falta ser *marine* para llegar a esa conclusión.

—¿Todos? ¿Y por qué no se van dos o tres y nos vienen a recoger en coche?

—Los que se vayan se llevarán los mejores zapatos y la mejor ropa de que disponemos.

—Pero ¿y si no llegan y más tarde también tenemos que irnos caminando?

—Ya no aguanto más —me dijo Jane—. Creo que me voy arriba a dormir, ¿me prestas tu manta?

Asentí y ella se levantó. Pero no se fue. Atisbó por la ventana con tanta atención, que nos levantamos y miramos. Un coche transitaba por la otra orilla.

Pocos minutos después aparcó delante del hotel. Era un *jeep* del que descendieron cuatro hombres. Ronald susurró:

—¿No los conocemos? ¿No son los que estaban ayer delante de restaurante?

Los hombres subieron por la escalera, se plantaron delante de nosotros y nos preguntaron:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Ronald habló del seminario y de la penosa situación en que nos encontrábamos.

—Nos alegramos de verlos. ¿Cómo nos han encontrado? ¿Qué distancia hay hasta el próximo pueblo? ¿Cuándo seguirán ustedes viaje, y a cuántos pueden llevar consigo? Son demasiadas preguntas al mismo tiempo, lo siento.

El que llevaba la voz cantante, un hombre viejo y vigoroso de rostro afilado y pelo al rape, que había escuchado a Ronald sin parpadear y apretando las mandíbulas, se tomó tiempo para contestar.

—No sé dónde creéis que estáis. Sea como fuere, no se os ha perdido nada por aquí. Está a punto de oscurecer, pero mañana temprano ya os podéis largar.

Pamela se presentó, la abogada eficiente y experta, explicando con paciente amabilidad que ése era el lugar de nuestro seminario, que también el catedrático se había instalado ya allí, que algo había salido mal, que nosotros éramos los primeros que no queríamos quedarnos allí y que los

acogeríamos durante la noche, pero que también nos agradaría contar con su ayuda.

—Papá —dijo uno de los otros tres sonriendo irónico al que llevaba la voz cantante—. ¿Qué tal si cocinaran las chicas?

El que llevaba la voz cantante no se volvió hacia su hijo, sino que siguió mirando a Ronald.

—Si queréis cenar esta noche, será mejor que hagáis algo de provecho. Las mujeres a cocinar, los hombres a echar una mano a mis chicos. —Se volvió hacia Mark—. ¿Y tú quién eres? ¿Qué se te ha perdido con éstos?

Mark vaciló. Yo no lo conocía mucho. De soldado de élite a estudiante de derecho interesado en la teoría política..., eso me había impresionado, y sus opiniones siempre me habían parecido sensatas, meditadas y francas. ¿Qué le pasó por la cabeza en aquellos segundos de vacilación? ¿Que ahora tenía que decidirse entre nosotros y los demás? ¿Que con los otros se encontraría en una situación envidiable? ¿Que con ellos podría responder por nosotros? ¿Que en realidad no había nada que le uniera a nosotros?

—Mark Felton. Estoy con ellos porque estudio con ellos. Hasta hace dos años estaba en los *marines*.

El otro alargó la mano.

—Steve Walton. Portaaviones *Independence*. Mucho gusto, Mark, mucho gusto. Tomemos una cerveza.

Se encaminaron hacia el salón. El hijo del que llevaba la voz cantante y sus primos, según nos informó, se divertieron espoleándonos al subir el equipaje y las provisiones, y dando órdenes a las mujeres mientras cocinaban. Ocuparon la *suite* de De Baur y las habitaciones contiguas. Eran ruidosos y groseros, y creo que los demás estaban tan indecisos como yo entre el convencimiento de que la situación era denigrante e intolerable, y el deseo de no tener disgustos y olvidarlo todo lo antes posible. Ninguno de nosotros protestó. Yo me aferré a recuerdos infantiles de un compañero de clase ruidoso y grosero que había puesto sus miras en mí y del que en mi fuero interno me sustraje de tal modo que dejó de divertirse a mi costa.

Cenamos juntos en el salón, hamburguesas con *ketchup* y patatas. Los otros nos comunicaron que no teníamos derecho a la comida. Hasta que a Mike se le hincharon las narices. Atildado como era, lo había considerado

un fanfarrón presumido. Pero, tras apartar su plato de cartón con la hamburguesa a medio comer, se levantó y se fue.

—Comeos solos vuestra comida.

Cuando había dado tres pasos, el hijo de Steve Walton adelantó la pierna, Mike tropezó y cayó a los pies de uno de los primos, que, inclinándose hacia delante, agarró con la mano derecha el pelo de Mike, le levantó la cabeza y presionó el rostro contra el plato que sostenía en la mano izquierda. Al mismo tiempo reía, y sus compinches le secundaron, señalando la escena con los dedos, dándose palmadas en los muslos y riendo más alto todavía. Entonces Steve Walton dijo:

—Ya basta.

El primo lo soltó, Mike se incorporó con la cara embadurnada de *ketchup* y se fue.

—Los chicos son un poco salvajes —dijo Steve Walton a Mark, que se sentaba a su lado, brindando por él—, como nosotros antes.

Mark le devolvió el brindis.

Los demás estábamos petrificados. Jane y yo nos miramos y vimos en nuestras caras la misma perplejidad. Carezco de experiencia con la violencia física. No tenía miedo a ser atacado y degollado, pero me sentía indefenso y desamparado, a su merced. Quería salir de allí. En aquel momento se levantó Katherine con la misma expresión de furiosa rectitud con la que había reñido a Mark y Pamela por fumar, y se volvió hacia la puerta.

—¡Siéntese!

Steve Walton la increpó con tal furia, que ella al principio no se atrevió a moverse. Sólo se sentó cuando él se apoyó en los brazos de su butaca, como si quisiera levantarse.

—Hay que dejar el plato limpio, ¿está claro?

Habríamos debido levantarnos e irnos. Pero comimos. Avergonzados y hambrientos, vaciamos los platos sin mirarnos.

Después de cenar nos obligaron a abandonar el salón. Ronald intentó explicar nuestra situación y negociar un compromiso, pero los dos primos lo agarraron y lo pusieron al otro lado de la puerta. Durante un rato nos quedamos en el vestíbulo, helándonos de frío.

—Nos iremos mañana temprano, en cuanto amanezca.

—¿Lo lograremos sin Mark? No creo que quiera acompañarnos. —Él estaba sentado con Steve Walton y los chicos en el salón.

—Yo no voy. Prefiero cocinar un poco y esperar a que llegue alguien. Quizás ellos me lleven y me dejen en algún sitio. Caminar cincuenta kilómetros a través de la nieve..., de ninguna manera.

—Yo tampoco. Con lo que llevamos puesto nos quedaremos en el sitio.

Ronald nos miró uno por uno.

—En cualquier caso yo me voy mañana temprano. ¿Quién me acompaña?

—Yo —dije.

Jonathan sacudió la cabeza.

—No hagamos un drama de todo este asunto. Intentaré ofrecerles dinero y listos.

Mike se había limpiado el *ketchup* de la cara y rehuía nuestras miradas.

—Yo voy con vosotros.

Greg y Phil asintieron.

Cuando también asintió Pamela, Katherine sonrió.

—Pero no se te ocurra fumar.

—Ya no me queda tabaco.

—Me gustaría acompañaros. Pero tengo un problema en la cadera y apenas puedo andar un kilómetro.

—Entonces somos siete. —Ronald sonrió y alargó la mano—. Todos para uno y uno para todos. —Juntamos las manos.

Cuando ya estaba en la cama, tiritando de frío, llamaron a la puerta. Apareció Jane con las mantas y la sábana.

—El calor del cuerpo humano... Desde luego, sería más razonable...

Nos acurrucamos juntos bajo las mantas. La cama era estrecha, ella se apretujó contra mi espalda y a mí me pareció bien: mejor una espalda caliente que un estómago caliente. Oímos cómo echaban a gritos del salón a Jonathan.

—No queremos tu dinero de mierda, queremos divertirnos.

Se produjo un alboroto, la puerta del salón se cerró de golpe, y al cabo de un momento unos pasos pesados subieron por la escalera y pasaron de

largo por delante de la habitación.

—A lo mejor debería acompañaros —opinó Jane—. Tú sabes que es una locura. No conseguiremos hacer cincuenta kilómetros en un día, y la noche al raso es una muerte segura.

Siguiendo las enseñanzas de mi abuelo, le hablé de los cartagineses en los Alpes, de los franceses en el Beresina y de los alemanes a las puertas de Moscú, hasta que se quedó dormida.

OceanofPDF.com

14

Abrí los ojos sin saber qué me había despertado. Estaba oscuro, no tenía frío y Jane respiraba tranquila. Oí cómo intentaban arrancar un motor. Sería el segundo intento, el primero debió de despertarme. También el segundo fracasó. Me levanté y me acerqué a la ventana. Caía una ligera nevada. El tercer intento tuvo éxito. El *jeep* echó a andar, al cabo de unos metros se encendieron los faros y después alcanzó la carretera. Pero se balanceó, tomó con esfuerzo la primera curva, en la segunda se metió en la cuneta y se paró. En la planta baja se abrieron puertas con violencia, los *marines* corrieron a la terraza y se quedaron junto al *jeep* justo cuando salían el conductor y los acompañantes.

—Son Greg, Mike y Phil —dijo Jane, que se había situado a mi lado.

Los tres *marines* jóvenes los condujeron hacia el hotel por delante de ellos y dentro del vestíbulo gritaron que bajásemos. Uno de ellos corrió al primer piso y abrió bruscamente las puertas. Abajo hablaba el hijo de Steve Walton, señalando a Greg, Mike y Phil con una linterna de bolsillo.

—¿Uno para todos y todos para uno? Estos tres amigos vuestros únicamente se interesan por ellos mismos —rió—. Lo bastante hábiles para hacerle un puente al coche, pero demasiado estúpidos para encontrar el interruptor de tracción a las cuatro ruedas. ¿Quién de vosotros ha sido el héroe? ¿Dónde os habéis criado sin aprender nada? —siguió riendo—. Ahora calzaos, venid conmigo y sacad el coche de la mierda, ¿está claro?

—Estáis locos —dijo Katherine, enfurecida—. ¿Sacar un *jeep* de la nieve? ¿Teniendo tracción a las cuatro ruedas?

Seguíamos sin comprender lo sucedido, y lo que ocurrió a continuación nos dejó petrificados. El hijo de Steve Walton agarró a Katherine, una mujer pequeña, delgada, por el jersey, abrió la puerta y la tiró a la nieve.

—¿Quieres salir descalza? —Después nos gritó a nosotros—: Os quiero preparados dentro de tres minutos.

Ayudé a Katherine a levantarse. Temblaba y lloraba y me mostré especialmente cuidadoso creyendo que se había hecho daño. Ella sacudió la cabeza. Lloraba de humillación y de impotencia.

La tormenta de nieve arreciaba. Si continuaba nevando así, al día siguiente no encontraríamos la carretera. La mirada de Ronald y la mía se encontraron, y comprendí que pensaba lo mismo. Tirando, arrastramos el *jeep* fuera de la cuneta y lo llevamos por la carretera hasta el aparcamiento. Fue un trabajo duro y suscitó discusiones porque a Ronald le molestó que Greg, Phil y Mike se limitasen a fingir que ayudaban mientras los demás hacían el trabajo. Cuando dejamos de nuevo el *jeep* en el aparcamiento estábamos agotados, empapados de nieve y de sudor. Regresamos al vestíbulo. Katherine nos indicó que nos secásemos frotándonos y que nos metiésemos en la cama con toda la ropa queuviésemos.

—¡Un momento!

Era Steve Walton. Como no le prestamos atención inmediatamente, sacó una pistola, la levantó y disparó.

Cuando nos volvimos hacia él, guardó la pistola en la funda debajo de su hombro y nos miró fijamente.

—Nos decepcionáis. Os permitimos quedaros a pesar de que no se os ha perdido nada aquí. Compartimos nuestra comida con vosotros y ¿qué es lo que hacéis? Ese de ahí —señaló a Jonathan— nos trata como si fuéramos taxistas que por dinero tenemos que llevarlo a donde le apetezca. Esos tres nos roban. Tú —se volvió hacia Ronald— me atacas los nervios con tus discursos sobre la comprensión y el compromiso. Lo que queremos es que seáis agradecidos y amables.

Cada vez gritaba más.

—Agradecidos y amables, y que os disculpéis por vuestro comportamiento hasta ahora. ¿Está claro lo que me gustaría oír mañana? —Se plantó ante mí—. ¿Está claro? —Como no contesté enseguida, me empujó hacia atrás. Sentí la pared a mi espalda. Él se situó tan cerca de mí, que nuestros rostros casi se rozaban. Yo olía su aliento y tenía miedo—. ¿Está claro?

—Sí.

Escudriñó a nuestro grupo, y todos respondieron «sí».

Luego se dirigió al salón con los chicos. Nosotros, mudos, a nuestras habitaciones. Jane y yo nos desnudamos, nos frotamos y nos secamos, turbados porque nuestra desnudez no despertaba el deseo.

—Apenas llevamos aquí dos noches y sin embargo parece una eternidad —dijo ella en la cama.

La verdad es que quise responder «sí», pero era incapaz de volverme a oír diciendo esa palabra. Aún sentía temor, no de algún hecho que pudiese ocurrir, sino miedo como sensación física.

—¿Qué pasará mañana?

—Cada vez nieva más. Temo que no podamos marcharnos. No nos dejarán entrar en el salón y tendremos que intentar traer a la biblioteca la estufa del cobertizo.

—Tenemos que disculparnos.

—Y convencerlos de que vuelvan a compartir su comida con nosotros.

Al cabo de un momento, Jane dijo:

—No nos han dicho qué hacen aquí en realidad.

OceanofPDF.com

15

Nos lo dijeron al día siguiente. Querían cazar. Cuando a eso de las diez dejó de nevar, metieron provisiones en las mochilas y probaron los rifles en la terraza. A las diez y media se abrió paso el sol y se pusieron en camino. Mark los acompañaba.

—Ahora —dijo Pamela.

—Ahora ¿qué? El *jeep* tiene la dirección bloqueada.

—Entonces prepararemos una trampa. Serraremos un agujero en el suelo del vestíbulo. ¿Tiene alguien somníferos? Se los pondremos en la comida. O nos atrincheramos con las provisiones obligándolos a negociar con nosotros.

Sin embargo, las provisiones habían desaparecido de la cocina. La *suite* estaba cerrada con llave y no conseguimos descerrajar la puerta ni entrar trepando por el balcón.

—¿De dónde habrán sacado la llave?

—Venid conmigo —dijo Greg, y lo seguimos hasta el *jeep*. El volante estaba bloqueado con un rastrillo de hierro, pero las puertas no estaban cerradas. Greg abrió la derecha y señaló la cartera de cuero tirada en el suelo, delante del asiento del copiloto—. Mirad... Anoche no me fijé bien en su aspecto ni en su contenido, pero a vosotros ¿no os recuerda a...?

Pamela la abrió. Dos libros, un fajo de papeles, una agenda. La hojeó.

—Sí, pertenece a De Baur.

—¿Qué significa esto?

—No lo sé. —Pamela volvió a depositar la cartera—. Pero no me gusta.

—No creerás...

Ronald no concluyó la frase, y nadie más manifestó sus temores. Colocamos la estufa, pasamos el tubo por un agujero, llevamos leña a la

biblioteca y nos calentamos. De vez en cuando oíamos disparos. Nos iríamos al día siguiente, si podíamos. Hoy teníamos que disculparnos. ¿Quién? Lo echamos a suertes, yo hice la ronda con el cubo del champán del bar, y le tocó a Katherine.

—Lo haré. Pero no creo que la disculpa de una mujer les satisfaga.

Pamela me miró.

—Deberías hacerlo tú.

—Lo hemos echado a suertes y le ha tocado a Katherine. Tiene que intentarlo. Si no da resultado, ya pensaremos qué hacer.

—¿Por qué hemos de correr un riesgo que podríamos evitar? Que se disculpe él o, mejor aún, que lo hagan los dos juntos.

—Yo no lo haré. ¿Para qué lo hemos echado a suertes, si...?

—Eso ya lo has dicho. Lo hemos echado a suertes porque no se nos ocurría otra idea. Porque no reflexionamos. Ahora lo hemos pensado y hemos encontrado una solución mejor.

Pamela tenía razón. Yo lo sabía, pero no quería. No quería disculparme por algo de lo que no era culpable. Cuando comenzaba el sorteo, me vino a la mente una vecina que se había quejado a mi madre de que yo le había gritado al pasar «calientapollas», y mi madre me presionó hasta que le pedí disculpas. Yo era un niño y nunca había utilizado o escuchado siquiera semejante palabrota. Tras disculparme me sentí tan miserable, que no llegué a comprender el porqué de todo aquello. No entendí hasta más tarde que había sacrificado mi dignidad para estar en paz con mi madre, que todos los rituales de autocrítica con falsas acusaciones y falsas disculpas tienen la dignidad como víctima, y que este sacrificio destruye la autoestima de quien lo hace. No, yo no me traicionaría. No pediría perdón. Que lo intentase Katherine, y si no daba resultado, ya veríamos.

Regresaron con un corzo. Encargaron a Katherine que lo descuartizara ya que era médico, y yo la ayudé porque tenía mala conciencia frente a ella. No sé qué hicieron los demás: transportar al salón leña para la chimenea, encender el fuego, poner a enfriar cervezas, instalar el aparato y los altavoces por los que de pronto resonaron por todo el hotel, incluyendo la cocina, canciones de moda. Seguramente Steve Walton y los chicos durante las tres horas en que Katherine y yo estuvimos cocinando habían tenido

ocasión de hablar en privado con cada uno de nosotros, incluyendo a Katherine, a la que dejé sola un par de veces y cuyas habilidades culinarias seguían los cuatro con suma curiosidad. Durante la comida ellos no hablaron enseguida de sus averiguaciones. Al empezar a comer, Katherine se disculpó, y pensamos que la disculpa había sido bien recibida; Katherine habló de las diferencias entre sus expectativas y las nuestras, que por desgracia se habían entrecruzado, de los diferentes temperamentos y estilos, lamentó que los hubiéramos ofendido, pues nos habían auxiliado en la necesidad, y confió en que la comida nos reconciliase y el corzo agradase a todos.

Tras haber comido un rato en silencio, el hijo de Steve Walton le dijo a su padre:

—¿Qué ha querido decir esa tía, que nuestra forma de hablar no alcanza el nivel correcto? ¿Nos toma por paletos, por tontos de pueblo?

—No sé si ha querido decir eso, pero está claro que nos toma por idiotas ante los que uno se disculpa por menudencias mientras silencia las cosas importantes. Poner trampas, serrar agujeros, envenenar la comida —levantaba la voz cada vez más—, ¿qué os parecería pedir perdón por eso? Y esta vez no me gustaría escuchar a una mujer, sino a un hombre. ¿Está claro? Eh, tú —me señaló a mí—, ¿está claro?

Asentí con una inclinación de cabeza, y cuando no bastó dije «sí», y cuando después de comer los cuatro se quedaron en el salón y nosotros en la biblioteca, también dije «sí» a presentar nuestra disculpa a la mañana siguiente. Quise que volviéramos a echarlo a suertes, y me había preparado para repetir la trampa, como había hecho la primera vez. Pero los demás se negaron a discutirlo siquiera. Tampoco quiso nadie hablar de otra cosa. ¿Quién había contado a aquellos cuatro las ideas de Pamela? ¿En quién se podía confiar?

—Creo que debería ser franca contigo —le dijo Jane a Meg—. No tengo ni una pizca de confianza en ti. Tampoco pruebas en tu contra, pero mi instinto me dice...

Meg sacudió la cabeza con tristeza.

A las nueve, cuando se apagó la luz, se presentó uno de los primos y señaló a Pamela:

—Eh, tú, putita, levántate y ven conmigo.

Parecía borracho. Pamela miró a su alrededor, y Katherine, Jane, Ronald, Jonathan y yo nos levantamos. Pero el hijo de Steve y el otro primo aparecieron en la puerta, como si lo esperasen. El hijo de Steve llevaba una funda con pistola, no ceñida, sino colgada del hombro. Pamela los miró a ellos y luego a nosotros, se levantó y se fue.

Esperamos, oímos carcajadas, una disputa, la voz alta de Steve Walton y la baja de Pamela. No entendíamos lo que hablaban en el salón, pero no nos atrevíamos a escuchar junto a la puerta. Durante un instante reinó el silencio, después oímos un fuerte grito y a continuación otro. Jane echó a correr, intentó abrir la puerta del salón, y al encontrarla cerrada con llave la aporreó. Pamela abrió, pálida, con manchas rojas en las mejillas y ojos asustados.

—Todo va bien, Jane, todo va bien.

OceanofPDF.com

16

¿Por qué no comprendí nada hasta mi derrota? ¿Porque después de la derrota ya no hay nada que ganar ni que perder? ¿Porque la derrota destruye las falsas ideas de los demás junto con las propias ilusiones? ¿Porque la pregunta que despierta la derrota, es decir, «¿cómo ha podido suceder?», permite un análisis más certero y preciso?

Por la noche, al entrar en mi habitación, comprobé que Jane se había llevado sus mantas y su sábana. Ella había acusado a Meg, pero tampoco soportaba ya mi proximidad. Yo, sentado en la cama, comprendía que me estaba sucediendo algo parecido; ya no soportaba a los demás, ni sus caras, ni sus conversaciones, ni su forma de moverse, ni su miedo. Nuestras vivencias, en lugar de unirnos, nos alejaban cada vez más. Sin el cuerpo y las mantas de Jane la noche sería demasiado fría. Tenía que recoger mis cosas, ir a la biblioteca y tumbarme junto a la estufa. Pero la idea de oír la respiración de los demás y oler su transpiración se me antojaba insoportable, y me tendí en la cama.

Desperté a las cuatro con un frío mucho más insoportable que la respiración y la transpiración ajenas. Bajé a la biblioteca. A las ocho nos condujeron al vestíbulo; Pamela fue la última en salir del salón, se situó con nosotros, pero sin mirarnos. Ellos empezaron a imprecarnos: ¿qué teníamos que decirles? Yo di un paso adelante y ellos iniciaron el juego: ¿qué pretendía yo? ¿Disculparme? ¿En nombre del grupo? ¿Y en mi nombre? ¿No sería mejor, quizás, que comenzase por mí mismo?

Acabé disculpándome. Me dirigí a mi habitación y me puse toda mi ropa, cogí mi manta de la biblioteca, me envolví en ella y salí. La nieve aún era demasiado profunda para encontrar el camino, pero me traía sin cuidado; sólo quería salir del hotel y alejarme de los demás. Caminé con

dificultad bordeando el lago hasta que divisé el hotel, dominando desde su colina la extensa superficie blanca.

¿Qué podía haber hecho allí la comuna? Mis ojos sólo divisaban bosques. Allí la gente ni siquiera podía cultivar lo necesario. ¿Qué podían producir? ¿Cómo traían los materiales y entregaban los productos?

Nada encajaba. Aquella comuna no podía ser el experimento que acostumbra a definir toda comuna: el experimento de una vida en común nueva, distinta y mejor. Fue un experimento de De Baur con las personas que se le unieron. Igual que esa semana era un experimento con nosotros, en el que los desafíos, amenazas y peligros eran tan falsos como en la comuna la promesa de una vida mejor.

¿Cómo se comportan unos estudiantes llamados a ser políticos, jueces, hombres de negocios y depositarios de otras responsabilidades en condiciones extremas? ¿Hasta qué punto son solidarios y hasta qué punto egoístas? ¿Hasta qué punto mantienen sus principios y hasta qué punto están dispuestos a colaborar? ¿Qué hace falta para que se delaten entre sí, para que se enfrenten unos a otros? ¿A partir de qué grado de frío, de hambre, de presión o de miedo la civilización pasa a un segundo plano?

Al mismo tiempo, ninguno de los participantes en el experimento puede helarse, morir de hambre o sufrir daños serios. Tiene que haber las mantas justas, la comida justa para la primera noche, los intrusos han de traer lo justo para todos, y cuando ocupan la habitación de la chimenea, hay que encontrar una estufa y tiene que poder instalarse en otra habitación. Si se desata la violencia, debe parecer escalofriante, pero no causar verdadero daño: Mike se cayó al suelo, Katherine en la nieve, y yo estaba seguro de que Pamela no fue violada, sino asustada y humillada hasta el límite.

¿Experimento? ¿En realidad qué podía demostrar aquella semana que De Baur no supiera ya después de todos los seminarios que había organizado allí? No, él no deseaba investigarnos. Ni siquiera se mantenía al margen, como se hace en un experimento de laboratorio. Él también jugaba. Los aparatos de vídeo no databan de la época de la comuna y estaban conectados. Él seguía nuestro comportamiento a través de ellos, e indicaba a sus ayudantes cómo comportarse con nosotros. Nadie había delatado a Pamela; De Baur la había visto y oído a través del vídeo. Cuando Greg, el

hijo de Steve Walton, se burló de Mike y Phil diciendo que a ninguno de ellos les importaban los demás y que en realidad todos se preocupaban sólo por sí mismos, se fue de la lengua y nosotros habríamos debido darnos cuenta. ¿Cómo podía conocer él nuestro juramento nocturno?

De Baur no pretendía ponernos a prueba, sino formarnos. Recordé pasajes de su libro y de sus clases que al leerlos o escucharlos no había captado del todo. Afirmaciones como que en el ser humano todo está reprimido: el placer del mal, la lujuria del odio, la lucha y la muerte, la embriaguez de los infaustos rituales del fascismo y el comunismo. O como que no nos atrevemos a mirar al mal a los ojos, sino que desviamos la vista y por eso todo, absolutamente todo, acaba volviendo.

—¿Creen ustedes por ventura que fueron actos exclusivos de aquellos hombres? ¿De aquella época? —le habíamos oído decir más de una vez en clase refiriéndose a los horrores del pasado.

El seminario tenía que enseñarnos a afrontar el mal, tanto el mal que reside en los demás como el que reside en nosotros mismos. Durante aquella semana, todos teníamos que experimentar cómo olvidábamos, negábamos y traicionábamos nuestros mejores principios y actuábamos con maldad con plena conciencia. El que no hubiese caído hasta entonces, lo haría antes o después, quizás con ayuda del empujón adecuado que De Baur dispondría, porque los aparatos de vídeo le habían mostrado la debilidad de cada cual.

Yo había hecho trampa en el sorteo y al pedir perdón me había traicionado a mí mismo. ¿Qué debía aprender de eso? ¿Que era capaz de actuar con maldad? ¿Que podía aprovechar esa capacidad? ¿Se trataba de forjar con los participantes de los seminarios una comunidad de hombres y mujeres que habían mirado al mal cara a cara y están preparados para sacar de ello todo el provecho?

Yo no deseaba pertenecer a esa comunidad, ni tener la menor relación con ella. Tampoco quería esperar a que todos hubiesen pasado su prueba y De Baur saliese de su escondite para interpretar, explicar, reconciliar, seducir y finalmente dejar a todos con la impresión de que aquella experiencia especial los había convertido en personas especiales. Regresé al hotel caminando por encima del lago. En medio de aquella vasta superficie

blanca y vacía, el miedo me invadió de nuevo; el miedo de los últimos días, el miedo a hundirme y ahogarme, el miedo en estado puro, un miedo que no necesita objeto. Cuando llegué a la otra orilla el miedo había desaparecido. En mi habitación del hotel me situé ante la videocámara. Le dije a De Baur que ya era suficiente, que se mostrase de una vez y pusiese punto final a todo aquello.

OceanofPDF.com

Los cuatro *marines* me llevaron con ellos en el *jeep* a Nueva York. Los abordé cuando se iban y les dije que no era cierto que se fueran un momento, como nos habían dicho, sino que ya habían acabado su labor y que De Baur llegaría pronto. Se encogieron de hombros y me dejaron subir al vehículo.

Eran actores. El que conocíamos con el nombre de Steve Walton había sido miembro de la comuna años antes y, desde que ésta había dado paso a los seminarios de enero, organizaba el equipo de actores que a veces representaban a un grupo de partida de caza y a veces una ronda de póquer y alcohol o un encuentro de veteranos de guerra.

—Una vez interpretamos a una banda que se ocultaba de la policía —rió—. Fue divertido, pero uno de nosotros exageró y perdió autenticidad, era como una película. Ah, y el tiempo no siempre acompaña tanto como en esta ocasión.

—¿Dónde está De Baur?

—Muy cerca del hotel. Está en la cabaña, detrás de la montaña. No necesita andar mucho.

—Sentado delante de una pared llena de monitores.

—Cuando no había cámaras, improvisábamos más. El sueño de John es que no tengamos que telefonearle de vez en cuando, sino que cada uno de nosotros lleve un pequeño receptor en el oído para que él pueda dirigirnos. Que no cuente conmigo, yo soy actor, no un robot.

Conducía con cautela. Después de dejar atrás los Adirondacks, el viaje por la autopista a través de la oscuridad era monótono y los demás se durmieron. Me costó un rato acostumbrarme al mundo sin nieve y al tráfico, y ahuyentar de mi mente las imágenes de los últimos días.

—¿Cómo era la comuna?

—¿Que cómo era la comuna? —Reflexionó unos instantes—. No me hubiera gustado ser uno de los miembros normales. Yo formaba parte de la dirección, e incluso en ese nivel resultaba a veces difícil de soportar. La absoluta carencia de privacidad, la sempiterna compañía de los demás, excepto si te excluían como castigo, al comer, al dormir, al follar, en el retrete, aún podía pasar. Pero John cambiaba continuamente las reglas, y no decía que las había cambiado ni en qué sentido; simplemente, lo que valía el día antes había perdido su validez para ser sustituido por otra cosa. Nosotros, los de la dirección, conocíamos las nuevas reglas, claro está; cómo habríamos podido imponerlas de haberlas desconocido. Pero los demás sólo percibían que las viejas reglas ya no valían. Nada valía, nada era estable, no te podías fiar de nada ni de nadie, ni siquiera de De Baur; un día las cosas eran así y al día siguiente así.

—¿Qué reglas había?

—Cuándo había que levantarse, en qué orden se servía el desayuno, quién lo hacía, quién fregaba y guardaba los platos, quién era asignado a cada tarea y quién libraba, quién podía hacer el amor con quien..., había reglas para todo.

—¿De qué servía cambiarlas continuamente?

Él se echó a reír.

—¿Lograré recordarlo todavía? Guardaba relación con la verdad de la situación excepcional. Cuando todo transcurre con normalidad, no sabemos quiénes somos. Nos dejamos engañar, nos engañamos nosotros mismos, y sólo en una situación excepcional nos sucede... —Vaciló—. Ya no me acuerdo qué nos sucede en la situación excepcional. En cualquier caso lo que les pasaba a los miembros de la comuna es que se desorientaban. Él tampoco les decía nada de la situación excepcional y su verdad. Tenían que experimentarlo por sí mismos.

—¿Por qué se quedaban ustedes?

—Sólo se quedó la mitad. El resto, los más fuertes, se marcharon. De los que se quedaron, al final uno perdió la cabeza. Eso acabó con la comuna.

—¿Al cabo de cuántos años?

—¿Años? La comuna duró nueve meses, de la primavera al invierno.

—¿Por qué participó usted?

—Nos conocíamos desde la carrera, John estudiaba derecho y yo interpretación. Él necesitaba a alguien y yo estaba disponible.

—¿Quién pagaba la comuna? ¿Quién paga ahora los seminarios?

—Una fundación, ignoro cuál. Tampoco sé si la de hoy es la misma que la de entonces.

Me costaba trabajo mantener los ojos abiertos, pero tenía tantas preguntas que reclamaban respuesta... ¿Cómo era De Baur en su juventud, qué tal era como jefe de la comuna? ¿Qué había contado de su vida en Europa? ¿Cómo trataba a las mujeres? ¿Y a los amigos? ¿Tenía siquiera amigos? Pero me limité a preguntar si al final los miembros de la comuna habían acabado odiándolo.

—¿Odiándolo? No, los que se quedaron lo adoraban.

OceanofPDF.com

Me dejaron en Times Square. Era más de medianoche, pero los coches se apiñaban en las calles y los peatones en las aceras, y los anuncios luminosos cambiaban espasmódicamente de colores y dibujos. No hacía frío, de modo que en lugar de coger el metro fui a pie.

De vez en cuando una desnuda luz de neón invitaba a los viandantes a entrar en su espectáculo. De vez en cuando veía una tienda abierta que vendía sándwiches, cerveza, revistas. De vez en cuando alguien yacía dormido a la entrada de una casa o en el escalón delante de la persiana metálica bajada de una tienda. De camino hacia el norte, la calzada y la acera fueron tranquilizándose poco a poco. En la calle Setenta y dos tomé Riverside Drive y me quedé solo. A la izquierda las luces de la otra orilla parpadeaban a través de los árboles desnudos del parque; a la derecha los altos edificios se alzaban en la oscuridad ante las nubes iluminadas por la ciudad.

¿Se derretiría la nieve en los Adirondacks? ¿Crujiría el hielo del lago? No haría tanto calor como para que los participantes en el seminario prescindiesen del fuego en la chimenea. ¿Estarían sentados en el salón escuchando las explicaciones de De Baur sobre sus experiencias? ¿Sobre lo que debían extraer de ello?

Yo discutía mentalmente con De Baur. Nada se podía extraer de ello. Sí, éramos capaces de egoísmo y falta de consideración, de traición y engaño y de cosas aún peores. Pero de todos modos ya lo sabíamos. Sí, el mal no había terminado con los crímenes y guerras del siglo xx, sino que continuaba en el mundo. Tampoco eso era nuevo para nosotros. La situación excepcional y artificial que él había creado carecía de interés. Lo interesante era cómo organizábamos nuestra cotidianidad y cómo nos

comportábamos unos con otros cada vez mejor, con más justicia, con más respeto, con más amabilidad.

De Baur reía. ¿Cada vez mejor? Si yo quería decir que se progresaba, es que no había comprendido nada. Nada de la presencia del mal en el mundo ni de su presencia dentro de mí. Si conocemos las maldades de las que somos capaces..., ¿por qué juzgamos con tanta arrogancia la perversidad ajena? Si sabemos que el mal continúa presente en el mundo..., ¿por qué vivimos como si no tuviéramos que enfrentarnos a él? Como si no tuviéramos que decidir qué es ni responsabilizarnos de nuestra decisión.

Él se burlaba: No te atreves ni siquiera a enfrentarte a una discusión conmigo. Te encaminas a tu cuarto y a tu cama, en lugar de quedarte aquí, en el hotel. Mis enseñanzas no te molestarían si no estuvieras molesto porque no fui un padre para ti. Porque no te encontré tan mono como para verme obligado a quedarme contigo. En realidad, tú no te enfadas por nada. Vas por el mundo, te ocupas un poco de la justicia, como si fuera un ejercicio de entrenamiento intelectual, aborδας tu presente político como si fuera un libro de historia ilustrado. Si yo no fuese tu padre, sería para ti un descubrimiento igual de interesante, no, rió él, un descubrimiento mucho más interesante que tus hallazgos en Berlín tras la caída del muro. Le devolví la burla: ¿Responsabilizarse de la decisión? Cuando tenías que responsabilizarte de tus decisiones, te largaste. Y no me hables de la responsabilidad ante ti mismo..., esa responsabilidad no duele ni vale nada. Es un chiste.

El hombre que venía hacia mí, el abrigo encima del pijama y un perro atado a una correa, me miró extrañado y me di cuenta de que monologaba en voz alta. Dejé de hablar conmigo mismo y con De Baur. ¿Debería enfrentarme a él en la realidad en lugar de en mi mente? Él no esquivaría la confrontación, incluso disfrutaría con ella. Si me la tomaba con actitud despreocupada, con deportividad, como un juego, la confrontación entre padre e hijo podría convertirse en un encuentro padre-hijo. A él le haría gracia el recorrido que desde las «novelas amenas y entretenidas» me había llevado hasta él, y contarme, si todavía lo recordaba, el regreso de Karl. Después, sentados juntos, beberíamos vino tinto y hablaríamos de los diferentes regresos: el de Ulises, el de Karl, el suyo, el mío.

A lo mejor me habría gustado hablarle de esta forma si él hubiese sido realmente el aventurero, el jugador que yo había visto en él durante mucho tiempo. Pero aquella ligereza lúdica y aventurera había sido siempre una mera fachada tras la que se escondían los demonios de De Baur.

Llegué a casa a las dos de la madrugada. La habitación estaba demasiado caldeada, abrí la ventana y puse música suave. Me daba cuenta de que no podría conciliar el sueño y sentí el impulso de saber a qué otros pobres diablos les acontecía lo mismo. Pero todas las demás ventanas estaban oscuras. Sentado a la mesa, escuchaba *jazz*, un piano sin acompañamiento, tranquilo, fluctuante, irónico. Con la calefacción, que no podía subir ni bajar, y la ventana abierta la temperatura era agradable. Cogí uno de los blocs de papel amarillo que había descubierto y aprendido a querer aquí, y comprado en gran número, y comencé a escribir.

De uno que hizo un viaje para saber lo que era miedo^[2].

Igual que millares antes y después que él, dejó en Europa mujer e hijo, su oscuro pasado y su viejo apellido, llegó a Estados Unidos con un nuevo nombre y un futuro despejado e hizo carrera.

Una carrera que llevó a John de Baur a la Universidad de Columbia, en Nueva York, y lo convirtió en catedrático de Teoría política. En su pasado...

Relaté su origen suizo, sus estudios universitarios en Alemania, su cercanía a Hanke, su huida con él, su época en Berlín, sus seudónimos. Informé sobre sus escritos: la disertación en la carrera, los artículos durante la guerra, en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* y en el *Das Reich*, los artículos de posguerra en el *Nacht-Express*, las novelas. No escribí mi interpretación de su teoría de la odisea del derecho. Que De Baur intentaba con ella justificar su pasado..., ¿no era evidente una vez se conocía su pasado? Sí mencioné lo que había hecho en su comuna y en sus seminarios de enero.

Concluí cuando despuntaba el día. Me acosté, dormí poco y mal, a las diez me encaminé con el manuscrito a la universidad, lo copié en el ordenador y lo firmé con mi nombre. Luego llamé a un abogado al que

había conocido en una conferencia de la Law School, me entrevisté con él y acordamos que ofrecería mi manuscrito al *New York Times* asegurándose de que se publicaría íntegro o no se publicaría. No conseguí vuelo para ese mismo día, pero sí el primero para el día siguiente.

OceanofPDF.com

19

El avión despegó con retraso. El sol se ponía cuando sobrevolábamos la costa en dirección norte. A la luz del crepúsculo el agua rielaba y la nieve ardía; yo no creía en serio que se tratase del Hudson y de los Adirondacks, pero me despedí como si lo fueran. Luego divisé las luces de Hallifax y poco después se abatió la más completa oscuridad.

Me había dado miedo telefonar a Barbara y anunciarle mi llegada, y no lo hice. ¿Qué pasaría si me contaba por teléfono que habían sucedido cosas? ¿Que sería mejor que me alojase primero en casa de algún amigo o con mi madre? ¿Que antes tendríamos que ver cómo seguía lo nuestro? ¿Que no, que no tenía a nadie, al menos a nadie fijo, pero que había conocido a alguien? ¿Que sí, que me quería, y mucho, pero que no tenía las ideas claras? ¿Que sí, que le apetecía verme, pero juntos en un piso era sencillamente demasiada proximidad y demasiada intimidad?

Había evitado escucharlo por teléfono, pero no había ganado nada con ello. ¿Qué pasaría si me lo decía en la escalera, en la puerta de su casa? ¿O en el pasillo? ¿O en el salón, del que ya habrían sido retirados mis muebles, al igual que de las demás habitaciones, para ser depositados en un guardamuebles?

Barbara me había enviado por Navidad el osito de trapo que me habían regalado en mi infancia y que desde entonces había permanecido en la librería de mis distintas moradas. «Desde casa con un beso», me había escrito, y yo me había alegrado. Pero, en el fondo, ¿cómo podía deducir que me había enviado el osito como una prueba de amor, de cercanía? ¿Y si simplemente no se había atrevido a meterlo en una de las cajas en las que se almacenaban mis cosas junto con mis muebles?

¡Pero eso me lo habría comunicado por carta! En mis historias los hombres regresaban a casa sin saber nada porque no existía el correo, ni el teléfono, bueno, eso no era del todo cierto: Agamenón había regresado sin saber nada a pesar de que había contactado con Clitemnestra a través de un mensajero. Ella había disimulado porque deseaba matarlo y de hecho lo mató. ¿Me había vuelto loco? ¿Qué pensamientos tan estúpidos! Mis muebles y cosas seguían en la vivienda, de eso estaba seguro. De lo contrario, ella me lo habría contado por carta. Pero era todo lo que ella me habría escrito. Respecto al resto, habría esperado. Habría esperado a poder decírmelo cara a cara.

Me alegré por la distracción que supuso la cena y la película, y mi vecina de asiento me habló de sus cuatro hijos y doce nietos. Cuando apagaron las luces del pasillo y mi vecina, tras reposar su cabeza sobre mi hombro, comenzó a roncar, la rueda del miedo siguió girando en mi interior. Intenté detenerla y analizar mis opciones. Si no me quería en el piso ¿debía quedarme a pesar de todo? Primero deseché esa posibilidad, pero después me pregunté inseguro si, en caso de no quedarme, lo haría por ella o por mí. ¿Qué es lo que no quería: exigirle mi cercanía o exponerme yo? No, no repetiría el error que ya había cometido una vez. Me quedaría. Estaría presente: no exigiría, pero sí cortejaría; no me impondría, pero sí me ofrecería; no reprimiría mis sentimientos, pero mostraría comprensión hacia los suyos y una pizca de autoironía... Cuanto más desarrollaba la opción, más correcta me parecía y comprendía con mayor claridad que era imposible llevarla a cabo. Imposible.

¿Qué haría si ella estaba en la puerta con otro a su lado rodeándola con el brazo? ¿Luchar? De pronto comprendí la idea del duelo. Comprendí que si dos hombres aman a la misma mujer, no hay sitio en este mundo para ambos. Que si la aman de verdad y no la consiguen, tampoco los dos querrían estar en este mundo y preferirían morir en duelo a vivir sin ella. Qué absurdo que las mujeres se nieguen a tomar parte en el juego y en determinadas circunstancias elijan al hombre equivocado, al que muere, o incluso a los dos. En una pelea con el otro, no podía contar con un brillo en los ojos de Barbara. Si él me devolvía el golpe, precipitándome de espaldas por las escaleras y quedándome tendido en el descansillo, ella quizás

acudiría corriendo y tomaría mi cabeza ensangrentada en su regazo. Pero ¿y si el que caía era él? ¿Y si ella veía en él a la valerosa víctima y en mí al bruto?

Comprendí que tenía que erradicar el miedo. Se extendía igual que un borrón que se va apoderando de toda la hoja. Pronto no encontraría sitio en la hoja para escribir «te quiero».

Cuando el avión aterrizó en Frankfurt aún estaba oscuro, y seguía estándolo cuando me apeé del tren en mi vieja ciudad natal. Tenía que hacer transbordo, pero las líneas eléctricas o las vías estaban averiadas, o había habido un suicidio, y el siguiente tren no saldría antes de dos horas. Cogí un taxi. Viajábamos hacia las montañas, detrás de las cuales salía el sol... Lo consideré un buen augurio. Lo malo era que, al igual que Karl, yo llegaba por la autopista.

Poco después estaba delante de la casa. Con el jardín invernal desnudo parecía más maciza y sombría si cabe, y me sentí apesadumbrado. Abrí la puerta del jardín, fui hasta el portal y llamé al timbre. Al cabo de un rato oí el zumbido del portero automático, abrí la puerta y subí las escaleras. La puerta del piso aún estaba cerrada. Aguardé en la escalera.

Oí cómo corrían la cadena del pasador y la dejaban caer. Se abrió la puerta. Barbara apareció en bata, con el pelo recogido hacia atrás, como en nuestro primer encuentro, y unas gafas sobre la nariz. Se quitó las gafas y, al reconocermela, su rostro se iluminó. Se apoyó en el marco de la puerta, cruzó los brazos delante del pecho y me miró mientras subía los últimos peldaños con el equipaje en las manos. Ella esbozó su sonrisa torcida, descarada, cálida:

—¡Has regresado!

OceanofPDF.com

Era como si nunca me hubiera ido. Barbara tenía que ir al colegio, y mientras se duchaba, pintaba y vestía, preparé el desayuno. Cuando regresó del colegio, yo había deshecho las maletas, ordenado mis cosas y leído mi correo.

La editorial volvía a ofrecerme el puesto; no había querido mantener a mi sucesor tras finalizar el período de prueba. Si aceptaba la oferta, darían luz verde a mis antiguos proyectos de la nueva colección y de la nueva revista. Durante la comida le comuniqué a Barbara que a la mañana siguiente saldríamos juntos hacia el trabajo, igual que antes. Cuanto más tardase en comenzar, más se acumularía la faena encima de mi escritorio.

No había sucedido lo que tanto temía. No había otro hombre en la vida de Barbara, ni ella me guardaba rencor por haber estado fuera, simplemente se alegraba de mi retorno. Sin embargo, el miedo no se había desvanecido del todo. ¿Se aburriría Barbara algún día de la rutina del amor, que tan importante y benéfica me resulta? A veces hago propuestas geniales que ella acepta riendo, sólo para que no se dé cuenta de lo que me pasa. ¿Qué pasaría si un día adivinase mis pensamientos? ¿O ya los adivinaba?

Mi artículo sobre John de Baur no se publicó. El *New York Times* pretendía que un reportero revisara conmigo todos los datos, y yo le informase y le presentara pruebas. Me negué. Ya no me apetecía remover lo acontecido entre John de Baur y yo.

Años más tarde, sin embargo, su historia apareció en los medios de comunicación estadounidenses y europeos. Sospecho que el periodista a cuya mesa había ido a parar mi artículo había investigado personalmente. Me silenció como fuente, y me pareció bien. De otro modo habría entrado en el circo mediático que se produjo.

La mayoría de las publicaciones relataban la biografía de De Baur, sus distintos nombres y roles, lo que había admitido, en qué se había enredado, su egoísmo, su oportunismo, su arrogancia o cualquier otra cosa que hubiera descubierto el escritor como clave de la vida de De Baur. La televisión no invitaba a De Baur, sino al periodista que había escrito sobre él, aunque lo llamaron para un programa de radio y se mostró encantador, confuso y divertido a la vez por su afán de aventuras juvenil y su antigua capacidad de ser seducido, comprensivo en lo tocante a la campaña mediática, orgulloso de lo que había conseguido en Estados Unidos, y de la Estados Unidos que lo había hecho posible, tan modesto, franco y amable, que después ya no resultó tan fácil atacarlo. Oí extractos de la emisión en un tercer programa, y él estuvo realmente impresionante.

La confrontación científica giraba en torno a su honradez intelectual, a si con la Deconstructionist Legal Theory pretendió rehuir la responsabilidad, desarrollar una teoría verdadera o ambas cosas. Los amigos de De Baur organizaron una conferencia en la que se discutieron esas cuestiones, y después de que los colegas estadounidenses hubieran disertado sobre sus textos sobre la guerra, si eran difíciles, terribles, desmesurados, crípticos o repulsivos, y después de que un colega francés los hubiera considerado la brasa de la hoguera bajo el tremolar de las llamas, apareció el propio De Baur y deconstruyó sus textos de la guerra de tal modo que no se le pudieron echar en cara ni reprochar que se negara a responsabilizarse de ellos. También eso fue magistral.

Una ponencia de la conferencia suscitó un pequeño debate. El autor exponía que el intento de De Baur de justificar el pasado e integrarlo en el presente, no sólo era más inteligente que los demás intentos con los que los teóricos y prácticos del derecho acostumbraban a escaquearse: la ley es la ley, una orden es una orden, la obediencia es la obediencia. Y no sólo era más inteligente sino que también tornaba concebible lo que durante mucho tiempo había parecido inconcebible: un fascismo intelectual moderno. Pero De Baur también superó ese debate.

Creo que no sólo superó todo aquello, sino que disfrutó con tanto barullo. Después se hizo el silencio en torno a él, al menos en Europa, y no volví a encontrar su nombre hasta el nuevo milenio, sobre el que escribió un

artículo que llamó la atención, aprensivo, lleno de malos augurios. Tras el 11 de septiembre de 2001 desarrolló una teoría sobre el terrorismo; vi el libro anunciado y reseñado, pero no quise leerlo. Cuando cumplió ochenta años, la televisión emitió de madrugada una entrevista con él. Miré y escuché un rato. Luego quité el sonido, y después la imagen.

Poco después mi madre me llamó por teléfono.

—¿Lo has visto en la televisión?

—Sí.

—¿Aún quieres conocer el desenlace de su novela?

—Ya me lo contaste tú hace años.

Ella rió.

—Eso, por lo menos, sí lo has podido reconstruir. —Esperó una reacción a su malicia, pero no dije nada—. Antes de llegar a Silesia, él vivió y estudió aquí y tuvo una novia. Después de la guerra fue a visitarla, ella estaba casada y tenía dos hijos.

—¿Uno suyo?

—Me lo habría dicho. Nunca fue muy considerado conmigo. Redactó el final de la novela a partir del último encuentro con ella y del acuerdo conmigo.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque si te enteras de todo, quizás te aclares de una vez. Aún no sabes si debes seguir siendo Peter Debauer o prefieres convertirte en Peter Graf o Peter Binder. Todavía no te has casado. Para vosotros ya es muy tarde para tener hijos, pero aún podrías...

—¿Quieres que te haga abuela?

—No quiero nada. —Y colgó.

Es verdad. Ella no quiere nada de mí, y eso me facilita las cosas y me entristece. Me alegro de haber seguido siendo importante para Max, al margen del cine y de la *pizza*, del colegio y de la universidad. Me gustaría pedirle más de lo que le pido. Aún tengo que aprender.

A veces siento nostalgia del Ulises que aprendió de Wenzel Strapinski las argucias y mentiras del impostor, que partió impaciente hacia la vida, buscó y vivió aventuras, conquistó con su encanto a mi madre, escribió con placer novelas amenas y entretenidas e inventó teorías con pasmosa

facilidad. Pero sé que no se trata de la nostalgia de Johann Debauer o de John de Baur. Es sólo la nostalgia de una imagen que me formé de mi padre y por la que siente apego mi corazón.

OceanofPDF.com



BERNHARD SCHLINK (6 de julio de 1944, Bielefeld, Alemania) es un escritor y jurista alemán. En 1998 fue nombrado juez en la corte constitucional del estado federal de Renania del Norte-Westfalia y es profesor de historia de la ley en Universidad Humboldt, Berlín, desde enero de 2006.

Su carrera como escritor comenzó con novelas policíacas teniendo como protagonista a un personaje llamado Selbst (juego de palabras con Yo Mismo); su primera novela se llamó *La justicia de Selb*. Otra de sus novelas, *El nudo gordiano*, ganó el premio Glauser en 1989. En 1995 publicó *El lector* (Der Vorleser), una novela parcialmente autobiográfica sobre un adolescente que tiene un romance con una mujer mayor que desaparece súbitamente y luego se la reencuentra siendo estudiante de abogacía en un juicio a los criminales de la segunda guerra mundial. El libro se convirtió en un éxito de ventas en Alemania y fue traducido a 39 idiomas. La primera edición española apareció en el año 1997. Ganó el

premio Hans Fallada, el premio Welt, el premio italiano Grinzane Cavour, el premio francés Laure Bataillon y el premio Ehrengabe de la Dusseldorf Heinrich Heine Society. En el año 2000 publicó una colección de cuentos titulada *Amores en fuga*. En 2008 el director británico Stephen Daldry realizó una adaptación al cine de *El lector*.

OceanofPDF.com

Notas

[1] *Haüsler* es un término antiguo derivado de *Haus*, «casa», y designaba al campesino pobre que poseía una pequeña casa o cabaña sin tierra. Análogamente, *Hüttler* proviene de *Hütte*, «cabaña», y era el término utilizado en la zona de Austria. (N. de la T.). <<

[2] Extraído de un conocido cuento popular de los hermanos Grimm, *Von einem, der auszog das Fürchten zu lernen* (Historia de uno que hizo un viaje para saber lo que era miedo), adaptado al castellano como *Juan sin Miedo*. (N. de la T.). <<

OceanofPDF.com